

# NEW WAVE

Fiatal Művészek Klubja

★ 1981 XII. 10-11

XII. 10 CSÜT.

Koncert

MINI. ★

DIZÓTSÁG

EUROPA

KIADÓ

ODD

ÉTING

★ ★ ♀

Kiállítás:

IVÁNYI

NORBERT

.....

XII. 11 PÉNTEK

VIZUÁLIS

ESemények

★

HAJ ÉS SHINE

- Fesztivál

BEATRICE

TRABATT

FILM

.....

★

NEW

WAVE

DISCO

.....

KIÁLLTÁS

ODD:

ROCK

PLAKAT

FOR

.....

★

.....

.....

.....

.....

.....

.....

narrativa sexto piso

DAVID KEENAN

## Memorial Device

TRADUCCIÓN DE JUAN SEBASTIÁN CÁRDENAS

Articulada a partir de una alucinógena serie de entrevistas a antiguos miembros de la escena *postpunk* de la pequeña y desolada localidad escocesa de Airdrie (y alrededores), *Memorial Device* pretende reconstruir, a través de los testimonios más delirantes, la corta historia de los legendarios Memorial Device, considerados la mejor banda salida de la ciudad, una banda visionaria, rematadamente *underground* y maldita, un fulgurante meteoro hacia la nada que parece quintaesenciar a todos los grupos oscuros, abismados y malogrados de aquella época convulsa y febril, empezando por Joy Division.

Con esta ficticia indagación documental sobre un grupo igualmente ficticio—que sirve a su vez para presentarnos una heterogénea y extravagante galería de personajes y cartografiar la peculiar escena artística y musical del lugar, llena de estrambóticas bandas que hacen de la anormalidad su razón de ser— David Keenan ha escrito una especie de carta de amor deforme y malsano, pero sincero; ha pergeñado un retrato intenso, poético y conmovedor —y también entrañablemente grotesco— del movimiento *postpunk*. La obra es un homenaje, en última instancia, a la urgencia, la pasión y los sueños de juventud como motores vitales, y a la eterna lucha de cada generación por encontrar su lugar en el mundo; un brindis blasfemo por toda esa recua de adolescentes desorientados cabalgando los caballos desbocados de la música.

*Memorial Device*, la primera y celebrada novela de David Keenan, es un libro visceral, hilarante, profundo y trágico, que capta la locura, el sinsentido y las dificultades sociales de esa década mítica que fueron los años ochenta.

David Keenan

---

## **Memorial Device**

Una alucinada historia oral de la escena  
*postpunk* en Airdrie, Coatbridge y Alrededores  
(1978-1986)

Título original: *This is Memorial Device*  
David Keenan, 2017  
Traducción: Juan Sebastián Cárdenas, 2018

# INTRODUCCIÓN A POR QUÉ LO HICE

Lo hice para sacar la cara por Airdrie. Lo hice por Memorial Device. Lo hice porque luego todos se largaron y se volvieron trabajadores sociales y recibieron cursos sobre cómo enseñar inglés como lengua extranjera o consiguieron trabajo en Greggs; bueno, no todos, algunos murieron o desaparecieron o más bien se recluyeron. En fin, lo hice, iba a decir que lo hice porque en esa época todo parecía posible. Por «esa época» me refiero a 1983 y 1984 y 1985, lo que llamo los años de gloria, los años gloriosos de Airdrie, vaya broma, ¿eh? Aunque en realidad eso sería faltar a la verdad porque en esa época todo parecía más bien imposible.

Johnny McLaughlin y yo, ésos éramos entonces. Nosotros creíamos que era importante, lo que estaba pasando, digo. Pensábamos que era importante documentarlo. Publiqué algunos artículos en el *Airdrie & Coatbridge Advertiser*. Esto está pasando en vuestras narices, señores, les dije. Esto no es Mánchester o Londres o el puto Chingford. Esto es Airdrie. Tenía el proyecto de sacar un casete, un casete con todas las bandas locales, Memorial Device, claro, y Glass Sarcophagus y Chinese Moon y Steel Teeth pero no a Fangboard, no, que se jodan, cualquiera menos ellos, y quería llamarlo *Esto es Airdrie*. Pero, por supuesto, nunca lo hice. Quería escribir y publicar un fanzine, y desde luego Johnny y yo publicamos un fanzine que duró en total un solo número, antes de que yo tirara el segundo detrás de unos arbustos en Rawyards Park y meara encima de ellos, en lo que quizá haya sido mi mayor contribución a la escena. Pero, por encima de todo, lo que yo quería era escribir un libro.

El 83, el 84 y el 85 fueron los años de Memorial Device. Todos los miembros habían estado antes en otras bandas, bandas que tenían su público,

bandas que a algunos les parecían un mal chiste, pero cuando se juntaron ya era innegable. Su sonido no se podía comparar a nada. Sonaba como Airdrie, que es como decir que sonaban como sonaría un puto agujero negro. Todos los amaban o los odiaban y la gente que los odiaba los amaba el doble. Creíamos que llegarían hasta la cumbre, creíamos que dejarían el nombre de Airdrie en todo lo alto, la revancha de Coatbridge, que inmortalizarían Greengairs. Corrió el rumor de que cuando Sonic Youth tocó «Splash One» en Glasgow en el 86, pidieron que Memorial Device fueran sus teloneros. ¿Quién sabe qué habría pasado? Pero para entonces ya todo se había acabado. ¿Y qué nos queda para mostrar? Nunca me lo pude quitar de la cabeza. Con los años empecé a rastrear a la gente, escribiendo cartas, haciendo tristes llamadas telefónicas de larga distancia a altas horas de la noche. Todavía conservaba mis entrevistas de aquellos días, había escrito algunas cosas, convencí a Johnny para que hiciera lo mismo. La música dejó de ser lo más importante, dijo Johnny. Bueno, ¿y entonces de qué se trata? Como dije, lo hice para dar la cara por Airdrie. Lo hice por Memorial Device. Lo hice porque, por un momento, incluso cuando todo parecía imposible, todo el mundo estaba haciendo de todo, leyendo, escuchando, escribiendo, creando, pegando pósteres, tomando notas, desmayándose, vomitando, ensayando, ensayando, ensayando en oscuros cuartos sin ventana a las dos de la tarde como si el futuro estuviera justo allí, esperándonos, y más nos valía estar listos. Y ahora todo eso se pudre en el pasado. Por eso lo hice, si queréis que os diga la verdad.

ROSS RAYMOND, Airdrie, Lanarkshire, Escocia,  
abril de 2016



## OCULTO, BLOQUEADO POR LA QUÍMICA, POR EL AGUA

*En 1981, Ross Raymond conoce a Big Patty y a Lucas Black y todo cambia y yo sé, yo sé que me repatea cuando la gente dice cosas como oh, ese disco me cambió la vida, ese libro me cambió la vida, Led Zeppelin me cambió la vida, cuando cualquiera sabe que su vida siguió siendo la misma, pero fue conocer a Patty y Lucas y empezar a asistir a conciertos con Johnny McLaughlin y comprar discos y escuchar esa música y realmente todo cambió, aunque sería más acertado decir que deformó mi vida en lugar de simplemente cambiarla, ya sabes a qué me refiero. Y si lo sabes, estás dentro.*

En la época en la que lo conocí, Big Patty vivía en alguna parte cerca del final de la calle South Bridge, en Airdrie, que hoy en día es la peor calle de todo Airdrie, la calle con más casas tapiadas de Airdrie, la calle que mejor refleja que Airdrie está completamente muerta, pero lo extraño es que no me acuerdo del día en que lo conocí, quizá me lo encontré una noche en The Staging Post, enfrente del camino que sale de la Biblioteca de Airdrie, quizá me lo encontré en la propia biblioteca. Yo era un adolescente flipado con el horror, el existencialismo y la ciencia ficción —ya sabes a qué me refiero: mi castillo medieval—, pero lo cierto es que no me acuerdo, lo que resulta extraño, pero acertado, acaso, porque se asemeja más a la amnesia posterior a una abducción alienígena que al comienzo de una larga y complicada amistad, que, rememorando, es lo que se aproxima más a lo que aquello parecía realmente.

Él fue quien me introdujo en la escena musical. Pasé la Nochevieja de 1981 en su piso, que para mí suponía un paraíso sin padres e infinitas

posibilidades, pero en cuanto sonaron las campanas nos obligó a salir a la calle y terminamos de pie en un parque, en la oscuridad, cerca de la Airdrie Academy, con la esperanza de que el futuro viniera caminando detrás de nosotros y nos diera una palmadita en los hombros. Por aquel entonces Johnny McLaughlin y yo estábamos preparando un fanzine. Lo llamábamos *Una noche es una mañana que uno se apresura a iluminar (A Night Is A Morning That You Hasten To Light)*. El título se le ocurrió a Johnny. Venía del francés o algo así. Para el primer número entrevistamos a Big Patty.

La noche antes de la entrevista no pude dormir. Siempre me pasaba lo mismo antes de acontecimientos importantes. Me preocupaba que las preguntas resultaran banales. En esa época de mi vida mi cama estaba debajo de una claraboya en la buhardilla de la casa en la que vivían mis padres, al lado de un radiador, donde mi gato, que se llamaba Cody por el personaje de Neal Cassady en *Visiones de Cody* y al que recuerdo ahora como a un fantasma perplejo con unos ojos grandes como de búho que se asomaban desde el pasado, se hacía un ovillo en el hueco que dejaban mis piernas y al pie de la cama tenía una estantería repleta de temores indiscriminados —me educaba a mí mismo en el sufrimiento, durmiendo desnudo en medio del bosque, me decía— a cargo de autores como Philip K. Dick o Christopher Lasch o Albert Camus o H. P. Lovecraft. En algún momento de la noche mi madre subía las escaleras y llamaba a la puerta de mi habitación: siempre tenía echado el pestillo de la puerta porque los padres se meten siempre donde no les llaman. Estaba escuchando Y de The Pop Group, que era uno de mis discos favoritos por aquel tiempo —lo puse una y otra vez hasta que los surcos reventaron y casi literalmente reventaron porque el disco sonaba rayado y la aguja saltaba— y estaba fumando un cigarrillo asomado por la ventana mientras observaba una arboleda que se recortaba sobre el horizonte y que siempre asociaba con el futuro o con el misterio que suscitaba toda la vida que me quedaba por delante. Espera, dije. Cuando quité el pestillo, ella me preguntó qué estaba haciendo. Me estoy preparando para una entrevista, respondí. Creo que he debido de estar despierto la mayor parte de la noche, dije. ¿Tienes alguna idea para las preguntas?, la interpele. Ella se lo pensó un momento. Sí, me dijo. Tienes que preguntarle si siempre dice la verdad en las entrevistas.



Nunca me han entrevistado antes, contestó Big Patty. ¿Cómo coño iba a saberlo yo? Había subrayado una frase de un libro de filosofía, algo sobre la naturaleza del amor. Daba la sensación de que estaba cortado. Ni idea, me dijo. Me quedé hasta las cuatro de la mañana pasando a máquina la entrevista, luego caí redondo.

En aquella época repartía periódicos. Todo el mundo en Airdrie repartía periódicos, era un rito de paso en Airdrie, y tenía dos o tres cintas que iba alternando en el *walkman* pero sobre todo *Fun House* de The Stooges. Repartía en Winhall, en las afueras de Airdrie, que era un entorno extremo. Luego conseguí un trabajo de verano en una floristería en Coatbridge, luego trabajé como pinche de cocina en el Hospital Monklands en Coatdyke. Eso me hizo odiar las zanahorias de por vida. Sin embargo, de repente tenía dinero para comprar discos. Todos los sábados quedaba con Johnny e íbamos hasta Glasgow y cada uno de los dos se compraba dos LP's: el primer disco de Ramones, el *Boom* de The Sonics, el *Easter Everywhere* de los 13th Floor Elevators —que es todavía a día de hoy el mejor disco de psicodelia de la historia—, el *Tago Mago* de Can, *Metal Box* de Public Image Ltd, el primer disco de Roxy, de This Heat, de Nurse With Wound, el *So Alone* de Johnny Thunders —de hecho cualquier disco de Johnny Thunders: todo el mundo en Airdrie estaba obsesionado con Johnny Thunders—.

Pronto nos coscamos de que a los músicos les gustaba pasarse por ciertos bares y también por ciertos cafés, pero la mayor parte de ellos chaparon ya hace mucho tiempo, de modo que no tiene ningún sentido que los mencione ahora, y además iba a resultar descorazonador; antros de taburetes de cuero rasgados, con los saleros atascados por costras húmedas de sal, mesas de formica astilladas, que cayeron derrotados ante cafeterías impersonales llenas de parejas de imbéciles de clase media y mamás embarazadas. Las tardes de los sábados, después de pasar el rato escuchando nuestras últimas compras en el salón de la casa Johnny —*The Modern Dance* de Pere Ubu o *Like Flies on Sherbert* de Alex Chilton, que aún suena retorcido y macabro, como una nota de suicidio en la que a uno no le quedara claro si es una broma o si es verdad — nos encaminábamos a uno de esos bares, nos acoplábamos por allí y observábamos qué pasaba. Alguna que otra vez nos encontrábamos con Big Patty y ambos nos hacíamos los sorprendidos, guau, ¿cómo tú por aquí?

Nosotros siempre andamos por aquí y esas cosas. Llegamos a entablar una amistad auténtica, lo que en un primer momento resultó ser excitante. Ya estoy dentro, pensaba, ¡ya he llegado, bohemia!

Por aquella época Patty trabajaba a media jornada en una peluquería de Clarkston. Empecé a ir allí a cortarme el pelo, pero, en un primer momento, no tenía el coraje de preguntar específicamente por él y a veces ponía excusas: fingía un ataque de tos o desaparecía completamente del lugar si la cola se hacía más corta y terminaba con el dueño, un italiano esquelético, dándome la brasa, o peor aún, con su hijo, un chaval contrahecho de quien todos decían que era bulímico, lo que para mí, en aquel entonces, era la versión femenina de la anorexia, lo que no hacía más que aumentar la confusión. Una vez llevé una foto de Antonin Artaud que había fotocopiado de la portada de un libro de la editorial City Lights y pedí que me hicieran ese mismo corte de pelo. Tu pelo no tiene nada que ver con el suyo, dijo Patty. No puedo cortártelo así. Luego me contó que su banda, que por entonces se llamaba Slave Demographics, había salido en un programa de música alternativa de Radio Scotland. Para mí era un mundo de fantasía.

A veces, por las tardes, tomaba prestado el coche de mis padres. Acababa de aprender a conducir y me iba en coche hasta Caldercruix y más allá, pasado el embalse y de ahí a mi antigua escuela, que se parecía más a un viejo campo de concentración, y desde allí al aparcamiento del Safeway y de vuelta por la estación de tren y una vez vi a Patty con su novia de entonces, a la que nunca llegué a conocer; fue antes de que comenzáramos a andar juntos y al poco tiempo cortaron, pero recuerdo que pensé: Guau, un romance de verdad; eso de tumbarse en la hierba y ponerse a charlar ahí sobre Sylvia Plath. Ella tenía el pelo oscuro, cortado a lo chico y llevaba los ojos pintados como una diosa egipcia. Él fumaba un cigarrillo, seguramente un canuto, pensaba yo, y llevaba un sombrero de copa abollado e iba con gafas de sol. Los observaba adentrarse en sus propias vidas y me daba la sensación de que estaba ante mi yo futuro, mi avatar soñado, que regresaba a una vivienda de protección oficial en Cairnhill que era la puerta de entrada a un universo paralelo.

Mi primer concierto fue en Glasgow, en un garito en un piso en algún lugar cerca de West George Street. Era el tercer piso de un edificio en el que

había también un restaurante chino y un bar de solteros. Había dos filas que se excluían mutuamente: la de los punkis y la de los guais. Cuando Johnny y yo alcanzamos el final de la escalera, alguien comenzó a cantarnos «The Trail of the Lonesome Pine» de Laurel y Hardy. De lo siguiente que me acuerdo es que estaba dentro del sitio bebiendo cerveza de una botella por primera vez en mi vida. Tocaron una canción de The Gun Club y Johnny y yo nos pusimos a bailar. Yo tenía las manos metidas en los bolsillos y parecía, básicamente, un imbécil; en cambio Johnny estaba con la cabeza agachada y los brazos en el aire, como si estuviera completamente inmerso en el baile. Luego vi a unas chicas de Airdrie que conocía de vista, unas posturitas de la leche, y Johnny me dijo: Vamos a hacernos un «Thunders», lo que significaba abrumarlas con nuestras credenciales, que fue lo que intentamos hacer. Somos los tíos más psicodélicos del lugar, les dijo Johnny. Luego le dio un cachete a una de ellas en el culo. Yo me quedé perplejo. Estaba como pez en el agua. Y ella no protestó. De hecho se rio. Luego vi que se iba con un tío que parecía un treintañero con una calva en la coronilla. Yo no estoy calvo, pensé, ¿qué tengo de malo? Finalmente el grupo comenzó a tocar: era la nueva banda de Patty, Occult Theocracy. Sonaban como un trueno en el horizonte más remoto de mi cerebro. El cantante, al que todo el mundo llamaba Street Hassle —un tío que en invierno iba andando por la calle, en medio de la nieve, como un tirado, con una camiseta sin mangas y una lata de cerveza en la mano—, cogió el micro y se lo metió a presión en la boca de modo que aquello sonaba como el zumbido de una mosca y luego comenzó a decir: Mamá; repitió: Mamá; después hiperventiló durante un rato y dijo de nuevo: Mamá, sí, me siento muy bien. Cuando volví a casa me puse enfrente del espejo y empecé a revolverme el pelo. Sabía que nunca me lo volvería a peinar de nuevo.

Me compré una guitarra acústica que era lo único que me podía pagar y en los días que libraba —es decir, en los días en que no estaba haciéndome una paja en el baño de personal mientras me imaginaba a las limpiadoras en ropa interior—, me sentaba en el parque y hacía como que tocaba aunque, en realidad, no tenía ni puta idea de tocar. Miraba si la gente me observaba: llevaba un par de gafas de sol negras, de patillas anchas, y un día se fijó en mí Big Patty, que iba con un par de colegas, y se acercaron y se sentaron

conmigo. Patty parecía un cadáver. Supuse que se estaba metiendo. Éste es Beano, dijo, presentándome al más alto de los dos, que tenía la nariz hinchada de un borracho o un caso de rosácea bastante feo; fuera lo que fuera no tenía buena pinta. Al otro lo llamaban el Doug. El Doug iba con una cazadora de motero con una cita de John Cage escrita con Tipp-Ex en la espalda: algo acerca de no tener nada que decir y decirlo. Había pillado una copia *deIndeterminacy* de John Cage en una de mis últimas incursiones por las tiendas de discos e intenté impresionarlo. Me pongo *Indeterminacy* en el trabajo, en los cascos, mientras limpio los cacharros de la cocina, le dije. Igual sería mejor que escucharas a los cacharros, dijo inexpresivo el tal Doug.

Oye, dijo Patty, ¿nos podrías hacer un favor? Claro, contesté. Dime. No, dijo. Olvídalo. No merece la pena. Venga, le dije. Me gusta ayudar. Sacó un cigarrillo e intentó encenderlo, pero el viento apagaba la cerilla y después del quinto intento estrujó el cigarrillo en su mano y lo tiró al suelo. Te necesito para que devuelvas algo de mi parte, dijo. Realmente es muy poca cosa: unas cuantas cintas. Se las pedí prestadas a un tipo de Craigneuk, pero la cosa se ha puesto un poco..., vamos, que se ha salido de madre, así que es mejor que, ya sabes, me mantenga lejos. Además él tiene un montón de discos míos que necesito recuperar. ¿Me puedes ayudar, entonces? Quería preguntarle por qué no se lo pedía a Beano o a el Doug, pero, en lugar de eso, le dije que sí. ¿Puedes hacerlo ahora?, me preguntó. Luego me dio un montón de cintas con discos grabados y con los títulos de las canciones escritos con una letra diminuta y casi indescifrable. Uno de ellos tenía en una cara un recopilatorio de temas de la Chocolate Watch Band y el primer disco de Suicide en la otra: el siguiente fin de semana me fui directo a comprarlos. Espera un segundo, dijo el Doug cuando estaba a punto de irme, ¿te hace un poco de Buckie? Y me alargó una botella medio llena de Buckfast<sup>[1]</sup>. Nunca había probado el Buckfast en mi vida y la verdad es que sabía a rayos, pero mientras me la apretaba, los tres comenzaron a aplaudir y a cantar *Ross, Ross, Ross*, de modo que me sentí obligado a matarla entera de un trago. Me miraron maravillados. Ya estaba dentro.

La dirección a la que iba estaba en Howletnest Road. Me puse el *walkman* y escuché «Dirt» del *Fun House* para el camino. Iggy era un genio. Nunca me sonó mejor. Mi cuerpo estaba vibrando entero con la música, el

Buckie y el sol. Cuando llegué al sitio, parecía un vertedero. El jardín estaba hecho una mierda, había basura esparcida por la hierba de la entrada y una caravana cochambrosa aparcada en la entrada. Al momento me entró un bajonazo. Comencé a sentir náuseas. Escuchaba que alguien estaba haciendo algo en el interior de la caravana de la que salía esa clase de zumbido agudo que le saca a uno de quicio. Decidí llamar mejor a la puerta de entrada de la casa y al momento se detuvo el zumbido y paró todo el trajín en el interior de la caravana. En la puerta apareció una mujer de mediana edad, muy pequeña, con un cigarrillo en la mano y una melena canosa. ¿Sí?, dijo. Busco a Fred, contesté. Querrás decir Lucas, dijo ella. ¿Lucas es Fred?, le pregunté. Fred era su mote en el colegio, dijo. Yo no lo fomento. Se llama Lucas. O Luke. A veces lo llaman Luke. O Luciani. Bueno, ¿está Lucas?, le pregunté. No, contestó. Me temo que Lucas no está disponible ahora. ¿Quieres dejarle un mensaje?

Le expliqué que necesitaba devolverle unas cintas y recuperar unos discos. Para entonces se habían reanudado los ruidos en la caravana y podía percibir un golpeteo constante que sonaba como un borracho tropezándose con el mobiliario. Estaba empezando a invadirme el pánico. Me giré y vi una palabra escrita en la mugre de la ventana de la caravana: EUGROM, ponía. Me zumbaban los oídos. Sentía que me iba a desplomar allí mismo. A continuación me vi desde arriba, tirado allí en medio del camino, con un fino reguero de sangre que manaba de mi frente y formaba un charco delante de mí y vi cómo una figura que surgió de dentro de la caravana levantaba mi cuerpo y me metía en el interior.

Lucas estaba construyendo un volcán en el interior de la caravana. El volcán, me explicó, era el equivalente a lo que significa una silla de ruedas para una persona con discapacidad física. Es un medio de transporte, dijo. Me permite hacer conexiones. El volcán estaba hecho de cajas de zapatos viejas, periódicos arrugados, tarjetas de felicitación dobladas, pelotas formadas con envoltorios de papel. Unas largas boas de plumas —rosa, azul y púrpura— servían como ríos de lava. Llevaba un cuaderno rojo en la mano. ¿Cómo me has dicho que te llamabas?, me preguntó. Ross, le dije. Ross Raymond. Lo anotó en su cuaderno. ¿Nos hemos visto antes?

No, le dije. Es la primera vez, y me di unos ligeros toques en el corte que

tenía en la frente con una camiseta vieja que me había dado. Él me había dejado sobre un sucio sofá de terciopelo azul debajo de la ventana. Me han hecho siete operaciones en el cerebro, me contó. He luchado contra la enfermedad mental durante la mayor parte de mi vida. Pero la parte creativa, la parte creativa ha sido la que más recompensas me ha proporcionado. Hablaba con un tono de voz suave, un poco ausente. Un zumbado, me dije, un lunático amable. El problema era la memoria: no tenía, o muy poca, o, más bien, todos sus recuerdos estaban ocultos, bloqueados por la química, por el agua, concretamente; lo llaman agua en el cerebro; lo que ocurre es que todo suceso se desvanece, los detalles concretos de la existencia cotidiana quedan como los restos astillados de un barco a merced de la tormenta. Éste es mi cuaderno de bitácora, dijo, mientras hojeaba sus notas, momentos reconstruidos en el despertar de una catástrofe. Luego señaló al volcán. Y aquí es donde viven los recuerdos.

Me di cuenta de que me la habían jugado. Él no podía tener ni la menor idea de cuáles eran esas cintas, ni siquiera de que fueran suyas. ¿Conoces a Big Patty?, le pregunté. Big Patty, repitió, resoplando el nombre a pleno pulmón hasta el punto de que pude oler su aliento. Espera un segundo, dijo, y luego agarró una agenda telefónica verde con un dial en la cubierta en el que la rueda saltaba con ciertas letras. Big Patty, me dijo. ¿Patty Whitaker? ¿Patty Thomas? ¿Patricia Black? Es músico, dije, toca en Occult Theocracy... Música, música, música, dijo. La música es una de las cosas de las que los humanos deberían estar más orgullosos. ¿Quieres escuchar algo de música? Puso una cinta en el radiocasete. Era el mismo sonido que había escuchado desde el exterior de la caravana, un solo tono apenas fluctuante. Eché un vistazo a la caja del casete y tenía la misma escritura minúscula que la de Suicide y el recopilatorio de la Chocolate Watch Band. La obra era del compositor sueco Folke Rabe, una pieza llamada «What??». Nunca había escuchado nada igual. Parecía llenar todo el espacio de la caravana.

¿Has estado alguna vez en Jos?, me preguntó Lucas. No, dije, pero la conozco, curiosamente. Es una ciudad de Nigeria, le dije. Entonces sabes dónde está el centro del mundo, replicó él. En un primer momento me pregunté si eso había sido un recuerdo auténtico o si lo habría sacado de cualquier otro lugar. A continuación reflexioné acerca de dónde salían mis

propias opiniones y me callé la puta boca.



## ESTO NO TIENE NI PIES NI CABEZA

*Ross Raymond entrevista a Big Patty de Memorial Device para el segundo número del legendario fanzine que fue arrojado detrás de un matorral y que nunca vio la luz del día y donde sólo consigue hacer una única pregunta de mierda en toda la entrevista, increíble.*

Bueno, esto, eh... la primera pregunta es si puedes contarme un poco sobre toda la idea detrás de... bueno, de Memorial Device.

Bien, Ross... me sentía, no desconcertado, ni inquieto, ¿cuál sería la palabra intermedia entre estas dos?

¿?

Incómodo y desfasado, si se puede decir así.

¿?

¿Pero desfasado respecto de qué, digo yo?

¿?

Era más bien como si estuviera fuera de órbita. Como si un pedazo de detrito espacial me hubiera golpeado y me hubiera quedado dando vueltas en el vacío. Había pasado un tiempo escribiendo canciones o mejor, dejémosnos de gilipolleces, sufriendo lo indecible para escribir canciones. Luchando por convertirme en un compositor de canciones. Me sabía unos cuantos acordes que había aprendido de los Modern Lovers. Ya sabes cuáles, RE, MI, LA, ese otro acorde raro en RE, el que Johnny Thunders usaba en «You Can't Put Your Arms Around a Memory» y «Lonely Planet Boy». El acorde más bonito de todos. Y también intentaba escribir letras.

No te importa si enciendo uno, ¿no?

¿?

Íbamos a casa de los padres de mi novia... tenían una cabaña en Greengairs, un sitio silencioso y aburrido... pero allí cultivaban sus propios vegetales y uno podía comer gratis... se convirtió en algo así como mi centro de operaciones... Allí intentaba crear esos sonidos y trataba de expresar algo, pero aquello parecía artificial... como si estuviera intentando aprender a copiar o a emular... sonaba falso, en cierto modo... yo escribía esas canciones y me daba cuenta de que los sentimientos que había allí... si es que podían llamarse sentimientos... eran más bien como... no sé... no eran míos y tampoco eran los de otra persona... Eran como esas cosas que envejecen en las vitrinas de las tiendas... baratijas... eran como cantarle a una planta... Eres verde y creces bajo la lluvia, por un tiempo, luego te vas... ése era el nivel... Aunque en realidad ése no era el nivel... En esa época yo habría sido incapaz de plasmarlo en estos términos tan simples... ya sabes... toda esa escuela Lou Reed tipo: Fui a la silla y me senté... Así es como lo describe Lester Bangs... ¿Conoces a Lester Bangs?

¿?

Bien...

O sea, a mí me gustaba eso. Pero había una sensación dentro de mí que no aparecía como puede aparecer una progresión de acordes o una melodía. Yo tenía mucha rabia, entiéndeme, mucha frustración. Todavía me siento así. Pero nunca me aburría. Eso es lo que yo detestaba del *punk*. Toda esta cosa de quejarse del aburrimiento. ¿Qué coño es eso del cómic situacionista? No lo aguanto.

¿?

Ése donde las dos chicas francesas refunfuñan sobre cómo no hay nada que ellas no harían para elevar los estándares de aburrimiento.

¿?

Me parece infumable. ¿Esta gente es *punk* y sin embargo se queja de que los demás no hagan un esfuerzo para entretenerla?

¿?

¡Venga ya! ¿No se trataba a fin de cuentas de que cada cual creara su propia manera de entretenerse?

¿?

Entonces tuve esta intuición horrorosa. Como que todo era una droga.

Algo para sonámbulos. Caminando en sueños de generación en generación. Ya fuera Frank Sinatra, y créeme que odio al puto Frank Sinatra, ya fuera Johnny Rotten o Bob Dylan. Todos estos capullos cantando del mismo libro de himnos. Como putos niños de coro. O Elvis Presley, aunque con Elvis quizá pasaba otra cosa, no sé.

¿Alguna vez oíste hablar de Sinew Singer?

¿?

Este tipo que salió de Airdrie en los años 50. La única contribución de Airdrie al *rock and roll* entendido como algo que de veras te expande lo sentidos.

¿Sabes de dónde sacó el nombre?

¿?

Pues mira: un amigo suyo tenía un cuaderno de recortes con fotos de estrellas del *rock* y del pop. Buddy Holly. Los Everly Brothers. Las nenazas de Dion & The Belmonts. En fin. Una noche estaban hojeando el cuaderno y el tipo llega a una página donde había una foto de Elvis. El primer Elvis. El Elvis joven. Elvis cuando Elvis parecía una navaja automática. Y al verlo el tipo siente que ha metido los dedos en el enchufe de la luz. Contaba que literalmente se le erizó el pelo en un gran tupé. Ya sabes a qué se refería. Ese peinado aerodinámico. Fue una cosa que lo lanzó desbocado al futuro. Le preguntó a su amigo: ¿Quién coño es éste? Y el otro le contestó: *It's a new singer*<sup>[2]</sup>. Pero el tipo oyó mal y pensó que le habían dicho Sinew Singer y eso le acabó de volar la cabeza. Fue como si le hubieran dicho que cada músculo de ese tipo, cada vena, cada puto *sinew* de su cuerpo podía cantar. ¿Me sigues? ¡Que le den a Iggy Pop! Y luego se dio cuenta del error, aunque realmente no fue un error porque en ese momento se convirtió en Sinew Singer. Ahora le tocaba dar la talla. Y si me lo preguntas, eso es para mí el genio. En mi opinión el genio es una cosa accidental, un error; de hecho, empieza como una equivocación. Y no me importa lo que pienses. Pero cuesta equivocarse en una urbanización en Airdrie. Aunque en el fondo todos se equivocan, pero quieren tener la razón a toda costa. Quieren tener una linda cocina, un horno y una lavadora. Un edredón en lugar de una bolsa de dormir. Una maldita casa de cemento con cuatro ventanas. Un coche de mierda. Una aspiradora. Un curro como una puta prisión. Una tele gigante en

el salón. Despertarse a las seis cuando todavía está oscuro. Y por si fuera poco, quieren respeto. Por estar en lo cierto. ¿Cómo es posible respetar a cualquiera por el simple hecho de que tenga razón?

¿?

Qué jodidamente simple. Qué anodino, qué estupefacientemente, qué putamente anodino. Felicidades. Hicisteis lo correcto, ¿lo sabéis?

¿?

La gente me pregunta por qué le pedí a Remy que se uniera a Memorial Device. Qué fue lo que me hizo invitar a este tipo que venía de un grupo de pop electrónico supuestamente banal a tocar el bajo con nosotros. Mi punto es que cuando vi tocar a Relate por primera vez de inmediato pensé: Guau, qué mal todo. Ahí estaban esos dos pelmazos... esos dos payasos, vamos... aunque eran más macabros y tristes y desesperados que unos payasos... El maquillaje estaba tan mal hecho que sus bocas se veían como dos medias lunas negras y eso les daba un aspecto de cadáveres hinchados... o de muñecas hinchables de pesadilla... La música era terrible, Dios, terrible... y ese par de idiotas allí saltando... Recuerdo que en un momento Remy pegó un brinco combinado con una patada voladora... llevaba puesto básicamente un pijama pintado a mano... y se golpeó la cabeza con el techo del local... por supuesto, ellos hacían todo ese paripé en el que se untaban sangre, pero esa vez parecía que Remy realmente se había abierto la cabeza y estaba sangrando mucho... y no había nadie en el público... bueno, quizá cuatro o cinco personas... pero nadie les estaba dando la más mínima bola... excepto yo... y a esas alturas yo estaba enganchado, fascinado... o quizá sería más correcto decir que había caído bajo el hechizo... era algo compulsivo... Estos tíos están vivos, pensé... Parecían totalmente inconscientes de la ausencia total de respuesta... sus caras estaban completamente desencajadas y parecían dos huevos machacados... Esto no tiene ni pies ni cabeza, pensé... me encanta.

Pasa lo mismo con Lucas. Quiero decir, Lucas siempre está montando un espectáculo, en cierto modo. Por su enfermedad. Siempre está intuyendo su camino a través de un nuevo rol. Cada minuto del día. Y no quiero sonar como que quiero aprovecharme de eso, no. Pero cada actuación es como la primera. Cada vez que despierta es como la primera mañana de la tierra. Con

Lucas no hay posibilidad de caer en una rutina. Él es perpetuamente nuevo. Y sé que también sufre por esa misma razón. Sólo puedo imaginármelo. Pero creo que hay algo muy satisfactorio para Lucas y para todos nosotros en el hecho de ser capaces de hacer un uso ritual a costa del olvido y de la memoria. Y por supuesto, así es como di con el nombre de Memorial Device. Para mí, era como Shakespeare.

¿Quieres una calada?

¿?

Guay. Todo guay. Como decía... yo había atravesado mi propia crisis artística... estuve metido en el *punk rock*... por un tiempo... quién no lo estaba... pero daba la impresión de que todos acababan en la cárcel... pagando sentencias estúpidas... Los tipos de The Tunnel... uno de los grandes grupos de Airdrie... ritualistas duros... acabaron en la trena por profanar tumbas... Habían cavado un montón de sepulcros en la iglesia de Clarkston buscando fémures para hacer trompetas... Bueno, eso yo lo respeto... eso al menos parecía algo por lo que vale la pena pagar cárcel... había algo inocente y trágico en una cosa así... eso me parecía atractivo... pero los demás estaban en la trena por robar en las tiendas, por asalto y agresión... por allanamiento de morada, por posesión de drogas, por ebriedad y por disturbios... absurdo. Desde luego que me atrae la locura... lo admito... pero sólo si te revitaliza... o si te destruye por completo... sólo si te vuelas a ti mismo o te arrancas a pedazos... hacia otra vida... y otra vida... y otra vida, persiguiendo otra vida... estos tipos sólo eran unos vagos... Nunca defendí al perro perdedor... nunca perdí de vista que seguían siendo perros... Para mí la gente que yo respetaba eran ganadores... quizá no a los ojos de la sociedad... pero para mí no eran víctimas... era gente que llegaba a lo más alto... incluso si andaban a dos velas... y cubiertos con harapos... incluso si no podían mirarte a los ojos y estaban medio locos... pero todo terminó en los sitios a los que iba... estos clubes... estos búnkers... estos refugios antinucleares... Porque así es como se sentía uno en esos sitios... Yo me sentaba allí en la oscuridad a mirar a esas bandas de *punk*, moviéndose por el escenario, en plan bocazas... tocando los mismos tres acordes, avanzando a trompicones por ese mogollón de canciones que en realidad habían ensayado hasta la muerte... No había ninguna espontaneidad

allí... nada de realidad... nada de vida... y fue allí cuando empecé a pensar... Dios... hemos cavado estos refugios, por debajo de la tierra... hemos alzado estos muros... hemos cubierto todas las ventanas... pintamos todos los baños de negro... nos hemos emborrachado hasta el límite de la demencia... sólo para mantenernos al margen de la vida... Se supone que el arte te abre a la vida y aquí estamos... La habíamos acorralado hasta el punto de que nos metimos en una caja negra... con un montón de espejos sucios cubriendo los muros.

¿Ey, colega, todo bien? Sí, colega, está de coña esta maría. ¿Qué haces? ¿Yo? Estoy haciendo una entrevista. ¿Que cómo pinta? No sé, es una entrevista. No, no tengo más, se me acabó. No, colega, no. Llámame más tarde, llámame luego. Lo siento, tío, estoy aquí con un conocido. ¿Conoces a los Winhall Starvers?

¿?

El tipo toca el bajo con ellos. ¿Seguro que no quieres una calada?

¿?

Oí hablar de un bloque de apartamentos que iba a ser demolido al este de Glasgow... El domingo de la explosión me las arreglé para llegar hasta allí por mi cuenta... Había helicópteros volando entre nubes de polvo... El chasquido de las radios de la policía... No vi a nadie de la escena musical... excepto a un tipo... un mensajero... que, para ser francos, me caía muy mal... pero estaba de buen humor ese día... me había levantado temprano y la noche anterior había bebido... Entonces acabé parado junto a este tipo, que iba con pantalones cortos y una gorrita de *baseball*... lo siento, pero el tipo me parecía repelente... especialmente su nariz... su nariz roja y mocosa, pero en fin... miré a mi alrededor y sólo se veía a gente del lugar... era como un acontecimiento del barrio... el edificio tenía su historia... lo habían construido en los 60... pensé en toda la gente que había vivido allí... era algo muy poderoso... y la gente estaba comiendo chocolate y tomando bebidas y fumando... y el rumor era que habían desviado los trenes... y de repente se escuchó ese sonido... ese ruido de sirenas... o como una llamada de advertencia... y todo el mundo se quedó con la boca abierta... alguien gritó a mi lado... y se oían las hélices de los helicópteros girando sobre nuestras cabezas... y se detonaron las cargas... y el edificio se desmoronó... colapsó

hacia delante y se dobló sobre sí mismo... como un hombre enfermo que cae de rodillas en el metro... pero había algo inequívocamente artístico en todo eso... En el sonido de la explosión pude oír los años de planes urbanísticos... las décadas de construcción... la duración de las vidas de esas personas... había torres de edificios en todo el perímetro y la explosión no los alcanzó por escasos metros... Sentí que me arrastraba el viento... había tantas cosas sucediendo a la vez... Me dije... OK... de ahora en adelante la música tiene que sonar como un edificio que se desploma y si no, apaga y vámonos.

Verás, amigo, me tengo que ir. Ya fue suficiente por hoy, ¿te parece?

¿?

Bien, amigo, guay, nos vemos luego.

¡Joder!



# RESACAS DE DÍA QUE SÓLO PUEDE REMEDiar UNA SESIÓN DE MASTURBACIÓN FRENÉTICA

*Scott McKenzie se convierte en el primero de una larga lista de hombres obsesionados por Mary Hanna (esto sucede antes de que ella se una a Memorial Device), pero más que eso se trata de que él no suelta prenda aunque lo intenté varias veces con una batería de preguntas complementarias; él pasa de mí en su estilo: su única ambición era hacer lo menos posible, aunque yo lo admire y todo Airdrie lo elogie por ello, en una especie de gorroneo patoso y desganado por toda la ciudad.*

He de decir que Mary estuvo en el 50% de las mejores bandas que surgieron en Airdrie a mediados de los 80. Realmente estaba muy solicitada. Al principio alguna gente especuló con que fuera lesbiana. Pero ello se debía principalmente a su apariencia distante. ¿Cómo la conocí? Me alegro de que me hagas esta pregunta porque es otra historia que, de hecho, no tiene nada que ver con la música. Fue el verano siguiente después de terminar la secundaria. Yo tenía diecisiete años. Fue esa clase de veranos que ya no se repiten. Juro por Dios que el asfalto de la calle se volvió líquido. La gente se bañaba en los ríos. En esos ríos llenos de mierda. Esos ríos hediondos de verano. Y aun así. Encontré trabajo en una fábrica de cemento en Coatdyke. Estaba en la oficina, lo que no era trabajar, afortunado de mí. Por allí no aparecían muchos clientes pidiendo sacos de cemento, aunque, claro está, siempre se acercaba alguno. Generalmente era gente que acababa de comprar su casa de protección oficial y quería hacer alguna reforma, o albañiles

autónomos. Tratábamos mucho con el sector.

Mi jefe era un imbécil, no hay otra manera de verlo. Cuando rellené la solicitud, la cogió y se la puso delante de la cara porque era muy corto de vista, y dijo: Está bien que tengas una letra tan clara. Pensaba que era lo que tenía que decir en ese momento. Consideraba que era el modo de evaluar a posibles empleados. Mi letra ni siquiera es clara. De hecho es un desastre. No la entiendo ni yo. Está todo controlado, recuerdo que fue lo que pensé en ese momento. Me voy a tocar las narices.

Además del jefe, había una gente que se encargaba de la entrega del cemento y de cargarlo y descargarlo en los camiones, y también una secretaria llamada Rachel que parecía un pato. O quizá se parecía más a un emú. Tenía un cuello muy largo y una cabeza diminuta, y llevaba sombra de ojos y el pelo negro estirado en una coleta muy tiesa. Sí, igual se parecía más a un emú. Le gustaba mucho la música y su novio tenía una calva incipiente rematada con una larga coleta pelirroja. La pasaba a buscar después de la jornada laboral y se iban el viernes por la noche al Glasgow Tech, se bebían unas pintas de sidra con cerveza y se echaban unos bailes con The Cure o The Sisters of Mercy. O peor aún. Después ella contrajo una enfermedad y se le empezó a caer el pelo. No sé qué nombre tiene. Empezó a ponerse un pañuelo en la cabeza y parecía una monja. Una monja con las gafas esas que llevaba John Lennon. No era atractiva, pero los tíos del almacén hacían bromas sobre tomar los hábitos y esa clase de coñas.

Uno termina por conocerse a la clientela y, evidentemente, les poníamos motes a todos. Había uno al que llamábamos Meada Rara, otros dos eran Hansel y Gretel y uno al que apodábamos Dos Bañeras. Cualquiera que trabajara allí estaba siempre cubierto de una capa permanente de polvo. Estaba por todas partes, de modo que parecíamos una panda de esculturas andantes. En los primeros días escuché mencionar a una clienta a la que llamaban la Artista. Cada pocos meses se pasaba por allí para pedir un saco de cemento. La describían como una chica menudita con unas enormes gafas de sol. Con una melena que le colgaba por la espalda y unos pantalones vaqueros de pitillo. Con deportivas ajadas y a menudo sin calcetines. Con una chaqueta de ante con desgarrones. Se cargaba a la espalda el saco de cemento y se volvía a casa casi completamente doblada. Eso tengo que verlo, me decía

a mí mismo. Pero los primeros meses no apareció por allí.

De vez en cuando los compañeros de trabajo salíamos juntos por la noche y el jefe nos reservaba un salón de actos en el hotel Tudor. Todo el mundo se ponía ciego e intentaban ligar con Rachel. El jefe insistía en emplear sólo a católicos, lo que la volvía doblemente vulnerable. A veces su novio la acompañaba y entonces empezaban a oírse chistes sobre Status Quo o las galletas Príncipe o los capones, así que se largaban pronto y entonces nos quedábamos libres para inventar historias sobre nuestras vidas sexuales que, en mi caso y por entonces, se reducía a una en su totalidad. Aunque algunos de los tíos estaban casados con esposas que parecían niños feos, nunca hablaban sobre sus esposas. Sólo hablaban de las chicas con las que se habían acostado cuando estaban en el instituto. Habían mantenido relaciones sexuales bajo los puentes del tren, mientras faltaban a clase, o en verano junto a las vallas de los campos de golf. Flotaba en todo aquello un aire de tristeza que no me resultaba ajeno.

Todo llegó a un punto crítico en la fiesta de Navidad de 1983. Previamente había estado bebiendo por mi cuenta. Había quedado con unos viejos amigos de la escuela en Glasgow y por la tarde llevaba un pedo importante. Luego me había subido en un tren dirección a Airdrie y me había quedado dormido boca arriba en un parque al final de Forrest Street. Cuando me desperté el sol estaba poniéndose y tenía una de esas resacas de día que sólo se curan con una sesión de masturbación frenética. Me pajeé detrás de un árbol con los pantalones por los tobillos y al aire libre, tal y como me gustaba. Luego me fui caminando hasta el hotel Tudor. Mientras iba por la ciudad, me invadió una sensación de despreocupación.

El jefe había contratado a un pincha y había allí un montón de esposas y novias de empleados. Intenté sacar a bailar a unas pocas de ellas sin ninguna clase de cortesía y también porque todavía estaba borracho. No es que estuvieran muy allá, pero olían realmente bien. Las mujeres de mediana edad siempre me han resultado atractivas. Rachel iba a su rollo. Su novio ya se había ido por entonces. Para decirlo con otras palabras, lo habían espantado. Me di cuenta de que estaba de muy buen rollo. También me di cuenta de que algo no estaba yendo bien entre ellos. Llevaba un canuto en el bolsillo desde hacía rato y le pregunté si le apetecía una calada. ¿Es ilegal?, dijo. En ese

caso, sí, por favor. Ilegal: esa salida estuvo bien. Salimos fuera y nos metimos por los arbustos. Nos abrimos camino por un sendero cubierto de maleza que discurría en paralelo a las vías del tren. Yo apenas veía por dónde estábamos yendo, pero ella me agarró del brazo y así me concentré en dar un paso después de otro mientras nos adentrábamos en la oscuridad. Llegamos a un pequeño puente de madera iluminado por el resplandor de las farolas y encendí el porro. Cuando se lo pasé casi me tuve que agachar. Era muy bajita. Pero le dio una calada de profesional y exhaló una enorme nube de humo sin soltar una sola tos. Estoy embarazada, dijo. Igual no debería andar fumando. Luego dijo: A tomar por culo, y le dio otro meneo. ¿Quién es el padre?, pregunté. Mi novio, naturalmente, dijo. ¿Quién coño te crees que puede ser el padre? Lo siento, dije. Vale, dijo ella. Sé que todo el mundo dice que es un castrado. Simulé que no sabía a qué se refería. Sabes de qué te estoy hablando, dijo ella. Un capao. Ah ya, dije, aunque había estado al tanto de la mofa desde el comienzo. Vi en el colegio un vídeo de un recién nacido llorando en un cubo, contó ella. No lo quiero, dijo. No quiero a mi niño. Pero tampoco lo quiero llorando en un cubo. En ese momento yo estaba ya completamente colocado. Comencé a imaginarme a mí mismo en un cubo con mis piernas y brazos por fuera en movimientos inconexos. Por un instante pensé que me estaba ahogando en mis propios fluidos. Necesito sacarme esto de la cabeza, me dije. A continuación ella comenzó como a coger con la mano algo que estaba delante de su cara. Era como si estuviera intentando atrapar algo que flotara en el aire. ¿Has visto?, me dijo. ¡Son luciérnagas! No hay luciérnagas en Airdrie, le iba a decir yo, pero en ese momento vi una y luego otras cuantas más revoloteando a nuestro alrededor. Dios mío, dijo ella, están formando constelaciones. Ahí está la Cruz del Sur y ahí el Centauro. Ésos son los únicos nombres de los que me acuerdo. Ella mencionó más, pero nunca fui bueno en astronomía. Sin embargo puedo afirmar que las luces se movían en alineaciones y que es posible que estuvieran haciendo formas, así que podían ser cruces, perros o Hércules. Creo que veo mi signo zodiacal, le dije y la levanté, y ella, al momento, puso sus piernas alrededor de mi cintura y la besé y no separamos los labios en un largo rato. Nunca había besado a una mujer que estuviera embarazada de otro hombre, pero es cierto que el sabor es diferente. Es más sabroso para

empezar. ¿Qué vamos a hacer con nosotros?, me dijo.

Después se emborrachó y se cayó y un amigo de la mujer del jefe se la llevó a casa en un taxi. Me volví andando a casa. Tenía otra resaca en ciernes, pero me sentía de maravilla. Fue entonces cuando apareció Mary. La mañana siguiente llegué tarde al trabajo y justo cuando estaba remoloneando junto al letrero de la entrada escuché el ruido de la puerta y el sonido de unos pasos en la entrada. Levanté la vista. Ella llevaba puestas unas enormes gafas de sol negras. Necesito un saco de cemento, me dijo. Para llevar. ¿Qué te crees que es esto, le dije, un restaurante chino? Estaba intentando hacer una broma, pero ella ni se inmutó ni dijo palabra. Vale, dije. Un saco de cemento. Marchando.

## **DE REPENTE ME DOY CUENTA DE QUE REMY Y REGINA ESTABAN LIADOS (LO CREÁIS O NO)**

*A Johnny McLaughlin le dan una paliza en George Square, una auténtica somanta en George Square; de hecho, yo no estaba allí, pero cuando oí hablar del asunto, supe que tenía que ver con una mujer y así era, claro, un tema delicado, así que cuando le pedí a Johnny que escribiera algo para el libro, él me dijo que primero quería aclarar las cosas, y además, Remy Farr, que entonces acababa de dejar Relate, el pestilente grupillo de pop electrónico —y todavía faltaba un año, más o menos, para que se uniera a Memorial Device—, también estaba metido en el lío, de modo que dije: Bueno, OK, pero dejaos de gilipolleces.*

Aunque a Remy Farr lo llamaban Big Remy, en realidad no eran tan grande (eso sí, su cabeza era como un bloque de cemento). Lo otro es que nunca tenía cambios de humor (no parecía obedecer al espectro de emociones habitual en la gente normal). Nunca lo veías cabreado o desesperado, aunque a veces era más silencioso que el resto (pero incluso entonces parecía más bien una ola que va y viene, un fenómeno de escala planetaria, nada que ver con los sentimientos humanos ordinarios). Siempre hablaba delante de uno, no te hablaba a ti directamente, y lo que decía sonaba como algo que hubiera preparado antes (como una rutina, completada con chistes y pausas dramáticas), como si supiera exactamente cómo evolucionaría la conversación y hubiera preparado una serie de juegos de palabras y chascarrillos con mucha antelación (como si se hubiera anticipado a todo,

como si hubiera deducido cada ángulo, de modo que resultaba imposible desviar la conversación a un lugar que él no hubiera previsto).

Corría el rumor de que era gay (nunca nadie le conoció pareja). Había sido miembro de un dúo de pop electrónico de Coatbridge, muy conocido, donde ambos se disfrazaban y se empastaban la cara con maquillaje blanco (y con los labios enormes, pintados de negro) y se untaban de sangre (en el escenario). Sostenían que Leigh Bowery los había plagiado.

En su momento se publicó una nota sobre ellos en el *Airdrie & Coatbridge Advertiser*, una nota que citaba a Bowery, donde se debatía el mérito de la sangre falsa (versus la sangre verdadera). El otro tipo del grupo (nunca me acuerdo de su verdadero nombre, su apodo era Wee Be-Ro<sup>[3]</sup> porque se ponía tanto maquillaje blanco que parecía que se hubiera puesto harina en toda la cara) había hecho una defensa de la sangre falsa. Parece más real (decía). Huele a sangre (sabe a sangre). En cierto modo implica dejar vivir algo. La sangre te opera, te interviene. ¿La sangre te opera a ti?, le preguntó Wee Be-Ro. Así es, dijo Big Remy, la sangre es el cirujano.

Ésa es la historia de cómo sacaron el primer disco de 12". Yo lo compré en su momento (hacia el 82 debió de ser). Ross y yo comprábamos cualquier *single* independiente que saliera en Escocia, casi siempre en una cabina (en el primer piso) del Savoy Center, en Sauchiehall Street en Glasgow, donde un tipo que se llamaba Jim y su novia Moira (que siempre llevaba botas de cuero hasta los muslos y tenía el pelo ondulado) llevaban un puesto donde comerciaban con cosas como el primer EP de Disabled Adults, los primeros *singles* de The Pastels, Subway Sect, Scrotum Poles y Fire Engines (incluso tenían copias del legendario 7" de Dissipated), junto a «Blood is the Surgeon», de Relate (así se hacían llamar, un nombre terrible). Además nadie los respetaba porque cuando Imagination hizo su gran concierto en Coatbridge (después de aparecer en *Top of the Pops*), Relate aceptó ser su telonero (intentaron argumentar que ellos eran como una especie de caballo de Troya, colando una *performance* artística en el contexto de un bolo de pop coreografiado, pero nadie se tragó el cuento). De modo que Big Remy tenía mucho que procesar.

Me lo presentaron una noche en The Griffin, en Glasgow (una noche inolvidable, sin duda), local donde Ross y yo habíamos estado bebiendo con



un tipo que se llamaba Damien Cook (un viejo amigo del instituto que tenía su buena ración de problemas de personalidad) y, en un momento, Damien le dio un mordisco a su vaso de cerveza (y entonces, dijo: Retadme a que me lo coma), y más tarde recogió una babosa de la calle y la cocinó en una hornalla de gas (y se la tragó entera) y luego se quedó dormido en el balcón, desnudo, bajo la nieve (era a finales de noviembre). Llegados a un punto yo pensé: Que se muera y nos deje en paz, pero, como era de esperarse, a la mañana siguiente se levantó como si hubiera dormido como nunca en su vida (lo último que oímos es que había sufrido una crisis nerviosa y ahora vivía en Australia). Inevitablemente, Damien y Remy acabaron dándose cabezazos, dos agujeros huérfanos en busca de público (eso lo digo sabiendo lo que sé ahora, así que quizá no es justo que lo diga), pero así como Remy tenía su guion preparado de antemano, el de Damien era más bien como una improvisación desesperada a punto de caerse en pedazos (lo que quizá convertía a Damien en el mejor artista de los dos, sin restarle mérito a Remy, claro).

En fin, poco más de un mes más tarde, con otro amigo (de nada vale que te diga su nombre, no te sonará de nada, pero se llamaba Drew McPherson: tenía unos dientes enormes y su apodo era Morsa, Morsa McPherson), habíamos ido a Joy of a Toy, un club que funcionaba regularmente los viernes por la noche en George Street (en Glasgow) y después (mientras matábamos el tiempo esperando el autobús nocturno en George Square), me encontré con Big Remy. Alcancé a ver la portada del segundo LP de Suicide en su bolsa de vinilos, así que me acerqué a saludarlo. Entonces yo estaba saliendo con una chica guapísima (de Caldercruix), Regina Yarr. Regina había bebido demasiado y antes, esa misma noche, había montado una escenita y se había encerrado en el baño (y amenazado con suicidarse). Tenía todo el maquillaje corrido y las medias mal puestas, y andaba por ahí trastabillando descalza, con los tacones en la mano (en otras palabras, estaba para comérsela). Regina trató de arrebatarse la bolsa a Remy. Esto es para mí, dijo ella. «Mr. Ray» es mi canción favorita después de «All I Really Want to Do» de The Byrds (o podría ser «Chance Meeting», de Josef K). Remy estaba desconcertado. No es ni de cerca tan bueno como el primer álbum, dijo. Además está producido por Rick Ocasek de The Cars, por favor (un exceso

de espontaneidad, viniendo de él).

¡Y una mierda!, gritó Regina. ¡Y una mierda! En ese caso, deberías darme ese álbum ahora mismo porque a mí me gusta más que a ti. Entonces ella se dejó caer de rodillas y empezó a rasgar la bolsa (literalmente). Yo corrí a levantarla y sin pensarlo la agarré del pelo, ella giró la cabeza y aprovechó para morderme la mano, yo le di un bofetón sin pensarlo (un reflejo instintivo), pero acabé noqueándola sin querer. ¿Pegas a las mujeres?, dijo Big Remy (que se lanzó sobre mí al instante). De pronto estábamos rodeados de curiosos. Éste le pegó una hostia a la chica, dijo alguien, la dejó inconsciente. (No tienes huevos, recuerdo que alguien me gritó, lo que no debió de sentarle bien a Remy, por lo que pudimos saber sobre él más tarde, pero en fin). Dejadlo en paz, dijo otro, es un pobre mocoso (eso dolió). La gente me caía encima por todos lados. Traté de defenderme saltando y dando manotazos al aire. Alguien me agarró los brazos desde atrás y me inmovilizó mientras Remy, Big Remy (con toda la calma, eso es lo raro, lo que te decía de su temperamento), me daba hostias sin ton ni son en la cara (un ataque salvaje, en todo caso). Apenas pude librarme, otros dos tipos de traje que no tenían nada que ver con todo aquel embrollo trataron de aportar lo suyo (como si la sangre que me salía por la nariz me hubiera convertido en una presa de caza). La Morsa McPherson se largó de la escena y ni siquiera me ayudó a levantarme (ni siquiera se quedó para ver si estaba bien), así que en ese momento se acabó nuestra amistad por lo que a mí respecta (ahora trabaja en un banco, el muy gilipollas). Al cabo de un rato apareció la policía y me interrogaron delante de un portal, aunque lo único que les interesaba era saber si yo era gay o no (lo que en absoluto venía al caso, pero de todas formas sentí como una especie de retribución divina extremadamente pírrica). Tomé el último autobús para volver a casa. Lo siguiente que supe es que Remy y Regina estaban liados (lo creáis o no).

## **RIMBAUD ESTABA DESESPERADO O IGGY YA LO HA VIVIDO**

*Ross Raymond recuerda andar por ahí con Richard, el batería de Memorial Device, mientras éste aburre a la gente hasta el llanto (pero no tanto ni tan profundamente, eso no era del todo cierto, tal y como todo el mundo supo con el tiempo cuando Richard quemó todas las naves) en otro pasaje del libro épico sobre Airdrie que un día iba a escribir Ross, pero que, claro está, nunca llegó a terminar y que nunca tuvo un título definido, pero que, dependiendo del momento, pudo haberse titulado El nuevo libro de Airdrie o Airdrie es así o Airdrie llamando o Un Airdrie alternativo o incluso Airdrie invertido (éste estaba siempre en la recámara por el álbum de Memorial Device titulado Cruz de Calder invertida); también estaba Airdrie en negativo, que era otra opción y, por supuesto, No Airdrie, que siempre consideró un buen título, pero quizá era demasiado evidente, ya sabes, como No Nueva York; y también Airdrie subterráneo, con el que jugueteó durante un poco, Airdrie underground, quién sabe, Dale y tira una bomba en Airdrie..., no era capaz de decidirse, y qué importa ahora, de todos modos, cuando no hay nada underground en Airdrie que hable de cualquier cosa y todo está en la superficie y es feo a la vista, y por qué se refiere a sí mismo en tercera persona de repente, esto es otra cosa que nunca sabremos.*

Por aquel entonces Richard Curtis parecía el más soso del grupo, o quizá el más honesto, es razonable decirlo, quizá el más normal, aparentemente, que es lo que intento expresar; en otras palabras, para un observador o un mero conocido o un espectador, podría parecer un completo y absoluto marciano, lo que no era del todo cierto, pero lo convertía en el personaje más

excéntrico del grupo, el menos normal, de algún modo, lo que lo convirtió, inevitablemente, en el batería.

Lo conocí después de que lograra colarme en una sesión de grabación de Meschersmith, que fue su primera banda, con la excusa de hacerles una entrevista para el segundo número del legendario fanzine que nunca vio la luz del día. Cuando llegué al estudio, que habían montado en las tripas de una iglesia fantasmagórica y medio abandonada que estaba en Plains, Richard estaba dando los últimos retoques a una maqueta Airfix de una moto Yamaha de los años 70. ¿Qué cojones hace éste con una maqueta Airfix en un estudio de grabación?, me dije a mí mismo. Lo siguiente que supe es que me habían enrolado para hacer los coros en una versión de los Buzzcocks. Por aquel entonces los demás miembros de Meschersmith eran todos comunistas y trabajaban en el ayuntamiento, todos a excepción del guitarrista, Jim, que trabajaba para una carnicería de la localidad, de modo que la conversación se movió entre lo trivial y la cotidianidad política, el salario vigente de los *roadies*, los cortes de carne, la política del ayuntamiento... Me aburrí de una manera tan innecesaria que puse una excusa y me largué en seguida de allí.

Mi amistad con Richard era natural y confortante. Cada viernes por la noche nos encontrábamos al final de la calle que había junto al restaurante chino y andábamos hasta el The Staging Post de Airdrie, donde habíamos adquirido el estatus de estrellas locales: Richard por un vídeo de Meschersmith que habían emitido en un programa de televisión nocturno y yo por mis esporádicos artículos en el periódico local en los que hablaba de los nuevos grupos y animaba a la gente a salir a ver el mundo mientras, por mi parte, seguía viviendo en casa de mi madre en Airdrie.

Siempre había aspirantes a artistas rondando por allí, bolingas parados como Colin Grant —del que quizá nunca hayas oído hablar, mejor para ti— preocupado por futuros derechos de autor que nunca iba a cobrar; una pareja de amargados cuya banda tenía un nombre de mierda que habían sacado de una *sitcom* de la televisión americana y que estaban siempre quejándose de que ya nadie quería transmitir la sensación de ser capaz de tocar un instrumento; chicas que esperaban convertirse en *groupies*; los parroquianos habituales..., todos y cada uno de ellos estaban ansiosos por que el futuro les viera coronados con todas las preocupaciones que conllevan la fama y la

celebridad. Generalmente nos quedábamos bebiendo a nuestro rollo aunque a veces nos juntábamos con otros grupos de músicos pero incluso en esos casos seguíamos a lo nuestro o, si no, lo que solía hacer Richard era reducir la situación a algo banal, los dejaba hundidos, lo que, dicho sea de paso, era una buena estrategia. Por ejemplo, la mitad femenina de la pareja de amargados —llamémosla, por ejemplo, Stacey Clark, pues no tengo intención de darle publicidad a estas alturas de la película— tenía tendencia a esa clase de estallidos emocionales, esas grandes manifestaciones de inestabilidad y locura poética, cuando en realidad no pasaba nunca por ninguno de esos estados. Una vez estuve en su apartamento, un sábado por la noche que fuimos allí cuando el bar cerró; apenas tenía un libro en su casa y el baño estaba lleno de accesorios cromados; eché un vistazo a la colección de discos, que es lo primero en lo que me fijó la primera vez que visito la casa de alguien, especialmente en los que están cerca del tocadiscos, que es lo que andan escuchando últimamente, y estaba bien, sabes, Wire, Television, nuestro querido Johnny Thunders en su lugar de honor, al fin y al cabo esto es Airdrie, pero luego había cosas como Dire Straits o Queen e incluso peores, y justo encima del montón de discos había un recopilatorio de temas de *soul* que habían aparecido en anuncios de pantalones vaqueros; lo cogí por la funda y resultó que lo había puesto hasta reventarlo. Pero ella de todos modos salía con esas cosas, como que Rimbaud estaba desesperado o que Iggy ya lo ha vivido, esos lugares comunes tan trillados. Ella contaba que había estado un día con Lou Reed y que la había tirado a la piscina del hotel. Era mentira, por supuesto, no había conocido a Lou, pero el mero hecho de que presumiera de que él la hubiera agredido en una piscina te hace pensar: Sácame de aquí pero ya. A continuación salía con una mención a alguna exposición de arte, como ¿Has visto la exposición de Fluxus en Edimburgo o la exposición individual de no sé quién cojones?, y era entonces cuando intervenía Richard. Odio el arte, decía. No iré a una galería de arte en mi vida. Ella lo miraba con cara de haber hecho confesiones íntimas ante unos putos cadáveres, lo que, en realidad, cuadraba mejor con su estilo.

Había veces, de vuelta a casa (y ésta es la única vez que me ha pasado en la vida, no soy gay, no soy bisexual, me gustan las mujeres, por norma), que quería chuparle la polla a Richard, y no puedo creer que esté diciendo esto

ahora, y una vez casi llegué a proponérselo —aunque no me sentía particularmente atraído por él, no era mi ideal de belleza— pasados los pisos que hay en la calle principal, donde me imaginaba empujándolo contra el muro y bajando por su cuerpo iluminado por la luz que salía de los cobertizos de la basura. ¿Me arrepiento de no haberle comido la polla allí y en ese momento? Pregúntamelo dentro de otros diez años.

O mejor no lo hagas, porque no creo que por entonces estuviera más cerca de mis sentimientos reales. Cuando miro hacia atrás, me siento como si nunca hubiera estado allí, como si en realidad hubiera estado almacenando todas esas experiencias, reuniendo material en lugar de vivirlo, siempre el autor y nunca el personaje del libro, lo que explica, claro está, por qué quería convertirme en escritor. Recuerdo que Richard grababa unas cintas, grabaciones en solitario de sonidos minimal tocados con teclado con bases de cajas de ritmos primitivas y nos íbamos a dar una vuelta en su coche —su esposa estaba en pie de guerra y no le dejaba poner en casa la música que hacía— y conducíamos sin dirección fija durante horas, a veces llegábamos a sitios tan lejanos como Gourock, donde nos deteníamos en miradores secretos y él me ponía sus últimas cintas, Escucha esto, decía, es el sonido del océano, o: Es un tornado que pasa por la superficie de Marte, y en ese momento no le prestaba mucha atención a la música, me sonaba a un tío que hubiera grabado unos cuantos tonos en un teclado y después se fuera a hacer otra cosa durante 45 minutos, pero lo que recuerdo ahora de esa música se asemeja más a fenómenos meteorológicos o a planetas lejanos o tormentas que vinieran crepitando desde el pasado.

Richard era un gran lector y un acaparador de libros, a pesar, incluso, de que Margot, su maligna esposa que se parecía por entonces a Siouxsie Sioux, había relegado el grueso de su colección de libros a una serie de cajas de cartón guardadas en el altillo de su casa. Sin embargo él convivía con sus autores favoritos en una especie de día a día. Por ejemplo, era capaz de hablar acerca del crítico Lester Bangs como si lo conociera personalmente, como: Lester ha dicho esto, o: Me acuerdo de que a Lester no le gustaba. Lester había muerto en abril de ese mismo año y levantamos un altarcillo en su honor entre los árboles de Katherine Park, donde íbamos de vez en cuando a echarnos unos tragos. En ningún caso Margot hubiera permitido que lo

hubiéramos puesto dentro de la casa. Discutíamos sobre *Astral Weeks*. Richard y Lester juraban por *Astral Weeks*. Si echabas un vistazo a la biblioteca que tenía en la buhardilla de su casa, te encontrabas con ejemplares bien manoseados de *Los vagabundos del Dharma* y *Moravagine* y, sin embargo, él vivía esa existencia normal y corriente, tocando con sus colegas el fin de semana y yendo al trabajo durante la semana, y yo me preguntaba si alguno de los libros que había leído había penetrado en él lo suficiente como para generar cambios reales en su vida. Mi propia vida ha estado tan severamente determinada por los libros —nunca he sido capaz de disfrutar un libro sin desear consagrarme a él toda mi vida— que su biblioteca se me asemejaba más a una colección de petardos que no hubieran logrado explotar. Pero, como he dicho antes, su normalidad resultaba atractiva. Me pregunto ahora si tenía más que ver con mis propias impresiones heredadas de lo que era y no era normal. Como si él hubiera sido mi modo de acceder a ellas, como si consintiera que entrara en su normalidad, un vínculo con esa cotidianidad de mis padres que resultaba admisible a una parte profundamente conservadora de mí mismo. Pero muy pronto me di cuenta de que ninguno de los dos éramos normales. Esto es, de algún modo, el meollo de la historia.

## **TODO EL MUNDO ANDABA EN BUSCA DEL MÍTICO *MÉNAGE-À-TROIS***

*Andrea Anderson visita a los Memorial Device en su sala de ensayos, que de hecho estaba en un pasaje cerca de la estación de tren de Airdrie y en su imaginación atraviesa un bosque por un sendero y a punto está de tener que agarrar por los pelos a una zorra cabezahueca, aunque por suerte no, si bien consiguió liarse con Mary Hanna, que se prendió fuego en el pelo una noche mientras veían una película de terror.*

Tenían un local de ensayo en uno de los pasajes cercanos a la estación de tren. Así es como lo recuerdo. Los pasajes fueron demolidos, así que no podría decir exactamente dónde estaba, pero cada quince minutos un tren pasaba por encima, eso sí lo recuerdo con total certeza. Todo el cuarto se estremecía con ese ruido industrial. Se puede oír en algunas de las grabaciones. Ellos decían que caldeaba los ánimos y también me acuerdo de esa pintura de un paisaje que habían pegado en la pared, algo que parecía incongruente. Pero cuando iba a verlos ensayar —siempre había por allí un público espontáneo de gente merodeando o bebiendo o fumando mientras ellos tocaban—, yo solía sentarme a mirarlo, el cuadro del bosque, digo. Me imaginaba entrando en la pintura. Uno tenía la impresión de que la música abría el cuadro, como si el cuadro estuviera vivo, quizá sólo me ocurriera a mí, no sé, pero yo me iba a pasear por entre los árboles y los matorrales a través de un sendero. Al menos me veía a mí misma paseando por ese sendero. Era algo confuso, como que yo sabía que eso no estaba ocurriendo, pero tampoco me lo estaba imaginando, era como un portal, en cierto modo. ¿Suena muy loco? Como un portal que la música de algún modo abría. Y yo



nunca les pregunté por el cuadro. Lo mantuve en secreto porque sentí que había descubierto la verdadera razón por la que esa pintura estaba colgada allí; no era por mal gusto o por un mal consejo de decoración. Estaba allí para que uno se metiera. Todavía puedo ver ese sendero, ahora mismo, en mi cabeza. Patty tocaba ese único acorde en la guitarra y lo repetía y lo repetía. Richard tocaba un ritmo mecánico en la batería. Remy alternaba entre dos notas en el bajo y Lucas se levantaba —era tan guapo en esa época, con sus labios gruesos, sus grandes ojos de bambi y el flequillo largo— y empezaba a cantar y sus letras hablaban de una cosa cada vez, como si pensara en algo y luego lo materializara y luego lo pudiera ver. Una cosa detrás de otra. En una voz automática, como si se estuviera reproduciendo sin necesidad de ninguna clase de voluntad personal. Por supuesto, tenían esa canción, «Adherence», esa canción que parecía eterna y que a veces yo escuchaba y pensaba: Vaya, por Dios, todo está fijo, estoy aquí porque se supone que tengo que estar aquí, el sendero del bosque es real, cosas locas de ese tipo, ¿sabes?

Tenía mis rollos. Como todo el mundo. Una noche me emborraché y le pedí a Lucas que me besara, sólo un beso, le dije, en la mejilla. Su novia estaba allí y se puso furiosa. Pero Lucas me besó de todos modos. Con esos enormes labios con los que me habría podido succionar toda la cabeza. Durante unas seis semanas, en el otoño del 83, estuve saliendo con un tipo que se llamaba Patrick Remora. Esto sucedió en la época en que nos veíamos. El tipo era una especie de poeta trágico. Hacía recitales en el local de ensayo y a veces Patty lo acompañaba con la guitarra. Se creían Lenny Kaye y Patti Smith, aunque no tanto, ellos aborrecían esa clase de cosas y más bien hablaban de Artaud y Breton y Éluard. Los tríos eran lo más de lo más. Todo el mundo andaba en busca de ese mítico *ménage-à-trois*. Patrick decía que él sólo salía con mujeres bisexuales —ésa era yo, hecha a la medida— porque quería estar rodeado de cuantas mujeres fuera posible, de modo que él me animaba a tener todas las compañeras que quisiera, lo que en Airdrie resultaba más fácil de lo que cualquiera esperaría. Por ejemplo, durante unos meses, salí con Mary Hanna. En realidad nadie lo sabe. Cuando digo que salí con ella, lo que quiero decir es que dormíamos juntas un fin de semana sí y otro también. Era imposible llegar a conocer a Mary. Esto fue antes de que ella empezara a tocar el bajo con Memorial Device. Yo estaba estudiando arte

en Glasgow y ya había comenzado a desilusionarme, todo el mundo dando la vara con el patriarcado y la hegemonía y esas historias que les gustaban a los profesores, que te subían la nota si hablabas así, pero a mí no me podía importar menos la crítica social. La crítica social no es arte para mí. Nunca lo será. Yo estaba buscando otra cosa, para mí era algo serio, yo volvía a casa deprimida y por supuesto ese tipo de cosas eran anatema para Mary, ella era la clase de persona que crea sin pensarlo dos veces. En esa época yo tenía un pisito en el centro. Una cama en un altillo y, abajo, un pequeño espacio de trabajo donde yo pintaba y comía y tenía una pequeña tele en blanco y negro. Mary no dormía. Mis mejores recuerdos son de estar echada en la cama después de hacer el amor, escuchando a Mary allí abajo mientras pintaba o escribía, ella siempre estaba escribiendo en su diario y siempre tenía la tele puesta con el volumen muy bajo, viendo películas de monstruos de las que echaban por la noche, tipo *La criatura de la laguna negra* o *Vinieron del espacio*; yo olía el humo de sus cigarros que se elevaba impregnando el colchón y se mezclaba con el olor de la laca de su pelo. Una vez se prendió fuego en el pelo. Ella estaba tan absorta en una pintura en la que venía trabajando que no se dio cuenta. Yo me desperté y olí a quemado. Cuando me asomé por el borde de la cama vi que su pelo estaba en llamas —quizá haya sido por la laca del pelo, esa cosa era muy inflamable— y la cabellera se le estaba chamuscando entera mientras trabajaba, apoyada en un codo con un cigarrillo entre los dedos. Otra vez estuvo a punto de matarnos a ambas cuando se dejó abierto el gas en la cocina. Fue Mary quien me dio ánimos para empezar a pintar.

Al principio yo trabajaba con películas, haciendo pastiches publicitarios, cosas para el consejo lechero y el departamento de Turismo, parodias absurdas, y Mary vio mis películas y se volvió loca. Flipó. Esto es absurdo, dijo. ¿Quién rayos se te ha metido dentro de la cabeza? Era una buena pregunta, de hecho, porque en esa época yo no tenía idea de quién ocupaba mi cabeza. Ciertamente, no era yo, claro. Ella me enseñó a mezclar las pinturas. Me consiguió algunos pinceles. Empezamos a ir juntas a exposiciones. Al principio yo creo que a Patrick le tocó un poco las narices porque lo que él quería en el fondo era ser la estrella de la relación y tenerme a mí como una especie de fan perpetuamente mesmerizada, pero a medida

que Mary y yo nos hicimos más íntimas, digamos que sus planes se frustraron del todo.

Fue allí cuando empecé a pintar paisajes. La idea se me ocurrió por la pintura del local de ensayo de Memorial Device, nunca pude superar la experiencia. ¿Qué es lo que te conmueve?, me preguntó Mary. Los paisajes, dije, los paisajes personales. Entonces pinta paisajes. Era tan tonta que necesitaba el permiso de alguien más, pero finalmente lo hice. Al principio pintaba paisajes a secas, espacios hipertrofiados con tupidos arbustos y árboles frondosos y flores que se abrían enloquecidamente. Luego empecé a pintar cuartos con pinturas de paisajes colgadas de las paredes. Tenía el proyecto de hacer una exposición que combinara paisajes con pinturas de exposiciones en las que había paisajes. Intenté capturar esa sensación de la pintura como un portal. La sensación de entrar andando a una pintura y ver una pintura.

Tuve la cara de regalarle una a Lucas. Un sábado por la mañana fui al local donde ensayaban, los sábados solían tocar todo el día, y había una mujer horrorosa dando vueltas por allí, aquella novia tan seria que tenía Lucas; a nadie le caía bien, pero la tía estaba buenísima, no se podía negar. Quizá me sentía un poco subyugada por ella. Entonces había mucho resentimiento revuelto en todo esto. Ella no tenía ni idea de música —quizá ahora esté casada con algún paleta alcohólico y miserable—, pero de todas formas era incómodo, ya te podrás imaginar. Yo había envuelto la pintura en unos periódicos viejos. Era la edición de abril de 1971 del *International Times*, la de la tapa con la mujer en *topless* y la ametralladora, y esta chica hizo algún comentario en plan: Soy lo más guay. Le entregué la pintura a Lucas, que por alguna razón, lo recuerdo ahora, tenía una camiseta de franjas amarillas y negras. Rompió el envoltorio de periódico y sostuvo la pintura a la distancia de su brazo durante unos segundos antes de decir nada. Asintió con la cabeza un par de veces —como si hubiera reconocido el lugar o el impulso que me había llevado a crear ese escenario—, luego me devolvió la pintura. La vida es una serie de perturbaciones internas, dijo. Eso fue todo. Al principio me sentí defraudada. Pero no tardé en recuperar la confianza. Es para ti, le dije, la pinté para ti, me inspiré en los ensayos, le dije, es un paisaje dentro de un paisaje pero en realidad soy yo mirando hacia dentro desde el exterior.

Empecé a inventarme una cantidad de justificaciones, empecé a improvisar motivaciones que nada habían tenido que ver con el cuadro en un principio. La zorra de su novia me llamó empollona. Vete a la mierda, empollona, dijo. Logró intimidarme, pero mantuve el tipo. No soy ninguna empollona, que lo sepas, dije, soy una artista, respondo a la pintura de la pared, no como tú, a mí esta mierda me importa de verdad, significa algo para mí. No sé si la insulté en la realidad, pero en mi mente sí lo hice, por supuesto. ¿No como yo? ¿Qué quieres decir?, dijo. Y yo le dije que era una zorra cabezahueca. Ya no pude contenerme. A esas alturas, Lucas estaba tratando de disimular la sonrisa. Claramente estaba disfrutando de la situación. Pensé para mis adentros: Voy a tener que agarrar a esta puta zorra por los pelos. Fue algo terrible. Creo que se llamaba Paprika. Paprika Jones o una ridiculez de ese estilo. Pero al final no pasó nada. Al final me quedé allí, con mi pintura en la mano, mientras la pareja se alejaba. La tiré a un basurero de camino a casa y volví a empezarla desde cero.

# **PARTÍCULAS DE SERRÍN RUBIO (POLVO DE ESTRELLAS RUBIO)**

*Johnny McLaughlin crece en Airdrie, ¿o es Belfast?*

(Éste es mi chiste favorito). Paddy, irlandés, va a *Mastermind (Pasapalabra)*. Su tema especial es la historia del Ejército Republicano Irlandés (empiezan las preguntas). ¿Cuándo se formó el IRA Provisional? (Paso, contesta). ¿Cuándo tuvo lugar el Alzamiento de Pascua? (Paso). ¿Cuántas personas fueron asesinadas por las tropas británicas en la masacre del Domingo sangriento? (Paso). ¿Quién disparó contra Michael Collins? (Paso). ¿Por qué fue juzgado y encarcelado Martin McGuinness en 1973? (Paso). (En este punto alguien del público se levanta). Bien hecho, Paddy (grita). ¡No les digas una puta palabra!

(Ésta es mi curiosidad favorita). En el mundo hay tres mil tipos de serpientes diferentes. (Otra curiosidad favorita). Hay más seres vivos en el mar que en tierra firme.

Mi familia se mudó desde Belfast al oeste de Escocia (en los años 70) y perfectamente habríamos podido ser serpientes que vivían bajo el agua. Nuestra existencia entera estaba cimentada en la discreción, el ocultamiento (y en no decir una palabra). En la buhardilla teníamos una habitación secreta (un anexo, escondido tras una biblioteca alta que había en un trastero). Cada cierto tiempo, recurrían a nosotros para dar cobijo a un hermano o a un cuñado o a un absoluto desconocido (un comandante que había recibido instrucciones de desaparecer del mapa o un soldado raso que escapaba de la presión). Alguna que otra noche mi padre nos dejaba encerrarnos con ellos (por unas horas) y nos enseñaban a fumar cigarrillos y a jugar a las cartas (y a

dar puñetazos). Otras veces tocaban música y cantaban para nosotros (eran todos *crooners*, cantaban a la vieja manera y tenían como ídolo a Perry Como).

Eran las vacaciones de verano (era el verano de 1979). Yo tenía diecisiete años (y estaba enamorado de una chica de Salsburgh que tocaba el violín). Su madre era una solterona (envejecida prematuramente) con una permanente muy densa: parecía que le hubieran prendido fuego y quedaran aún los rescoldos, lo mismo que le había debido de suceder, entre las piernas, cuando con diecisiete años había dado a luz a Samantha. Trabajaba a media jornada en un café que se llamaba Joey's o Machiavelli's (algo así de tramposo) y aunque Samantha tenía prohibición expresa de verse con chicos (el fuego que su hija tenía entre las piernas funcionaba como recordatorio del precio que había pagado por su propia libertad) podíamos coordinar visitas a domicilio de acuerdo con el horario de trabajo de la madre, de modo que yo me quedaba esperando en la parada de autobús (justo enfrente de la puerta de entrada a la casa) y vigilaba cómo la madre entraba en el coche y se iba; una vez dentro (en el laberinto de su casa, con pasillos oscuros que llevaban a habitaciones en las que estaban encerrados a cal y canto familiares abotargados), me llevaba a un dormitorio caótico que había en la parte posterior de la casa (con las cortinas cerradas) y hacíamos el amor (en la cama que compartía con su madre) con el acompañamiento ocasional de toses y pasos arrastrados y puertas que se abrían y se cerraban en el pasillo, que en ese punto era ya como mi cerebro (mi propia familia en la distancia vigilando policialmente mi libido) recordándome que la sangre que empujaba hacia mi pene y bailaba dando vueltas por el glánde (tieso entre sus labios rojos perfectamente pintados) fue alguna vez la suya y que de algún modo ellos habían sido los artífices de este placer (y por tanto serían siempre sus dueños) y el ruido que venía de la calle en ese momento (y el olor de las toallas húmedas puestas a secar en los radiadores) justo en ese precioso momento en el que hacíamos el amor a la carrera y en contra de los deseos de todo el mundo, me hacía sentirme como si estuviera en deuda con los orígenes del tiempo (al igual que el sexo con Samantha en el dormitorio de la parte posterior de la casa podía ser rastreado hasta el primer orgasmo de la creación), y allí estábamos: la réplica (la infinita puesta en escena), los hijos

de los hijos de los hijos de los hijos de los hijos (y tan culpables como cualquiera de ellos).

Por entonces yo era un fanático de las medias (y lo seré hasta que muera, que Dios me ayude). Era tan precoz con diecisiete años que ya ponía en práctica mis fantasías. Tenía un modo de moverle las extremidades (de levantarle la pierna y desplazarla a un lado), de guiar mi pene con mi mano dentro de ella, en el coño que se acababa de depilar (depilado a petición mía) con sus pantis turquesa apartados a un lado, aunque ya no conservaba más que unos pocos pelos, realmente, su vulva como un huevo (abovedada, lisa, un soplo de aire fresco), los pelos erizados como partículas de serrín rubias (polvo de estrellas rubio podría haber dicho) en la vitrina de un coleccionista que era como me veía a mí mismo por aquel entonces (no hay duda alguna), como un coleccionista, un *connoisseur*, un *gourmet*, un comedor de coños (un devorador de cuerpos, un bebedor de meados, un zampacagadas), un amante de la mujer, un mordedor de tetas, un autoasfixiador (un amante de los culos, ahogado por los pantis), un adorador de los tacones (un abrazador de medias). Yo haría con sus cuerpos lo que ellas no se atrevían a hacer (saborearlas de maneras en que ellas nunca se habían saboreado), de modo que, cuando se lo devolvía, su olor era ya el mío propio. Samantha cortaba sus pantis de rejilla para convertirlos en medias y luego cogía el portaligas de su madre (¿quién tenía presupuesto para lencería por aquel entonces?), que era de seda negra excepto por una pequeña flor turquesa que tenía en el centro, que yo lamía y en el que saboreaba el perfume de su madre y el polvo de talco y la colada en agua templada y pensaba en su madre (vestida para follar y masturbándose en el cuarto de baño sin ventanas) mientras su hija yacía vestida para follar debajo de mí, rasgando sus medias gastadas, mordiéndome el hombro, arañándome los brazos (la delicada hebilla de sus zapatos de tacón acharolados subiendo y bajando por mi espalda y dibujando líneas rociadas de sangre que se asemejaban a los primeros intentos de escritura de un niño, bocanadas de silencio, marcas secretas) y así fui pasando por estas chicas mudas a lo largo de mi juventud, ese tipo silencioso de chicas que me escribían en la espalda o marcaban su nombre a mordiscos en mi antebrazo. Soy el puto Juan el Revelador (me decía a mí mismo).

El resto del tiempo lo pasaba solo (un rompecorazonos instintivo desde el

comienzo). Era un lector precoz (un oyente entregado). Por los programas de radio nocturnos me enteraba de lo que estaba pasando en Nueva York y San Francisco y Londres (y Los Ángeles y Mánchester). Sin embargo, cuando caminaba por las calles no sentía nada. Leía a Céline y Cendrars (y a Ginsberg y a Borges) y observaba Glasgow desde mi ventana, pero no veía más que las putas farolas (serpenteando en la distancia).

Y en ésas apareció Michael. Hay alguien nuevo en la buhardilla, me dijo mi madre cuando regresé de una de nuestras misiones secretas (al instante me lo imaginé como la musa, la pura inspiración, ascendiendo por la escala del tronco cerebral y escondiéndose en un lóbulo vedado, en un trastero precintado o en una mazmorra abandonada, decidido a volar todo por los aires).

El IRA me importa tres cojones, dijo Michael, mientras se encogía de hombros y se recogía su larga melena detrás de la oreja (y apagaba un cigarrillo en el florero de mi madre). Parecía que estaba en huelga de hambre, con barba negra, las mejillas chupadas, una complexión física de porcelana, ojos rojos, dientes amarillos, pelo grasiento, cigarrillos (una especie de Holger Meins o de Bobby Sands), un caso de camilla, de veras, pero ahí estaba, erguido sobre una almohada como en un cuadro (su pálida piel como un cuadro craquelado de un maestro antiguo) y maldecía al papa, se cagaba en los católicos, una plaga en el sur de Irlanda, una peste basada en supersticiones italianas. ¿Y tú por qué luchas?, le pregunté. Por el espacio vital, dijo. Estás citando a Hitler, le dije. Imagínate un mundo gobernado por católicos, dijo. Piénsatelo (vale, lo estoy pensando, es una mierda). El sexo como procreación, dijo Michael, lo que es lo mismo que entender el placer como función, lo que es lo mismo que entender el amor como deber (lo que es lo mismo que entender el sentimiento como obligación), lo que es lo mismo que entender el latido del corazón como esclavitud (lo que es lo mismo que entender la libertad como prisión), lo que es lo mismo que entender la aceptación como disculpa (lo que es lo mismo que entender el hoy como mañana), lo que es lo mismo que entender la vida como muerte. A tomar por culo, dije. Vale, replicó él (ahora sí que estamos hablando en serio). Pero tú no eres más que un crío, dijo (eso dolió). ¿Y tú qué cojones sabes? Me he zampado mujeres enteras. Las he atado a mi cara y he bebido



de ellas como si fueran copas. ¿Como copas?, dijo. Como copas rebosantes, dije. Como jarros, como cálices. Pero los protestantes son peores aún, dijo, meneando la cabeza. A pesar de mis simpatías intelectuales, son peores. Son malvados. No tienen calidez. Odian la vida y el mundo. Tienen tanta fe en el cielo como en la casa de al lado: poca. Desprecian cualquier consuelo. Viven para sufrir y al margen de cualquier exhibición de sufrimiento. De veras, lo mismo me podría haber enrolado en los muyahidines.

¿Qué es lo que andas leyendo ahora?, me preguntó. *La vanidad de los Dulouz* de Jack Kerouac, contesté (pavoneándome). Vaya mierda, replicó. No me digas más, continuó. Charles Bukowski. El puto William Burroughs. La puta Patti Smith. El puto Jim Thompson. El puto Herman Hesse (Mierda von puta Mierda). A ver qué te parece esto, dijo (y sacó de la mochila un ejemplar de *Diario de un loco* de Gógol). Lee a los rusos, dijo. Olvida lo de la metáfora. Y olvida lo de la sátira, los rusos no tienen nada que ver con la metáfora. Olvida lo del tiempo. Tampoco tienen nada que ver con el tiempo. Cuando uno lee a Gógol no es ni ayer, ni hoy ni mañana. ¿Has escuchado a John Coltrane?, me preguntó. Tengo *Kind of Blue*, contesté (Coltrane toca en el disco). Vaya mierda, dijo. Tienes que escuchar *Ascension*. Tienes que escuchar *Meditations*. Tienes que escuchar *Interstellar Space*. Tienes que tomar conciencia ya, querido amigo. Apagó otro cigarrillo. Necesito dormir, dijo. No tienes ni idea de lo cargado que tengo el cerebro. Se lo conté a Samantha. Tenemos visita en el piso de arriba (le dije).

Me puse a trabajar de nuevo (otra miseria de trabajo al que me obligaron mis padres). Jardinería (así lo llamaban). En realidad se trataba más concretamente de aplicar creosota a las vallas de madera, podar árboles y tirar postes de la luz, sostener conversaciones sin sentido con ancianos dementes, beber su mierda de té, levantar losas, cortar ladrillos, cargar con el carbón (comerse sus putas pastillas). Esto es como *Archipiélago Gulag*, le dije a Michael. No me hace falta leer otra novela rusa.

Mi tiempo se repartía entre reparar jardines de piedra, follar con Samantha, dormir en una enorme cama de matrimonio que era de mi bisabuelo (y en la que murió, según creo) y encerrarme en el cuarto anexo con Michael. De vez en cuando aparecía por allí mi padre y le hacía preguntas sobre la historia de Irlanda. Michael estaba bastante puesto (había

servido armas en South Armagh). Pero no había muchos *hippies* en el IRA. Tenía más que ver con los mods (o la Mafia), ya sabes: una vida decente en unas circunstancias económicas de pobreza (todas esas gilipolleces), mientras que la onda que llevaba Michael era que lo que uno tenía que hacer era ofender y meter miedo y horrorizar y dar cera (y disgustar) a toda costa. Por ejemplo, mi padre podía mencionar a Perry Como. Y él replicaría: ¿Qué dices? Perry Como no existe, sería la respuesta de Michael. Nunca ha existido. ¿Qué gilipollez estás diciendo?, sería la de mi padre. Te voy a poner una canción ahora mismo, una buena dosis (una buena dosis de Como). Te vas a enterar de que es real. Eres un cabronazo insolente, diría mi padre. Luego se pelearía con el tocadiscos, sacaría *40 Greatest Hits* de Perry Como, pondría la aguja sobre «It's Impossible», «For the Good Times», «When You Were Sweet Sixteen» y, de manera secreta, en algún lugar en las cavidades venosas (controladas por los rebeldes desde tiempo atrás, o eso pensaba yo), aparecería una pequeña burbuja (una ligera bocanada de aire) que pelearía con fuerza su camino hasta llegar a la parte exterior de mi cerebro y (durante un instante) yo me sentiría con fuerzas para luchar en defensa de la emoción (para permanecer en el cliché como profundidad). Quizá haya sido lo más cerca que he estado de cualquier clase de revelación (eso creo ahora, quizá, al menos un poco), y cuando me dispusiera a hablar, entonces Michael se acercaría al brazo de la aguja del tocadiscos (sólo se me ocurre ahora que su nombre era el de un arcángel) y levantaría la aguja como si estuviéramos en una comedia televisiva o un documental de la radio (ese repentino ¡urrrk! del vinilo como el ¡plas! de la aparición de un falso ectoplasma, el destripamiento de una especie de alucinación suspendida en el aire) y cuando mirara alrededor, allí estaría él fumando un cigarrillo (flagrantemente, con un brazo detrás de su cabeza y el otro en el aire), sin zapatos, con sus pies desnudos burlándose de mi padre, poniendo cada vez más en duda, con cada calada, la existencia de Perry Como.

# UNA HERMOSA FORMA DE AUTOESCARIFICACIÓN QUE ADEMÁS ES INFINITAMENTE IRRESISTIBLE

*John Bailey recuerda a Vanity y a Glass Sarcophagus en medio de una gran confusión, y todos estaban enamorados de Vanity, todos en Airdrie y todo el mundo en Coatbridge también, y después de Memorial Device, Glass Sarcophagus era la mejor banda en vivo de esta era, y yo vi los conciertos y compré las cintas que ahora valen una fortuna, como cabía esperar, ahora que todo eso se acabó.*

Por supuesto, todos decían que fueron las tetas lo primero que me atrajo de ella, que lo único que vi fueron las tetas y que después de eso ya no hubo nada más, pero había algo en sus ojos y no lo digo como en una especie de romanticismo reprimido, trágico y adolescente y poético, ni por tirarme el rollo ni por hacerme el caballero, no soy tan trascendental, me encantaban las tetas como a cualquier tío pero las tetas venían acompañadas por unos ojos oscuros y centelleantes, unos ojos vivos, no unos ojos muertos que sobresalen, no, no eran ojos falsos, eran como un equilibrista caminando por la cuerda floja sobre un lago oscuro, y esas tetas, sí, por Dios, tetas postizas y por supuesto todas las chicas se burlaban de ella, la llamaban desesperada, complaciente, embustera, pero en realidad era la persona más genuina que he conocido, al menos lo era en esa época, y fue quien me inició en la modificación corporal, no tanto en mi propio cuerpo sino como un admirador, como algo que uno debería saber apreciar en los demás, algo ante lo cual maravillarse, porque en el fondo ése no era mi estilo, yo no era tan osado,

lamento decirlo, porque para mí eso es lo que decían esas tetas: Traedme aventuras, un pulgar en el ojo del destino o de Dios o de quienquiera que repartiera las cartas, ojalá hubiera hecho algo tan osado como criar un par de tetas cuando tenía diecinueve, como serrar una pierna o hacerme un tatuaje en el cuello que dijera I-N-D-I-V-I-D-U-A-L, así no habría podido trabajar jamás en un banco; aunque las tetas falsas son lo mejor, una hermosa forma de autoescarificación que además es infinitamente irresistible, aunque ahora, cuando pienso en ellas, pienso a la vez en esos ojos oscuros que había más atrás, pienso en esos ojos que me miraban, quizá un poco entrecerrados, brillantes, el maquillaje oscuro alrededor de las pestañas, las manos sujetando esas hermosas tetas mientras yo me masturbaba frente a ellas, aunque la verdad es que no necesitaban ningún soporte, todo era parte del *show* y a ella le encantaba exhibirse, le encantaba que yo me corriera sobre sus tetas, algunas personas creen que es humillante, pero con ella era como una forma de unción, había un aspecto espiritual y era hermoso y era mucho más que adoración por las tetas o adoración por los ojos o más que sexo glotón, si bien hay que decir que todo eso estaba allí, claro, pero ahora, cuando lo pienso, las pupilas flotando en la superficie de sus ojos como nenúfares oscuros con raíces, quién sabe en qué profundidad del mundo, y las enormes tetas en sus manos, esos artificios hechos para enloquecerme, cuando lo pienso, digo, me invade una sensación de vértigo y siento que me desplomo y me entra la ansiedad y pierdo el control de mis pensamientos, aunque, pensándolo bien, no es tanto que me desplome sino que me caigo de espaldas, hacia el pasado, un pasado que ya no está allí, porque aquello fue un verdadero romance. He tenido miles de relaciones desde entonces, buenas y malas, con su ración de cal y arena, pero, con el corazón en la mano, no puedo decir que ninguna de ellas haya sido un auténtico romance, no del mismo modo, ¿has oído esa canción, «Private Dancer», de Tina Turner? Justo acababa de salir en esa época y se convirtió en algo así como nuestra canción; ya sé que es una canción de mierda, en realidad, pero la escuchábamos juntos todo el tiempo, la poníamos mientras follábamos o a veces cuando veíamos uno de sus vídeos sin el audio puesto, era como la banda sonora, cuando uno está enamorado ésa es la clase de música casposa que te funciona, y, en cierto sentido, de eso va la canción, ¿sabes?, cualquier canción vieja nos vale, es

como decir que ya no estás pensando con la cabeza, estás atrapado, te has visto arrastrado, es el truco más viejo de la historia, pero cada vez que escucho la canción me siento igual que entonces, transportado, de vuelta a cómo éramos porque no hay fotos de nosotros juntos, ningún vídeo casero, ninguna polaroid desvaída de los dos en Glasgow Green o en el *ferry* a Dunoon en diciembre, así que lo único que tengo para recordarla son las copias en VHS de sus películas, pelis porno de bajo presupuesto en las que, obviamente, yo nunca participé; el único modo que tengo de verla tal como era entonces, aparte de mis propios recuerdos, es así, con otros hombres, bueno, no quiero decir que eso necesariamente me provoque celos, un poco de tristeza a veces, eso sí, cuando alcanzo a ver mi propio reflejo en la tele, viendo cómo dos hombres la penetran en el sofá de un piso de protección oficial arreglado para que pareciera una habitación de hotel de lujo y por un segundo es como si ella fuera sólo una burbuja imaginaria dentro de mi cabeza o viceversa, pero nunca vi a nadie corriéndose en sus tetas en una de sus películas, siempre hay que guardarse algo, decía ella, guardarse algo especial, además a ella le encantaba la música, era muy fan del *punk* y del *krautrock* y de la música industrial y, por supuesto, le gustaba involucrarse, era una artista, así es como se veía a sí misma, como una artista que usaba el sexo y su cuerpo y el género y cosas de ese tipo, si bien ella nunca hablaba en esos términos, no era su estilo, así que desde muy pronto empezamos a hacer música juntos, nos grabábamos follando, ella entraba en el plano y llegaba un punto en que estaba tan cachonda, tan cachonda... se oye el momento en que enciende la grabadora y la voz empieza a surgir, una nueva voz, una voz que suena como automática, no siempre para pronunciar palabras, pero a veces sí, palabras que uno no se esperaría oír allí, palabras como «exhibición» y «torneo» y «procesión», palabras que siempre parecían demasiado largas para caber en un suspiro de pasión o en un orgasmo, palabras como «cálculo» y «expresión» y «verificación», palabras sexis, o eso me parecen a mí, me siguen pareciendo, Dios, tenía que contenerme al máximo para no correrme de golpe cuando ella empezaba a hablar así, a decir esas palabras mágicas que eran como claves secretas que te conducían a otros reinos del apasionamiento, de rodillas delante de mí, a veces sólo con una fina cadena de plata alrededor de la cintura y unos zapatos de tacón, las pestañas

onduladas, nada más, y al lado de mi pene un micrófono, de modo que uno no sabía qué cosa iba a chupar y qué cosa iba a usar para hablar, y grabábamos cintas en ediciones de cincuenta copias y las distribuíamos nosotros mismos, teníamos un boletín, nada del otro mundo, pero escribíamos pequeñas descripciones de cada cinta, la mayoría de las cuales tenía en la portada una imagen fotocopiada de Vanity o un fotograma borroso de alguna de sus películas, deliberadamente oscurecido; nos molaba Throbbing Gristle, el uso de las cintas encontradas de Peter Christopherson, Whitehouse..., ese tipo de cosas, y publicábamos las cartas que nos enviaba la gente que compraba las cintas, reseñas, cuando había, de vez en cuando salía alguna y otros no tardaron en pedirnos que empezáramos a incluir sus cintas en nuestro boletín y eso hacíamos, si nos gustaban, claro, o más bien, lo hacíamos porque la música era todavía algo marginal para Vanity, el foco todavía estaba puesto en el trabajo pornográfico, ella quería ser la primera estrella porno inteligente, a pesar de que yo le decía que ya habían existido otras estrellas porno muy inteligentes, pero no como yo, decía, y muy al principio de todo nos llegó una carta de Robert Mulligan, el tipo que hizo los Sufferage Tapes en Greengairs, de hecho yo fui la primera persona en el mundo que escuchó los casetes de los Steel Teeth, Mulligan todavía no se los había enviado a nadie, sólo hacía todos esos ruidos por su cuenta, sin ningún contexto, no tenía idea de que alguien más estuviera haciendo algo ni remotamente parecido, el tío estaba aislado, pero entonces oyó una cinta que habíamos hecho Vanity y yo, Dios sabe cómo, sólo que a esas alturas nosotros nos estábamos convirtiendo en celebridades menores en la escena underground local, pese a lo cual Mulligan nunca nos compró directamente la cinta y yo nunca le pregunté cómo la había conseguido, pero fue la tercera que hicimos, *Festival*, una particularmente ruidosa que lo inspiró a escribirnos y enviarnos un casete y, bueno, el resto es historia, empezamos a incluirlo en el boletín y él se convirtió en esa figura legendaria que trabajaba en una fábrica de salchichas en Mount Vernon seis días a la semana y que fabricaba esas increíbles maquinitas electrónicas caseras con las que hacía esa música ultraminimal, ultrasolitaria; así que ése fue uno de nuestros primeros ligues y, como cabía esperar, cuando lo conocimos él no podía mirar a Vanity a los ojos, pero a ella le gustaba, decía que Mulligan era guapo, especial, lo

que es difícil de creer pues entonces ya era bajito y gordo y usaba jerséis de lana enormes y pantalones de cuero apretados y siempre llevaba encasquetado aquel gorrito de lana, incluso con mucho sol, pero teniendo en cuenta la belleza de sus parejas en las películas, aquellos con los que prefería trabajar, el círculo íntimo, les decía ella, no había manera de equivocarse: iría a por él, y pronto empezamos a ir a conciertos juntos, ella siempre con ropa extravagante, incluso para los estándares del *underground*, con tacones de aguja, leotardos, cazadoras de cuero diminutas que ella se ponía como si fueran alas de murciélago, te imaginarás el magnetismo que creábamos al pasar por Carlisle Road, la gente se daba la vuelta para mirarnos, nos gritaban cosas desde los coches, era asombroso, así que yo también empecé a subir las apuestas, me dejé crecer el pelo a lo Dylan modelo 65, desenterré las viejas chaquetas de mi padre, algunas de ellas estaban rotas y comidas por las polillas, y remataba con los pantalones ajustadísimos y zapatos *wrinklepickers* con la punta tan fina que habría podido sacarle los ojos a un gusano de una patada; y en ciertas ocasiones ella se quitaba los tacones y subía descalza al escenario para hablar con la banda antes de que tocaran siquiera la primera canción, nadie se atrevía a detenerla, los seguratas le abrían paso, la banda le daba la bienvenida siempre, ella sujetaba sus tacones en la mano y todos en el público la miraban, por supuesto muchas chicas la detestaban y algunos chicos decían que también, pero todos los ojos se posaban sobre ella y el escenario era todo suyo si ella quería, aunque de hecho fuera de alguien más; yo tenía la impresión de estar caminando hacia el futuro o, para ser más precisos, como si me estuvieran guiando hacia el futuro de la mano de su representante elegido; además, a Vanity le gustaba tener sexo en lugares públicos, cosa que nunca antes me había atraído ni me volvería a atraer después, pero había algo en el hecho de estar con Vanity que me hacía desear cosas absurdas y disparatadas, follábamos en los vagones del tren, en autobuses, una vez en el asiento trasero de un taxi, en el parque, en la última fila de un concierto, en una ventana abierta, en el baño durante una fiesta, tenía este modo de prepararse antes de hacerte una mamada, se ponía deliberadamente mucho pintalabios y entonces se pasaba la lengua por los labios como para lubricarse, me volvía loco, todavía puedo verlo, siempre era como un acontecimiento, así era todo con Vanity, las cosas nunca eran

ordinarias (es más difícil mantener esa energía cuando uno envejece, pero yo lo recuerdo y todavía intento ponerlo en práctica de vez en cuando), y ella entornaba los ojos para mirarme, quizá con un brazo bajo los pechos, levantándoselos, y yo pensaba: Dios, vamos a morirnos muy lejos el uno del otro y viviendo vidas totalmente diferentes, qué emoción, y entonces fue cuando ella empezó a aparecer en las portadas de los discos de las bandas locales; todo el mundo andaba detrás de ella, y durante cerca de un año o así parecía que su cara estaba en todos los segundos discos, todos esos discos se parecían, ya sabes, el nombre de la banda y las canciones escritas en Tipp-Ex, luego una imagen borrosa de ella o quizá sus piernas al aire o arrodillada en una cama con las manos atadas, todo en un insobornable blanco y negro, ahora muchos de esos discos valen un dineral, y su carrera como estrella del porno empezaba a despegar, firmó con Imaginorg en Glasgow, la compañía dirigida por Rod Stilvert antes de que lanzara Gamma Productions, en la época en que tenía su cuartel general a la vuelta de la estación de metro de St. Enoch en Glasgow, en el segundo piso de un edificio cutre sin ascensor, cuando seguía intentando hacer cosas con cierto nivel artístico y no esa basura para pajilleros descerebrados con la que cimentó su reputación, en esa época ella hizo un par de películas con Randy Jewels y Manda Candy y toda esa primera generación de estrellas del porno escocés, yo salí de fiesta con ellos unas cuantas veces, unas fiestas un poco raras, en realidad, una vez había una pelea de boxeo en el hotel Tudor de Airdrie y Stilvert invitó a todo el equipo, sólo que la combinación era, por decirlo así, desafortunada, por un lado todos esos rufianes reprimidos sexuales y esos escurridizos hombres de negocios y esos testaferros de gánsteres y, por otro, el resto de nosotros que, en últimas, éramos una panda de *punks* y esas mujeres que estaban buenísimas y no le tenían miedo a nada, con sus medias y sus tirantes y las tetas al aire y las faldas a esta altura, todo se desató cuando algún gilipollas borracho se lamió el dedo y trató de introducirlo en el culo de Manda cuando ella se inclinó a recoger su bolso, no tenían idea de cómo comportarse con las mujeres, así de simple, pero en lugar de montar una escenita preferimos pirarnos todos a casa de Vanity en Gartness, no sin que antes Manda agarrara a ese tío por el cuello y le diera una hostia en la cabeza con uno de sus tacones, Vanity vivía en una casa de protección oficial en Gartness que tenía



un piso abandonado en la planta baja, un piso que se había incendiado en no sé qué disputa doméstica, en realidad ella sólo ocupaba uno de los cuartos, tenía todo manga por hombro, por ejemplo, siempre había una tabla de planchar en un rincón, una de las pocas cosas que me sacaban de quicio, toda su ropa estaba tirada por el suelo en grandes pilas, ella vivía básicamente en su cama o en la banca que había frente al tocador, no tenía teléfono, eso era una cosa que me impresionaba, porque si uno necesitaba quedar o contactar con ella para algo había que acordar una cita y ella bajaba a esperar en la cabina de la esquina de su calle hasta que uno la llamaba, aunque también podías escribirle una carta o, bueno, también podías presentarte en su casa, pero dejarse caer por sorpresa no era precisamente una buena idea, hubo un par de veces en que mi afán por verla era tal, tardes en las que yo presentía que había algo en el aire, algo que me decía no vayas, no vayas, no es el momento, te van a romper el corazón, pero mi afán era tal que yo iba de todas formas y a veces la luz de su casa estaba encendida pero ella sencillamente no abría la puerta o a veces había luz en otras habitaciones, habitaciones que, hasta donde yo sabía, estaban vacías y nunca se usaban, y una vez oí música que salía de la habitación del fondo, una habitación que, según ella, sólo se usaba como trastero, aunque una noche oí una canción, la oí a través de una grieta que había en el cristal de la ventana, yo había trepado por la reja después de que ella no atendiera el timbre y me quedé arrobado con ese sonido, lo llamo canción pero en realidad no era música aunque en cierto modo seguía siendo una canción, si sabes a lo que me refiero, tenía sus crestas y sus valles como una canción, por momentos se levantaba un poco y luego caía en picado y al principio yo creía que era la calefacción central, luego pensaba que era una canción que sonaba dentro de mi cabeza y al final tenía una sensación todavía peor y es que esa canción era la música de los créditos de nuestro romance, una canción que se iba muriendo poco a poco, algo que se estaba desinflando con delicadeza, como un muñeco de plástico, aunque tal vez eso lo digo mirando todo en retrospectiva y con cierta crueldad, tocamos juntos en algunos conciertos, hablamos de tener sexo sobre el escenario pero a mí no me dieron ganas, no quería que todo el mundo viera mi pene a pesar de lo grande que es y no es que me diera vergüenza, no, sólo que nos habríamos metido en problemas si empezábamos a follar en clubes

nocturnos y acabábamos saliendo en el periódico por las razones equivocadas, claro que para Vanity ésas habrían sido las razones correctas pero al final acabó viéndolo desde mi perspectiva, al final, digo, aunque Glass Sarcophagus dio ese concierto, el más grande, aquel en el que tocaron todas las bandas de Airdrie, igual no recuerdo mucho, hubo una pelea, por supuesto, algún tipo de incidente durante el concierto de Memorial Device, algo sobre el escándalo que provocaron las imágenes que proyectaron, yo sabía que Vanity había estado liada con Lucas de Memorial Device cuando era más joven pero cuando uno los veía juntos resultaba difícil creerlo, aunque sólo fuese por el tamaño, ella se veía enana al lado de Lucas, recuerdo que Nein Nein Nein hizo una de esas *performances* en las que se negaban a cambiar de acorde, como tocando un mantra monocorde, buenísimo, de verdad, justo antes de que se volvieran completamente experimentales, cuando todavía tenían esta cosa psicodélica y sucia, a mí me encantaba, pero la gente les arrojaba cosas y les gritaban guarradas, era la primera vez que estaba rodeado de tantos músicos, por fin podía ponerle cara a un montón de nombres, gente con la que me había escrito o cuyos casetes habíamos puesto en nuestro *stock*, y era cierto que a esas alturas Vanity y yo éramos celebridades locales y todavía creo que ése fue uno de nuestros mejores conciertos, todo el mundo esperaba de nosotros una actitud de confrontación, ésa era la reputación que teníamos, pero esa noche Vanity cantó con una voz realmente suave y sentimental, al menos así me lo parece ahora, ella no dejaba de repetir la misma frase, no recuerdo exactamente cómo era, y en la grabación no se alcanza a distinguir, pero era algo así como: De vuelta a ninguna parte, y alguien creía que decía: De fiesta como nunca antes, y en otros lados lo he visto escrito como: Te folla por ninguna parte, pero a mí todo eso me parece muy obvio, yo estaba tocando la guitarra con un arco de violín, me quedaban sólo tres cuerdas y estaba haciendo pasar el sonido por un Space Echo y luego para la segunda parte de la canción tenía dos trucos más pero la segunda parte no se grabó nunca, se acabó la cinta o alguien olvidó darle al botón de grabar, en la segunda parte simplemente seguí tocando estas únicas tres notas con ritmos muy extraños hasta que empezaron a acoplarse unos con otros, entrechocándose, metimos un ruido de la hostia y esto duró cerca de veinte minutos antes de que Vanity empezara a cantar otra

frase repetida, ¿Te acuerdas?, eso era todo lo que decía, una y otra vez, y a medida que lo repetía ya no sonaba como si te estuviera preguntando si te acordabas de esto o de aquello, cosa, lugar o época específica, era más bien como preguntar si uno se acordaba en general, como si la pregunta tuviera que ver con el espacio y el tiempo y la experiencia hacia el futuro y en retrospectiva y con nuestra propia relación y yo me pregunté si en ese momento estaba viviendo o recordando o sólo deseando que todo eso hubiera pasado y después ambos nos cogimos un pedo gigantesco, estábamos desconectados, volvimos a su casa, donde tuvimos el mejor sexo que te puedas imaginar, pero cuando me corrí en sus tetas me di cuenta de que mi esperma parecía disparado a través de un tubo de plata, había algo metálico en mi esperma, Oh, Dios mío, dije, estoy eyaculando plata, pero cuando ella se lo restregó por las tetas y se miró los dedos entró en pánico: Esto no es semen, dijo, se me está saliendo la silicona, tenía un agujerito debajo de la teta izquierda, del tamaño de un colmillo de vampiro, y por ahí estaba goteando un líquido gelatinoso de color plateado, miré por la ventana y había luna llena, o quizá no del todo llena, Algo está pasando, me dije, y al principio me sentí muy mal, había estado azotándole las tetas con mi polla y mi polla era muy grande, había estado dándole auténticos azotes y medio me atreví a preguntarme si la culpa era mía; No te preocupes, me dijo ella, seguro que me las puedo arreglar, pero había algo en su voz que me hizo saber que aquello era más bien un diluvio y no un goteo; Entretanto, dijo, me puedo apañar, follar con ropa interior o algo así, pero en mi cabeza ya estaba paranoico, recuerdo que repetía mentalmente la frase: ¿Te acuerdas?, ella fue a ver a un cirujano, era peor de lo que pensábamos, había muchas filtraciones al interior del pecho y eso estaba provocando un daño en los tejidos, y el músculo alrededor de los senos estaba perdiendo elasticidad y se estaba agrietando, volvió a casa de la clínica y ambos lloramos, una reconstrucción sería demasiado complicada, dijeron, cenamos en nuestro restaurante italiano favorito. ¿Y si vamos al continente?, dije, allí tienen las mejores clínicas, ¿no es así?, su tecnología está a años luz de la nuestra, pero era una fantasía idiota, no teníamos dinero, pensamos en un concierto benéfico, ya sabes, Salvad las Tetas de Vanity, pero sabíamos que se nos vendrían encima todos esos te-lo-dije, todos esos puritanos y, para ser sinceros, no se veía tan

terrible y Vanity hizo algunas películas por esa época y casi ni se nota, salvo desde algunos ángulos donde se alcanza a ver una fina tirita de cinta protectora justo detrás del sujetador, aunque honestamente la carrera de Vanity ya había alcanzado su punto más crítico, ella decía que había alcanzado la cumbre muy joven, todas las otras chicas habían aguantado un poco, no habían hecho un número lésbico a la primera, no habían hecho anales o dobles penetraciones, así que podían pedir mejores sueldos y gradualmente ascender por la escala salarial, pero Vanity lo había hecho todo desde el primer día, ella no era una mujer de negocios, era una artista apasionada y ahora estaba pagando el precio mientras todas esas putas cínicas, que no podían aguantar una polla en el culo sin torcer los ojos, iban llegando más y más arriba, aunque la verdad es que Vanity ya no tenía ningún peldaño por subir, ningún truco especial que no hubiera ensayado o ninguna habilidad por descubrir, ella lo había dado todo y ése había sido su error, al menos a los ojos de los gusanos que manejaban el negocio.

Cuando lo vi por primera vez, traté de borrarlo, intentando convencerme de que no había visto lo que había visto, que estaría relacionado con el ángulo de la cámara y que simplemente yo lo había visto desde el lado equivocado, estaba metiéndole la polla en el sobaco, me dije, raro, sí, nada sexi pero supuse que ella quería sacarse algo nuevo de la chistera. Pero ya no podía vivir negando la realidad, ya no más. Rebobiné la cinta y volví a mirar. El tipo claramente le estaba insertando la polla dentro de uno de los agujeros de las tetas. No pude soportarlo. Me vestí y caminé hasta su casa en la oscuridad; me había llevado la cinta el fin de semana anterior sin decirme una palabra, salvo que estaba interesada en conocer mi opinión, la cinta metida dentro de un sobre de papel burbuja, como si el contenido pudiera derramarse por el suelo, y cuando llegué a su casa las cortinas estaban cerradas y daba la impresión de que no había nadie, así que trepé por la reja y me quedé en el jardín de la parte trasera, mirando hacia el trastero, la misma ventana por la que creía haber oído la canción, sólo que esta vez no se oía nada, excepto el sonido del viento en la canaleta y un ruido que te constreñía y te apretaba por dentro, como si viniera desde algún lugar de mi pecho y que al cabo de un rato entendí que era el sonido de mi corazón transformado en una arena donde se hacían peleas de gallos.

Vanity llegó a actuar en muchas otras películas; en todas ellas había pajas rusas, incluso dobles pajas rusas, según me han dicho, pero la sola idea me hace querer matar a alguien, la idea de esas tetas siendo destrozadas, y los ojos, mirando ahora desde otra distancia, ya no están conectados con las tetas sino que parecen fantasmas que vuelven a la escena de su propio crimen; pero aun así se siente como algo personal. Con los años Vanity se convertiría en una exitosa estrella del pop y, como era de esperarse, alguien de un periódico desenterró las cintas y ella se rio de ellas, eso incluso aumentó su reputación. Más tarde murió en un accidente de coche en Hollywood Hills cuando volvía a casa después de rodar un videoclip, lo leí en un periódico. Decía que los airbags no se abrieron. Ése es el único consuelo que me queda de todo esto.

# INTENTÓ QUE LE EXTIRPARAN LOS TESTÍCULOS POR LA SEGURIDAD SOCIAL

*Johnny McLaughlin explica lo que sucedió con el padre de Remy, lo que tiene que ver con las ideas de destino, predestinación y mutilación genital como las llaves para acceder al reino o como un camino secreto que lleva a unas vacaciones en una playa negra situada en algún lugar de la mente; cada uno de los caminos tiene que ver con cómo todos nos retiramos por aquel entonces, cada uno de nosotros a su modo.*

El padre de Big Remy había abandonado a la familia cuando Remy era un adolescente. Era un científico y filósofo sobradamente reconocido (aunque también había mucha gente que lo consideraba un chiflado y un ocultista). Se contaba de él que se había convertido en eunuco después de una operación ilegal (aunque realmente había sido una sesión de tortura y sadomasoquismo en la que se había enrollado con una banda oculta de gais que practicaban torturas en la polla y los huevos). Había intentado que le extirparan los testículos por la Seguridad Social (eso se contaba), pero cuando el médico de cabecera se rio de él (llegó a sugerir asistencia psiquiátrica en su lugar), puso un anuncio personal en una revista gay ofreciendo sus genitales para su uso y abuso a cambio de una extirpación llevada a cabo con destreza. Claro está, la historia no sirvió más que para demostrar que Big Remy provenía de una larga estirpe de homosexuales. Sin embargo, el aspecto más interesante de la historia de su padre (que descubrí muchos años después) eran los trabajos académicos que había escrito durante su corta carrera como profesor

universitario (en el Coatbridge College), en particular un escrito semiautobiográfico que no había sido admitido por el College y que se titulaba *El destino sólo sucede una vez* en el que aclaraba su teoría del espacio y del tiempo (y su relación con el pensamiento y los hechos). Su teoría era una cosa así (e inevitablemente estoy parafraseando, simplificando e incluso malinterpretándola), pero la esencia de su planteamiento era que había una especie de disyunción entre acciones y pensamientos; no se trataba de que fueran sucesos paralelos (desde su punto de vista las acciones eran eternas y duraban para siempre), sino que el pensamiento era algo que sucedía en el tiempo y que sólo ocurría una única vez. Él se servía de un ejemplo totalmente mundano (lo que le confería un mayor poder de convicción).

Se refería a una vez en la que estaba de vacaciones con su esposa (su exesposa, obviamente). No quedaba claro dónde estaba pasando las vacaciones, pero cabe suponer que se trataba de un lugar de la costa, no en la playa, no nos referimos a Blackpool ni a Burntisland, sino a un lugar exótico y muy lejano (quizá Nueva Zelanda o acaso Sausalito, el lugar de su futura castración), pero quizá esto se deba al poeta que llevo dentro. Se detuvieron en un lugar para hacer un pícnic (podemos imaginarnos unas montañas en la lejanía, por alguna razón las veo cubiertas de nieve) y frente a ellos se extiende un mar cristalino que podía ser incluso un lago, una masa de agua que, de algún modo, suscita una sensación de revelación y de claridad (lo que puede ser lo mismo o también puede no serlo), y con arena oscura, una arena negra (si uno es capaz de imaginarse algo así). Es la hora de comer y ambos están hambrientos después del viaje en coche. Él improvisa algo en la cocina de gas de la autocaravana (huevos con salsa es lo que me imagino) mientras ella pone unas sillas plegables y una mesa en la playa de arena negra, cerca de las brillantes aguas. En este momento adquiere una percepción obsesiva de los detalles (lo que tiene su importancia de cara al desarrollo del planteamiento conceptual). Hace mención de la transparencia del mar, del que dice que se resiste a mantener los reflejos de ellos, a pesar de que tenían el sol a su espalda; en la lejanía hay un grupo de entusiastas de los deportes de aventura lanzándose en paracaídas que proyectan una serie de siluetas perfectas sobre la superficie del agua (y en este punto interrumpe el texto con

una extraña pieza de sintaxis ornamental, un conjunto de corchetes [[][]] que tiene el extraño aspecto de una vista al exterior desde la celda de una cárcel en la que, por supuesto, es difícil proyectar una sombra, ya que el sol no tiene muchas posibilidades de colarse allí dentro) y luego comienza a describir la preparación de la comida con bastante detalle; habla de cortar, poner la sartén, doblar, freír, remover, mezclar; habla de cubertería, del cuchillo sin filo, del tenedor de plata que ya ha perdido el lustre, y habla de llevar los dos platos a la playa (a esa playa negra que tengo en mente) y de ver a su esposa allí sentada (desconcertada, como estaría cualquiera, por la ausencia de sombra) y, por supuesto, no hace referencia alguna a lo que comieron (lo que es significativo): habla del proceso entero, la preparación, llevar la comida a la mesa, el acto de comer, pero en ningún momento menciona qué es lo que ha preparado para comer. Al mismo tiempo, dice sentirse como si estuviera en una obra de teatro, siguiendo una especie de guion escrito específicamente para él (el papel de sus sueños, por decirlo con otras palabras) y la culminación de todo llega cuando su esposa vuelve a entrar en la autocaravana y él comienza a fregar los platos (no se sabe qué había en los platos) y se arrodilla en la hierba (algo que no hace normalmente, dado que lleva puestos unos bonitos pantalones de vestir en cuya etiqueta está escrito SÓLO LAVADO EN SECO) y nada más arrodillarse se da cuenta de que en la hierba hay dos pequeños huecos (que tienen la misma forma que sus rótulas) y él pone sus rodillas en ellas: se ajustan tan perfectamente que piensa que ha sido él mismo quien ha realizado ambos agujeros y que no ha estado viviendo ese momento tanto como reviviéndolo.

Se arrodilla y permanece en esa postura (lo llama un momento de humildad, toda su vida mantuvo su fe cristiana, a pesar de lo de los testículos y de la filosofía, lo que bien puede resultar tanto un motivo mayor de confusión como una perfecta aclaración del asunto) y a la vez que el momento se prolonga, mientras lo está viviendo (su esposa lejos en la autocaravana, los paracaidistas cayendo del cielo, las aguas cristalinas, los restos de comida en los platos, las marcas precisas de óxido en la cubertería), parece que todo ello estuviera escrito en la eternidad, como si su yo secreto (su ángel de la guardia lo llama) hubiera construido esta obra de arte total que esperaba por él (o más propiamente que había existido siempre y que en ese



momento se estaba revelando a sí misma al pensamiento).

Y refiriéndose a ese preciso momento en que se encuentra a sí mismo de rodillas en la hierba, limpiando los restos de comida de los platos (qué limpiaba exactamente es lo que nunca sabremos), dice que se sintió como si se hubiera aprehendido a sí mismo (brevemente, bien es cierto), como si hubieran salido solapados en una foto *finish* (por decirlo con un símil). Mientras observaba el líquido rojo de los residuos cayendo por el interior de la bolsa blanca (me imagino una salsa de tomate en un bolsa de basura como un primer plano de un pulmón tuberculado), extrapoló la experiencia a un plano de entendimiento cristiano. Redefinió el pensamiento como juicio. Se te ha otorgado esta vida, escribe, este conjunto exacto de sucesos: se te pide que lo juzgues.

(Pero piensa esto): Si todo está ya prefijado, si ya hemos estado antes y hemos montado todo el tinglado y lo hemos dejado preparado detrás de nosotros (o si lo ha hecho un ángel en los cielos), incluso las marcas en los tenedores y las formas que nuestras rodillas moldean en la arena (negra) de unas vacaciones de ensueño que sucedieron mucho tiempo ha y que vivirán en la eternidad, entonces lo que el pensamiento nos pide no es nada menos que sopesar la voluntad del mismo Dios.

Es un concepto duro (y aquí viene otro). ¿Qué pasaría si la mera idea de la voluntad de Dios existiera como una especie de estampado en una tela? (¿Qué pasa si tiras a la basura el gran regalo?) ¿Qué pasa si lo rechazas todo en conjunto? ¿Qué pasa si este insulto, el hecho de darse cuenta del engaño, este acto de rebeldía (o como quieras llamarlo) permite el acceso al siguiente plano, como en una serie de mazmorras interconectadas cuyos muros pudieran ser pensados y, por hacerlo, uno recibiría como recompensa una interacción menos equívoca (y luego otra más) hasta que todo se convirtiera en un círculo perfecto y finalmente uno fuera capaz de vivir su vida como si estuviera escrita (en la historia y en el tiempo una y otra vez), pero en esta ocasión fuera de la mente, sin juicio y más allá de la comprensión? Puede que no signifique nada (quizá no se pueda llegar a ello a través del juicio, quizá es un problema que tienen nuestros cerebros o quizá se trate únicamente de los desvaríos de un lunático), pero por aquel entonces, cuando éramos jóvenes, por una vez, para siempre, parecía una auténtica posibilidad.

# **LA LUZ DORADA QUE SALÍA POR LA VITRINA Y SE DERRAMABA SOBRE EL PAVIMENTO COMO UN SUEÑO PERFECTO**

*La saga de Chinese Moon tal como la recuerda David Kilpatrick.*

Casi nadie se larga de Airdrie: el banco de Airdrie es el único banco de ahorros independiente que ha sobrevivido en todo el Reino Unido. Eso se debe a que tenemos la población con menor movilidad de cualquier lugar de Gran Bretaña. Además hay seis grados de separación entre todos los que vivimos aquí y nadie es feliz hasta que no se ha establecido en el interior de una compleja red de amistades, familias y relaciones distantes; en cierto modo, somos como los judíos.

A todo el mundo le parece un agujero, un espectáculo de horror, un asilo. Ese desprecio sólo sirve para mantener alejados a los curiosos. A puerta cerrada, en las trastiendas de las casas, en las mansiones ruinosas de Clarkston y en los pisos modernos de la calle principal; en los albergues solitarios y en los apartamentos más lúgubres que hay sobre las freidurías, se ocultan algunos de los personajes más excéntricos, como escapados de cualquier novela, además de algunas de las mejores colecciones de libros jamás arrojadas a los basureros y algunos de los jardines más descuidados y jamás expuestos a ninguna sal de la tierra proveniente del East End; algunos de los más grandes músicos, aparte de los cantores más conmovedores, los bebedores más duchos, los trabajadores menos responsables, los maestros

más holgazanes, los intelectuales más comprometidos, los astrónomos más estrafalarios, los coleccionistas más obsesivos, los *amateurs* más serios y, por supuesto, los fracasados más asombrosos. En mis tiempos tuve trato con todos ellos. Conocí a Memorial Device. Fui a sus conciertos. Yo andaba con todas las bandas de Airdrie. Teníamos una pandilla, crecimos juntos y fuimos a todos los conciertos: Findlay, Alan, Duncan y yo.

Findlay y Alan eran hermanos y vivían con sus padres, que eran maestros de escuela, en Kenilworth Drive, justo arriba del viejo hotel Kenilworth. Eran chicos bastante excéntricos. A la edad de 14 años, Findlay se suscribió a Newsweek y Alan practicaba la magia, pues, según decía, lo habían iniciado en un aquelarre de brujas que se juntaban por las noches en Katherine Park. Ambos se vestían con chándal y se colocaban la cintura del pantalón a la altura del pecho. Nos gustaban los cómics, la ciencia ficción, los juegos de guerra, los juegos de rol, ese tipo de cosas. Pero entonces empezamos a enrollarnos con la música. Fue Duncan quien nos inició. Su hermano tenía algunos álbumes de los Ramones y la colección más fabulosa de discos de heavy metal que yo haya visto jamás, unos treinta LP's en esa época. Cuando íbamos a ver a Duncan —sus padres vivían en unos pisos detrás del café The Kings, en la calle principal— nos metíamos en el cuarto de su hermano, que estaba totalmente empapelado con páginas de revistas como *Sounds* y *NME*, y en el centro de la habitación había una mesa de billar y la cama estaba permanentemente deshecha, había calcetines y colillas por todas partes, siempre a oscuras, daba un poco de miedo y allí nos sentíamos adultos, poniendo discos y jugando partidas de billar y pintando figuritas de plomo o planeando nuestro siguiente viaje a Glasgow, que para nosotros bien podía parecer el fin del mundo.

El padre de Duncan, por desgracia, era alcohólico. Aunque tenía un buen curro como gerente de una tienda por departamentos en Shettleston, se negaba a gastar su dinero en otra cosa que no fuera alcohol, así que la casa estaba siempre en ese estado de calamidad permanente. En todos los cuartos faltaban bombillas. Siempre me acuerdo del salón: había una hilera de tarjetas de cumpleaños de los últimos tres años en una repisa al pie de la ventana. Su padre bebía en The Tavern, justo frente a Katherine Park —que no existe hace ya tiempo, no intentes buscar ese parque—, y el viejo iba hasta allá en

bicicleta. Una vez, mientras hacía mi ronda repartiendo periódicos, vi cómo su bicicleta se empotraba contra unos arbustos, así de mamado estaba. Por las noches, cuando estábamos escuchando música, el tipo llegaba a casa y lo oíamos subir las escaleras dando gritos y maldiciendo, y Duncan se sentía avergonzado y decía que su padre se estaba haciendo el borracho, que fingía sólo para echarse unas risas y gastarle una broma a su madre. A mí me daba pena. La madre de Duncan era judía y su relación con ella era muy complicada. Duncan se había comprado una camiseta pro-Palestina y cuando él la ponía para lavar su madre le decía que ella no le haría la colada hasta que él no sacara esa camiseta de la lavadora, cosa que Duncan se negaba a hacer, aquello era un punto muerto de la discusión, con lo cual Duncan siempre iba por ahí oliendo fatal porque el pobre tenía que usar la misma ropa sucia una y otra vez, que casi siempre eran camisetas Adidas entalladas y vaqueros muy ajustados.

Todo cambió cuando descubrimos la psicodelia. Fue gracias a un tipo que se llamaba Scott, que era bastante célebre en la escena local, un camello de los duros. Su apodo era Culollaga porque le habían hecho una serie de operaciones en el culo por algún síndrome o algo así, entonces todo el mundo lo llamaba así, Culollaga. Se hizo amigo nuestro; le gustaba Tolkien y John Norman, las crónicas de Gor y cosas de ese estilo. No se pueden adaptar al cine las crónicas de Gor, decía, esos libros serían triple X en el cine, es sencillamente imposible. Entonces encendía un porro, con las gafas oscuras puestas y su pelo grasoso, y nosotros lo mirábamos como si fuera un oráculo del futuro, un oráculo con pene. Mierda, pensaba yo, este tío es lo más. Este año me voy de vacaciones a Erótica, decía, y guiñaba un ojo, y nosotros ni siquiera entendíamos a qué se refería. Pero el caso es que empezó a dejar caer el plan de que se metería unos ácidos delante de nosotros. Puede decirse que entramos en la psicodelia medio de costado, como por accidente. Pasamos de los superhéroes y la fantasía a los cómics *underground*, ya sabes, tipo Robert Crumb y Zap, cosas que escondías debajo de la cama para que tu madre no las viera. Nosotros lo que queríamos era expandir nuestras mentes, sí señor. Vivíamos dentro de nuestras mentes. Y cuanto más espacio hubiese, mejor.

La noche del primer tripi nos encontramos todos en casa de mi madre, en Caldercruix. La casa estaba vacía ese día. Nos sentamos en el salón y Duncan

puso un disco de Devo y cada uno se tomó media pastilla para ser precavidos. Al cabo de un rato empecé a ver que las cortinas fluctuaban un poco y había un redoble en el disco que parecía infinito, pero eso fue todo. Y aunque había oído el rumor de que esa tanda de ácidos la habían cortado con estricnina, traté de pensar en otra cosa, luchando todo el rato con la idea de llamar por teléfono a Culollaga para preguntarle si estaba todo bien con lo que nos había pasado. Findlay estaba echado en el sofá leyendo ese libro que escribió Truffaut sobre Hitchcock; ésa era la época en que Findlay iba al cine tres veces al día: estaba loco por el cine, un friki de la hostia. De repente, sentí un enorme bulto en mis pantalones. Pensé que estaba a punto de explotar. Lo único que quería era hacerme una paja, una urgencia sobrehumana. Sentía que la vida palpitaba a través de mí. Pude sentir cómo el glande sobresalía, la piel retrayéndose. Fui al baño y rebusqué en mi alijo de revistas porno, que solía esconder debajo de una baldosa suelta bajo la taza del wáter.

Se llamaba Giny. Todavía la recuerdo. Posaba en una cama con las piernas abiertas, medias de seda, una mano agarrada a la cabecera de bronce y a su lado, un cajón rebosante de braguitas. Oh, Dios, me dije. Miré entre sus piernas y fue como ver la colisión de dos planetas y como si la ropa interior fuera el pináculo de la civilización, todo aquello por lo que habíamos luchado, en Gor y en la Tierra Media y en la realidad. Fue un momento profundo de adoración y luego, cuando salí del baño y atravesé el salón, me sentía como si estuviera llegando al centro de control de una nave espacial. Les dije lo maravilloso que había sido, que deberían probar a hacerse una paja hasta arriba de ácidos, y uno por uno, excepto Findlay, esperaron su turno para ir al baño de modo que la revista quedó empapada y rígida, tanto es así que al día siguiente tuve que meterla en una bolsa de plástico y tirarla a la basura. Después de esa experiencia resultó inevitable: formaríamos una banda.

Ninguno de nosotros sabía tocar nada, salvo Alan, que era un virtuoso del piano y había escrito un libro sobre la historia del minimalismo cuando tenía quince años y después lo dejó guardado en un cajón. Pero nosotros no estábamos buscando habilidad técnica y además él era uno de esos que saben tocar muy bien con partitura, pero que no habrían podido improvisar una sola melodía aunque su vida dependiera de ello. En cierto modo todos éramos así.

Entonces dimos con una idea: el padre de Duncan tenía un suministro interminable de maniqués que utilizaba en los escaparates de su tienda en Baillieston Road. Decidimos grabar unas cintas y montar un concierto en el que habría unos maniqués vestidos como nosotros, como colegiales, básicamente, pero que parecerían estrellas de *rock*, con instrumentos y pelucas, y entretanto nosotros pondríamos nuestras cintas como si fuera un *show* de verdad. Encontramos un nombre. Al principio era Shooting Gallery; luego Credible Ring. Y por fin, Chinese Moon. Llamamos a algunos bares, conseguimos el nombre de algunos clubes, pero tan pronto explicábamos lo que queríamos hacer nos colgaban el teléfono o se negaban a contratarnos con alguna excusa idiota. Sólo quedaba una opción. Le dijimos a Duncan que le preguntara a su padre si nos dejaba diseñar un escaparate. Vamos a vestir a los maniqués y vamos a poner nuestras cintas, un escaparate musical en Shettleston. Era como una instalación, pero también un concierto, aunque nosotros también éramos el público. A su padre todo le daba igual, dijo que sí, era un borracho pero también quería a sus hijos, eso se notaba, aunque Duncan se avergonzaba de él y en casa, obviamente, las cosas eran un poco más tensas.

Cada uno vistió a su maniquí de acuerdo a sus gustos y personalidades. El mío tenía un parche en un ojo y una chaqueta caqui con coderas y un par de pantalones beis y zapatos mocasines marrones y una guitarra negra. Una imitación de una Les Paul, no podía permitirme más. Ah, y el pelo negro sintético, muy largo, que le caía sobre los hombros. El maniquí de Alan estaba en la batería y parecía como una llamarada azul. Tenía mucho maquillaje, delineador de ojos turquesa y el pelo azul con un tupé atroz de estudiante de arte, como sacado del primer álbum de los Roxy Music, sólo que con una americana azul y unos pantalones grises; era como si alguien le hubiera prendido fuego a su cabeza o la hubiera arrastrado por encima de un papel de lija y su mente de colegial hubiera estallado como un fósforo. El de Findlay simplemente iba vestido de Findlay y en cierto modo era el más espeluznante de todos: un chándal azul y una peluca rubia en forma de hongo y una boca exagerada delante del micrófono que parecía una pistola apuntando a la propia cabeza del maniquí. El de Duncan llevaba un mono de trabajo con insignias militares y uno de esos gorros rusos muy peludos con

una estrella roja y una hoz pegadas en la frente, los mechones de una peluca de pelo artificial asomando por debajo, las uñas pintadas y un bajo con forma de ala delta que Duncan había hecho con cartón y que tenía un altavoz incrustado y conectado a su vez a una hilera de *walkmans* que no dejaban de reproducir en bucle el mismo puñado de grabaciones, así que la música se oía en sordina detrás de la vitrina y cuando uno pasaba frente a ella se oía como algo que está por debajo del agua. Como si estuviéramos tocando desde el interior de un acuario iluminado en medio de la noche en Shettleston. El escaparate estuvo puesto una semana o así, pero entonces el dueño de la tienda le cogió manía y ordenó que lo quitaran. Aun así, ¡vaya semana fue ésa! En mi memoria se prolonga y se prolonga hasta el verano de 1983 y todavía puedo ver el escaparate a medida que nos acercábamos a primera hora de la mañana; la luz dorada que salía por la vitrina y se derramaba sobre el pavimento como un sueño perfecto y poco a poco se escuchaba la música, a muy bajo volumen, mezclándose con las voces de la gente que iba por las calles y el ruido ocasional de un taxi que pasaba por allí a toda velocidad para, al final, plantarnos enfrente del escaparate a mirarnos a nosotros mismos o más bien a mirar a nuestros representantes, en este mundo y en el mundo de al lado, como quien dice, un paso hacia la inmortalidad o hacia el olvido o como quieras llamarlo; y la música era buena, era como el sonido que se escucha cuando uno se despierta en medio de la noche y por un instante uno se convierte en un aparato, como si te olvidaras de tu papel de ser humano y por un segundo pudieras captar un tono extraño y agudo, ese tono que se comunica con nosotros a un nivel que sólo se puede sintonizar en ciertos estados; y mirando el escaparate y escuchando ese tono prolongado y sostenido, ese bajo lento, casi sincopado, pensé: Cuando muera, dejadme despertar aquí, dejad que me reencarne en esta imagen, dejadme vivir en este momento para toda la eternidad.

Y si bien duramos apenas una semana —y para ser sincero, nunca creímos que pudiera ocurrir nada más allá—, generamos mucho interés. La gente empezó a buscarnos, entraba a la tienda a preguntar por nosotros, que es una de las razones por las cuales la tienda cerró, creo yo, eso les dio alas a muchos locos que no tenían dinero para gastar en la última moda masculina del verano pasado. Por suerte, el padre de Duncan tomó muchos recados y

nos reenvió algunas cartas —en ese sentido nos apoyó mucho, casi hasta el punto del ridículo— y así no tardamos en entrar a formar parte de una red de gente creativa y raritos y frikis; donde encajábamos perfectamente, claro. Recibí cartas de artistas obsesionados con partes del cuerpo, una dominatriz, homosexuales huraños, un profesor que estudiaba robótica en el Coatbridge College; gente con fantasías de miembros fantasma, gente con amputaciones; actores frustrados en emisoras de barrio... pero la carta más interesante que recibí fue la de Lucas Black, de Memorial Device.

Fue raro. Parecía una carta que Lucas se hubiera escrito a sí mismo, en cierto modo. Iba dirigida al señor Downie, que era el propietario de la tienda. Downie's, así se llamaba la tienda. Y le pedía al señor Downie que donara una parte de su cerebro. Eso lo digo ahora, sabiendo lo que ahora sé. En esa época, sin embargo, me pareció una flipada. Era como una canción de amor. Querido señor Downie, decía, y aquí cito de memoria, ojalá hubiera conservado la carta. Luego venía un preámbulo donde Lucas exponía sus credenciales, como dejando claro su derecho a esa forma de contacto, como si fuera algo inevitable, como quien junta dos cables pelados sólo para hacer saltar la chispa. Recuerdo una frase en particular: La vida no tiene sentido, decía, pero tiene resonancias, fricciones, lugares, fantasmas. Quizá usted estaría interesado en ver algunas muestras de mi trabajo, decía. Si es así, por favor, mire usted... y adjunta venía una fotografía de un extraño diorama que él mismo había construido; era como un volcán supurando lava por el cráter; lava que parecía más bien un puñado de boas de plumas brotando de la boca de una montaña de papel maché y en las cuatro esquinas del volcán había sirvientes, esa era la palabra que él usaba para referirse a unos maniqués muy raros; niños con el rostro de madera pálido y el pelo plateado y camisetas con emblemas o logos que decían I LOVE NEW YORK o COATBRIDGE COLLEGE ATHLETICS o, el que siempre recuerdo, CALIFORNIA GOOD GUYS; todo fotografiado a media luz, como un mal recuerdo.

Desde luego, acepté reunirme con él. En ese tiempo vivía en el último piso de un bloque de apartamentos cerca de la Airdrie Academy. Estaba estudiando para ser electricista en una escuela de Coatbridge y compartía el piso con una panda de memos, sólo para no seguir viviendo en casa de mis padres, que en realidad quedaba a cinco minutos andando. Mirando todo con



distancia, no sé por qué tenía tanta prisa por irme de casa. En esa época quería huir de cualquier momento que se me pusiera delante. A duras penas podía esperar el futuro, una idea que ahora me resulta insoportable.

Recuerdo que Lucas llamó al telefonillo y normalmente yo tenía la costumbre de contar hasta treinta antes de abrir la puerta de casa. Eso es lo que solía tardar cualquier persona en subir los tres pisos. Pero esta vez abrí de inmediato y me quedé esperando al final de las escaleras para verlo llegar y siempre me acuerdo de haberme asomado, apoyado en el pasamanos, y de haber metido la mano en una telaraña. Justo en la mitad de la telaraña. Esto significa algo, pensé, nunca me voy a olvidar. Todavía me acuerdo, así que seguro, seguro que significó algo. Oí los pasos de Lucas en la escalera. Tenía un garbo muy particular, caminaba como de medio lado, pero con suavidad, como con esas botas enormes que usaba Boris Karloff en la película de Frankenstein, como si quisiera caminar a hurtadillas, así lo describiría, como queriendo que no lo sintieran llegar, y antes de verlo a él vi su silueta en el muro a medida que ascendía y casi que esperaba ver un par de pernos brotando de su cuello o que llevara una antorcha en la mano, como si estuviera subiendo la escalera de un castillo gótico, que es como decir que había algo automático en su manera de moverse, aunque deliberado, ominoso; dicho de otro modo: como un suicida que sube al barranco del que va a arrojar.

Disfruté mucho con eso, dijo cuando llegó delante de la puerta, y yo no estaba seguro de a qué se refería, pero aun así contesté: Bien, bien, y le estreché la mano y lo invité a pasar. Él se quedó paralizado en medio del pasillo y yo no sabía si estaba esperando a que yo le cogiera la cazadora, pero cuando me acerqué a él dio un respingo, de modo que durante unos instantes nos quedamos allí quietos, mirándonos. Imagino que te estarás preguntando a qué vine, dijo, después de lo que parecía un silencio interminable pero que quizá duró apenas unos pocos segundos. Es por los maniqués, ¿no es así?, pregunté. Sí, sí, dijo él, eso es. Correcto. ¿Pero qué cosa de los maniqués?, preguntó. Supongo que te gustaron, dije. Supongo que reconociste algo en ellos o te relacionaste con ellos o algo así y querías conocerme. Sí, dijo, los reconocí. ¿Pero desde dónde? ¿Y desde cuándo?

Era como hablar con una voz proveniente del interior de tu propia cabeza.

Iba a contestarle otra vez; me había atrapado en esta dinámica rara de pregunta-respuesta y empecé a decir que quizá lo suyo era como una especie de presentimiento, como una forma de estar muerto en vida, como reconocerse en los maniquíes y estar de duelo por la muerte de uno mismo, de pie frente a tu propio cadáver, una cosa así. El caso es que se trata de alguna forma de reconocimiento. Improvisé toda esa parrafada, básicamente; o sea, el tío quería respuestas y de repente yo me había sentido como el encargado de dárselas. Un presentimiento, dijo. ¿Eso es algo que proviene de un sentimiento? ¿Es como el sentimiento de que uno está a punto de tener un sentimiento? A esas alturas yo sentía que me estaban haciendo nudos ciegos en el cerebro. Un presentimiento es el preludio de un sentimiento, dije. ¿Y qué es un nocturno?, preguntó. Es una afinidad con la noche, dije. Eso es, dijo, fue allí donde los reconocí. Yo estaba empezando a asustarme. No tengo la madera para ser un artista ni mucho menos, recuerdo haber pensado.

Le sugerí que fuéramos a la cocina. Necesitaba salir de ese pasillo, lejos de todas esas preguntas sobre preguntas. Caminó detrás de mí, en silencio, y se sentó en una silla. Se quedó mirando la mesa de la cocina, una mesa de madera normal que habíamos encontrado en un rastro. Es como mi cama, dijo. ¿Duermes en una mesa?, pregunté. Claro que no, dijo. No seas ridículo. Preparé café y nos quedamos en silencio otro rato. ¿Cómo sabes qué aspecto tienes después de haberte mirando en un espejo?, preguntó. No hay forma de saberlo, dije. Lo que ves en el espejo es tu aspecto. Él suspiró y apoyó la cabeza entre las manos, unas manos enormes, por cierto. Recuerdo que pensé: Es el puto Atlas que ha venido a machacar la tierra.

Cuando apartó las manos pude ver la cicatriz redonda en la coronilla. Le han sacado los sesos, pensé, ¿de qué le habrán rellenado la cabeza? ¿Tú haces música?, pregunté. Tú eres el de Memorial Device, ¿no? Memorial Device acababa de formarse. ¿Qué es Memorial Device?, me preguntó. ¿Son como postes enterrados en la arena? Son una banda, contesté, te he visto cantar con ellos. Exacto, dijo, exacto. Luego se quedó allí sentado sin decir nada. Al cabo de un rato siguió: Es como un reloj de bolsillo, quizá, ¿como un reloj de bolsillo que has heredado? ¿Como una lápida? ¿O es más bien como un dictáfono donde uno graba sus memorias? Como un dictáfono, creo, dije, pero en ese momento yo me sentía totalmente descolocado. ¿Tus muñecos

tienen nombres?, preguntó. Sí, se llaman como nosotros, dije. Son nosotros, en cierto sentido. Eso tiene sentido, dijo, y asintió con la cabeza lentamente. Entonces sacó una libreta del bolsillo. Así es como se arman las cosas, dijo, señalando la libreta. Yo les pongo nombres a mis muñecos, dijo. Cada uno se llama como una parte de mi cerebro. Este de aquí, dijo, enseñándome una foto de un maniquí de niño en *shorts* y camiseta, con un brazo levantado a modo de saludo; este de aquí se llama *La costa*. Y éste es *La zanja*, dijo mientras me mostraba una foto del maniquí de un hombre inexpresivo con el pelo del color de la paja sentado en una silla de jardín. También está *El sendero*. De ése no tengo ninguna foto a mano, pero es más viejo aún, bastante enfermo, aunque se viste bien. Y tenemos, por supuesto, *La repisa*, *Las lámparas*, *El lago* y *La luna*: una jovencita que lee un libro, ojos grandes y el gesto melancólico. ¿Y así es como está dividido tu cerebro?, pregunté. Eso creo, dijo, eso creo.

Luego me preguntó si mis muñecos querían dar un concierto. ¿Dónde?, dije, ¿en tu cerebro? Él soltó una carcajada por primera vez. Eso me dio cierto alivio. Allí también van a tocar, dijo, sonriendo, pero yo estaba pensando más bien en un concierto con Memorial Device, quizá como teloneros. ¿Y qué es Memorial Device?, le pregunté. Y él dijo que era como una navaja suiza.

Así fue como empezamos a hacer conciertos con Memorial Device. Todavía hay gente que me pregunta por esos conciertos, gente que no recuerda si realmente tuvieron lugar o si sencillamente se los imaginaron. Me dicen: ¿Te acuerdas de ese concierto en el que sólo había unos maniqués en el escenario? Y yo les digo: Claro, ése era yo, ésa era mi banda. Escribieron un artículo sobre nosotros en el periódico local. Sacaron una foto nuestra en casa de los padres de Alan y Findlay, la banda tocando en el jardín y nosotros sentados frente a los muñecos sobre un césped demasiado alto porque era verano. Desde luego, querían averiguar si en el fondo éramos unos descerebrados o si teníamos algún tipo de desviación sexual. Quizá sí, ¿por qué negarlo? Igual no estaba destinado a durar. Ninguno de nosotros siguió ese estilo de vida, la vida nocturna, el alcohol. Con los años me bastaría con dos latas de birra para emborracharme y llorar. Me enamoré de demasiadas chicas. Eso me hizo mucho daño. Yo era demasiado joven y a ellas les

gustaban los chicos mayores, los chicos malos o los grandullones, y yo siempre acababa haciendo el ridículo. No podía entender por qué querían estar con esos idiotas maltratadores, fumando y bebiendo. Juntos podemos ser un equipo, les decía yo, como las chicas de pelo oscuro y mallas negras y rímel negro, podíamos ser una familia. ¿Y qué sabía yo de la familia? Lo único que teníamos eran unos maniqués que eran el centro de todo aquel *show*. Las chicas querían tomarse fotos con ellos, pero nosotros queríamos limitar el acceso para que el misterio no se rompiera, así que nos apresurábamos a empacarlos en cajas selladas al final de cada bolo y nos mezclábamos con el público pero, por supuesto, nadie nos reconocía, nadie se interesaba en nosotros, a pesar de que nosotros nos considerábamos los autores intelectuales de todo, los artistas, éramos los superhéroes ocultos. La gota que colmó el vaso fue cuando esa chica, Vanity, declaró que se estaba follando a uno de los muñecos. Y no era yo, claro. Estaba saliendo con Alan, dijo, pero no con el real, sino con el doble, Alan el del pelo azul en llamas y el uniforme de colegial. Convenció a Alan de que la dejara posar con el muñeco o más bien fue su novio quien lo convenció. Ese imbécil. No podía creerlo. Alan, desde luego, no me dijo nada, así que me enteré cuando vi la foto en un fanzine idiota junto a unas frases que hablaban del amor verdadero o algo así. Nos estás prostituyendo, tío, le dije. Qué cutre. Me ofendió mucho, como podrás ver. Allí fue donde empezaron a aparecer las grietas.

Alan se había hecho amigo de un chino de Petersburn. Fue durante un curso de astrología en el que ambos se matricularon. El padre del chino tenía un restaurante de comida para llevar en Clarkston y una noche hubo algún lío, ya no recuerdo exactamente por qué, sigue sin quedarme claro, pero el resultado fue que el padre del amigo había sido asesinado en algún tipo de incidente en el patio trasero del edificio. Le habían golpeado en la cabeza con una losa de piedra; el tipo cayó tieso allí mismo.

Alan me llamó. Dijo que no había estado en el lugar de los hechos, pero que estaba implicado. ¿Qué sabes?, le pregunté. ¿Qué viste? Pero él sólo gimoteó y colgó el teléfono. Entonces Duncan me llamó. Alan está metido en un pozo de mierda, dijo. Lo sé, dije, acabo de hablar con él. No, Alan no, dijo, no lo entiendes, quiero decir Alan, el doble de Alan, el del pelo azul; hablo de nuestra batería. Anda por ahí haciendo el gamberro.

Alguien había suministrado la descripción de una persona de pelo azul vestida con uniforme de colegial que había escapado de la escena del crimen. Hay que disolver la banda, dijo Alan. Tenemos que buscarles un escondite. Nos reunimos en casa de los padres de Duncan; los cuatro sentados en la cama con una sola bombilla iluminando el cuarto y ropa sucia amontonada por todas partes. El padre de Duncan entró al cuarto, todavía no estaba muy borracho, apenas un poco achispado, y nos preguntó por el crimen del chino. Oí que le habían dado con una losa de piedra en la cabeza, dijo. ¿Quién es lo bastante fuerte para levantar una de esas cosas, ya no digamos para partirla al cráneo a algún pobre diablo con ella? Negamos con la cabeza y tratamos de visualizar la escena y el esfuerzo sobrehumano que implicaba. Todos, excepto Alan, que se agarraba la cabeza con las manos. A partir de ahí las cosas se precipitaron. Pedí ver a los maniquíes. Los teníamos guardados en unas cajas en el sótano de la casa de Findlay y Alan, y yo insistí en que las abriéramos para examinar a los muñecos. ¿Para qué?, preguntó Duncan. ¿Quieres ver si tienen manchas de sangre? Puede, dije. Quizá sí. Duncan me miró como si lo hubieran sorprendido haciendo alguna fechoría, como si una boca enorme se hubiera abierto a sus espaldas y acabaran de darle el primer tiento en sus carnes; esa presión justo antes de que los dientes penetren en la piel, en lo que viene a ser una prerrogativa de los cuerpos jóvenes, pienso ahora, ese estremecimiento expectante en el que la muerte misma parece un buen negocio, mucho más digno de asombro y estupefacción y crudo sometimiento que cualquier llanto desesperado. Sentí que estaba preñado de todas las ideas del mundo y que ninguna de ellas importaba.

Desenterramos los cuerpos, casi literalmente, y los examinamos en busca de alguna señal incriminatoria. Aparte de algunas manchas de cerveza y quemaduras de cigarrillo, por no hablar del olor a maquillaje rancio, que se pudre y apesta que te mueres, créeme, no había ninguna señal que apuntara a algo inapropiado. Si estás implicado, le dije a Alan, tienes que confesarlo y dejar de echarle la culpa a estas pobres víctimas, gente que ni siquiera se puede defender; aunque en el fondo yo no hablaba de los muñecos, sino de Findlay, de Duncan y de mí.

Yo estaba con él esa noche, dijo. Yo estaba con mi amigo, el hijo del chino. Pero yo no tuve nada que ver con ese muerto. ¿Cómo se os pudo

ocurrir semejante cosa? ¿Cómo voy a ser culpable yo de lanzar esa losa? Tú involucraste a toda la banda, dije. Alguien vio al batería saliendo de la escena del crimen. Ahora todos estamos involucrados. Sabe Dios qué vamos a hacer los demás. A duras penas voy a poder conciliar el sueño, dudando hasta de mi sombra.

Entonces me di cuenta de un detalle: el maniquí de Alan llevaba puesta una camiseta de CALIFORNIA GOOD GUYS.

Un momento, cabrones, dije. ¿De dónde coño sacó esa camiseta? Al principio nadie reaccionó. ¿A qué te refieres?, dijo Findlay. Pero de inmediato cayeron en la cuenta. Mierda, mierda, dijo Duncan, ¿desde cuándo empezaste a vestirte así, Alan? Ése no es Alan, dije. Ése es Lucas, de Memorial Device, y aunque en medio del susto no lo dije, en el fondo pensaba que el cerebro de Lucas estaba allí, mierda, soñando todo eso.

En el momento menos pensado, la policía ya estaba tras la pista. Interrogaron a Alan como testigo. La historia que les contó es que él y su amigo estaban en la parte trasera del restaurante chino; los jueves por la noche iban a su clase de astrología y como hacía tanto calor, quién podría olvidar ese verano, decidieron sentarse al aire libre a repasar los apuntes. Unos matones del barrio aparecieron entonces; unos choricillos, básicamente, y hubo un enfrentamiento de algún tipo. No quedó muy claro qué o quién encendió la primera chispa, el caso es que en algún momento uno de los chorizos agarró una roca y la lanzó, pero, en lugar de alcanzar a Alan o a su amigo, la piedra fue a dar contra el cristal de la puerta trasera del restaurante, con lo cual el señor Chan salió dando voces y blandiendo una fregona para amedrentarlos. De un momento a otro aparecieron los hermanos del señor Chan y otros tantos chorizos del barrio, mafiosos, quién sabe, hasta que se formaron como dos ejércitos en cada lado, con Alan y su amigo atrapados en medio.

Estábamos en tierra de nadie, dijo Alan. La policía preguntó qué más había ocurrido. Después, dijo Alan, alguien agarró una losa. Una silueta, nadie vio más. Alan vio que unos brazos lanzaban la losa por los aires como quien lanza un disco de atletismo. Y que la losa alcanzó al señor Chan en un costado de la cabeza. Y oí un crujido, dijo, un crujido estremecedor, y el señor Chan cayó desplomado al suelo. Era como si le hubieran escarbado la

cabeza para sacarle el relleno. ¿Y qué más pasó?, preguntó la policía. Y Alan les dijo: Vi cómo surgía ese tío, esa cosa. Creí reconocerlo. Mis amigos y yo tenemos una banda, tocamos música, explicó, pero es más bien como arte porque usamos modelos en el escenario que nos imitan, bueno, no exactamente, pero en cierto modo fingen ser nosotros.

La policía quiso saber qué tenía que ver eso con el crimen. Ésa es la cuestión, dijo Alan. Me pareció ver que uno de los maniqués se levantaba del suelo, como de debajo de la tierra. Como en una película de vampiros, dijo la policía, como en una de zombis. Sí, dijo Alan, como en una película de terror, y vi cómo se escurría entre los dos bandos, era como si flotara en el aire. Y era también como si estuviera iluminado desde abajo. ¿Y qué más hizo?, preguntó la policía. Nada, dijo Alan. Ésa es la cosa. No hizo nada. Pero todos lo vimos, insistió Alan, y cuando vimos eso todos salimos corriendo. Gritando. ¿Y qué más?, preguntó la policía. Yo me quedé mirándolo un rato, dijo Alan, y aquello no dejó de moverse hasta que se convirtió en una mancha en el horizonte.

Los gánsteres del barrio nunca fueron identificados. Nadie quiso hablar. El amigo de Alan estaba demasiado traumatizado para ser un testigo fiable. Las bandas de chinos aseguraron que ellos mismos habían ahuyentado a los matones locales. Pero hubo testigos que dijeron haber visto a un jovencito con uniforme escolar y el pelo azul flotando por en medio del parque hasta llegar a la cañada, donde desapareció como un relámpago en el horizonte.

Fue Skidz, dijo Alan. Yo lo vi. Fue Skidz. ¿Quién es Skidz?, pregunté. Skidz soy yo, dijo, y empezó a llorar otra vez. Skidz soy yo. Miramos al muñeco en la caja, con las piernas dobladas, los ojos maquillados como un dios egipcio, los mechones de pelo azul.

Nunca entendí cómo Skidz llegó a tener la camiseta de uno de los muñecos de Lucas. Todo era demasiado surreal y complicado y confuso y ya no me animaba a preguntar, eso suponiendo que hubiera alguna verdad por descubrir. Aunque en última instancia creo que todos, secretamente, estábamos impresionados. Alan había cobrado vida. Él era un artista mientras que el resto de nosotros éramos una panda de cantantes de *playback*. Miré mi maniquí y no supe cómo me llamaba, cuál era mi nombre. Cancelamos todos los conciertos de ahí en adelante. Se habló de la posibilidad de que fuéramos

de gira con Memorial Device, pero no hay forma de saber qué habría resultado de todo eso. De vez en cuando veía a Lucas o a otros miembros de la banda caminando por el centro de Airdrie, pero ninguno me reconocía, o al menos actuaban como si no me conocieran. Regresamos a cumplir nuestras cadenas perpetuas, que es lo que Airdrie ofrece para bien o para mal. El padre de Duncan murió de un ataque al corazón y Duncan se quedó viviendo con su madre; perdimos contacto pero he oído que sigue allí y que todavía no hay una sola lámpara con pantalla en toda la casa. Findlay acabó metido en la iglesia. A veces, cuando iba a hacer la compra, lo veía a la salida del Safeway pidiendo donativos para caridad. Era de los que les hablan a los viejecillos chiflados durante horas con entusiasmo y genuino interés. Qué desperdicio de intelecto.

Pero fue Alan el que decidió escapar. Se fue de Airdrie y nunca más volvió. Al igual que Skidz, se largó flotando como un fantasma o como un ovni quién sabe adónde, y cada vez que hago un reintegro en el Banco de Ahorros de Airdrie o saco un libro de la biblioteca o doy un paseo cerca de South Bridge Street y veo los escaparates y las tiendas repletas de gente, es como si me viera a mí mismo desde fuera durante un segundo, y entonces creo que mi fantasma debe de andar por allí, en alguna parte, mi maniquí, buscándome con su único ojo, sacudiendo la cabeza.



# EN MAL ESTADO Y CON PEGATINAS DE OFERTA

*Una lista informativa de los discos que tenía Big Patty y que su exnovia Maya quería recuperar después de «la ruptura».*

ARCHIE SHEPP (de Actuel). Me llamaste a Airdrie cuando Memorial Device estaban de gira y me preguntaste si quería que me compraras este disco.

LOUIS MOHOLO. Me compré una copia de este disco de modo que tienes que tener dos ahora.

GREAT SOCIETY. Lo encontré en Edimburgo en Bruce's (yo misma, en el mismo viaje que compré el *Voice Of The Turtle* de JOHN FAHEY).

*Silly Sisters*. Lo encontré en Virgin en Glasgow.

BIG BROTHER... *Cheap Thrills*. Lo encontré en Listen en Glasgow.

STEELEYE SPAN. Es justo que me quede al menos uno. Queda en tu mano la decisión.

JULIE TIPPETTS, *Sunset Glow*. Teníamos dos copias, ¿recuerdas?

LINDA & SONNY SHARROCK, *Paradise*. MORTON FELDMAN. LP doble.

MUHAL RICHARD ADAMS. No me acuerdo del sello... ¿Nessa? Creo que

me falta otro disco de este sello. ¿Toca en él Shelley Hirsch?

Al menos un disco de International Artist, p. e. GOLDEN DAWN. Esto es más una súplica. Sabes que nunca volveré a encontrar ninguno de esos discos y nunca voy a pagar 100 libras por uno de ellos.

DON CHERRY, *Mu Parts 1&2*. Lo encontré en 23<sup>rd</sup> Precint en Glasgow.

JUNE TABOUR. Debería haber dos. Uno lo encontré en Belfast, el otro aquí (creo que hay un gatito en la portada).

MILES DAVIS, *On The Corner*. ¿No lo encontré en Bruce's? Igual me equivoco.

ANTHONY BRAXTON. Había muchos que compré en Virgin, parecía lo único que compraba durante esa época.

JIMMY GIUFFRE. Uno de grabaciones antiguas. Quizá lo encontramos cuando fuimos a Gales. Queda en tu mano la decisión.

OCTAVIA BUTLER, el libro. Disculpa, justo me acordé de él.

TIM BUCKLEY. Me acuerdo concretamente de haber encontrado algunos en Londres, p. e. *Lorca, Happy/Sad*. Estaban en mal estado y con pegatinas de oferta en la portada.

# **UN CANDIDATO PLAUSIBLE PARA EL SEXO, PARA EL MATRIMONIO, PARA EL SECUESTRO O PARA CUALQUIER FUTURO RADICALMENTE DIFERENTE**

*Valerie Morris lleva a Remy a visitar a los gitanos de Calderbank, que les dicen la buenaventura cuando no eran más que un par de mocosos.*

Me mudé a Airdrie cuando tenía dieciséis, justo después de terminar el instituto y mi cabeza estaba llena de profecías, algunas de las cuales nunca se cumplieron, pero otras sí y de maneras que yo nunca habría podido predecir, mientras que otras siguen allí, pendiendo sobre mi cabeza, no tanto como una espada, que cualquiera sabe que es una forma de representar el pensamiento, la cogitación o, más esencialmente, la división, no, no una espada sino un hacha, un hacha rotunda que amenaza con moldear el futuro a imagen y semejanza del pasado, y el pasado tiene una forma rudimentaria, como un amasijo con montones de miembros y tentáculos y patas que apuntan en todas direcciones, donde sólo si uno tiene mucha suerte puede llegar a distinguir una única trama, una línea solitaria, un compungido cordón umbilical, un enroscado vello púbico que probablemente se te había caído a ti mismo.

Fuimos a ver a una gitana, de eso me acuerdo muy bien. Fue el día de la feria de Calderbank, que se hacía en el otro extremo del campo de fútbol, al borde mismo del pueblo, en un campo que sólo era accesible a través de un estrecho camino, junto a una parada de autobús donde los coches pasaban dejándote la cara perdida de polvo y las zarzas se te enredaban en los

pantalones, y donde una vez mi abuelo y yo nos encontramos unas huellas enormes del tamaño de las del Bigfoot o del Abominable Hombre de las Nieves.

Debido a una serie de supersticiones, por no hablar de un compromiso colectivo con el sufrimiento donde el futuro es el mismo martirio que el pasado, a los gitanos no se les permitía instalarse dentro de los límites del pueblo y por tanto habían sido relegados a la periferia, que una vez al año se convertía en el único sitio divertido y adonde, a pesar de la aversión de nuestros padres, casi todos los jóvenes del pueblo terminábamos llegando al final de la tarde para pasear entre los puestos alineados en la calle principal, las tartas de té de Tunnock, los viejos barriles de *whisky* repletos de mandarinas, los chiringuitos donde vendían maquetas de aviones, chapas, helados, el olor del chocolate y el queso y los perritos calientes y los cielos azul pálido con pequeñas nubes espolvoreadas como rastros de vapor furioso y el olor de la pólvora en el aire y la gasolina y las hogueras y, a lo lejos, los puntos de color borrosos que no eran más que hombres en motocicletas subiendo y bajando a toda velocidad por las colinas veraniegas, el sol tan cerca que se te hacían bucles en el pelo, que también se volvía más rubio y apenas empezaba a caer la tarde había jovencitos escupiendo fuego alrededor del campo de fútbol, bebiendo petróleo y dejando que las llamas bailaran en sus lenguas, y cuando pasabas delante de ellos te miraban de la cabeza a los pies como si fueras una candidata plausible para el sexo, para el matrimonio, para el secuestro o para cualquier futuro radicalmente diferente.

Remy y yo íbamos a esa feria todos los años, pero esto debió de ser en 1979, de hecho estoy segura de que fue en 1979 porque ese mismo año fui voluntaria en una exposición de la ASTRA, la Asociación de Investigación Astronáutica de Escocia, que se hizo en el Centro de Arte de Airdrie y justo hace poco consulté la fecha del evento en un libro y todo encaja.

Durante todo el año habíamos estado especulando sobre la gitana que leía la suerte dentro de un puesto pintado con franjas rojas y negras que parecía un teatro de títeres y que tenía, no exagero, la piel de color verde o casi verde y de quien decíamos en broma que era sólo un torso, una cabeza y unos hombros que se mantenían con vida mediante cables y químicos y, por supuesto, en esa época estábamos enamorados, o todo lo enamorado que uno

puede estar a esa edad, y competíamos por ver hasta dónde llegaba el amor de cada uno. ¿Me amarías si sólo fuera un cerebro dentro de un frasco?, me preguntaba Remy. Claro, decía yo. Le daría besos de buenas noches al frasco y lo taparía con una sábana y lo pondría en mi mesita de noche y dormiría siempre junto a él. ¿Y qué pasaría si yo no quisiera irme a dormir?, me preguntaba. ¿Y si me dieran ganas de leer? Me las arreglaría para poner un libro abierto delante del frasco, decía yo, luego deduciría cuánto tiempo te tomaría leer ambas páginas y estaría pendiente de pasarte las hojas. ¿Y si estuvieras cansada, insistía él, y si calcularas mal el tiempo? De hecho, ¿cómo podría leer sin ojos? En ese caso yo te leería en voz alta, decía yo, con la esperanza de que me escucharas. Dicen que el oído es lo último que se pierde, decía él, pero eso sólo ocurriría si tuviera orejas.

Vimos que la gitana nos miraba desde el otro lado de la cancha, la cabeza sin cuerpo, la llamábamos, y ese día andábamos con nuestro perro o, bueno, no era nuestro exactamente sino un pastor alemán gigante que se llamaba Judy y cuyo dueño era otra persona del pueblo pero el perro venía todos los días a ver a Remy desde que era un niño y se pasaba el día entero con él antes de regresar con sus dueños a pasar la noche. Hay una famosa foto de nosotros de ese día, famosa para mí, en todo caso, en la que ambos estamos sentados con la espalda apoyada en la pared de un cobertizo y Judy se alza majestuosa por encima de nuestras cabezas como el gigante benévolo de una novela infantil, que bien podría haber sido *Ana de las Tejas Verdes*, si nos atenemos a la época.

Creo que fue el padre de Remy quien tomó la foto. El padre de Remy era bastante excéntrico, de acuerdo, sobre todo al final, pero a él no le importaban las habladurías de la gente del pueblo o las formas estandarizadas de pensar y a mí me parecía una persona valiente, a pesar de lo enclenque y debilucho que era y a pesar de que en su cara había una permanente expresión de disgusto, como si al mirarte estuviera mirando directamente al sol y, por supuesto, unos años después yo leí el ensayo por el que lo despidieron, el ensayo sobre el destino y recuerdo que al leerlo pensé en esa fotografía y en cómo esa imagen captura el instante y en cómo uno puede revivir un instante sólo con el pensamiento una y otra vez, así que posiblemente tuviera razón en lo que decía en el ensayo, no lo sé, por otro

lado las fotografías te pueden hacer creer casi cualquier cosa.

Ya no recuerdo de quién fue la idea de consultar a la vidente. Ya sabes cómo se desarrollan las cosas dentro de la cabeza y aquello que alguna vez nos pareciera aterrador pasa a volverse un estímulo y luego un placer y finalmente una fuente de hastío. En esa época estábamos justo en el límite entre el horror y la tentación. ¡No hay mejor lugar que ése! Ojalá el mundo de los adultos siguiera siendo aterrador y misterioso. Lo malo es que ahora no recuerdo lo que dijo la vidente, lo que es bastante absurdo porque ya no tengo manera de saber si se cumplieron sus profecías, lo que tal vez sea mejor, aunque creo que al final hubo más cosas que se hicieron realidad para Remy que para mí. Sólo recuerdo que nos abrimos paso hacia el puesto de la vidente, atravesando la frontera invisible que separaba a los gitanos del resto de las personas y que luego regresamos. Eso lo recuerdo con total claridad. Lo que ocurrió en medio no es más que un espacio vacío en mi cerebro. Lo único que recuerdo es que compramos uno de esos kebaps picantes que preparaban en una caravana con una guindilla entera encima y el pan de pita relleno de albóndigas y lechuga, y la salsa y el queso. Nunca antes había comido guindilla así y sabía que si mi padre me hubiera visto, si hubiera podido mirarme desde el cielo, habría negado con la cabeza en señal de desaprobación, una idea que sólo intensificaba el sabor y lo hacía aún más delicioso y también doloroso.

# REMOLONEANDO COMO UN GATO EN LA NOCHE, ROBANDO MIS SUEÑOS

*Johnny McLaughlin conoce a Big Patty en Airdrie ¿o es en Belfast?*

En este mundo la gente se divide en dos clases (mi padre me lo explicó así): las personas y los que no son personas. Y Michael no es una persona. Y además es guay. La primera vez que lo vi me di cuenta por el modo en que se presentó a sí mismo, sabes, Dabuten colega, toda la movida, supe que era un jeta al momento.

Michael caminaba hacia delante y hacia atrás en el piso de arriba, cruzando el techo y luego en sentido contrario, una y otra vez. Está nervioso, dijo mi padre. No lo culpo. Es como vivir dentro de un dolor de cabeza. Michael había sido un visitante regular (o un escondite regular) durante años, venía y se pasaba una semana o un mes aquí y allí, lo que culminó en una estancia de tres meses en el verano de 1983.

Poco a poco nuestras rutinas comenzaron a espejarse mutuamente. La entrada al anexo secreto se encontraba en la esquina de mi cuarto y a menudo me despertaba en la noche con los ruidos que hacía Michael mientras cruzaba la habitación para ir al baño (o para salir a dar una vuelta ya tarde de noche). Sólo salía de casa por la noche (por miedo a ser reconocido o capturado o asesinado, lo que fuera) y tan pronto como lo escuchaba bajar por las escaleras (lentamente, dando cada paso igual que si fuera si fuera un presagio superior, o eso parecía, como un ladrón furtivo andando marcha atrás, remoloneando como un gato en la noche, robando mis sueños de escaparme de mí mismo y fugarme con ellos, impunemente), salía de la cama y lo observaba dirigirse hacia la carretera (ahora de manera furtiva), y su delgada

silueta cedía el paso a la sombra del poste de la puerta y la niebla y entonces desaparecía en la noche (como una cápsula de tinta). Me acostaba en la cama e imaginaba su ruta en mi mente, y la recorría yo mismo con todo detalle, representándome el instante en que se detendría junto a una verja en el viejo Colliertree Road (una verja que conducía a un sendero que se abría a un campo, un sendero que ya no existe) y, en la lejanía, las luces del polígono industrial, titilando en el horizonte (como un sueño dentro de otro sueño) y a menudo era como si yo cruzara un umbral, no entre el sueño y la vigilia, ni entre la muerte y la vida (en absoluto tan dramático), sino como si emergiera (o más propiamente me sumergiera) en un lugar donde era yo quien estaba siendo andado, en el que los paseos de Michael se convertían en obligadas estadías nocturnas contra mi voluntad, en el que abandonaba mi mente, o acaso mi mente quedaba abandonada, entregada a la búsqueda de un despiadado fantasma al que resultaba imposible distinguir de la oscuridad de mis sueños, pero que de noche me arrastraba por las calles y me hacía observar puertas cerradas y ventanas encendidas en una tercera planta y fumar cigarrillos y permanecer ausente de mí mismo hasta al menos una tercera parte de la noche (lo cual, si uno lo suma, resulta un robo en potencia de un tercio de un tercio de mi vida; en otras palabras, 0,11111111, en el que el cero soy yo, la coma es el umbral y los unos son los pasos en la noche, y cuando regresaba a casa me volvía a despertar según pasaba reptando por mi cuarto, con lo que, efectivamente, daba marcha atrás al tercio de un tercio que había pasado soñando, de modo que ahora se asemejaba más a un 11111111,0, en el que el cero es el trastero, el lugar secreto, la coma es la entrada a la casa de mis padres y los unos son la acción automática de mi cerebro cuando lo soñaba en casa, como anzuelos invertidos o signos de exclamación que rechazaran su punto).

Había oído hablar de Big Patty antes de conocerlo. Cuando estaba de jardinero, trabajaba junto a un tipo que se llamaba David Nesbitt que me recogía en esas brillantes mañanas de otoño que parecían conductos al pasado aunque por aquel entonces estaba inevitablemente demasiado cansado (o con demasiada resaca) o demasiado atado al futuro como para percibir el modo en que el pasado estaba ya vulnerando el presente. David llevaba el coche adondequiera que tuviéramos trabajo ese día: casas señoriales en ruinas,



bungalós escondidos a la sombra de altos setos, apartamentos sin ascensor en el este de la ciudad con zonas verdes cubiertas de hierbajos y flores silvestres, casas victorianas con entradas de coches desconchadas y pintadas de rojo y céspedes amarillentos (casas de campo de ensueño con bicicletas abandonadas y árboles tan altos como mis expectativas vitales para el año siguiente y el de después). Era el negocio de David y funcionaba bien. Voy a contratar a alguien más, me dijo. He trabajado ya con él. El tío es capaz de cavar agujeros como nadie, añadió. Una vez lo vi cavar un agujero de metro y medio en menos de veinte minutos. Miraba alrededor y no se veía más que la parte de arriba de la cabeza con ese sombrero de copa abollado que lleva. Es un auténtico personaje, me dijo, un músico. Es vegetariano, además, creo que es hinduista o budista o algo así.

Era verdad que Patty llevaba un sombrero de copa abollado cuando trabajaba de jardinero (parecía más un sepulturero). Además llevaba un jersey y sólo se metía un brazo en la manga, de modo que parecía que el otro brazo se le había podrido y muerto. Siempre tengo o mucho calor o mucho frío, decía, así que pensé que si sólo me ponía la mitad del jersey solucionaría el problema (¿y por qué no te pones sólo una camiseta sin mangas?, pensé para mí, pero no le dije nada). Mientras trabajábamos de jardineros discutíamos sobre música. En mi vida he ido a un concierto, nos confesó David (estábamos trabajando en el jardín de un adosado de protección oficial en Grahamshill Avenue en el que vivía una profesora de teatro que se llamaba Miss Suecia). La música suena distinta en directo, dijo. ¿No es verdad? No suena tan profesional. ¿Quién necesita que suene profesional?, replicó Patty. Cuanto más salvaje, mejor. ¿Quién te gusta?, me preguntó Patty. Me gusta Dylan, dije. ¿Qué es lo que canta?, preguntó David. ¿Nunca has escuchado nada de Dylan?, irrumpió Patty, y dejó caer su pala al suelo y se sentó en una piedra y se encendió un cigarrillo. ¿Qué canciones canta?, preguntó David. ¿«Mack The Knife» y cosas de ésas? «Blowin' in the Wind», dijo Patty. «The Times They Are A-Changin'». Ni idea, dijo David, apoyando la mejilla en la pala, lo siento, nunca las he escuchado. ¿Y AC/DC?, le pregunté. Debes conocer a AC/DC. ¿Son los que cantan esa del tren?, dijo. Joder, me rindo, dijo Patty. Vives en Marte, macho.

Patty no tenía televisión en casa y a David no le entraba en la cabeza.

¿Qué haces para divertirte?, le preguntaba. Leo, dijo Patty. Escucho música. Toco la guitarra. Pinto. Cocino. Juego al ajedrez. Doy paseos por la noche. ¿Cuánto tiempo tardas en leer un libro normal?, le preguntó David. ¿De cuántas páginas?, contestó Patty. Pongamos trescientas páginas, dijo. En ese caso, una noche. Ni de coña, dijo David. No es posible. Vale, pues como mucho dos noches, dijo. ¿Alguna vez te has leído un libro?, le preguntó Patty. Una vez, contestó, me leí las primeras treinta y tres páginas y luego me olvidé de lo que había leído y tuve que empezar otra vez desde el principio. Luego me volvió a pasar lo mismo y dije a tomar por culo.

La primera vez que vi a Patty en el escenario con Memorial Device me quedé alucinado (no sabía lo que me iba a encontrar). Le dije a Michael que se viniera conmigo. El garito está a oscuras, le dije. Además no va a haber nadie allí que sepa quién eres. Es un mundo aparte. Y estos tíos son como John Coltrane con una guitarra, le dije (por entonces es lo que ellos mismos decían, que era como *free jazz* o improvisación libre, sólo que con guitarra, bajo y batería). El concierto era en un club de Coatbridge. En Coatbridge había más conciertos que en Airdrie, pero en lugar de ir en tren o de coger un taxi o meternos en un autobús, le sugerí que fuéramos dando un paseo, que saliéramos cuando comenzara a oscurecer (lo cual en esa época del año, a decir verdad, sucedía a las cuatro de la tarde) y que fuéramos parando en unos pocos bares seleccionados a lo largo del camino (si bien utilicé la palabra seleccionados, quería decir en realidad terribles, descorazonadores y bastante deprimentes). Tomamos una en The Barrel Vaults en la calle principal y luego en The Staging Post (y otra en The Tudor Hotel) y para cuando llegamos a Coatdyke (a The Five Keys), Michael estaba ya un poco pasado de rosca. Pidió dos *whiskies* y una pinta de cerveza fuerte. Una bebida por persona, dijo el dueño. ¿Qué cojones es esto, la Alemania nazi?, dijo Michael. Unas cuantas cabezas se giraron hacia nosotros. Pagué un *whisky* y la pinta de cerveza y lo llevé a la mesa que estaba junto a la puerta (consideré la posibilidad de que tuviéramos que echar mano de una vía de escape rápida). El bar olía a meados (inconfundible), como si a última hora todos los presentes se hubieran sacado la polla y hubieran meado por todo el suelo y se hubieran meado encima y hubieran perdido el conocimiento y se hubieran despertado a la mañana siguiente y hubieran vuelto a casa con sus odiosas

esposas sin acordarse de nada (ése era el plan), como la celda de una cárcel o un hospital o una pensión (o un albergue de acogida), un lugar en el que uno puede echarse en el suelo y la gente pasará la fregona después de que uno se vaya, un lugar para escapar de cualquier decisión que uno haya tomado en su vida, excepto de una: la decisión de mearse encima de todos ellos (algo que comprendí, sobre todo por las mañanas, cuando apuntando con mi meada a la taza o al sumidero, sentía que era la única cosa sobre la que tenía control, como si mi corazón se enfureciera y mi cerebro latiera). Este sitio apesta a meadas, le dije a Michael, y él me miró, me miró como si estuviera viendo a través de mí, y me soltó, ¿Eso es todo lo que tienes que decir? No, contesté. Tengo mucho más que decir. Pero tú no estás en condiciones de escucharlo. Apuré el *whisky*. Luego se sentó como si fuera un cartucho de dinamita flaco. ¿Qué piensas?, pregunté. ¿Acerca de qué?, respondió. Acerca de todo, dije. ¿Qué todo?, dijo. Colega, necesitas expresarte. Le traje otra copa. En un primer momento pensé que el dueño se iba a negar a servirnos, pero actuó como si no se acordara de lo que había pasado antes así que pedí dos *whiskies* para cada uno (no sé por qué, quizá vi el precipicio de lejos y decidí pisar el acelerador hacia él con la esperanza de que consiguiéramos saltar por encima del abismo o si no lo lográbamos de que nos extinguiéramos en una fracción de segundo en los acantilados) y cuando llevé los vasos a la mesa Michael soltó un gruñido y dijo algo sobre tirar pequeñas bombas sobre nosotros mismos (torpedearnos a nosotros mismos, creo que dijo) y se rio, esa risa constreñida y hueca, como un desagüe atascado, como si se hubiera convertido en un charco, accidentalmente, y se me vino la imagen de un submarino con una fuga (chatarra en el fondo del océano) soltando aire al mar.

Había otro bar que visitar antes de ir a Coatbridge (un bar que llevaba una familia muy cerca del cuartel de bomberos). Por entonces Michael estaba completamente pedo (miraba alrededor como si estuviera dando sus primeros pasos en un país de hadas). Dios mío, dijo. Hostia puta, ¿has visto eso? Habían pasado unas chicas (era sábado por la noche e iban vestidas para matar). Había un portero en la entrada. Me he quedado con tu cara, le dijo Michael, mientras pasábamos a su lado. ¿Qué has dicho?, dijo él. Michael tenía un modo de mantener la cabeza quieta mientras hablaba que resultaba

extremadamente inquietante y dio una especie de pasos atrás con su cabeza perfectamente equilibrada (como si estuviera rebobinando una grabación en vídeo de una marioneta o una muñeca de madera, como si su cabeza estuviera sujeta a una cuerda o al final de un hilo de pescar y estuvieran enrollando el carrete) hasta que se puso justo a la altura del portero (cuya calva reflejaba la luz del letrero luminoso como si fuera una marca de nacimiento o un tatuaje de Sudamérica). Eres un navajero, dijo Michael. Un broncas, un bocazas. Te reconozco, dijo. No te he visto en mi vida, replicó el portero. Pero si yo fuera tú, me andaría con cuidado. Vale, me andaré con cuidado, dijo Michael. Estaré al loro. No, esta noche no, dijo el portero. No con esas maneras. Con esas maneras te vas derecho a casa. ¿Y qué vas a hacer, dijo Michael, buscarme un taxi? Todavía no es hora de irse a casa, dijo el portero, pero cuando estés preparado te voy a sacar a la calle por los pelos como si fueras un gitano. Hubo un momento de silencio entre ambos, una fracción de segundo en la que la redondez de sus rostros formaba dos paréntesis vacíos () en un parte criminal o una novela rusa. Miré el hueco entre ellos como si fuera un telescopio en el que pudieras observar tanto el tiempo como el espacio. Si uno pudiera contemplar el fin del mundo (pensé para mis adentros) esto es todo a lo que llegaría.

# SCATMAN Y BOBBIN, EL DÚO DINÁMICO

*La secreta compinche de Big Patty, Miriam McLuskie, de juerga con Ross Raymond.*

¿Está grabando? Ay, Dios mío, esto es como hacer un disco. Nunca va a captar tu voz desde ahí. Tienes que acercarte más. Bueno, como quieras.

Pues conocí a Patty durante su período satánico. Se creía el demonio de Airdrie, el hombre del saco con su sombrero de cadáver, como si acabara de saltar de un ataúd de cartón que en realidad era como era su casa o como era su habitación más exactamente. Tenía esa teoría sobre la calefacción central que era como su teoría sobre los bichos que era como su teoría sobre la orina que era como su teoría sobre el sudor; siempre estaba sudando, manos sudorosas, palmas sudorosas, así que en esas grabaciones en las que la gente alaba su *slide* de guitarra diciendo que era como Blind Willie Johnson, en realidad es el sonido de la guitarra alejándose de él como si se hubiese lubricado demasiado la polla y no pudiese agarrársela. Ay, Dios mío, tenía un cuarto encima de The Capocci Man en la calle principal de Airdrie, nunca se me olvidará ese basurero, está grabado a fuego en mi cerebro: una única habitación que no siempre olía a helado, más bien a yogur rancio, que era a lo que olía su ropa de cama. Tenía todas esas botellas de vidrio llenas de cosas medicinales, como las llamaba, que parecían botellas de leche echada a perder, pero con hierbas negras pudriéndose dentro y aceite de oliva o, siendo más realista, orina. Se bebía su propia orina, de eso estoy más que segura. Si le preguntabas al respecto, él sólo te decía: Dame un beso. Eso lo decía todo. Y yo en plan: No, gracias. Y tenía las ventanas siempre abiertas. Tenía un

solo radiador y decía que al dejar circular el aire funcionaba con más eficacia a pesar de que era evidente que a cualquiera que se sentara al borde de su cama se le congelaban las pelotas. Había marcas en todos sus libros; a veces eran posavasos o trocitos de cartón, pero marcas al fin y al cabo, que siempre estaban en la mitad exacta o aproximada, en realidad. Es importante separar el principio del final, decía Patty. Entonces tomaba un trago de uno de sus fétidos brebajes y miraba por la ventana abierta al exterior como si estuviese intentando hipnotizar al horizonte o algo así. Cómo se parece un libro a un cuerpo, decía. Puede que lo malinterprete, en lo básico, pero quédate con la idea general. Entonces tomaba un volumen de uno de los estantes y lo ponía de lado para que pudieses ver la marca entre las páginas. Parece la raja del culo, decía. Sería así para él, en realidad no, un culo tiene un agujero en el medio, y me miraba como si acabara de soltar el peor chiste del mundo y entonces se reía y después se levantaba y se paseaba por la habitación. Y yo me quedaba en plan a la mierda, pero seguía con él de todas formas.

Por cierto, ¿qué estamos bebiendo? ¿Una IPA? ¿Qué coño es una IPA?<sup>[4]</sup> Sabe a jugo de melón.

Yo era su compinche secreta, hasta ahí lo admito, aunque a veces pensaba en mí misma como su sensación de permiso, como su trasgo de bolsillo, un trasgo diminuto pateándole el bolsillo. No fue nunca nada sexual. Naaah. Ni de coña. Nunca fue mi tipo. Tengo un gusto convencional para los tíos, de un ordinario que deprime; matador, de hecho. No tengo manías y cero caprichos, pero fuera del dormitorio o del restaurante o de la casa de vacaciones, soy toda oídos, ya sabes a lo que me refiero. Me considero una maga, para serte sincera, alguien que ha dominado el acto de magia más elemental, que, como sabes, es la práctica de la invisibilidad. Podría infiltrarme en cualquier círculo, apechugar con cualquier comportamiento, consentir cualquier excentricidad, aun así nunca me calaría ni me afectaría en ningún nivel. Parezco una más del montón, no me mirarías dos veces en la calle, pero me considero una *punk*, una verdadera *punk*, no una de postal. Yo era como la tinta invisible en un rincón del cuarto de manera que se necesitaba una vela y algo de paciencia para conseguir verme allí. Yo salía esas noches en que la gente hacía cosas que eran un desfase total delante de mí porque yo era más como una voz en su cabeza o un par de ojos en su cabeza, más bien un par de

ojos silenciosos que observaban y no comentaban o no se preocupaban o juzgaban o informaban, en cualquier caso, pero que por lo menos los veían. Más tarde oí que nuestro apodo era Scatman y Bobbin, el Dúo Dinámico. Yo iba en ese plan, ¡qué pasa! Eso es todo.

Hay que tomarse una lata. Eso es lo que decía mi padre, sentado en las escaleras de delante a las once en punto de la mañana, bebiéndose una lata de Tennent's, él era así; hay que tomarse una lata. ¿Tienes más en la nevera? ¿Qué marca es ésta? No la había oído nunca.

Tenía que conocer a Lucas, y lo conocí. Siempre sentí que nos llevaríamos súper. No es que nos entendiéramos. Yo no diría eso. Pero a eso voy. No intentamos entendernos el uno al otro no sé si me entiendes. De hecho éramos más como ficciones de la imaginación del otro. Aquella vez Memorial Device estaba tocando en Kilmarnock, no me preguntes por qué, era en un bar de moteros y Richard los había llamado por las buenas y les preguntó si les interesaba la música en directo y ay, Dios mío, el dueño había aceptado sin oír siquiera una puta nota de su música y dijo que era una verdadera suerte porque habían fichado otro grupo para tocar el mismo fin de semana y que por qué no liarla toda la noche. Me ofrecí a llevarlos. Entonces tenía un coche familiar que conseguí haciendo un trabajo para una compañía petrolera, metiendo datos sin sentido cinco días a la semana, putos datos sin sentido, mientras escuchaba música con los auriculares, era un curro de mierda. El día del bolo llovía que te cagas, era abril y llovía que te cagas, el tipo de lluvia de primavera que pica de verdad y que te hace sentir que estás hecha de hojalata. Un soldadito de hojalata golpeado por la lluvia... Recuerdo que me pilló una tormenta que te cagas, no ésta sino otra, cuando era mucho más pequeña, al volver de un viaje desde las cabañas de Carbeth donde habíamos estado pescando todo el día, y después de perder el último bus y de que mi compañero dijera que nos llevaría dos días volver andando, al fin conseguimos que nos llevaran en mitad de aquella puta lluvia, aquella lluvia que me golpeaba el cuerpo como una campana, como una campana roñosa, y que producía una nota, un zumbido grave (nnnnnnnnnnhhhhhhh, como Memorial Device, como hhhhhhhhhhhhhnnnnnnnnnnnn) que me hizo pensar: Ay, Dios mío, estoy hueca, soy como una botella de leche o un vaso de vino, y al final sólo tardamos treinta y cinco minutos en llegar a casa y

después, durante años, yo seguía así como: Ay, Dios mío, ¿recuerdas que nos quedamos tirados en Carbeth, a varios días de la civilización, pringao? Y él en plan: ¿Recuerdas que sonabas como una campana bajo la lluvia, decía él, recuerdas que estabas vacía como un cubo de basura huelepedos?

Pero ¿sabes lo que es un huelepedos? Un huelepedos es alguien que huele bragas sucias.

Y mientras íbamos a Kilmarnock con esa lluvia que te cagas, esa lluvia que te cagas, que no era simplemente algo que se recordase, sino más bien una especie de memoria, ¿pillas adónde voy?, era como la misma lluvia cayendo otra vez, y sentía el coche como si fuera mi cuerpo, con la lluvia cayendo sobre él, y como si Memorial Device fuera mi mente, ya conoces la canción, «... the red light was my baby, the green light was my mind»<sup>[5]</sup>, aunque no sé si es posible dividir tu mente en cuatro, en dos posiblemente, pero en cuatro me parece una división innecesaria, qué sentido tiene, y mientras cruzábamos los páramos se hizo un silencio mortal, nadie decía una puta palabra, nadie decía nada, ¿me sigues?, y no había ningún sonido aparte de la lluvia sobre el techo, que sonaba como un pandero o el latido del corazón, y yo me sentía como una bruja con sus gatos negros de camino a una sesión de espiritismo.

Ay, Dios mío, ya estoy medio pedo, ¿esto es fuerte? Siete grados, ¿es tan fuerte? Mierda. Ahora toca cerveza.

Llegamos a Kilmarnock justo cuando se estaba poniendo el sol, aunque en realidad parecía más que algún hijoputa lo hubiera escondido en un calcetín negro y lo hubiera tirado en un aparcamiento vacío. Remy, en plan: ¿Por qué está tan oscuro? Lucas, en plan: Vaya pregunta. ¿Por qué pongo los ojos en blanco, decía, por qué pasa mi respiración por mis pulmones? Richard, en plan: ¿Por qué me duele el culo que te cagas? Yo, totalmente en plan: Esto es como los putos Tres Chiflados<sup>[6]</sup>, sólo que se parece más a los Tres Iggys. Patty no decía nada. Supertípico. Ése era su estilo. Supertípico. Se apartaba de los demás, al margen, sentado en la parte de atrás del coche y nunca se movía para levantar un puto dedo o para ayudar a cargar los amplis. Si había comida, y la mayoría de las veces incluso eso era una cosa rara, comía apartado de todos los demás, o bien pillaba unos fideos instantáneos a escondidas cuando nadie estaba mirando. Putos fideos instantáneos, tío, la



mejor cura para la resaca conocida por el hombre.

Yo llevaba unos *flyers*, los había impreso yo de mi bolsillo. No recuerdo ahora mismo lo que decían, algo sobre proscritos o *rock* asilvestrado o algo así que escribí yo misma, y me fui a la ciudad y los repartí en un par de bares, incluido ese bar pijo en plan francés de Kilmarnock que era una puta broma, en serio, ¿en Kilmarnock? Sí, en Kilmarnock son unos putos bárbaros, no me vengas con ésas, allí son unos putos caníbales, aunque todos coman caracoles, mira, una cosa no quita la otra, también comen putas babosas, y me hicieron recoger todos los *flyers* que había dejado en las mesas, la mujer esa salió y empezó a gritarme y, en mitad de la bronca, me dio por coger un fajo y lanzarlo por encima del hombro, sembrando de *flyers* el local.

¿No aplastas la lata cuando terminas de bebértela? ¿De qué va eso?

El tema es, bien, en serio, y que esto quede entre nosotros, ¿vale?, Lucas tiene un hermano, o eso dicen. En serio. Vale, escucha, en serio, la historia que oí era que eran gemelos idénticos pero claro nunca los vieron juntos, lo pillas, lo que lleva a la teoría, la teoría de la conspiración, de que en realidad sólo había un Lucas pero fingía o más probablemente de verdad coño no podía recordar que a veces él era el otro hermano o hasta que el otro hermano aparecía otras veces y se hacía pasar por Lucas. Piénsalo. Piénsalo coño. Era posible porque claro Lucas no tenía casi nada de memoria de lo que había pasado en los bolos anteriores o incluso en los últimos días fuera de lo que había escrito en su libreta así que lo único que necesitaba cada hermano era echar una puta ojeada a las notas y enseguida estaba al tanto y claro cualquier metida de pata o falta de continuidad de inmediato se atribuía a la enfermedad de Lucas, al agua de su cerebro, el afluente trágico, así lo llamó él una vez, así es como me lo describió, me entiendes, y claro yo pensé en todos los temas de *blues*, como «High Water Everywhere», que lo cantaba Charley Patton no sé si sabes eso y por supuesto «Texas Flood» y «Flood Water Blues» y «God Moves On The Water», que era de Blind Willie Johnson, ése lo conoces, es un clásico, y claro, «Goin' Down To The River» de Mississippi Fred McDowell, eso sí que es un clásico si me pides mi opinión, y luego pensé en «Little Rain» de Jimmy Reed, no hay ríos sin lluvia, en fin, no hay ríos sin lluvia, no señor, Jimmy no mentía, tío, y claro, pensé en el puto daño que podía hacer un poco de lluvia.

Sabes qué, no es melón, es pomelo, ¿que no? Zumo de pomelo que te pone pedo. Dale.

Entonces pensé en cómo canta la gente sobre el delta del Misisipi como si fuera una serpiente o más bien una cesta llena de serpientes que culebrea todas hacia el norte atravesando los años veinte y los años cuarenta, esos fueron sus años. Las serpientes viven décadas, me lo contó alguien, ¿te das cuenta?, la forma en que los humanos viven en años o meses o minutos, como las serpientes cuentan el tiempo en términos de décadas. Se mueven por el tiempo lentamente, como los árboles, aunque para ellas es rápidamente, pero para la concepción del tiempo de sí mismas lleva una década, ¿me sigues?, porque en su comprensión de la existencia confluye lo que es extraño, pero no es una coincidencia que los borrachos tarden por lo menos diez años en volver en sí, diez años viviendo como un reptil, todos hemos pasado por eso, brindo por ello, además Lucas tenía aquellos ojos grandes, muy separados, como si se le escurrieran por los lados de su cara, ya sabes lo que quiero decir, y claro, todo el mundo hablaba de sus pies grandes como aletas, y tan blancos, en serio, de un blanco puro, que, pese a lo que todo el mundo dice, no es para nada como la nieve sino más bien como el yogur, glutinoso. Tengo una teoría sobre el blanco. Es mi propia teoría, no la de Patty. El blanco puro tiene una cualidad glutinosa como la clara de huevo o como el pus estrujado del ojo de una serpiente. El blanco es un contenedor, es lo que intento decir, contiene cosas, bacterias, vida, enzimas, es lo opuesto a lo que está en blanco, en mi opinión, de ahí que la nieve esté vacía como el final de las cosas, que es por lo que es tan romántica. ¿Alguna vez has tomado una cerveza blanca? La llaman cerveza Weiss. Pero no me hagas hablar del blanco, podría pasarme aquí toda la noche. Ay, Dios mío, ahora todo me da vueltas, en serio, es por recordar tanto.

Lo del concierto de Kilmarnock fue que, después de que tocaran los teloneros, una panda de pirados, un viejo, un idiota, una mujer de mediana edad y un tipo con unas pintas horrorosas que juntos hacían un ruido como de caza de combate barrenando la ladera de una montaña en la niebla, a ciento veinte millas por hora (que fue bueno mientras duró, pero fue aún mejor cuando terminó), y te daba la oportunidad de pensar en ello, si sabes a qué me refiero, después de que sacaran su equipo del escenario y todo se volviera

incómodo y silencioso y nadie se molestara en poner ninguna música, Lucas vino hacia mí, apenas habíamos hablado en toda la tarde, incluso aunque yo era (no oficialmente) su chófer y su mánager de gira y publicista y su mayor víctima, seamos sinceros, y aunque no podía ver sus grandes pies blancos (llevaba unas Dr. Martens), pude ver una enorme vena en su cuello, que era tan azul como agua de glaciación, y eso me hizo pensar: Vale, quizá la nieve no está vacía del todo, quizá es justo el final antes del principio, ¿sabes a qué me refiero?, y antes incluso de que pudiese elaborar aquello me preguntó si sabía hacer punto y otra vez antes de que pudiese ponerme en plan: ¿De qué coño hablas?, ¿me estás tomando el pelo, sexista de mierda?, él en plan: ¿Alguna vez te he dado uno de mis cuadrados mágicos? Yo en plan: No, no me has dado uno de tus cuadrados mágicos, aunque en realidad estaba en plan: ¿Qué coño tienen que ver unos cuadrados mágicos de punto con mi vida?, y entonces él se sacó aquel cuadradito mágico del bolsillo, era de color turquesa y marrón y azul bebé y azul celeste y marrón oscuro y le salían unos hilos, como a un puto invasor del espacio, y dijo: Toma, es un cuadrado mágico, hará que tus sueños se hagan realidad. Fue así, ay Dios mío, qué chaladura.

¿Nos tomamos una más? Hay que tomarse una lata. Mi padre tocaba la guitarra con una lata en vez de una botella. Era una chaladura. Vale, una última para el camino, normalmente no bebo por el día.

Casi no recuerdo el resto de la noche, si te soy sincera. El concierto estuvo bien, salieron con esa canción en la que Lucas enumeraba, ésa es la palabra, e-nu-me-ra-ba todos los temas de canciones, no me acuerdo exactamente de cuántos había, pero había canciones sobre enamorarse y canciones sobre estar enamorado perdido y canciones sobre encuentros y canciones sobre desenamorarse y canciones sobre estar hecho una mierda y después había canciones sobre la desesperación, la desesperación absoluta (puede que ésa me la esté inventando, no me acuerdo), canciones sobre Dios, canciones sobre modos de vida existenciales, canciones sobre las estaciones, sobre las hojas en otoño y las flores en primavera, canciones sobre animales, sobre querer ser un animal o actuar como uno, canciones que eran más como comentarios sociales, canciones triviales, canciones sobre los recuerdos, canciones sobre el pasado y sobre el futuro y canciones sobre ambos,

canciones sobre la culpa, canciones pensadas para reavivar los sentimientos de culpa o para aliviarlos, una cosa o la otra, la cerveza era barata, quién sabe, canciones sobre el tiempo, como cuándo vas a o qué has o si harás o ahora tú o no puedes, canciones sobre canciones, cantar sobre cantar, que no es cantar en absoluto para mí, cantar sobre plantas que crecen o los vaivenes del tiempo, ¿es eso una palabra?, vani-vienes, y había más canciones, seguro, él las enumeraba todas, o parecía que lo hacía, y después actuaba como si hubiese acabado con las canciones, se encogía de hombros y temblaba y gritaba —para mí era como *rockabilly*—, y entonces empezaba a soltar tonterías, como si estuviese teniendo una conversación consigo mismo y dijese sandeces, sólo chifladuras que no tenían sentido, y fue entonces cuando caí en la cuenta. Anda la hostia. Está cantando sobre la nada. Está escribiendo una canción sobre la nada. Es la única cosa sobre la que no se han escrito canciones. ¿Lo pillas? Y era como una canción de amor, era como si estuviera cantando una canción a algo a lo que le faltaba tanto amor que hasta la mención de su nombre le devolvería la vida y todos podríamos verlo y enamorarnos de ello como de la reina del baile o de una estrella del cine. Ay, Dios, cada pedacito de tontería era como un poema a la nada desde lo más profundo de su corazón a lo más profundo de su corazón. Son todo memeces, me dije a mí misma, son todo gilipollices; entonces imaginé a Lucas levantándose en sus brazos, imaginé putos ríos helados corriéndole por las venas, pensé en sus pies, retorciéndose como un pez fuera del agua.

Después del bolo terminamos en el piso de Patty, encima de The Capocci Man, con las ventanas abiertas al cielo nocturno, y yo pensaba en lobos y en silencio y en las luces distantes y en el latido de tu corazón en la cavidad hueca de tu pecho y en todas esas cosas locas y sonaba como la mejor canción de amor que nunca se hubiera escrito, pero cuando me volví para decirle a Lucas que aún podía oír lo que había cantado y que la ventana abierta y los sonidos de la calle estaban *tocando la misma canción*, me miró con una expresión aterrorizada, ay Dios mío, como si yo fuera una cría a la que acababa de dar a luz y de la que nunca había tenido noticia y que había aparecido en su puerta en busca de dinero y sitio para quedarse, así que yo estaba en plan: Da igual, estoy diciendo tonterías, y a él pareció alegrarle eso y me fui a la puerta de al lado y me tumbé en la cama, una cama que estaba

cubierta con los abrigos de otra gente y me quedé dormida y desperté temprano a la mañana siguiente y salí y paseé por las calles como si fuera después del fin del mundo, e imaginé cómo iba a poder seguir adelante, cómo coño iba a poder seguir, que es algo que me pregunto cada día, hoy en día, incluso cuando el resto de mí lo ignora y sigue adelante como si nada. ¿Aún está grabando? Apágalo, no quiero hablar más de esto. Apágalo. Una más para el camino y luego es

# EL DÍA DE LOS VAMPIROS CONGELADOS

*El día que murió Lucas fue «el día del sol plateado», dice Ruth Turner en una carta al autor en la que habla del pasado y del futuro y de cómo nos inventamos desenlaces todos y cada uno de nosotros, puñeteros, y de cómo Nada está anclado ya.*

Pensamos que estamos caminando en dirección al futuro. ¡Qué tontos que somos! Todos y cada uno de nosotros estamos caminando derechos al pasado. Una sombra pasa junto a una pequeña verja de madera. Lleva un sombrero y está vestida, ya, como para otra época. No camina con prisa. Es un modo de caminar que dice: Vale, me rindo, lo acepto. Podría parecer que este espectro, este supuesto fantasma hubiera elegido conscientemente su modo de moverse, que lo hubiera deseado desde las más íntimas y tenaces profundidades de su ser. Escuché a alguien que lo describía como fúnebre. ¿Has estado alguna vez en un funeral? Los coches tienen la orden de circular a menos de 30 km/h. También los que están de duelo se mueven pausadamente, de manera instintiva, como una bandada de pájaros que volara hacia su muerte en el corazón del sol.

El día en que murió, lo que también podría ser la noche de su muerte, fue un día de intensas contradicciones. Parecía una película de fantasmas, una peli de vampiros. El sol se volvió blanco. Se levantó niebla, luego se despejó y de nuevo volvió a levantarse. Parecía que el suelo se hubiera convertido en hielo seco. Me desperté esa mañana y pensé: ¡Mierda! Toda mi pretenciosidad, todas mis fantasías góticas, todas mis lecturas se habían materializado. Maldije todos los libros que había en mi biblioteca. Luego me

fumé un cigarrillo en el alféizar de la ventana, mirando a la calle desde un tercer piso. Todo el puto mundo está de duelo, me dije. Es peor que en una novela de Kenneth Grant. Se parece más a esa infumable basura francesa.

Siempre he tenido esta teoría: los hombres mueren, las mujeres salen de escena. Las muertes de los hombres son pesadas. ¿Has visto alguna vez el cadáver de un hombre? Eso sí que es un punto final. Sin discusión. La mandíbula inferior se distiende. Los labios aumentan. La piel se endurece. Es como si un sapo saliera arrastrándose por la boca y se aposentara en la parte de arriba del cráneo, un sapo hierático, un sapo monstruoso e irrefutable, un ser prehistórico. Compáralo con cómo mueren las mujeres. Las mujeres mueren día a día. Pierden sangre todos los meses. Su sangre se convierte en leche. Sus cuerpos son tanto incubadoras como ataúdes. La muerte de los hombres te mira de frente, te reta a que la desafíes. Y hay que estar loco para hacerlo. Pero, gracias a Dios, Escocia está llena de locos, también Airdrie está llena de locos. Las mujeres han firmado un contrato con la muerte. Su muerte es apenas un encogimiento de hombros, apenas una onda en el agua. Soy más suave que el agua, parece decir, más ligera que la propia brisa. Las mujeres se deslizan en ataúdes que nunca llenan, ni siquiera aquellos que son extremadamente estrechos, o que se asemejan a cunas para bebés; se esfuman en cenizas, quedan barridas en las nubes, son lanzadas en cestas en dirección a la ciudad de las pirámides. La muerte las transfigura. En cambio los hombres se asemejan más a monumentos de fría piedra, tallas proféticas grabadas en carne como consecuencia de un corrimiento de tierras. No quiero parecer una llorona. Lo cierto es que conocemos muy pocos detalles y la mayoría de ellos resultan muy, muy tristes.

Escuché que había una grabación del coro de pájaros al amanecer que él había realizado, supuestamente, el día de su muerte, el día del sol de plata, el día de los vampiros congelados, como quieras llamarlo. La persona que me lo contó no es en absoluto fiable, así que no estaba muy convencida de ello. Pero la escuché. Sonaba como música para un ahorcamiento. *The Morning of the Executioners*, que fue el nombre que le pusimos, al final. Fue Patty quien me pasó la cinta.

Por aquella época me interesaban más las artes visuales. Como tenía esa casa en Gartlea, esa casa que había sido ocupada, una anciana había fallecido

en ella, la había convertido en un entorno visionario que estaba abierto las 24 horas del día. Cuando digo entorno visionario, no me refiero a uno de esos estúpidos parques de juegos de aires pedantes y en realidad no se trataba del puto Watts Towers. De hecho, quien no tuviera ni idea de arte, como era mi caso, vaya, hubiera pensado que no era más que una casa de protección oficial normal y corriente con muebles viejos y olor a cigarrillos y detergente e incluso quizá orina. Encontré la mayor parte de los muebles en basureros. Nunca limpié las moquetas. Pinté las ventanas de negro, pero la puerta siempre estaba abierta. Puse un anuncio en la biblioteca. *Nada está anclado ya*, le puse de título y dije que estaba abierta a visitas veinticuatro horas al día siete días por semana. Me lo imaginaba como un barco que se adentraba en la noche, con todo el mundo envejeciendo en su interior, imperceptiblemente, en habitaciones oscuras arrastradas hacia no se sabe qué terrible marea. Yo no vivía en la casa. Uno no duerme en las galerías de arte, a no ser que sea uno de esos aburridos artistas de *performance*. Pero a veces me presentaba por allí, me sentaba en el sofá y me fumaba un cigarrillo o abría la puerta para que la gente entrara. Quiero decir, lo ponía claramente en un cartel sobre la puerta: GALERÍA GARTLEA DE GEOMANCIA Y ESPECULACIÓN GEOGRÁFICA, G.G.G.E.G., lo que daba una apariencia algo comunista, al menos eso era lo que decía la gente, pero incluso así les daba miedo entrar: abrían la puerta y escudriñaban el pasillo de entrada como si hubieran entrado en una tumba etrusca y luego se deslizaban despacio de una habitación a otra, hablando en susurros, como si hubieran entrado a robar en la vivienda real de alguien, mirando las cosas como si no las hubieran visto nunca, descubriendo patrones ocultos en manchas de tarta sobre el aparador y definiendo la posición de los paños de cocina como «macabra». Lo más sorprendente es que no sufriera vandalismos. Yo dejaba la cerradura sin echar siempre y todo bien, a veces volvía y me encontraba una quemadura de cigarrillo en una cajonera o una lata de cerveza abollada en un aparador, pero en general funcionó bastante bien. A veces me daba cuenta de que alguien había dormido en una de las camas. Los cobertores estaban revueltos y habían puesto la televisión portátil sobre el armario frente a la cama, como si alguien se hubiera echado en ella y hubiera visto la televisión hasta quedarse dormido. Eso como que me puso la piel de gallina y me asustó a la vez, aún



pienso en esa persona, pero en términos generales la instalación fue respetada.

Así que cuando Patty contactó conmigo, me di cuenta de que él estaba pensando más en una obra de arte que en un álbum. Me preguntó si me gustaría presentarla: esa última grabación que hizo Lucas. Ahora, ése es un término ambiguo. Sin embargo, no le pedí que me lo aclarara. Me dije a mí misma: Vale. Vale, dije, ¿cuál es la mejor forma de presentarla? En un primer momento se me ocurrió la idea de ponerla en la casa, ¿sabes?, que sonara en una especie de bucle infinito en el interior de la casa mientras la gente deambulaba por ella, pero resultaba demasiado pastoral y no pegaba con esa atmósfera de estupor y terror suburbano, como de estar en el mar de noche, que había generado sin hacer realmente nada. Luego se me ocurrió la idea de poner un altavoz en un árbol, ¿sabes?, que estuviera sonando día y noche, y luego pensé algo mejor aún: Pongamos un altavoz en el fondo de la piscina que hay en los baños públicos de Airdrie, con el coro de pájaros del alba ocupando un lugar debajo de las ondas de agua, como la propia idea de nacimiento, de algún modo, lo que la convertiría aún más en la canción de las canciones. Me puse en contacto con el ayuntamiento. No quisieron saber nada. Estaban más interesados en tiras de acero retorcidas puestas en pedestales bajos para representar la miserable herencia industrial que tenía este hoyo infernal abandonado de la mano de Dios. Unos pájaros alzándose a través de las aguas como los primeros momentos de la mañana les resultaba demasiado cercano a la realidad a estos palurdos de izquierdas. De modo que lo prensamos en un LP. Nunca había participado en nada parecido, así que fue un proceso difícil. Encontramos una fábrica de prensado de discos en Glasgow, en un sótano en la Merchant City que olía de maravilla, a periódicos antiguos y a tinta caliente, pero eran realmente unos incompetentes. La prueba de prensado chisporroteaba y había tanto ruido añadido que sonaba más a una grabación de manchas solares. Decidimos editarlo en Checoslovaquia, en un pueblecito cercano a Tabor. Prensamos 333 copias y Patty vino con una idea para la portada. Era una foto de una página de uno de los cuadernos de Lucas. Es cierto que el serpentear de las letras se asemejaba a los nudos que hacen los verdugos en las sogas y los puntos y comas parecían insectos, como gusanos abriéndose camino fuera del

texto, pero todo era accidental, o fortuito, realmente. Conforme a la voluntad de Lucas, no le buscamos ningún significado especial al día que escogimos. Simplemente abrimos el cuaderno al azar y utilizamos la primera página con la que nos encontramos, que, de manera previsible, resultó ser los idus de abril. La mayor parte del texto resulta indescifrable. No obstante se pueden identificar palabras sueltas o algunas frases claras. Hay un cero garabateado, como una elipse o un halo flexible, encima de un dibujo de lo que parece ser un hombre lobo o un niño salvaje. También hay una *e* que parece un feto, doblado sobre sí mismo, o un espermatozoide, quizá, ¿no es eso lo que dicen los hermetistas? La gente dice que es Saturno y un dibujo de las estrellas, pero yo creo que es una Qy un par de puntos finales. Hay claramente palabras: rosa, serio, y artista, quizá, un poco, diciembre, lo que es raro porque lo escribió en mitad de la primavera.

Realmente inventamos los desenlaces, es lo que significa todo esto para mí. No hay resolución, ni comienzo fijado de antemano, ni tampoco un final cuidadosamente amarrado. La gente ha intentado buscarle significados ocultos, pero se trataba sólo de un momento pasajero. Claro que luego está la foto de la contraportada. Nos la dio alguien. Es un fotograma de una película muda. Una figura se aleja de la cámara. El suelo está ligeramente inclinado, es una pequeña cuesta. Escuché que fue tomada en la isla de Man. Alguien identificó el lugar que aparece en ella, concretamente el viejo tractor que se ve a la derecha de la foto, en la lejanía, un tractor al que los lugareños llaman *The Wreck of the Hesperus* [El naufragio del Hesperus] por ese poema en el que un capitán ata a su hija al mástil en medio de una furiosa tempestad en un fútil intento de salvarle la vida. Dicen que fue filmada en una zona conocida como *Smugglers Cove* [La cala de los contrabandistas]. Pienso en Lucas y en el modo en que hacía contrabando de recuerdos, el modo en que producía un continuo, y me lo imagino como un pirata, una calavera riéndose y huesos, ahora, y me hace desear llevar el ancla una vez más, volver a la casa que tenía en Gartlea, esa galería silenciosa, y zarpar en dirección a la isla, al planeta, o al período vital más cercanos; sea lo que sea, me lleva la corriente. Sin embargo miro la foto con más detenimiento y me doy cuenta de que estamos lejos de tierra y andamos tan errantes como una paloma que llevara una hoja en su pico, sin tan siquiera un indicio del futuro, y por eso me siento de

nuevo en mi mesa y escribo esta carta y la meto en una botella y la tiro al mar con la esperanza de que llegue a ti. Escribe pronto. Te echo de menos.

# CELDAS DE AISLAMIENTO PARA BAILARINAS CON SOBREPESO

*Robert Mulligan, alias Dientes de acero, habla sobre Suffrage Tapes y John Bailey y Vanity y sobre vivir en Greengairs y recuerda la cordialidad de sus colegas de afición de los que guarda un cariñoso recuerdo.*

Comencé a hacer arte cuando tenía cerca de doce años, puedo afirmarlo porque tengo un gran archivador repleto de todos mis dibujos y mis historietas y mis guiones; enseguida tuve unos cuantos guiones, todos en el papel, obviamente, y todos tenían una fecha pequeñita en una esquina. Además estaba preparándome a mí mismo para el descubrimiento, como un cuerpo plantado en la hierba. Sí, vivía en Greengairs, pero decir *vivía* hace que parezca como que de veras hubiese algún tipo de vida allí cuando en realidad mi existencia estaba más próxima a un estado de constantes vitales mínimas, una serie de gestos congelados atrapados entre la imposibilidad de un futuro y la improbabilidad del pasado.

Durante el día trabajaba en una planta de procesamiento de carne en Mount Vernon. Preparábamos la carne picada de las hamburguesas. Tenía tan poco dinero que lo que hacía era rebañar los restos para meterlos en una bolsa y llevármelos a casa y hacerme con ellos unas hamburguesas o una estupenda boloñesa; aquellos restos eran de carne de caballo en su mayor parte. Era como vivir en las trincheras, como almorzar en Ypres. Luego, por la noche, lo que hacía era dibujar o escribir y después, al final, empecé a componer mi propia música.

Solía comprar revistas sobre banda ciudadana<sup>[7]</sup> y por eso comencé a

meterme en circuitería y robótica. Había un grupo de personas que se reunía en el Arts Centre de Airdrie una vez al mes, para hacerse con los cuartos del sótano —los cuartos eran como celdas de aislamiento, sólo que con una barandilla más ancha y un espejo que ocupaba una pared en un lado, las llamábamos celdas de aislamiento para bailarinas con sobrepeso— e intercambiábamos diagramas de circuitos y lenguajes de programación, la mayoría de los cuales aprendíamos pasando por los contenedores de la vieja fábrica Organon de Calderbank y rescatando manuales obsoletos y detalles de protocolos de computadoras primitivas. Me obsesioné con la idea de la automatización, de inventar una forma de música que se tocaría a sí misma y que sacaría su inspiración por sí misma, ya sabes, una forma de nacimiento espontáneo que llevaría en sí misma el ADN que favorecería versiones sin fin y actualizaciones de sí misma. Sí misma, sí misma, sí misma, así es cómo podría pensarlo.

Al principio tuve esa visión o pesadilla, o quizá no. Leí sobre la noche amniótica, la extraña muerte aplazada en vida o en la etapa fetal y el terror al final de la noche, cómo cuando se rompen aguas y la vagina se contrae, te sientes más cerca de la muerte que de la vida y el trauma del canal del parto y el primer intento de hacer entrar aire a la fuerza en unos pulmones aplanados y empecé a preguntarme sobre mi propio estado de suspensión, cómo quizá no había nacido aún, atrapado todavía por la noche, y entonces cuando mi padre murió me pregunté si en realidad él había nacido por fin y todo lo que habíamos malinterpretado como una hemorragia en su cerebro y un corazón agotado y sus huesos tan débiles —andaba doblado— eran en verdad sólo los últimos momentos o su expulsión y creación.

Me doy cuenta de que hemos pasado por esto un millón de veces, leyendo las señales con el ojo del culo, invirtiendo la lógica con la esperanza de estar viendo las cosas de forma totalmente equivocada, el fervoroso sueño de que somos, pero después empecé a ver el sueño como una computación, los detalles específicos del sueño como variables distintas que podían encajarse en la realidad, como en un circuito impreso que entonces lo transmitiría todo en una trayectoria por completo diferente. La cuestión es que si vas a pasarte toda la vida esperando a que llegue Jesucristo, entonces siempre vas a estar esperando. Pero si decides introducir a Jesucristo en la ecuación, entonces,

bueno, desarróllala tú mismo.

Mi primer desarrollo fue una rana saltarina mecánica. Después un robot caminante que podía tocar el tambor. Luego salí por la tangente con los láseres durante una temporada. Para cuando volví, había destruido eficazmente la débil relación significativa de mi vida. No literalmente, pero también podía haberla suprimido con una dosis de radiación electromagnética.

Recuerdo con cariño la cordialidad de mis colegas de afición. Hubo algo en sus formas que me hizo querer vivir de nuevo. Algo en los comentarios que hicieron, sus exclamaciones, que traicionó un pequeño pero especialmente concentrado gozo de vivir, una feliz singularidad. Uno de ellos había inventado una insignia magnética con un led intermitente con forma de estrella de cinco puntas. Eso fue hermoso. Sacaban catálogos de componentes electrónicos y leían partes para ellos, unas veces en voz alta, otras para sí articulando los detalles y aún recuerdo sus maravillosas pronunciaciones, sus sagaces asentimientos, su desenfadada gravedad, que desde luego es la condición permanente de la juventud, pero también es la maldición de la juventud porque sólo es posible derrumbarse, caer hacia atrás, hasta el punto donde las palabras como osciloscopio y soldador y condensador y placa y módulo dejan de tener significado o de provocar ningún gozo. La obsesión es un estado de fijación que va más allá de las cuestiones específicas de la relación hasta un análisis de la relación en sí. Hay una cita para ti. Después entramos en simetría, gravedad, atracción y repulsión, proximidad, órbitas, cargas positiva y negativa. Éstas también son palabras hermosas, en especial cuando se pronuncian o se articulan casi sin aliento.

Empecé a fabricar mi electrónica casera, cajas que generaban ritmos primitivos, cajas de ruido, *samplers* rudimentarios. Me obsesioné con los micros de contacto y los arcos de violín. Acoplaba micrófonos a perchas de metal, a las barras de fogones de gas, a carritos de supermercado que rescataba del río y arrastraba a casa en la oscuridad, a viejos tubos de escape de coches. Me sentía como si estuviese devolviéndoles la vida a las cosas, cosas mudas, cosas de metal. Pasaba mi arco por ellas y el sonido era como una grieta abierta en la realidad, como la voz del elemento en sí, con dolor o con felicidad, ¿quién podría decirlo?

Saqué un par de casetes o más bien prensé unos cuantos y los guardé debajo de mi cama. No podía preocuparme menos. Los repartí en la reunión del Art Centre de Airdrie pensando que allí podría haber algunos compañeros de viaje. Es extraño, protestó alguien. Creía que todos éramos raros, dije para mí. Creía que era eso lo que nos unía. Pero en realidad la electrónica era su única rareza o, más bien, la única rareza que ocupaba casi todo su tiempo. El resto del tiempo eran simplemente torpes y ordinarios, que era algo que yo apreciaba pero aun así no eran mi público.

No recuerdo cómo se pusieron en contacto John y Vanity. Tal vez me habían escrito. No fueron los primeros en escuchar mi música, pero sí fueron desde luego los primeros en expresar que la apreciaban.

Casi al mismo tiempo recibí un casete de The Traveller in Black, que al final era un tipo llamado Peter Solly, que vivía en Plains en casa de su vieja, que había heredado después de que muriesen sus padres, y que estaba haciendo esa música electrónica extremadamente minimal que fue como una campanada, quiero decir como una campanada repicando en un funeral. Descubrí que era un flipado de la banda ciudadana como yo y nuestras primeras interacciones fueron por radio. Su nombre de operador era Tío Adolf. Un día acordamos conocernos en el centro recreativo de Airdrie. Se desató un temporal cuando estaba cruzando Rawyards Park, eso sí lo recuerdo. Tenías que inclinarte unos cuarenta y cinco grados para llegar a alguna parte y luego el viento cambiaba de dirección y te caías de boca contra el suelo. De todas formas, me gustaría hacerlo todo otra vez, si pudiese. Nada se asienta mejor en la memoria que el tiempo tormentoso.

Cuando llegué al centro recreativo, lo vi fuera, junto a la puerta, bajo la lluvia. No se le había ocurrido entrar o puede que, se me ocurrió, quisiera verme llegar, porque yo llegaba antes de tiempo y claramente él se había esforzado por llegar antes todavía.

Tenía una boca pesada y se cerraba con un ruido después de cada frase, como si se la hubiese tragado, como una mosca, para que no se oyese más. Esto es un encuentro que ocurre una vez en la vida, dije para mí. Entramos al vestíbulo. Propuse beber algo de la máquina, pero me miró como si hubiese violado algún tipo de acuerdo tácito, así que abandoné el tema rápidamente. Luego estuvimos como dando vueltas durante un rato. En este punto tengo

que mencionar sus párpados, que eran pesados y un poquito bulbosos, lo que daba a sus ojos castaños el aspecto de farolas, como si sólo fuesen capaces de proyectar su luz hacia abajo, de iluminar sus pies, con las manos en los bolsillos, o de observar justo el meollo de la cuestión. Ese tipo tenía ojos científicos, me dije para mis adentros. Es uno de nosotros. Yo aún llevaba mi gorro negro de lana, que para entonces estaba empapado, y empezaba a darme cuenta de que varios hilillos de agua me bajaban por el rostro. No sé si pensó que podía aprovecharse de mí en mi estado de vulnerabilidad, pero en ese momento se acercó, o pareció que lo hacía, ese era el tipo de sensibilidad que yo tenía entonces, y me presentó un ultimátum, al menos es como yo lo sentí, recomendándome que me mantuviera en mi sitio y que diese a conocer su música al mundo. Intenté explicarle que el mundo, por lo que a Suffrage Tapes respectaba, tenía una población en torno a las cuarenta personas como mucho, pero siguió insistiendo. Eres como el dictador loco de una novela de ciencia ficción, quise decirle, un megalómano de otro planeta. Pero asentí y dije que haría lo que pudiera. Entonces se sacó una barrita de Mars del bolsillo y me preguntó si me gustaría compartirla con él. Claro, dije.

De vuelta a casa el tiempo se había calmado y había salido el sol y me arrodillé junto al fuego secreto de detrás del parque y metí la cabeza en el agua y mantuve los ojos abiertos, que era una especie de ritual, pero no pude ver nada más que algas y pequeñas partículas de materia flotando en la pálida luminiscencia, lo que me hizo pensar en galletas mojadas. Leí el futuro en ellas, un futuro que se parecía cada vez más a galletas empapadas en charcas mágicas o galletas en el té o, Dios no lo quiera, aguas residuales.

Un día después recibí un casete en el buzón. En la carátula había una mala fotocopia de una imagen de Benito Mussolini y su mujer colgados por los pies de una farola. El título era *A Negative Incident Abroad: Mussolini's Tired Young Halfwit Tongue Lolls*. Debajo había unos paréntesis con dos puntos y una coma entre ellos (..). Como podrás imaginar, no tuve otra opción más que publicarla.

Fue lo mismo con todos esos chicos. Escuchas la música, ves el contenido, piensas que esos chicos son como caciques violentos que viven en la boca del infierno, miran por entre los huecos de los dientes del infierno, duermen sobre mesas de autopsia, cadáveres extraños en sótanos sin luz,



sabios apenas funcionales con la cabeza llena del siglo XX, ocultistas adustos, torturadores de ranas, lamedores de espíritus, traficantes de armas, paramilitares, superhombres, pero en realidad se estaban esforzando tanto como tú y como yo, quizá más. Quizá más porque estaban tan asustados (es sólo mi teoría personal, cuidado), tan asustados que tenían que restregarse la cara en el horror todos los días, tenían que meter la cabeza en ese río particular, como cuando estás amenazado y buscas a tu adversario; no puedes soportar la espera, no puedes aguantar el suspense, quieres meterte en el corazón del bosque y pasar la noche allí, sólo para ver cómo se hacen realidad todas tus pesadillas y para detener la burla de tu agobiado cerebro. Entonces cuando la propia muerte muestra su fea cara, o saca la lengua, puedes sentir que la has fotocopiado a muerte, que ya la has saboreado, de hecho has estado en el otro lado, estabas en la orilla opuesta mientras los barcos zarpaban, esta armada de cráneos chamuscados y cuerpos en descomposición, lo indecible, lo innombrable, cruzando este embalse de odio, este lago de terror, este río abominable que llevamos mucho tiempo vadeando en nuestra mente. Pensarías que es necesario un titán para concebir esto, un cacique para vivirlo, un coraje gigantesco sólo para tirarte a esas aguas. Pero en realidad no. Se necesitan fulanos corrientes. Poco después me hice a la idea de que esos tipos transgresores, esos vanguardistas, eran tan corrientes como cualquiera. Mira el cielo por la noche, mira la salpicadura de la Vía Láctea y dime algo diferente. Todos somos cosmonautas.

Vanity y John vinieron a visitarme. Me quedé embelesado con Vanity. Le gusté y le dio por tocarme siempre que me hablaba, como si estuviese hablando a determinadas partes de mi cuerpo, provocando reacciones en mí, jugando conmigo como con unos dados. Cariño, me decía, y me tocaba la rodilla, como si una mariposa se hubiese posado allí, o una hoja. Aún veo su lengua, estrangulando aquella palabra, cariño, robándosela a su aliento. Si esto es lo que te trae el arte, me dije, pásame el puto caballete. John era justo lo contrario, sardónico, estirado, inexpresivo. Una noche tuvieron un accidente de coche. Nunca supe todos los detalles. Habían acabado en un campo al otro lado de un seto en la lluvia. No hubo ningún otro coche implicado, por lo que yo sé. Sucedió en la carretera entre Rawyards y Greengairs, una carretera secundaria terrible que era dominio de corredores

menores de edad y camioneros borrachos. Vanity apareció en mi puerta bajo la lluvia. Parecía una acuarela. Quise estirar la mano y correrle el lápiz de labios con los dedos o recorrer su espesa cabellera morena con mis dedos. Llevaba puesto un abrigo con cinturón y tacones y medias oscuras. Un besograma, pensé. Hubo un accidente, dice ella. Necesitamos tu ayuda. Cogí una linterna y una mochila con provisiones, me sentía como en una expedición al Everest, y salimos a la oscuridad. Gracias, me dice, muchas gracias. Sonaba como un eco, como algo que había oído antes, una voz de mi infancia. Todas las farolas estaban apagadas aquella noche, había una especie de apagón, y mientras avanzábamos bajo la lluvia la luz de mi linterna iluminaba adosados de piedra y caravanas húmedas. Era como un experimento del Gobierno, como si estuviésemos en una maqueta dispuesta para simular un ataque apocalíptico. Iluminé con la linterna el rostro de Vanity, sólo por un segundo, fue todo a lo que me atreví, y parecía una bruja que hubiese sobrevivido a una inundación.

Cuando dimos con el coche, lo primero que pensé fue que era una especie de instalación. Ésa es la fascinación que ejercían sobre mí. Es un instante artístico, dije para mis adentros. Es una *performance* excepcional. Pero entonces fue como si estuviese saliendo el sol. Había luz dentro del motor. John estaba en el asiento del conductor, mirando hacia delante. ¿Es un montaje?, pensé. Tienes que entenderlo, a nuestro alrededor estaba completamente oscuro, incluso Airdrie a lo lejos estaba ennegrecido debido al apagón. Y allí estaba John, conduciendo su coche, que podía haber estado suspendido en el aire, flotando en la oscuridad. ¿Estoy aquí para rescatarlos?, me dije.

¿Qué ha pasado?, le pregunté a él. Pasé por encima de un seto a oscuras, dice él. ¿Por qué? Porque iba demasiado deprisa. Eso es todo lo que dice, no dijo nada más. Fui andando hasta casa y volví con el coche de mi madre y usé una cuerda para tirar de ellos. Probablemente deberíamos echarnos un poco, dice John. ¿Podemos volver a tu casa? Mi madre estaba dormida y yo tenía que levantarme para ir a trabajar al día siguiente, pero les dije que sí de todas formas. Vanity me puso la mano en la oreja, sólo la tocó muy suavemente. Está intentando hipnotizarme, dije para mí. Qué diablos. En el camino de vuelta John no dijo palabra, aunque me di cuenta de que aún llevaba puestas

las gafas de sol. Nunca sabré cómo narices podía ver nada. Claro que para entonces tenía la cabeza llena de todo tipo de hipótesis desquiciadas. Estoy muerto, pensaba, estoy cruzando el río, ellos son espíritus venidos para llevarme a casa, son los asesinatos de los páramos otra vez, van a matarme y a enterrarme en un campo, entonces pensé oh Dios, tal vez me acueste con Vanity mientras John mira, probablemente son así de morbosos, y, si te digo la verdad, tenía la esperanza pese a que sabía que nunca sería capaz de funcionar, no en esas circunstancias.

Llegamos a casa y encendí el fuego en la sala y les pregunté si querían una taza de té o algo de comer. ¿No tienes algo un poco más fuerte?, preguntó John. Mi madre tenía ginebra y vodka y algo de *whisky* en el aparador, sobre todo para las visitas, y también tenía una caja de After Eights así que la abrí y serví un vaso de ginebra para cada uno, aunque normalmente yo no bebo una gota. Al final todos los vasos estaban sucios así que bebimos en hueveras. ¿Has grabado algo últimamente?, me preguntó John. Le expliqué que había estado trabajando en un nuevo casete. Aún sigues con eso, dice, y asiente. Vanity se sentó en su regazo y empezó a acariciarle el pecho. Me metí la mano por debajo de la camiseta y tenía la piel sudada y podía notar mi corazón como si perteneciese a Edgar Allen Poe y estuviese encerrado en una caja. ¿Cuál es el boceto, dice, cuál es la gran idea que hay detrás? Le conté que el concepto era algo como comunicar en el lenguaje de las células, ya sabes, esa música que se genera por sí misma en la que había estado trabajando. Le conté que me imaginaba la comunicación entre los órganos, cómo le hablaba el corazón al hígado y el riñón les hablaba a los testículos y las canciones de los órganos, esas canciones tristes, en la noche del cuerpo, levantando eco en las venas, vibrando en la sangre, en ese momento Vanity dejó escapar un arrullo agudo y le lamió la oreja, su lengua con esa curvatura perfecta en la punta que me hacía pensar en Francia o en Europa, en Greengairs no desde luego. Le dije que había leído sobre átomos en algún sitio, cómo se repelían, cómo estaban en órbitas fijas, cómo cuando tocas algo en realidad no estás tocando nada, estás suspendido por encima, desplazándote por este gran campo de fuerza, esta constante atracción y repulsión que era peor que la gravedad y cómo había imaginado llenar ese hueco con mi música, ese vacío, donde corazón podía tocar mano podía tocar

ojo podía tocar cabeza podía tocar oreja, podía tocar oreja suave. Música vacía, la llamaba yo.

Me levanté para ir al aseo y cuando volví Vanity estaba de rodillas delante de John, a la pálida luz amarilla de las velas, en la oscuridad de Greengairs, chupándole la polla. John aún tenía las gafas puestas, así que yo no sabría decir si me estaba mirando o no. Me senté en mi silla y miré mientras ella enroscaba su lengua gala en el cuerpo de su pene, que era como de tamaño medio, supongo, pero estaba realmente duro. Ninguno de los dos hizo un ruido aparte de la fricción de la boca de ella en el glande. Hubo un momento en que él agarró el pelo de ella con las manos, lo juntó en una coleta apretada en el puño y supongo que se corrió porque todo su cuerpo se estremeció y después se relajó aunque cuando se levantó aún tenía el pene asomando por la bragueta, erecto todavía, y no pude ver ni una gota de semen en él, estaba totalmente limpio; ella debe de habérselo tragado todo, me dije, y cuando él se disculpó, Vanity se dio la vuelta en su silla y se pasó los dedos por los labios, que no estaban inmaculados ni exangües, y me miró con sus ojos castaños, que eran tan oscuros y tan relucientes como antes y dice: Te quiero, Robert. Yo pensé en los átomos que nos mantenían apartados y era como si una de mis canciones volviese a mí. Por la mañana, antes de que se despertara mi madre, los remolqué a un taller para que les arreglasen el coche. Luego volví a procesar hamburguesas.

# SEGUIR A UNA CHICA DE VEINTE AÑOS HASTA EL OTRO LADO DEL MUNDO Y MONTAR UN NEGOCIO EN UNA ZONA DE GUERRA

*Monica Lawson cuenta cómo Richard el batería desaparece y regresa de nuevo.*

Hubo un período cercano al final en el que Memorial Device tocaba con cuatro miembros y sin batería; Remy se pasó a los sintetizadores, que eran, claro está, su primer instrumento, y Mary Hanna comenzó a tocar el bajo. Por aquel entonces eran los reyes de la escena y los espectáculos resultaban sorprendentes; la música sonaba como si estuviera levitando, ascendiendo en espirales, como si se tratara de una construcción en vertical. La gente prodigaba nombres: Fripp y Eno, La Monte Young, la Velvet Underground. Pero no tenía nada que ver con ninguno de ellos. Además era algo que nacía de la necesidad, no de una idea concreta o un punto de referencia. Richard había desaparecido. O, para ser sincero, se había largado con una muchacha de veintidós años para trabajar como cooperante en Palestina. Doy mi palabra de que Richard no tenía ni idea sobre la situación crítica que acuciaba a Palestina. Ni siquiera sabía que hubiera una situación crítica. Pero se enamoró de ella, en todo caso. Se llamaba Lubby, que, según creo, era una abreviatura de Ljubljana o algo así. Era medio árabe y medio alemana. Apareció por primera vez en un concierto de Memorial Device; un concierto a mediodía en el almacén de la tienda de discos Our Price en Coatbridge.

Nunca los había escuchado con anterioridad. Yo estaba en ese concierto y la conocí allí. La vi comprando discos, el primer LP de la Creedence Clearwater Revival, el *II* de Led Zeppelin: aficionada en nivel principiante. Se pasó todo el tiempo dando sorbos a una enorme lata de sidra, lo que tenía su encanto, hay que admitirlo, y a Richard siempre le gustaron las chicas pequeñas que llevaban latas grandes, y no se trata de un eufemismo, por cierto, porque era realmente pequeña en todo, excepto en los ojos que eran infinitos y oscuros. Llevaba una camiseta de chico, la parte superior de una equipación de *rugby* de alguna universidad inglesa, Oxford, Cambridge o alguna de esas, y llevaba una falda diminuta que se balanceaba como una sombrilla japonesa y botas de ante hasta el tobillo y unos pantis opacos y calcetines de lana roja hasta el tobillo arrugados y caídos. Y, claro está, bebiendo a sorbos de esa enorme lata, que hacía que sus ojos parecieran amaneceres oscuros, con la lata como un dolmen o una piedra sagrada, sabes, de esas que marcan la llegada del verano.

El asunto es que Richard no era lo que se puede decir atractivo, por sí mismo. Quiero decir, le tenía mucho cariño, etc., pasaba tiempo con él, sabes, lo valoraba, sin duda, pero se trataba más de una lealtad respecto de mi vida y sus circunstancias que de una atracción. Podíamos ser muy sinceros el uno con el otro, quizá se trataba de eso. En un primer momento sí que sucedió algo entre nosotros, pero pronto se enfrió y eso de algún modo nos permitió estar más cerca el uno del otro de lo que podrían estar un chico y una chica, más aún con esa edad, ¿no? Por supuesto que tuve algo de celos, era inevitable. Lubby tenía una piel tan juvenil, sin una marca, unos ojos tan entusiastas y claros, unos labios que parecían que habían sido perfilados a pincel. En cuanto los vi hablando me di cuenta; supe que terminarían juntos aunque, desde otro punto de vista, aquello era la incompatibilidad del siglo. Claro está que a ella le supuso una tremenda revelación en el plano musical; ella no podía creer que hubiera alguien que hiciera esa clase de música, de qué manera había cambiado todo; y llegó al punto de acudir a todos los conciertos de Memorial Device, siempre ahí en primera fila, bebiendo de una enorme lata con sus delicados labios, y Richard ahí en el escenario: era evidente que tocaba para ella; cambió de estilo de vestir, empezó a ponerse una gorra, por ejemplo, una gorra de béisbol, Patty la odiaba. ¿Pero qué coño

es esto, decía, *National Lampoon*?<sup>[8]</sup> Tenía toda la razón. Pero, claro está, Richard se estaba quedando calvo, estaba perdiendo pelo, y estaba compensando en exceso. Lo siguiente que vimos fue que se había dejado crecer uno de esos horribles mechones de pelo, esos penachitos de barba que los guais se dejan crecer justo debajo del labio inferior. Pero como era Leo, tenía algo más de sentido. Evidentemente su esposa no fue a ningún concierto. Yo fui su único apoyo desde el primer día, así que pudo escaparse sin problema con total impunidad.

Estoy enamorado, me dijo. Quedamos en un restaurante chino ese fin de semana, solíamos comprar comida en el Lucky Star, en la Forrest Street de Airdrie, y nos la llevábamos a un parque que estaba al final del camino donde no iba nadie y con el que sigo soñando, a pesar de que ya no existe, y en verano nos tumbábamos en la hierba y comíamos con palillos y en envases de aluminio y bebíamos latas de cerveza y debatíamos sobre el futuro y sobre novelas. Nos poníamos tareas, teníamos nuestro club privado, ¿sabes?, en plan, por ejemplo, vamos a escuchar todos los discos de John Coltrane por orden, uno por día hasta que hayamos escuchado todo su catálogo discográfico, o vamos a ponernos deberes, como, por poner un caso, leernos todas las novelas rusas, Gógol y Turguénev y Dostoievski y Tolstói y Bulgákov (*El maestro y Margarita* de Mijaíl Bulgákov es mi libro favorito de todos los tiempos, pero te la tienes que leer sólo en la traducción de Michael Karpelson nunca en la que hicieron Diane Burgin y Katherine O'Connor, que parece que están adaptándola para un público moderno y realmente es un sacrilegio increíble, de modo que el consejo que te doy es: evítala) y Chéjov y Pushkin y Zhukovski y Lérmontov y Brodsky, y luego discutíamos sobre ellas los sábados por la tarde, lo que inevitablemente nos llevaría a continuar por la noche y de madrugada y a dormir en el parque. Su mujer era una cabrona, no le importaba, aunque era muy guapa, eso se lo concedo, lo que resultaba algo raro, ¿sabes?, en plan: ¿se puede saber qué demonios es lo que están haciendo juntos?, y ese sábado en concreto habíamos estado leyendo a Chéjov, ineludiblemente, y entonces fue cuando me dijo que quería dejar de leer, que de hecho no tenía ya ninguna necesidad de leer. Me he metido yo mismo en una novela: podría ser un Rimbaud que se marcha a Palestina. ¿Así que te vas de veras?, le pregunté. Quiero aventuras, dijo. Quiero vivir. Los

libros no son la vida, dijo. La música no es la vida. Mantenerse vivo no es vivir. Seguir a una chica de veinte años hasta el otro lado del mundo y montar un negocio en una zona de guerra: eso debe de ser vivir. Resultaba difícil discutir con él, aunque yo supiera muy bien que los libros estaban vivos y que la música estaba viva. Le he visto el coño, me dijo. Eso me desarmó, lo admito. No era el tipo de cosas sobre las que solíamos hablar. Maldita sea, dijo, le he visto el coño. Se bajó las bragas y me dejó verlo, dijo. No quiso que se lo tocara, pero quería que se lo viera. Quiero enseñártelo, fue lo que dijo. Y ¿sabes que pasa? No tiene pelo. No es que esté depilado, no hay sombra, ni huellas o marcas; nada, ni un solo pelo. ¿Sabes eso de que cada uno tiene una huella digital que es única? Esto era como si hubiera alguien sin huellas dactilares, alguien que no tuviera un rizo o una arruga o un defecto, y me dije: Qué cojones, me voy con ella hasta el fin del mundo y así nadie nos encontrará.

Cuando el resto del grupo se enteró, bueno, al principio se montó un pollo importante, pero cuando Remy sugirió que se incorporara Mary Hanna las cosas empezaron a centrarse. Patty dijo, sí, continuemos, pero sin batería, así cuando nos pregunten qué ha pasado con nuestra batería les diremos sencillamente que se ha pirado a Palestina, ha dejado a su esposa por una chica de veinte años y ahora está en algún lugar en el West Bank, en paradero desconocido y por ello es un batería mejor. Es mejor que morirse o quedar fuera de juego o que tu mujer te diga que lo dejes. Sigue siendo un miembro del grupo, dijo Patty. De hecho ahora es más importante que nunca.

Fue el momento de su ascenso, ante los ojos de la banda, los ojos de sus amigos, los ojos de los chismosos y los bastardos y los parásitos, y ante los ojos de los cronistas y los periodistas y los hagiógrafos por venir, aunque no ante los de su familia, y he de admitir que tampoco yo lo tenía tan claro. Echarlo todo por la borda por una veinteañera tenía pinta de acabar en llanto y crujir de dientes, pensaba. Pero bueno, ¿quién sabe para qué sirven las lágrimas?

Al final fui yo quien los llevó al aeropuerto. La familia de Richard no quería saber nada al respecto. Su distanciada esposa había hablado con su padre por teléfono y le había convencido de que se había vuelto loco, de que se trataba de una crisis, como si cualquier intento de escape equivaliera a un



hecho biológico en su nivel más patético.

El vuelo salía por la mañana, muy pronto, Lubby lo tenía todo previsto, iban a quedarse en casa de un amigo que vivía en una *suite* en un hotel en la costa en Tel Aviv y desde allí contactarían con una organización humanitaria y se trasladarían a un centro de logística en la Franja de Gaza aunque reflejados en el espejo retrovisor se me asemejaban más a Jackie O y JFK en su viaje a Dallas. Ella llevaba unas gafas oscuras grandes y un sombrero flexible que la ocultaban, lo que era una bendición, en cierto modo, porque lo cierto es que tenía esa clase de ojos oscuros capaces de provocar una inmersión profunda en cualquiera que los mirara y quién sabe si no hubiera acabado yo misma en Israel.

Aun así, la atmósfera era extraña. No hablaban mucho entre sí. Era, en cierta manera, una especie de primera cita, y no parecía que hubiera mucha conexión entre ellos. Según salimos por la M8 las carreteras estaban completamente vacías excepto por algunos camiones que iban despacio y algún taxi esporádico. Sonaba el canto de los pájaros, el de la salida del sol. En ocasiones se veía la luz en una ventana, el esperanzador brillo de un nuevo día en un bloque de pisos o en los cristales de una oficina en un polígono industrial y pensaba que la vida estaba empezando de nuevo, que cada día era una pizarra en blanco. Todo está perdonado, me dije, aunque en susurros. No quería que pensarán que estaba juzgándolos. Cuando nos detuvimos en el aeropuerto Lubby se puso a hacer tantos aspavientos para darme las gracias y decirme lo maravillosa que era yo que parecía fingido e irreal pero eso puede que sean rollos míos, es típico de mí. Richard y yo nos dimos simplemente la mano, pareció más apropiado que un abrazo o un beso, ¿sabes?, como darte un apretón de manos con alguien que estaba a punto de hacer una extravagancia. Según se fueron, me di cuenta de que Lubby iba andando unos pocos pasos por delante de Richard y eso, de algún modo, me molestó. Me hizo pensar en las peleas que tenían mis propios padres y la distancia que había entre ellos y me puse triste. De vuelta a casa me entró la necesidad de echar a perder el día, de pasar de todo. En aquel entonces trabajaba de limpiadora en un hospital de oftalmología en Sauchiehall Street, trabajaba de noche limpiando el edificio de arriba a abajo, éramos tres empleadas, y pensé para mis adentros: A tomar por culo. ¿De veras cuando

llegue el final de mi vida me voy a acordar de otro día deprimente más limpiando marcos de puertas y pasando la aspiradora por las jeringuillas, voy a recordar que me retuvieron la paga y me mandaron una notificación de amenaza? Bueno, aquí te lo estoy contando, así que supongo que lo he hecho, pero bueno. Pensé en ese personaje de aquella novela rusa, la que Richard y yo habíamos leído y de la que habíamos hablado en el parque, la que nos había dado la idea de dormir al aire libre esa noche, en el bosque, la que nos había hecho desear arrojarnos por precipicios y revolotear por los tejados mientras el resto de la gente estaba dormida, y era como si, finalmente, él se hubiera escapado de una novela, y yo tenía delante mi propia oportunidad, de alguna manera, aunque, en comparación, fuera calderilla, realmente, de coña, se parecía más a salir trepando de un párrafo, así habría que llamarlo, como cuando alguien escribe un diario, un diario que cuando uno lo lee al día siguiente lo encuentra repleto de acontecimientos milagrosos, de toda una serie de hechos olvidados, algunos inmorales, otros maravillosos, todos ellos más allá del recuerdo, incluso la propia escritura de los mismos, y uno llega a la conclusión de que no está escribiendo su propia vida sino su propio diario, lo que genera una gran sensación de libertad.

Seguimos en contacto a través de la escritura, cartas con matasellos de lugares de todo Oriente Medio, sitios como Nuseirat y Asdod y Hebrón y Yata y Halhul, postales con imágenes de puños cerrados o de chavales bailando en la calle o siluetas de campamentos beduinos en una puesta de sol cerca del mar Muerto y comencé a sentir que ellos estaban escribiéndose a sí mismos, como si de algún modo la historia y la geografía se hubieran tragado a Richard, sumergido en la distancia, y cada carta era como una lápida sepulcral, con cada una de sus letras grabadas en mármol, querido hijo, amado difunto, mi dulce, dulce amigo. Me contaba cosas de los puestos de comida callejeros, de la vista que tenía desde la ventana de su habitación, de sus primeras impresiones de Jerusalén, de la imagen de los hombres saliendo de la mezquita después de la oración, desbordando las pequeñas calles de la parte vieja (lo que me hizo pensar en pescados o espermatozoides), y cómo la presión y el volumen de gente le habían dejado clavado a la pared, o el encuentro con un rabino escocés en el muro de las lamentaciones, lo que parecería inimaginable, pero ahí estaba, así suceden las cosas, o de los

detectores de metal y los túneles suburbanos, los puestos de control y de los muchachos que se alimentaban sólo de la basura y de las incursiones israelíes, los secuestros y los detenidos sin juicio. Intenté aligerar el tono. ¿Y cómo va su coño?, le pregunté. ¿Le han salido ya pelos? Pero nunca mordió el anzuelo. Estamos haciendo mucho bien aquí, dijo. Estamos haciendo que las cosas mejoren. Yo tenía mis dudas, lo admito. De lo que me di cuenta era de que su letra había mejorado bastante. Era mucho más clara. Al principio las postales me resultaban casi ilegibles, eran como una única línea ondulante, como si sus manos fueran incapaces de mantener la velocidad de sus pensamientos y se hubiera hartado y hubiera dejado de intentarlo. Parecía más un electrocardiograma que una escritura manual. Cuando cambió, cuando de repente fui capaz de leer cada palabra sin tener que conjeturar o entrecerrar los ojos o mover la postal hacia delante y hacia atrás frente a mí, pensé que algo había cambiado en su corazón.

Mientras tanto le habían ofrecido un contrato discográfico a Memorial Device. Se trataba de uno de esos sellos independientes que había sido subrepticamente fundado por una compañía grande y que estaban buscando unos cuantos contratos de relumbrón para mantener la credibilidad. Al menos eso fue lo que me pareció: vamos, que soy muy cínica. Se los llevaron a Londres y Patty me pidió que viajara con ellos, quería que llevara el archivo de la banda, me dijo, que documentara el viaje. Además había discutido con la mánager no oficial de la banda, Miriam McLuskie, porque era un caso claro de enfermedad mental. Solicité la baja en el trabajo. Escribí a Richard. Me voy a Londres con el grupo, le dije. Les está tirando los tejos una compañía discográfica. Él me escribió desde un café en Jerusalén. Había empezado a fumar y se había afeitado la cabeza. He perdido mucho peso, me dijo. Ni me reconocerías. Ahora el mundo ese de los contratos discográficos me parece de otro planeta.

Cogimos el tren nocturno a Londres, Patty, Remy, Lucas y yo. La compañía discográfica nos había comprado unos billetes en primera, de modo que teníamos barra libre en el bar y pasamos la noche bebiendo. Había nevado con fuerza y la tempestad había afectado las catenarias lo que significaba que, a lo largo de la noche, la electricidad se iba y volvía, dejándonos a oscuras entre copas con el mundo entero fuera de las ventanillas

iluminado de blanco, como si fuéramos a toda velocidad sobre la superficie de una tarta de boda. No hablamos mucho entre nosotros; la mayor parte del tiempo no hacíamos más que beber y mirar por la ventana. Por la mañana aún seguíamos medio borrachos y con resaca pero llegamos tan pronto que no había nada abierto de modo que nos fuimos a dar un paseo por un parque en la Soho Square, retiramos la nieve de los bancos e intentamos dormir. Después fuimos a visitar la iglesia de St. Patrick y desayunamos en un sitio justo enfrente de Charlotte Street, que era donde se encontraban las oficinas de la discográfica.

El jefe de la discográfica tenía los pies puestos encima de la mesa cuando entramos e inmediatamente nos ofreció unas cervezas. Intentaba ser guay. Lucas estaba en buena forma y le hizo unas cuantas preguntas increíbles, algo así como: Si hacemos gala de un grado de celo único durante la grabación de nuestro primer disco —ésas fueron exactamente las palabras que utilizó: *hacer gala de un grado de celo único*, nunca lo olvidaré—, ¿podemos quedarnos lo que hayamos ahorrado del presupuesto y usarlo para costearnos una actuación en Tombuctú? Mi madre siempre me decía que, si me portaba mal, me iba a llevar a Tombuctú, dijo. Creo que, llegados a este punto, me he portado ya suficientemente mal. El jefe de la discográfica, creo que se llamaba Sydney algo o no sé qué, no parecía estar muy cómodo. Luego Lucas le preguntó por Roger Daltrey. Era una obsesión recurrente de Lucas. Todos los demás odiaban a The Who. Y, a decir verdad, tampoco había que reprochárselo. ¿Ha habido hasta la fecha otro vodevil más deprimente en la historia del *rock and roll*? Pero a Lucas le encantaban, especialmente Daltrey, y había escuchado que Daltrey no había escrito una canción propia en toda su vida y aun así habían compartido escenario en Woodstock con Jefferson Airplane y los Grateful Dead. Tampoco era del todo cierto, Daltrey había escrito un montón de canciones, pero no tenía sentido decírselo a Lucas. ¿Sabes si Roger Daltrey está buscando material nuevo?, le preguntó a Sydney. No conozco personalmente a Roger, dijo Sydney, pero sí conozco a gente de su discográfica, puedo ponerte en contacto con ellos, claro. Trato hecho, dijo Lucas, y dio un brinco de la silla y le tendió la mano, esa enorme mano que parecía un lenguado salido del fondo del mar. Sydney tomó su mano y la sacudió cautelosamente. Hice una foto del momento. Durante todo

el tiempo estuve en cuclillas a un lado de la mesa, era tan pequeña que nadie se dio cuenta de mi presencia y creo que se olvidaron de que estaba allí, lo que me dio la posibilidad de hacer muy buenas fotos, créeme. Todas son en blanco y negro: tenía la sensación de que no quería que resultara evidente que se trataba de un momento especial, en lo que a mí respecta hubiera hecho lo mismo con una *blues band* o una banda de *rockabilly* sureña o una banda *punk* o lo que fuera. Además gracias a que estaba en cuclillas en el suelo tomé todas las fotos desde abajo y es por eso por lo que todo lo que aparece resulta amenazante, sugerente y lleno de significado, creo.

Realmente me sorprendió que no hicieran más preguntas. Para ser sinceros parecían un tanto sobrepasados por la situación. Pensé que iban a ponerse a pedir esto a asegurarse de lo otro y poner las cosas claras de lo que debían hacer con ellos, pero no, si Lucas no hubiera estado allí dudo de que hubieran formulado una simple pregunta. Después Sydney nos llevó a tomar algo a un club del Soho. Llamamos a una puerta que había al final de un tramo de escaleras, se abrió una escotilla y aparecieron dos globos oculares. Realmente fue muy aburrido. Nos presentó a su asistente, ahora no recuerdo su nombre, algo así como Simon o Richard Sparks, un nombre como de locutor de radio matinal, que era tan infatigablemente alegre que resultaba un absoluto pelmazo. En un punto arrinconó a Remy y le puso una mano en el hombro, apoyándolo contra la pared, de modo que le tenía acorralado. No pude pillar la mayor parte de la conversación pero les escuché discutir sobre las ventajas de la sangre falsa respecto de la sangre verdadera, esa tontería manida. Luego aparecieron unas chicas; la hermana de Sydney y su amiga Jemima y otras cuantas colegas. Jemima era impresionante, llevaba una larga melena negra, tenía los ojos oscuros y un cutis lleno de pecas, iba con unos pantalones de cuero ajustados y un top turquesa y negro muy ceñido sobre su cuerpo escultural y que realzaba sus pechos. Al instante le entró a Lucas y Sydney sugirió que fuéramos todos a su casa que estaba en un bloque de viviendas que daban al Támesis en la parte sur de la ciudad.

Su apartamento estaba manga por hombro. Aún seguían sobre la mesa los restos del desayuno de la mañana. En la lejanía se veían las lanchas y las barcazas y los pequeños barcos de vapor que subían y bajaban por el río en la oscuridad. Puso el *Loaded* de la Velvet Underground, no *White Light/White*

*Heat*, una apuesta segura, básicamente, y luego empezaron a pasar porros. Nadie me ofreció ninguno, en ese punto del día ya se habían olvidado de mi presencia, insignificante que es una. Vi cómo Jemima le desabrochaba la camisa a Lucas y le metía la mano por dentro mientras los demás estaban sentados alrededor hablando y parecía que había cicatrices en su pecho, o quizá quemaduras, y que ella las masajeaba. Lucas siguió escribiendo cosas en su cuaderno, pero a escondidas, solía hacerlo de tal manera que nadie se daba cuenta. Miré al río y en la lejanía se divisaba St. Paul y la oficina de correos, aviones que surcaban el cielo, con sus destellos de luz, y embarcaciones que se movían al mismo tiempo en ambas direcciones. Tuve una sensación, no es fácil describirla, pero algo en mi interior sentía decepción, de alguna manera parecía el mismo sinsentido de siempre, las mismas tentaciones de siempre, la misma basura podrida de siempre. Tenía un concepto mayor del grupo y de mí misma. Luego me entró sentimiento de culpa, como si estuviera huyendo de una situación placentera, así que aligeré la carga. Me levanté y pedí un porro. Lucas me miró como si me hubiera materializado de la nada y me pasó un canuto que había en un cenicero, lo encendí y me eché en unos cojines que había junto a la ventana y empecé a hacer fotos al exterior, al azar, y también de mis manos y de los apliques de luz que había sobre mi cabeza, que pretendían imitar candelabros anticuados, pero estaban doblados como si fueran patas de araña. Patty había permanecido en silencio todo el rato, sentado en un sofá, con las gafas de sol puestas y su sombrero abollado, pero en un momento se acercó a la ventana y me pidió que dejara de sacar fotografías. No te estoy sacando fotos a ti, le dije, estoy sacando fotos para mí. Aun así, dijo, me incomoda. No debería haberte dicho que vinieras. Yo estaba bastante colocada en ese momento y pienso que lo entendí mal, pensando que él estaba preocupado por mí, por mis valores y por que me sintiera decepcionada, así que le dije: No hace falta que me pidas perdón, cariño, somos humanos, pero él me miró inexpresivamente y me pidió la cámara, se la di, no sé bien por qué, llevar las gafas de sol puestas cuando ya es de noche concede un cierto poder, es todo lo que se me ocurre.

Luego las cosas empezaron a salirse de madre. Jemima se había quitado el top en la barra de la cocina. Llegó un amigo en taxi con una bola de opio.

Sydney comenzó a poner música, una horrible música disco, y Jemima se puso a bailar con la hermana de Sydney hasta que ambas terminaron en *topless* y restregándose los pechos la una a la otra. Luego sacó un micrófono y un amplificador que salieron de la nada y las dos chicas comenzaron a cogerlo por turnos, jadeando en el micro y cantando cosas como «I'm going to take you higher and higher» mientras que la otra se agachaba en el suelo y se levantaba. Por entonces se había montado ya una fiesta completa con desconocidos que entraban y salían y gente que estrechaba la mano a los miembros de la banda y les daba palmaditas en la espalda. Esto es una cagada, me dije. Encontré una habitación tranquila y a oscuras, y me eché a dormir.

Por la mañana todo estaba lleno de cadáveres. En un primer momento no pude abrir la puerta del dormitorio porque la bloqueaba una chica que estaba desplomada en el suelo. Parecía que alguien había eyaculado en su pelo. Remy y Simon Sparkles, o comoquiera que se llamaran, estaban sentados juntos en la barra de la cocina y cuando entré levantaron las cabezas y sonrieron con aire de complicidad. Mira lo que ha traído un soplo de viento, dijo Remy. Aquí los únicos que sopláis algo sois tú y tu nuevo novio, dije, y me metí los dedos en la boca y les puse la mejor de mis caras de culo. Continuaron hablando de sus tonterías o lo que fuera que estuvieran haciendo, dándose empujones el uno al otro y haciendo la pantomima de que se ponían a luchar agarrándose por los hombros y esa clase de cosas que hacen los borrachos reprimidos. Me senté en el otro extremo de la mesa y me pelé una mandarina. En el centro de la mesa seguían las sobras del desayuno del día anterior que habían servido de cenicero, con un trozo de huevo frito y unas lonchas de bacon cubiertas con un montón de ceniza y colillas. Te voy a decir una cosa, dijo Sparkles. Te doy cincuenta centavos si te comes eso. Sin problema, dijo Remy, pon el dinero en la mesa. Sparkles puso las monedas, dos de veinte centavos, una de cinco, dos de dos y una de uno, un auténtico insulto, y Remy se echó sobre el plato sin pensárselo dos veces, entre alguna que otra arcada, intentando regarlo con agua, comiéndose las colillas y todo. Fue asqueroso y patético y muy triste. Momento histórico, me dije a mí misma, mientras Remy soltó un gran eructo que apestaba a cigarrillos rancios.

Pasé el resto del día sola. Fui al Museo Judío de Camden y pensé en Richard y lo que él hubiera opinado de todo eso. Me fumé un porro en los terrenos del Museo de la Guerra Imperial y luego caminé por la ribera sur del río. Soy la princesa del guisante, me dije a mí misma, sentada en un banco cerca del puente de Londres. Aquí estoy, viviendo la vida, de paseo con uno de mis grupos favoritos, en la pomada y aun así todo me resulta tan vacío, sin sentido y degradante. ¿Es todo el mundo igual? Me pregunté a mí misma. ¿Tiene todo el mundo esta sensación?

Quedamos para coger el tren nocturno de vuelta y nadie abrió la boca. Ni nos planteamos ir al bar. Todos teníamos compartimentos separados y nos fuimos a dormir sin decir ni una palabra. Cuando llegamos a Glasgow la mañana siguiente, estaba ya vestida, salí pitando del tren y me cogí un taxi a casa sin tan siquiera despedirme.

Escribí a Richard. Está muy bien lo que haces, le dije. Tenías razón con lo de salirte de esto. Puse una de sus cintas, *Give Us Sorrow/Give Us Rope*, me tumbé en la cama. Sonaba de maravilla.

Las cosas empezaron a volver a la normalidad. Suponía que me habían despedido como archivera, pero no quería buscar ningún otro trabajo, necesitaba un tiempo para descubrir mis propios valores y reorientar mi vida, ya sabes a lo que me refiero. Mi madre y mi padre, los echo mucho de menos con tan sólo mencionarlos, eran muy buena gente y me apoyaron, aunque tenían sus propios problemas, y cuando le dije a mi padre que había perdido el trabajo de mi vida, que el grupo me había despedido, lo que no era estrictamente cierto, me abrazó y me dijo: ¡Que se vayan con viento fresco!, me preparó una taza de té y unos bollos tostados.

Empecé a dar largas caminatas; soy muy andariega, siempre lo he sido, es mi modo de meditar; con el movimiento de mis piernas, el feliz barrido de mis ojos hace que, de algún modo, los pensamientos se pongan en movimiento y surjan determinaciones. Anduve hasta el Jardín Botánico, en la parte oeste de Glasgow. Era un hermoso día de primavera y parecía que los narcisos estuvieran a punto de estallar, las campanillas de invierno resultaban tan tristes y blancas y desoladas y esperanzadoras a la vez que parecían rosas. Había un grupo de paraplégicos de pícnic en la hierba junto a sus cuidadores. A uno de los muchachos, que parecía tener treinta y tantos años, le entró una



risa floja por su bocadillo. Me quiero reír por los bocadillos, me dije a mí misma, quiero llorar por las hojas y elogiar la luz de las estrellas, escribir poemas sobre aparcamientos y sobre el frío de los helados y el calor de los cafés. No es precisamente una carrera profesional, ya lo sé; pero quizá podría inventarme una.

Llegó una carta de Richard. Le había sorprendido una escaramuza durante una manifestación en un punto de acceso en la que un anciano había sufrido un colapso y había fallecido después de haber sido retenido por los israelíes. Me sacaron de allí a rastras, decía. Luego me dieron una buena paliza. Dentro del sobre había una venda con restos de sangre y una foto en la que se veía cómo cuatro guardias lo llevaban en volandas, con las manos y las piernas extendidas como una estrella de mar. Me estoy ganando a pulso los galones, decía. ¿Qué tal Lubby?, le pregunté. No supe nada de él durante unas pocas semanas. Entretanto, dormí con la venda debajo de la almohada, no sé muy bien por qué; quizá pensaba que haría que mis sueños fueran más valientes.

Lubby está bien, me dijo, cuando recibí su respuesta. Muy ocupada. Trabaja como ayudante de un abogado de derechos humanos. Estamos los dos muy liados. Colaboro como voluntario a tiempo parcial en una emisora de radio, Radio Free Hebron; es una emisora pirata. Me paso el día entero haciéndome amigo de bomberos y guardias de seguridad para que nos dejen acceder a los tejados e instalar allí los transmisores. Claro está que tenemos que cambiar de sitio constantemente y si nos pillan, vete tú a saber.

Lubby salió por la televisión, me contó. Muy brevemente. El abogado con el que trabaja representa a la familia de un hombre que murió detenido. Salió en las noticias, a su lado, mientras él leía un comunicado de la familia. Estaba estupenda, decía; llevaba una carpeta archivadora bajo el brazo y gafas de sol. Estaba maravillosa, decía, y además suave, como si la pantalla fuera a derretirse a puerta cerrada. Las cosas están cambiando, decía, ya verás. Yo he conseguido un trabajo como vendedora de perfumes y me he hecho un esguince en el tobillo, le dije, es todo lo que puedo contarte por ahora.

Memorial Device dieron un concierto en Bellshill. Fui a verlos y me quedé por allí deambulando hasta que llegaron. Tocaban como teloneros de un espantoso carcamal folk que ha gozado de cierto reflote por parte de la crítica porque ha sido el primero que ha combinado afinaciones orientales y

una guitarra raga con canciones folk occidentales. Fue el debut de la nueva formación con Mary Hanna al bajo y Remy a los teclados. La silla de batería sigue vacante, escribí a Richard. Pero tienen a un nuevo miembro, una chica. Nunca había oído hablar de Mary, pero alguien me contó que había construido un círculo de piedras o algo así en las afueras de Greengairs y que era una artista, en secreto.

Sonaron muy bien. Era como estar en una colina, a oscuras, con una enorme fábrica a lo lejos y sentir ese rugido, esa enorme vibración sobrenatural, como si el silencio hubiera desaparecido ante algo que fuera más profundo que el propio silencio, algo que está implícito en el silencio, de algún modo, como si el silencio fuera un sonido y ahí estuvieran sus cimientos, ese formidable ruido atenazado que sonaba como una quietud plena aunque inmersa en un movimiento incesante. No van a ninguna parte, me dije, y me sentí aliviada.

Desde que te fuiste, escribí a Richard, han perdido el rumbo. La música no hace más que ponerse ahí y vibrar. Es alucinante. Es como la banda sonora de mi vida.

Richard contestó. He destrozado un escaparate, me dijo. Me quedé tirado en la calle. Me subí en lo alto de un ascensor hasta el piso veintiuno. He opuesto resistencia a las detenciones. Nos fotografiaron a Lubby y a mí para un periódico. He llevado una campaña. He conducido un camión. He defendido lo que es justo.

Me escribió con su nueva dirección, una dirección en Tel Aviv. No cuentas mucho, dijo, creo que tengo el correo intervenido. No me resultaba difícil ser inofensiva; ésa era mi vida por aquel entonces. Le hablé de mis paseos, de la salud de mi padre —que había empeorado—, de las evoluciones gimnásticas de mi hermana, del éxito económico de mi hermano. Me siento como el trol feo que vive debajo de un puente.

Mi padre falleció en julio. No quiero extenderme mucho sobre ello, pero sí quiero decir que todo comenzó a resultar un sinsentido hasta una noche en la que se me apareció en sueños y llevaba la misma camiseta azul celeste que llevaba en la fotografía que utilizamos para el funeral, que se la tomaron durante unas vacaciones en Salou, en España, con su piel oscura, su olor, y me acerqué a él y lo toqué, como si estuviera en un sueño, y le besé en la

frente y le pregunté si podía seguir acudiendo a él siempre, si aún podíamos compartir nuestro cariño en sueños y si aún seguía vivo allí y me dijo que sí y sonrió y me abrazó, atrapada en ese estado de doble conciencia que tomamos por sueño, y le pregunté cómo era eso posible y me contestó con una palabra que comenzaba con la letra P, que al instante se me olvidó, pero que en ese preciso instante me resultó omnipresente, como si él se hubiera entregado a la vida de una manera tan plena que ahora estuviera presente en cada parte de ella; se trataba de algo diferente a su manera de hablar, era como su yo revelado y al mismo tiempo reinaba una nueva sensación de calma, o, más exactamente, una antigua sensación de calma, como si hubiera abandonado la pretensión de ser otra cosa que sí mismo. Me dijo que era porque yo soy predominante, penetrante o impregnante, algo así, y ello me dio una gran tranquilidad y mucha fuerza. Escribí a Richard. Me he decidido por empezar una carrera en la magia, le dije. He descubierto mi verdadera vocación.

Las cartas se interrumpieron durante una pequeña temporada y cuando retomamos contacto el tono había cambiado. Parecían más postales de un desconocido, con cosas irrelevantes. De cuando en cuando llegaba una postal del Líbano o Jordania o Egipto. He visto las pirámides, me dijo. Hace calor aquí. ¿Qué tal Lubby?, le pregunté, tenía malos presentimientos, lo admito, pero él no contestó. Resultó que había estado durmiendo al raso, viviendo la mayor parte del tiempo en el tejado de un edificio de dos plantas en el centro de Jerusalén mientras hacía trabajos esporádicos que le iban saliendo. Todo llegó a un punto crítico cuando su madre tuvo un ataque al corazón y su familia me pidió que contactara con él y le preguntara si podía regresar a casa. No puedo regresar, dijo. Soy un indigente. Ésa es la palabra que utilizó, indigente, y claro está, comencé a sospechar todo tipo de cosas. He hecho cosas de las que no estoy orgulloso, dijo, cosas que olvidaré pronto. Luego citaba el comienzo de *Apuntes del subsuelo* de Dostoievski, uno de los libros que habíamos analizado juntos. «Soy un hombre enfermo. Soy un hombre despechado. Soy un hombre apático. Creo que padezco del hígado». *Adiós* por ahora, dijo, y así fue cómo desapareció de mi vida.

Por entonces ya había formulado mi idea de las caminatas terapéuticas y había publicado unos pocos folletos y artículos sobre el tema en publicaciones *new age*. El asunto era así: uno es capaz de reconocer puntos,

algo parecido a lo que se hace en acupuntura, pero en lugar de vincular unos órganos con otros, se unen puntos entre diferentes partes de la vida de uno, pasada y presente, realineando cosas, principalmente, pero lo realmente importante es que uno ha de añadir algo nuevo, ampliar la caminata al futuro, en un plano simbólico, perderse premeditadamente, dejarse atraer por las señales, los entornos, por la propia voz del silencio; se trata de algo que tiene dos caras en la medida en que, mientras se reescribe el pasado, se abraza el futuro, y como sucede en la magia más efectiva, se relaciona con los propios procesos físicos del cuerpo, con la fisiología, de modo que no se trata sólo de pensamientos ociosos dependientes de sí mismos. Lo interesante es que uno llegue a crear sus propios alineamientos. Me parece ridícula la idea de que hay prefijadas en la tierra una serie de líneas-ley que tienen un poder innegable sin que se sepa cuál es. Es como afirmar que todos compartimos una misma huella dactilar o que nuestras venas tienen la misma disposición que el mapa del metro de Londres. Lo importante es determinar las correspondencias personales en el espacio y luego crecer a partir de ahí, lo que conduce a esa clase de pensamiento mágico que demuestra que uno ha estado viviendo en el cielo todo el tiempo, pero que éste está muy lejos; en un primer momento lo fundamental es que uno camine la distancia que se abre entre los sentimientos y los recuerdos a fin de que se establezcan circuitos que cobren vida, como si uno estuviera generando lenguaje a partir de sus propios movimientos, como si se escribiera una carta de amor a los hechos específicos de la vida de uno con una enorme gratitud —lo que, en un plano, resulta importante y fundamental—; pero realmente se parece más a un jeroglífico, a un jeroglífico diseñado para ser leído desde una gran altura, desde más allá de la tierra, desde más allá de nuestra propia vida, y así se convierte en una página en este libro, este libro que llegamos a escribir, que realmente es un libro infinito, o una serie infinita de libros, cada uno de nosotros, si permanecemos despiertos, y a veces cuando nieva, cuando nieva toda la tarde y sales a caminar por la noche y no hay más pisadas que las propias y uno mira atrás y contempla lo que ha hecho bajo el resplandor anaranjado de las farolas y observa sus movimientos y mira adelante y no ve más que nieve limpia y, durante un instante, uno se siente como un artista o un escritor ante un lienzo o una página en blanco, y los movimientos se

vuelven ligeros y deliberados; eso es la gracia, en realidad, lo que significa estar en estado de gracia, y ahí es donde radica la importancia de la caligrafía, principalmente para un caminante, y por lo que sueño con la nieve, la suave nieve blanca que cae sobre la tumba de mi padre, y yo quiero andar sobre ella con delicadeza, intencionalmente, y luego partir adondequiera que el espíritu me lleve y no mirar nunca atrás, excepto para orientarme de cara al futuro, lo que creo que opera como una especie de cura, creo.

Impartí una serie de conferencias, estuve una noche en la Sociedad Teosófica, un fin de semana en un festival que organizó una empresa que hacía jabones, un taller en el sótano de un herbolario en el oeste de la ciudad. Hice una serie de caminatas. Caminé la forma de un corazón por la isla de Man en la que trabajé durante unas vacaciones en una cafetería que estaba frente al mar. Había estado allí de niña y había dedicado un verano entero a dar vueltas por la isla. Cuando regresé, me encantó especialmente el viejo canal de Monksland, que andaba entero desde Coatbridge hasta Calderbank, donde habían vivido mis abuelos y donde había crecido mi padre, y desde allí hasta Gartness, Plains y Caldercruix, donde una vez me quedé atrapada en una zona pantanosa detrás del club de golf Easter Moffat y rompí a llorar por lo perdida que me encontraba; y como todo el mundo, de tiempo en tiempo, deseé poder regresar a casa, que en algún lugar de allí hubiera un mercadillo al que acudir o una cena a la que llegar tarde, pero en ese caso haría de tripas corazón y maldeciría esa actitud por lo que significaba o al menos lo intentaría.

Tenía pocos amigos por entonces. Cuando Richard desapareció de mi vida, me había sentido como si observara desde una pequeña embarcación cómo un cuerpo se iba hundiendo entre las aguas en medio de un mar infinito, un mar sin olas, ni corrientes, ni pájaros que sobrevolaran el cielo; un mar sin tardes, incluso sin noches, lo que es un pensamiento insoportable, cierto es, pero que de algún modo me sostenía, no me preguntes cómo.

Poco después llegó una carta de Richard. Había pasado casi un año desde la muerte de mi padre. Algo había sucedido, me contó. Estoy preso, dijo. Me han acusado de lesiones graves. El marido de Lubby, el abogado, me ha ayudado. Esto quiere decir que me mandan de vuelta a Glasgow para cumplir la condena. Puedes llamarme a este número de teléfono a algunas horas

concretas, dijo, si quieres, vamos.

Lo llamé al día siguiente. Murió mi padre, le dije, pero lo he superado en el camino. Tu padre era un hombre honesto, dijo. Parecía un abogado hablando. Escucha, le dije, ¿adónde te llevan? A Barlinnie, contestó. El marido de Lubby ha movido algunos hilos. El sistema carcelario aquí es lo peor, me van a deportar. Legalmente, ni siquiera podría estar aquí. No sabía que Lubby se hubiera casado, dije. Sí, dijo él. Se casó. ¿Qué te ha pasado?, le pregunté. Me asaltaron el día de Navidad, dijo. Estaba dormido en un callejón e intentaron robarme. El día de Navidad, ¿qué te parece? Me desperté, me eché encima de ellos y ambos terminaron en el hospital. Me dieron diecisiete puntos en la cabeza. Ellos salieron sin cargos. Es una parodia, dijo.

No sabía qué decir. Me quedé en silencio y escuchaba su respiración, como si hubiera subido corriendo a toda velocidad un tramo de escaleras, lo que no parecía muy probable. ¿Adónde te estoy llamando?, le pregunté. A un centro de detención, dijo, bueno no, realmente se parece más a un centro de rehabilitación. Estoy en una celda individual, dijo, como si eso fuera algo importante. ¿Se lo has contado a los chicos de la banda?, le pregunté. Ese mundo ya no existe para mí, dijo. ¿Y por qué me has llamado entonces?, le pregunté. No lo sé, dijo, no lo sé. Luego escuché una voz por detrás y me dijo que tenía que dejarme. Te escribiré cuando llegue, me dijo. No se lo digas a nadie. Ven a verme.

Apenas un mes después me puse a caminar en dirección a Barlinnie. Nadie va hasta allí caminando, o cogen el coche, o el bus o te lleva un amigo en coche, pero nadie va a pie. Las calles que llegan hasta el lado oeste de la cárcel están configuradas como si fueran un sol y sus rayos, una especie de semicírculo seccionado por el horizonte o quizá se parezcan más a una rueda, una rueda que gira lentamente, como la de un ferri. No sé si está hecho adrede o no. En cambio el lado este de Cumbernauld Road, cerca de la cárcel, es muy distinto. Las calles se asemejan más a una tela de araña nerviosa. Hay una peluquería, una biblioteca, un salón de los Testigos de Jehová, todo aquello que uno necesita cuando sale de prisión, y en el aire flota un olor a pan reventado y cerveza, los eternos demonios que presiden en el este.

Cuando entré, Richard parecía un fantasma, sentado detrás de un pequeño pupitre de madera en un cuarto sin ventanas, un pedazo de mi pasado con el

que finalmente me reencontraba. En un primer momento, ninguno de los dos dijo nada. Permanecimos sentados, casi incapaces de mirarnos el uno al otro. No se trata de cómo pensábamos que fuera a acabar, ya está, dijo, rompiendo finalmente el silencio. Quizá no, dije, aunque recordando el viaje al aeropuerto me sentía más entregándolos al futuro que despidiéndome de ellos. Rescate, dijo él, ¿estás pensando en eso? Me dejó de piedra. No sé qué quieres decir, dije. Luego se encogió de hombros y me preguntó si le podía dejar cinco libras. Tengo un trabajo en las cocinas, dijo, lo que significa que como más, pero necesitaría algo para ponerme a funcionar. Sentí una repentina cefalea, como si él hubiera encendido una antorcha en el interior de mi cabeza. Escucha, le dije, no creo que pueda hacer esto. Te refieres a lo de las visitas, dijo. Sí, contesté, es demasiado. Este lugar es demasiado para mí. Dímelo a mí, dijo. ¿Quieres que le cuente a alguien que has vuelto a casa?, le pregunté. ¿Crees que he vuelto a casa?, dijo. Le di unos cuantos libros para leer. Usa esto como sustento, le dije, y le mandé un beso por encima de la mesa en un intento de relajar el ambiente. No tienes por qué volver otra vez, dijo. Podemos seguir escribiéndonos. Vale, dije, trato hecho. Retomémoslo donde lo dejamos.

En la primera carta me habló de las Bestias, así los llamaba, los pedófilos y los agresores sexuales. No reconocerías a ninguno de ellos por la calle. No tienen un aspecto o un estilo, ni tampoco formas que los identifiquen. Ellos se reconocen mutuamente al instante y se ponen a hablar unos con otros. A veces te encuentras hablando con un tipo, un tipo bastante majo, piensas, y cuando bajas las escaleras con él, se va a la derecha y te enteras entonces de que es realmente una bestia. Además tienen muchos más privilegios que nosotros; nosotros estamos obligados a ganarnos el tiempo que nos dejan para ver la tele y cosas así, mientras que ellos lo pueden hacer cuando quieran.

Muy pronto me contó que estaba solo en la celda. Mi compañero de celda decidió marcharse, me dijo, nada más. Me dije a mí misma: No conozco en absoluto a esta persona.

La música es siempre superior a la vida, escribió. Su pensamiento se había transformado. El deber de la vida es igualarse a la música, escribió. ¿Cuándo puede la vida ponerse a la altura de la música, excepto en el recuerdo, excepto en los sueños?

Podía identificarme con eso.

La música es otro mundo para mí, dijo. No hace falta que recuerdes la música, pero piénsame, dijo, en tus sueños, esta noche. Buenas noches, dijo, mientras yo escudriñaba la carta y me fumaba un cigarro, asomada a la ventana, escuchando música y me preguntaba qué coño tenía que ver con el recuerdo o la profecía o el pasado o el futuro. Me lo imaginaba mirando por los barrotes de su celda, ahora vacía, a esta curvada rueda compuesta de calles y casas y de gente yendo y viniendo, este pasado que se repite sin cesar, y pensé en la música de Memorial Device sin él, esa música que nunca cambiaba, o eso parecía, pero que todavía dependía del tiempo y pensé en los artistas de *performance* y en sinsentidos semejantes y pensé: Se equivoca, sabes, es a la vida a lo que hay que igualarse, el deber del arte es estar a su altura.

Me encontré unas fotos de mi padre de joven; debían de ser de los años cincuenta. Estaba sentado en un murete y detrás de él había un jardín de rosas. Algo me dijo que había sido él quien las había plantado, algo en el modo en que estaba sentado, tieso, con una pierna cruzada relajadamente sobre la otra, con un cigarrillo en la mano, sin mirar a la cámara, ni a nada en particular, realmente, con la vista ligeramente puesta en el lado derecho, sin fijarse en nada, al menos en nada que se pudiera ver en la foto.

Le hablé a Richard de la foto. De la misma manera, podrías estar de luto por una de las nubes del cielo, dijo. Comencé a pensar que era una especie de maestro zen enviado para burlarse de mí, pero eso no hizo que cesara mi rencor hacia él. He conocido a algunos rosacruces en la cárcel, me dijo. También a algunos masones. He llenado el marco metálico del catre que está encima del mío con lemas, dibujos y frases. Quienquiera que sea el próximo en entrar se lo va a pasar bien. Luego me contó que había decidido leerse las obras completas de Shakespeare mientras estuviera preso. No hay momento mejor, dijo. Me fue haciendo un comentario continuo según iba avanzando. No le gustó nada *La tempestad*, no pudo con ella. Siempre le había gustado *El sueño de una noche de verano*. *Hamlet* estaba muy bien. Iba a intercambiar sonetos con los guardias de la cárcel, ¿quién iba a decir que fuera una tropa tan bien educada?

Escuchó un rumor sobre sus asaltantes: uno de ellos había perdido una



oreja en una pelea. Igual un día me encuentro una oreja en el bolsillo, dijo, es todo lo que puedo decir. Estaba tremendamente enamorado de la luna: lo sé de buena tinta. Me sigo moviendo hacia la luz, dijo, no importa cuál. Luego una noche me escribió esa maravillosa carta, que he perdido, desgraciadamente, en la que me contaba cómo había visto la luna alzarse sobre las casas en la lejanía, desde una esquina de la ventana, a través de los barrotes, ascendiendo sobre la finca semicircular y proyectando sobre ella un extraño brillo plateado que la hacía parecer en llamas, como hielo sobre fuego, dijo, algo así, y que se quedó en ese lado de la cama y echó la cabeza hacia atrás y extendió los brazos y se sintió como un cristal al que hubieran limpiado.

Salió en octubre y no tenía dónde ir. Sus padres seguían sin saber si estaba vivo o muerto, ni se imaginaban que estuviera en el país y recién salido de la cárcel. Su esposa, bueno, Dios sabe qué estaría haciendo con su vida. Por aquel entonces yo ya no tenía contacto alguno con la escena musical, así que no podía contárselo a nadie: aunque vi a Remy en una farmacia en Sauchiehall Street una tarde, pero no quise hablar con él. Yo pensaba, claro está, que las cosas volverían a la normalidad una vez que Richard quedara en libertad, que reanudaríamos nuestros paseos vespertinos, que tendría de vuelta a mi compañero de estudios, mi colega de caminatas, mi querido amigo. Típico de mí. Siempre quiero que las cosas vuelvan, a pesar de todo lo que diga. Sin embargo, no fue así. Se inscribió en una lista de espera de pisos de protección y entretanto se alojó en una pensión cerca de Glasgow Green en la que, por las noches, tenía que guardar todas sus posesiones en su chaqueta y usarla como almohada para evitar que se las robaran. Quedamos algunas tardes en la parte este de la ciudad, dimos unos pocos paseos por el Clyde, pero ya no era la misma persona que antes. No es que pareciera infeliz, era como si se hubiera vuelto poroso, como si ya no hubiera ninguna barrera entre él y el mundo exterior. Entendía mal todo lo que le decía, por lo que las conversaciones se volvían o extremadamente frustrantes o extremadamente mágicas, dependiendo del estado de ánimo en el que me encontrara. Salía con palabras, palabras sueltas, como si las hubiera cogido al vuelo o de tus pensamientos o de los pensamientos del mundo, más concretamente. Varada, decía, por ejemplo. ¿Quieres decir que te sientes

como si estuvieras varada? O, una tarde, una frase, dijo, ¿una frase? En un primer momento pensé que estaba hablando de una fresa, pero luego echó un trago largo de un cartón de leche, ésa era otra novedad, y dijo: No, pensaba que ibas a decir una frase. Además tenía esos granos en la cara que, para ser francos, le daban un aspecto desagradable.

¿Cómo puedo expresarlo? Era como estar al borde de un precipicio, sobre una cascada, escuchando todos esos ecos que resonaban por debajo y escuchando una palabra que provenía de un lejano rugido que podía haber sido lenguaje, como si el propio lenguaje produjera vértigo, y a veces, cuando él cogía las palabras al vuelo, me generaba una profunda sensación de ansiedad, como si hubieran retirado el suelo bajo mis pies y estuviera corriendo en medio del aire como en los dibujos animados, y me sentía como el día que fui a visitarlo a la cárcel, esa primera vez, cuando tuve que escapar de allí, sabiendo que nunca podría volver, que había un último paso que no quería dar, un salto final que daba pánico contemplar. Aun así, hice lo que pude para ayudar. Le rellené formularios, le presté cinco libras un día y otro también, traté de mantener viva nuestra amistad. Mi padre era mi modelo. Pero hay veces que la historia no tiene que ver contigo. Un día desaparecí de su vida como una nube, como una nube por la que nadie podía estar de luto, justo como había predicho. No supuso el final para ninguno de los dos, pero a veces pienso en esa cascada, ese torrente de lenguaje, y tengo la imagen de nosotros juntos, tumbados en la hierba, interrogándonos el uno al otro sobre libros, al aire libre, me pregunto si la cosa no comenzó a pudrirse en ese momento, si no fue que incorporamos algo de aquellos libros que nos hizo imposible ser felices. Guardo sus cartas, por supuesto, y mantengo dentro de mí su recuerdo, pero ¿escuchar su música? Ni de coña.

# AQUÍ ES DONDE VOY A ESPERAR SENTADO Y DESPUÉS FECUNDARÉ EL FUTURO

*Airdrie y Bobby Foster recuerdan a Teddy Ohm.*

Estaba ese tipo llamado Teddy Ohm. Llamaba fiestero a todo el mundo, ya sabes, en plan: ¿Todo bien, fiestero? Pero era un moderno. Había estado en un grupo en los sesenta, no sé, un grupo beat local que le daba al ácido y flipaba. Se hicieron famosos por montar un concierto anti-Vietnam en el ayuntamiento de Airdrie. Vale, nosotros ni estuvimos en Vietnam. Además había publicado aquel fanzine verdaderamente antiguo en el que escribía sobre The 13th Floor Elevators y The Chocolate Watch Band y en el que hablaba de *rockabilly* y *blues* y mierdas de ésas. Decía que Eddie Cochran era una encarnación psicodélica, lo que coño sea que quisiera decir con eso.

Era el contacto de todo el mundo. Pastis, coca, lo que se te ocurra. Parecía un cruce de Edgar Winter con Frank Zappa y Cher en los setenta: afeminado pero duro, y por eso un poco siniestro. Sí. Lo que intento decir es que llamaba la atención. Iba por la calle con una gabardina de cuero, unas veces blanca, otras negra, con su melena gris suelta, y además de las drogas sacaba dinero suministrando utilería para películas, sobre todo mierda histórica: tenía una colección de espadas y mazas y dagas y cotas de malla y ese tipo de mierdas. Te aseguro que era un tío duro. Dicen que conocía en persona a Mel Gibson. ¿Qué coño iba a saber yo? Oí que llevaba gabardinas de cuero hasta el suelo porque siempre llevaba una escopeta en el bolsillo interior. Pero además era traficante de discos. Tenía dedos de oro. Podía sacarse de la

manga todo tipo de mierdas raras. Su especialidad eran las mierdas en tirada privada, bombas como el LP de Fraction, Circuit Rider, D. R. Hooker, cosas de *garage rock* como The Bachs e Index y bazofia rural como Relatively Clean Rivers y Hickory Wind, por decir algunos. Un día conseguí de él todos éstos, mierda de la buena, y la mayoría en condiciones Ex+.

Te pasabas por su casa. Vivía en una casa que había diseñado y construido él mismo a las afueras de Caldercruix en un terreno en medio de ese campo anodino sin otra cosa aparte de una rodada de motocicleta hasta la puerta principal, era extraño, y con vistas al embalse donde pescaba su cena. Eso era aparte: tenía un congelador en el garaje que estaba lleno de pescado hasta las trancas. Bueno, pues eso, que pasabas por allí y su casa era totalmente como una leonera de los setenta, ¿sabes?, con una especie de salón al que se bajaba por un par de escalones con alfombras por todas partes y sillones de mimbre colgados del techo y estanterías de ladrillos con libros sobre el horóscopo y catálogos farmacéuticos y ocultismo, chorradas de éstas, y por supuesto literatura beat y ciencia ficción y mierdas aun más raras, como libros sobre sectas de motoristas, qué cojones. Así que le pedías un disco concreto, digamos que te iban cosas como una copia en mono del primer álbum de Red Krayola. Vale. Pues te sentaba allí, todo el tiempo en completo silencio, como si se estuviese cerrando un trato de la hostia, como si se estuviese haciendo un ritual, ese puto ritual ocultista y él le daba una gran importancia a lo de sacar su vaporizador, fue la primera persona que conocí que tenía uno, ya sabes de qué estoy hablando, hecho como de cristal y se enchufa, y él lo cargaba con esa hierba, esa hierba que mataba el tiempo, es la única manera que se me ocurre de describir lo fuerte que era, que mataba realmente el tiempo —no preguntes—, y entonces te lo pasaba y sacaba el disco que le habías pedido y lo olfateaba: lo olfateaba y lo clasificaba por su aspecto y por su olor. Ah, decía, dándole una olfateada grande y sucia, es de un prensado excelente, fiestero. Era increíble. Desde entonces empecé a olfatear los discos. Es más o menos como con los vinos buenos.

Así que en cierto modo me gané su confianza, no me preguntes cómo, quizá fue porque yo era inocentón y despistado, pero entusiasta, y también tenía algo de dinero porque había dejado la escuela a los dieciséis y tenía un trabajo de categoría en servicios financieros, que básicamente usaba para

pagarme mi afición y mis fines de semana, por lo que le compraba mierdas regularmente.

Bueno, pues un día estábamos sentados olfateando vinilos, creo que estábamos revisando algo así como una copia del *Days Have Gone By* de John Fahey, que para ser exacto es mi disco favorito de todos los tiempos, las cartas sobre la mesa, cuando me preguntó qué iba a hacer cuando se acabara el mundo. ¿A qué te refieres?, le pregunté. ¿Qué vas a hacer cuando todo se venga abajo, fiestero?, dijo. Nunca he pensado en eso, dije. Supongo que correré hacia la explosión y espero volar en pedazos o disolverme, sea lo que sea que te haga esa mierda. Yo tengo la intención de esperar aquí sentado, dijo él. Entonces voy a fecundar a unas cuantas mujeres. Luego me vendió el disco y me echó de su casa porque dijo que después tenía una fiesta y que debía marcharme antes de verme incriminado. Ésa fue la palabra exacta que usó.

Bueno, pues sigue dando la lata con el asunto ese del fin del mundo cada vez que lo veo y al final le pregunto cómo planea sobrevivir. Esta casa volará por los aires, le digo, y no quedarán fulanas que fecundar. Ahí es donde te equivocas, fiestero, me dijo. Entonces me preguntó si me apetecía dar una vuelta. Me senté detrás de él en la motocicleta y al principio me agarré con los brazos a su cintura, pero entonces me di cuenta de que había metido la pata a fondo y que aquello era bastante gay, así que puse los brazos detrás de mí y me agarré a la barra metálica de atrás. La vuelta fue estimulante. No llevábamos casco y el viento le revolvía el pelo y me lo echaba en la cara y me fustigaba y me envolvía como una puta medusa o algo así. Condujimos unos minutos antes de que se detuviese cerca de otro terreno cualquiera a las afueras de Slamannan. Saltamos una valla y lo seguí por la hierba húmeda hasta que llegamos a lo que parecía la tapa de una simple alcantarilla hundida en el suelo. Fíjate en esto, fiestero, dijo, y abrió la tapa con una daga con unas marcas específicas talladas en la hoja y bajamos por una escalera de metal a un profundo espacio oscuro. Apretó un interruptor y se encendieron las luces. Era un búnker nuclear abandonado que le había comprado al Gobierno por quince mil libras. Vaya. Bueno. El lugar tenía su propio sistema de filtración de aire para resistir la radiación y los ataques de gas venenoso y estaba reforzado con una jaula de Faraday de acero y veinte pies de hormigón. A

nuestro alrededor había montones de aparatos electrónicos desmontados, una puta locura: comunicadores de la Segunda Guerra Mundial, radios de onda corta, resonadores, lo que se te ocurra. La habitación medía la mitad de un campo de fútbol y estaba cultivando marihuana allí. No se puede detectar, dijo. Era un escenario de ensueño. Además tenía copias de todos los LP's de su colección, todos Mint o Ex+, en orden alfabético en una estantería que ocupaba toda una pared a lo largo. Aquí es donde voy a esperar sentado, dijo, y después fecundaré el futuro.

No me pidas que te lleve. En serio. No podría encontrarlo de nuevo. Además, probablemente él esté allí sentado mientras hablamos, a oscuras, afilando una puta hacha vikinga. Vale, pues un día que me presento en su casa, para comprar una copia del LP de The Savage Resurrection, Teddy me puso sobre la pista de Blue Cheer y me habló de su productor, Abe «Voco» Kesh, que estaba mezclado con todo aquel entorno subterráneo de moteros que se apoyaba en tipos como Allen «Gut» Turk sobre quien escribió Jack Kerouac y, claro, me obsesioné y empecé a coleccionar todo lo que podía encontrar que tuviese que ver con él, mientras pensaba, en cierto modo, que Teddy era como su equivalente de Lanarkshire y que me estaba metiendo en una especie de linaje motero del carajo.

Bueno, pues Kesh había producido ese álbum de The Savage Resurrection que tenía fama por ser dos guitarristas haciendo solos sin parar durante cuarenta y cinco minutos y, claro, yo tenía que tenerlo. Teddy tenía dos copias, como siempre, una en el refugio atómico, y las dos casi perfectas. Me presenté para la sesión de revisado y olfateado y todo el ritual y allí estaba aquel tipo joven sentado como incómodo en una hamaca junto a la ventana y mirando avergonzado o así, con granos grandes en la cara y la nariz goteante. ¿Quién es este capullo?, pensé. Entonces me puse como: Oye, espera un puto segundo, ¿ése es su roscón de reyes o algo así? Vale. No tengo no idea de qué tipo de gustos tienen estos gais. Pero cuando recordaba que me había contado cómo iba a fecundar a unas mujeres después del apocalipsis... pero, claro, quién sabe, a lo mejor sólo era para que pudieran parir más niños para que él los encerrara en su refugio. Te juro que espero que él nunca lea esto, por cierto, porque si no, soy un puto hombre muerto. Vale, pues resultó que el tipo de los granos era Big Patty o Patrick Pierce

cuando lo conocí. Debía de tener unos quince años por entonces. ¿Qué estás buscando?, le pregunté. La Velvet Underground, dijo, en directo, 1969. Novato, pensé.

Teddy sacó el vaporizador, cargado de hierba. Cuando lo pasó, sacó los dos LP's de la Velvet Underground de su funda —era un álbum doble— y se los puso bajo la nariz. Después puso el primero en el tocadiscos y sonó «What Goes On». Vale, ahora había un solo de teclado en algún punto y fue cuando lo perdí. Fue como si alguien hubiese sacado la alfombra de debajo de mis pies y yo me precipitase en caída libre en la guarida *underground* de Teddy. Veía a Patty en la hamaca meciéndose adelante y atrás y gesticulando y con un hilillo de baba cayéndole de la boca. Había un póster en la pared, con una calavera, un póster de terror, y la calavera empezó a fundirse y a gotear por la pared. Puto Jesucristo, me dije. Necesito moverme. Vale, así que no me acuerdo de lo que pasó después, pero, de alguna manera, de camino al servicio, me metí en un armario y me acurruqué y me tumbé allí. Lo único que puedo recordar es la cara de Jesús sangrando a través del techo en plata y goteando sobre mí y pinchándome en la carne con cada gota. Vaya. De verdad que pinchaba que te cagas, pero sentaba bien. Debí de estar ahí cerca de una hora o así, acurrucado en esa caja con esa cara de expresión agonizante fundiéndose sobre mí pero cuando empezó a bajar me recompuse y volví al salón donde nadie dijo nada sobre dónde había estado o cuánto tiempo. Vale, pero lo que sí había cambiado y eso me puso los pelos de punta fue que Teddy y Patty habían intercambiado sus posiciones. Ahora Teddy estaba sentado en la hamaca y Patty estaba en el sillón y mientras tanto seguía sonando ese solo de órgano de Doug Yule en «What Goes On». Era imposible. ¿Verdad? Esos tipos estaban intentando putearme, me dije, aquí hay gato encerrado o algo así. En fin, compré el disco de Savage Resurrection y me largué y los dejé con su rollo de muchachito gay, quizá, pero eso no lo publiques.

Ni siquiera me acuerdo de cómo conectamos Patty y yo. Qué va. Creo que me lo encontré en una feria del disco donde estaba con esa rubita guapa que había visto en conciertos y era una de las cosas más bonitas de la escena, no podía creerlo, pero después me acosté con ella y fue una gran decepción, ni siquiera se sacó el tampón antes de meternos en la cama, pero fue

suficiente para que me llamara la atención, ya sabes, ¿cuál era la puta historia del tipo este, Patty? Bueno, pues empezamos a salir, éramos unos críos, metidos en la mierda habitual: cómics, porno, música, drogas, priva. La priva era un gran problema. No podíamos conseguir suficiente. Teníamos un único contacto, un tipo llamado Assif, que era hijo del tipo que era dueño de una bodega en Clarkston. Éramos menores, pero cuando su padre no andaba por allí él nos pasaba la mercancía y le dábamos la pasta la siguiente vez que lo viésemos, y después nos íbamos a beber al parque o a la casa de alguien que estuviera solo. En aquel momento Patty estaba viviendo en aquel inmenso bungalow fantasmal de Forrest Street oculto a la calle por árboles de veinte pies y que siempre estaba sombrío y oscuro, y que escondía en el jardín de atrás los restos de una mina y una vieja chimenea y esos grandes invernaderos destartalados donde solíamos beber durante los veranos calurosos y allí guardaba él su alijo, su alijo de porno; le ponía tan paranoico que lo pillaran que enterraba las revistas en la tierra o las escondía en las bolsas de crecimiento de los tomates, lo que era una chifladura porque a menudo estaban empapadas y no se podían usar o, con suerte sólo estaban sucias y cubiertas de tierra, pero ¿quién se lo iba a decir? Ése era su estilo. Pero incluso a día de hoy me gusta una revista porno bien manchada. Se las compraba a un vendedor que tenía un puesto delante de la estación de Queen Street en Glasgow. Nadie compraba porno en Airdrie, vale, sería como mear en tu propia puerta; además, aquel tipo conocía su oficio y así lo hacía menos vergonzoso: inmediatamente doblaba la revista en dos, la envolvía en papel marrón y te la colocaba debajo del brazo. A Patty le maravillaba su técnica. Vaya profesional, decía. Bueno, pues hay días en que la polla se te pone dura por cosas como ésas y días en los que no, qué puedo decir.

Otra cosa que solíamos hacer era enredarnos en hurtos insignificantes, robar simplemente porque nos salía de los cojones, ese tipo de cosas; nos colábamos en jardines traseros del vecindario y una vez hasta nos metimos en una casa en Grahamshill Avenue y robamos unos libros y los enterramos; gilipolleces sin sentido. Entonces llegó la noche de nuestra gran correría, nuestra venganza adolescente. Vale. Tuvimos una bronca con Assif. No puedo venderos nada más, dijo, mi padre se ha enterado, me va a matar. Te vamos a matar nosotros, le dijo Patty, no te preocupes por tu padre. Nosotros



somos un problema mucho mayor. Todo el asunto se desmadró, de la forma en que se desmadran las cosas cuando eres adolescente, y de pronto se la teníamos jurada a Assif, teníamos una cuenta que saldar, incluso cuando éramos nosotros los que estábamos equivocados. Vale, pues una noche nos vamos a ese bolo en Airdrie, un concierto deprimente de *punk* costra pero con *action painting* en directo de un tipo desnudo y su mujer que al final fueron sacados a rastras por el promotor lo que estuvo bien de veras. Después estábamos medio pedo y en busca de algo que meternos. Menuda cagada. Se me ocurrió la idea de robar en la tienda de Assif. Sí. Ya lo sé.

Llegamos a eso de las dos de la madrugada. El sitio está totalmente cerrado. Vale, así que le doy impulso a Patty y consigue subir al tejado. Subo detrás de él. Había una sola claraboya justo sobre el mostrador de la caja. La tienda estaba completamente a oscuras. Patty atraviesa el cristal con el pie y cae toda la ventana, vaya, bien, destrozándose encima del mostrador. La puta hostia creo que ya es suficiente. Pero de todas formas bajamos por la ventana. No había alarmas ni cámara de vigilancia ni mierdas de ésas por aquel entonces; era todo más honesto. Estábamos demasiado cagados como para encender una luz y llamar la atención, así que caminamos por allí con los encendedores en alto delante de nosotros. Pillamos algo de priva, buena priva, una botella de *whisky* puro de malta que era caro de cojones y nos sentamos en el suelo delante de los refrigeradores y empezamos a pasárnosla. Me llené los bolsillos de cigarrillos y pilas, no sé por qué, por pura codicia, y después nos sentamos allí a fumar y beber y leer revistas porno. Había un microondas, así que empezamos a calentarnos algo para picar; ravioli, mierdas de ésas, aquellas putas hamburguesas instantáneas, ¿las recuerdas? Siempre salían como mojadas. Sí.

Patty me habló de su padre, del que nunca había sabido nada, cómo se había ahogado en el mar después de caer desde la cubierta del barco en el que trabajaba, cuando se acercaban a Yeda, o eso dijeron; era chef en un transatlántico y durante una tormenta fue barrido de la cubierta, así es como informaron, aunque nadie estaba seguro. Hubo rumores, decía él, de que pudo haber sido un suicidio. Ya entonces Patty era un gran lector, leía poesía y mierdas de ésas y decía que veía a su padre como Hart Crane, parándose y subiendo por la barandilla y dando ese paso sereno a las aguas del olvido,

deliberadamente, con naturalidad. ¿Dónde están tus poemas?, le pregunté. Ya vendrán, dijo. Quiero ser como mi padre, me dijo. Como Hart Crane. Vale, en ese momento llevaba un pedo que te cagas. Quiero desaparecer, decía. Entonces empezó a llorar y le chorreaba la nariz y era asqueroso, con mocazos amarillos por toda la cara. Suénate la nariz, le dije. Refréscate los ojos y recomponte. Nos estamos dando la gran vida, le dije, de los bajos fondos, tú ya eres un poeta criminal, venga. Le estaba siguiendo el rollo, claro, pero necesitaba sacarme de delante aquellos mocos. Seguimos bebiendo, las lágrimas pararon, la comida se enfrió. Bebí hasta vomitar, después perdí el conocimiento. Me despertó por la mañana el padre de Assif, a sacudidas. Cabrones de mierda, decía una y otra vez, cabrones de mierda, con ese acento desquiciado, y caminaba de acá para allá. Vale, era divertido, es cierto, de una manera surrealista. Claro que llamó a la policía. Al principio no podíamos despertar a Patty y pensamos que podía estar muerto o en coma, pero al final volvió en sí y cuando se dio cuenta de lo que había pasado empezó a llorar otra vez. No digo que eso le haga parecer malo pero lo hizo, fue un auténtico blandengue. De todas formas, el padre de Assif no quiso denunciarnos, y fue una suerte, pero la madre de Patty estaba furiosa. A mi familia le dio igual. Eran todos alcohólicos perdidos y se desentendían bastante, aparte de la penosa zurra ocasional, pero se decidió que no se nos permitía vernos el uno al otro, que yo era una mala influencia. Qué cojones, pensé, y me acordaba de su nariz moqueando y sus chorradas de llorica y me alegraba de haber salido de ahí. Después, mis viejos murieron, uno después del otro, así, vale, y fue como si hubiesen dado ese mismo paso hacia el vacío y hacia el agua. Hacia ese inmenso océano en el que nos hundimos hasta el fondo con la misma facilidad con la que vamos de vacaciones o nos tomamos un día libre. Sus muertes fueron muy leves, a eso me refiero. Fue como si se alejaran flotando o se ahogaran en el aire. ¿Eso los hace poetas? Después estuve viajando una temporada por el Reino Unido, quería ver cómo era el sitio en el que vivía; heredé una buena cantidad de dinero, además de la casa familiar, que vendí enseguida y nunca volví; me deshice de los electrodomésticos, el mobiliario, las fotografías, todo el lote. Algunas veces llamaba a Teddy y le preguntaba qué cojones se llevaba, ya sabes, lo que estaba a la última, y un día me dice: Memorial Device es lo más, fiestero,

Memorial Device es lo más, y yo en plan: ¿Quiénes son Memorial Device?, y él dice: ¿Te acuerdas de Patty, tu compinche criminal? No podía creerlo. Sentía que en cierto modo tenía que haber sido yo. Yo ya estaba metido en esa mierda cuando él aún se reventaba los granos delante del espejo. ¿De qué coño iba todo eso? Bueno, pues compré el disco, siempre me quedaba con las recomendaciones de Teddy, pero no oí nada nuevo en él. Los vi tocando en vivo un par de veces, pero me quedé atrás y no me presenté. Yo era una mala influencia, ¿recuerdas?

## UNA SUBALTERNA, UNA VIDA HUMILDE, UN PAJARILLO

*Una madre anónima escribe sobre la crianza de Lucas Black, el amor a primera vista (ese que sólo sucede en el pasado) y el protocolo del baile tête-à-tête, y de sueños en los que uno desaparece como en una novela de ciencia ficción o fantástica mientras que siempre se vuelve a la nieve, la nieve inimaginable, una y otra vez.*

No quiero que publiques mi nuevo nombre. Las cosas han cambiado y ahora vivo una vida distinta. No es que sea muy importante, pero de cualquier modo, no quiero que aparezca impreso, si no te importa. Soy una subalterna, una vida humilde, un pajarillo. Aunque te diera mi nombre, no significaría nada, menos que nada, incluso, se trataría de otro nombre más, sin rostro, otra Carol, Philipa o Elizabeth. ¿Qué es lo que te puede aportar? Aun así, prefiero guardármelo. Mientras escribo esto, veo París nevado desde la ventana de un tercer piso. ¿Te imaginas? Claro que sí, quiero decir que París nevado no deja mucho espacio a la imaginación. Imagina que hubiera dicho Budapest en primavera, o mejor aún, Arran en otoño, o, venga, tiremos la casa por la ventana, Nigeria en invierno, lo que luego aparecerá en mi historia, así que empieza a imaginártela, si eres capaz, y ya veremos dónde terminamos.

A primera vista, no hay mucho que decir acerca de mi vida; al menos no mucho que pueda resultar interesante a un extraño. Tuve una infancia feliz. Me fue bien en la escuela. No conseguía trabajo. Estuve dando muchas vueltas. Hice varios trabajos domésticos, con un salario mínimo. Y luego un día entró un hombre en la tienda, estaba trabajando en una zapatería, una zapatería normal y corriente en Dumbarton Road en Glasgow. Adivinó mi

talla de zapatos, tenía una 34. Vaya, la experta debería ser yo, le dije. No se trata de ser un experto, replicó él, sino de intuición. ¿Te gusta la música?, preguntó. Siempre soñé con que me gustara la música, con que me transportara, que es lo que la música puede hacer con uno, o eso dicen. ¿Voy a sentirme arrastrada como en una novela o una película antigua?, me preguntaba. Mis gustos resultaban anticuados, incluso por aquel entonces. Leía libros, me gustaban los crucigramas: de algún modo, era una solterona prematura. Y ahí estaba mi pretendiente, listo para rescatarme de un futuro que podía haber encontrado en una sopa de letras o un juego de mesa. Era muy ingenua, además. Mantuve la conversación sobre las tallas de zapatos hasta bastante pasado el punto en el que se suelen manifestar las primeras y torpes maniobras de un cortejo. A ti te gusta la música, me dijo ese extraño tan bien vestido, pero no te gusta bailar. Me lo tomé como una afrenta personal, aunque en el fondo de mi corazón sabía que era verdad. Puedo bailar tan bien como cualquiera, dije, y se lo demostré. Me sorprendí a mí misma. Fue todo como un brote, no había otra palabra para definirlo; algo que sólo había experimentado estando a solas, mientras caminaba por el parque que está junto a la universidad y a menudo me asaltaban repentinos brotes que me alarmaban y apuntaban quizá a una especie de locura hereditaria.

Fijamos un lugar para el desafío. Acordamos quedar el viernes siguiente en la sala de fiestas Barrowland a las ocho y cinco. Entretanto me puse a repasar mis pasos de baile. Recuerdo que fui a la Biblioteca Mitchell y consulté si tenían algún libro en el que me pudiera enterar de los últimos juegos de pies, la proporción correcta entre lo que un hombre y una mujer implicados en un *tête-à-tête* han de dar y tomar —lo que en mi opinión se correspondía ocultamente con una coreografía concreta—, pero al instante me abrió los ojos un joven algo brusco que estaba en el puesto de atención al público, quien me informó que un *tête-à-tête* no tenía nada que ver con bailar, aunque se vio obligado a admitir que requería una cierta capacidad de discernimiento. Cuando paraba para comer estudiaba diagramas, intentando decodificar los movimientos que señalaban esas flechas curvadas y los dibujos de las huellas de los pies. Peiné el almacén de la tienda hasta que di con un elegante par de zapatos de tacón alto que me permitían un máximo de

movilidad y suministraban un pedestal apropiado para mis piernas, que eran bonitas, atractivas y muy ponderadas en mi juventud.

Por la noche, fue amor a primera vista. Me sacó en volandas del taxi y durante toda la noche mis pies apenas tocaron el suelo. ¡Ahí se acabaron mis clases de baile! Fue un momento muy romántico, de esos que sólo pasaban antes. Era un hombre gentil, cortés; por ejemplo, una noche perdió el autobús de regreso a Glasgow desde Calderbank, adonde había venido a visitarme en un intento de ganarse el favor de mis padres, y, en lugar de aceptar el ofrecimiento que le hicieron de corazón para que se quedara la noche en casa, él insistió en regresar a Glasgow por sus propios medios, una caminata a través de la ciudad de noche que le llevó cinco horas, pero que produjo una profunda impresión en mis padres. Aquí ha estado un auténtico caballero con un sentido de los valores bien formado, exclamó mi madre. Yo me senté frente a la chimenea y me froté las manos y pensé: Abracadabra, aquí llega el futuro con chistera y frac.

Dejé mi trabajo en la zapatería por un curso en la Universidad de Glasgow. Era la primera persona en mi familia que lograba acceder a la educación superior. Me encontraba con mi pretendiente en el campus y le dejaba jugando al billar con los muchachos del centro de estudiantes mientras yo asistía a las clases. Algunas noches me quedaba estudiando hasta tan tarde que escuchaba a mi padre cuando se levantaba y se iba al trabajo antes de que yo hubiera terminado de pasar a limpio mis apuntes.

Resultó que mi pretendiente no tenía mucho dinero. Ésta fue la primera desilusión. Vivía en un estudio en Kirklee Circus cerca del Jardín Botánico de Glasgow que consistía en un colchón en el suelo, un armario en el que colgaba sus preciosos trajes y unas pocas velas dispuestas por aquí y por allá para cuando se quedaba sin dinero para pagar la factura de la luz. Acababa de llegar de Irlanda, me contó, pero no daba muchos detalles de su vida. ¿Qué tienes pensado hacer?, le pregunté. Pues tengo pensado desenvolverte como si fueras un regalo, dijo, y me tiró bruscamente a la cama y comenzó a devorarme. Por entonces yo era bastante apetitosa.

Decidimos construir una familia y nos casamos en el 59. A la boda acudieron algunos familiares suyos de Belfast, tres hermanos y dos hermanas, pero yo era incapaz de entablar una relación con ellos. Organizamos la fiesta

en el Tudor Hotel de Airdrie y de luna de miel fuimos hasta Italia y regresamos en un viejo Morris Minor, cosa que no recomiendo, ya que conducir en Europa es muy peligroso y nuestro viaje estuvo plagado de incidentes. Intentamos quedarnos embarazados sin éxito y nos decidimos por la adopción. La familia era muy importante para mi esposo, era su *raison d'être*, si es que ha entendido correctamente la expresión. Pasamos por todos los trámites, rellenamos todos los formularios. Nos entregaron a nuestro angelito, el regalo de la cigüeña: un grupo de monjas de rostros flácidos que llevaban un albergue de madres solteras en la parte oeste de la ciudad. Allí estaba él mirándonos con unos ojazos azules, unos ojos desproporcionados respecto al resto de la cabeza, como dijo su padre, y le ofrecí mi dedo, que era todo lo que su manita podía abarcar, y lo agarró con la manita y no lo soltaba por nada del mundo. Me acordé de ese pasaje de la Biblia en el que Jesús dice a sus discípulos que se conviertan en pescadores de hombres. Es nuestro hijo, le dije a mi esposo. Soy su padre, dijo, y nos abrazamos, los tres, y lloramos de emoción.

Cuando nació, le tocó la cabeza un ángel, era lo que solía decir su padre, y, claro está, resultó cierto en más aspectos de los que nosotros podíamos intuir.

Nos mudamos a la planta baja de un edificio al final de Woodlands Road en Glasgow. En la esquina había una gran librería de segunda mano, lo que me venía de perlas porque yo era una gran fan de la ciencia ficción y te permitían cambiar los libros que habías leído de modo que nunca nos faltó entretenimiento. Mi esposo no solía leer, apenas había pasado por la escuela—su padre le había insistido mucho para que buscara un trabajo para ayudar al sustento de la familia—, de modo que por las noches le leía a él y a nuestro pequeño, al que le pusimos de nombre Lucas en honor de un viejo tío perdido en la noche de los tiempos y al que pensábamos que podíamos devolver a la vida. A veces me pregunto si no fueron esos mundos extraños y esos planetas alienígenas los que desencadenaron todo. Nunca lo sabremos. Mi esposo era un hombre muy literal, un tipo sencillo, y preguntaba cosas del tipo en qué año pasa esto o qué idioma hablan los marcianos o cuánto tiempo se tarda en llegar a Marte, cosas prácticas de este tipo. Mientras que el pequeño Lucas y yo estábamos plenamente inmersos en la fantasía.

De niño no le interesaba especialmente la música. Creo que su profesora de música del colegio lo desanimó. Era muy estricta y lo castigaba por desafinar en la obra de teatro que representaban, lo que le hizo sentirse acomplejado. Montó un grupo con unos amiguetes, 7 Up, creo que se hacían llamar, pero nunca pasaron de la fase inicial de organización.

Le fue bien durante toda la primaria. El verano antes de matricularse en secundaria su padre lo llevó de tiendas y le compró libros de matemáticas, constelaciones y egiptología y esa noche bajó con el pijama puesto y dijo que no podía dormir porque no podía dejar de pensar en la muerte, en la muerte de su padre y en mí acurrucada como una hoja muerta en el interior de un ataúd. Queda muchísimo tiempo para eso, le dijo su padre, que no estuvo demasiado acertado, porque le provocó una llantina tremenda y empezó a decir: Entonces lo admites, va a pasar. Viéndolo desde la distancia, deberíamos haber mantenido las apariencias. ¿Qué necesidad tiene un niño de saber nada sobre la muerte? Dile de paso que Santa Claus no existe.

Nos pareció por entonces que tenía una vena macabra, algo que perfectamente podía haber heredado de mí porque mi cabeza daba más vueltas que una noria. Pasó por una fase religiosa y los dos lo alentamos. Pensábamos que podía suministrarle algún tipo de tranquilidad. Uno tenía que mirar bien qué le decía a Lucas, había que andar con cuidado, porque era la más adorable combinación de seriedad e ingenuidad, lo que quiere decir que estaba listo para el lavado de cerebro.

Cuando cumplió diecisiete años, se marchó de casa. No queríamos que se fuera, no podíamos entender por qué quería marcharse, pero todos sus compañeros de escuela estaban viviendo en apartamentos en la ciudad para preparar el acceso a la universidad y por aquel entonces su padre estaba en lo más alto en el negocio del calzado y habíamos comprado un adosado muy agradable en Airdrie. En un primer momento pareció adaptarse bien. Comenzó a llamar a casa cada vez menos. Luego hubo un intento de suicidio. Fue por una chica encantadora que tenía tatuajes de circo en sus brazos, con una larga melena roja y que llevaba botas de cuero, hablaba tres idiomas y tocaba el violonchelo. Cuando se estaba recuperando en el hospital, ella fue a visitarlo, pero él se negó a verla, así que me la llevé a la cafetería del hospital para comernos un sándwich. No puedes cargar con la culpa de esto, le dije.



Uno no puede enamorarse de todos los cachorritos necesitados de cariño. Mi hijo es especial, le dije, es de los que gritan y lloran mucho. Parece que mis palabras le hicieron sentirse algo mejor.

Volvió a casa para recuperarse y se mostraba callado y retraído; además había empezado a fumar y se pasaba las noches sentado en su cuarto; se ponía su música favorita y se quedaba mirando las farolas en la lejanía mientras se fumaba un cigarrillo tras otro, esos horribles cigarrillos tan fuertes que se liaba él mismo. A veces yo le pedía a su padre que fuera a comprobar cómo estaba y cuando después iba yo a averiguar qué pasaba, me encontraba con su padre dormido en la cama y con Lucas aún despierto, sentado y mirando al vacío, con la mirada dirigida a Glasgow, y con el cigarrillo a un lado de la boca, que era como también bebía coca-cola o cerveza, siempre por un lado de la boca. Era una de sus manías.

Lucas siempre tuvo unos pies muy grandes, unos pies y unas manos grandes. Su mote era El Hombre de Atlantis o también Luciano. Además tenía un frente amplia, majestuosa, podías perfectamente imaginártelo con un escudo de armas o un turbante con joyas. Resultaba muy exótico. Solía decirle: En inteligencia, esa gente no te llega ni a la suela de los zapatos. Eres una persona con una gran educación. Eres un muchacho especial. No permitas que te molesten. A veces me lo imagino levantándose de la silla y deslizándose a través de la ventana, flotando a través de un cielo nocturno como si estuviéramos hundidos en el fondo del mar y saliéramos a través de las nubes brillantes y él nos saluda con la mano desde el aire, con sus gigantescas manos, como si fuera una señal de socorro, o la señal de un faro, y trae consigo una banda de ángeles con máscaras y aparatos para respirar, para poder llevarnos hacia el cielo o la felicidad o cualquier cosa que nos eludía.

Desgraciadamente, las cosas empeoraron desde ese momento. Mientras el padre y yo continuábamos con nuestro gran romance, Lucas comenzó a ir cuesta abajo. Se metió en una secta que tenía algunas propiedades en las afueras. Nunca llegué a entender del todo de qué iba la cosa. Había un líder, alguien que se llamaba Sri Abergavenny o algo parecido, creo que ése era su nombre, un nombre religioso, y practicaban la renuncia total, muerte cerebral, lo llamaban. Iban eliminando la compasión, la empatía, el amor, la

preocupación por los demás, la decencia normal y corriente... Veían todo eso como un estorbo, como esos bichos en un parabrisas que te hacen frenar y no te dejan seguir hacia delante. Lucas se afeitó la cabeza, lo que fue una tragedia porque cuando era joven tenía unos rizos que te morías. Creían que tenían que proteger a sus seguidores del mundo exterior, de modo que nadie podía abandonar el recinto. Lucas quería irse, lo sé. Después habló de golpes, de conductas sexuales impropias. Pero se encontraba atascado allí. Creo que meditaban, cuidaban el jardín, comían lentejas, caminaban desnudos y cosas de ese tipo. Se juntaban en un sitio para repetir frases hechas y expresiones comunes —cosas como las que le podíamos decir su padre o yo— hasta que perdían todo su sentido. Lo llamaban el remolino. Era doloroso. De vez en cuando recibíamos una carta de él, aunque siempre escrita a máquina y nunca firmada, de modo que vete tú a saber quién la había escrito, y en la que ponía cosas como: Te escribo desde un sueño, o: Estoy sentado en un balcón a solas enfrente del mar, lo que no tenía sentido alguno, porque estaban encerrados, pero que evidentemente tenían que ver con las enseñanzas, como si hubieran logrado elevarse por encima del mar, cosas de ésas, lo que me hacía recordar a Lucas fumando solo en su ventana. Y de repente, un día regresó a casa. Había estado fuera ocho meses. La historia va así: estaba en una lectura, había lecturas en masa todos los días, los Preceptos, así los llamaban, y se juntaban cientos de personas en un gran salón que iban a ver a Sri Abergavenny sentado en una almohadilla, y en un momento un tipo, un completo desconocido que estaba enfrente de él, sufre un ataque al corazón y comienza a quejarse de un dolor terrible en el pecho. Lucas lo agarra y se lo lleva al estrado. Este hombre se muere, dice. Hay que llevarlo al hospital. El salón entero permanece en silencio. ¿No se están programando precisamente para no reaccionar ante esta clase de situaciones? No obstante, le dan permiso y Lucas sale de la sala, llevando a este desconocido en brazos. Lo dejó en el hospital y nunca regresó.

Pero su comportamiento cambió. No era que estuviera deprimido, tampoco que hubiera perdido su entusiasmo. Era más como si estuviera perdido. Comenzó a hablar solo, a hacer comentarios continuos, a contar detalladamente lo que estaba haciendo, ¿entiendes?, cosas como: Me estoy pelando una manzana y ahora me la estoy comiendo; Estoy preparándole un

té a mi padre; Para desayunar me tomo el zumo de una naranja. Repetía su nombre, su dirección, su fecha de nacimiento. Era como si alguien estuviera entrando y saliendo de un coma y se estuviera aferrando a los hechos como a un clavo ardiendo.

Por aquel entonces, más o menos, nos habían ofrecido a su padre y a mí entrar como socios en una aventura empresarial que prometía beneficios, aunque luego nos enteramos a nuestro pesar, hay que admitirlo, que en realidad se trataba de una red de delincuentes enmascarada en acciones caritativas. Nos decidimos a entrar y nos fuimos a Nigeria. Buscábamos una cura de agua marina, creo, unas vacaciones al sol. Nos mudamos a Jos, al noreste de Abuja. Lo que había era algo así como un circuito de carreras, un poblado de cabañas, un barrio de chabolas y un casino en medio del desierto. Vivíamos en una pequeña casa de adobe con una terraza en el tejado. En un primer momento Lucas parecía llevarlo bien. Hizo amigos y jugaba a los dados en la calle bajo un sol de justicia y hacía trabajos de conductor, cargando equipos agrarios y tablones de madera y había veces que en la parte de atrás de la camioneta llevaba de aquí para allá a familias enteras y luego las traía de vuelta. En esa época el padre estaba enfrascado en sus obras de caridad, lo que, vergüenza me da decirlo, implicaba hacer copias de carteles e inventar licencias para que, de vuelta a casa, pudiéramos recolectar fondos de desafortunados viandantes en Sauchiehall Street que supuestamente iban a paliar un quimérico conflicto genocida en África. La cosa no estuvo exenta de problemas. Un día su padre acabó con quemaduras en los muslos y los pies después de un altercado en un enfrentamiento que tuvo lugar en un pueblo en las llanuras, pero estábamos allí como representantes o eslabones de una cadena —una horrible cadena económica que se alimenta del sufrimiento ajeno, me temo— y no como misioneros. Cuando llegó el invierno, su padre estaba destruido. ¿Te lo imaginas?

Ahora estoy en París, en un tercer piso, en medio de un invierno inhóspito, resulta difícil de describir. Veo a mi esposo, el padre de Lucas, dormido junto a mí. Veo sobre la cama los periódicos del domingo, ediciones inglesas, de semanas anteriores que me ha entregado un chico mulato que se llama Kenji. Sólo se oye un ventilador que da vueltas y el siseo del mundo en la lejanía. Desde la puerta de al lado, detrás del armario que ocupa toda la

pared al pie de la cama, provienen voces, un comentario continuo. Yo soy, yo era, siempre seré, suele decir, aunque con pocas palabras. Me criaron en un ámbito doméstico, en un ambiente tranquilo. No tengo experiencia de esto. Nunca he escuchado a mi padre alzar la voz. Mi madre murió joven por una enfermedad de los riñones. Mi hermana falleció con tres años de edad. Siempre he buscado lo mismo, una vida tranquila, luego la muerte, pero con cultura. Aquí estoy ahora y estuve en una clínica psiquiátrica, en invierno, en un país en el que la nieve es un recuerdo o un sueño.

# CREÍ QUE LE HABÍAN REBANADO LA TAPA DE LOS SESOS Y SE LOS ESTABAN SACANDO A CUCHARADAS

*The Clarkston Parks las pasan canutas en Airdrie.*

Teníamos un grupo llamado The Clarkston Parks: Alan, Dougie, Goosey y yo. Es bueno, ¿a que sí? Y mod, ¿a que sí? Mi viejo era camionero; mamá curraba en un sitio de patatas cocidas de Airdrie. Yo era mod. Me hice mod. Mis compas y yo éramos la cuadrilla mod. ¡Somos, somos, somos los mods! Vivíamos en una ratonera de Mull, en Petersburn, que por supuesto ahora parece romántico de verdad, ¿a que sí?, ahora que ya no vivo allí y el viejo y mamá ya no están. Recuerdo estar tumbado en mi litera, aún lo recuerdo, mi hermanito pequeño dormido en la cama de abajo, escuchando casetes durante toda la noche y mirando el alumbrado de fuera; a veces se oían pasos en el callejón o conversaciones de borrachos o incluso una noche sexo en vivo, lo que fue emocionante, créeme. Y soñar con fumar cigarrillos y beber e imaginar a mi futura esposa en algún lugar ahí fuera, y lo que estaba haciendo, y todo ese tipo de cosas. «Oh baby, I'm dreamin' of Monday, oh baby, when I see you again»<sup>[9]</sup>. Ése era yo: retrato de un joven mod. Escuchaba cosas como Sex Pistols, The Stranglers, The Jam. Recuerdo ir caminando hasta Coatbridge una tarde de verano, atravesando por aquellos parques vacíos, elegante como nadie, ése era yo justo entonces, qué tiempos, sólo se vive una vez, no había un alma en los alrededores y hacía un sol de justicia y era como una misión o una iniciación y sólo para comprar un casete de The Damned en el Machine Gun Etiquette. De ahí pasé a cosas de los

sesenta, como mod y psicodelia y freakbeat. Había un club en Glasgow, Joy of a Toy se llamaba, donde ponían *soul* y garaje clásicos de los sesenta y psicodelia británica. Allí íbamos todos como moscas. Empecé a pedir por correo fanzines con cosas como fotos del señor Spock o de Twiggy o Brian Jones en la portada o, ya sabes, como Roger McGuinn con pinta guay con el pelo a lo tazón. Me metí en todo eso de una vida limpia en circunstancias difíciles. Mi viejo nos llevaba a Glasgow al atardecer y nos recogía después, no importaba la hora. Era así de grande mi padre. Me prestaba sus trajes, él vestía elegante en los sesenta, y yo decía que me los había comprado yo o incluso que tenía mi propio sastre, ¿eh? Tuve una novia todo ese tiempo, Mary Bell. No era la asesina de niños, pero claro, todo el mundo decía eso, así que comenzaron a llamarla Mad Mary Bell, la modette. Era bastante demente en realidad. Una vez agarró unas píldoras que estaban tiradas en la calle cubiertas de tierra y se las tragó. Íbamos por la calle y antes de que pudiese detenerla las había cogido y se las había tragado. ¡Qué tiempos felices! Podían haber sido cualquier cosa, pero al final no pasó nada. Una vez se bebió una botella de alimento para plantas sólo porque sí. Quedé impresionado. Estaba pirada. No le gustaba el sexo, eso era un tema, bueno, no el sexo con penetración, sólo le gustaba que froteras la pierna o el pene en la parte delantera de sus bragas, eso era todo, y gemía y se lamía los labios como loca. Era un calentón, pero obviamente al mismo tiempo era frustrante. Sin embargo, tenía mucho estilo: abrigo blanco largo, bolsos diminutos, melena rubia con las puntas viradas hacia la cara como Mary Quant. Dábamos la talla, Mad Mary Bell y yo, principiantes absolutos<sup>[10]</sup>, un clásico.

The Clarkston Parks se hizo algo grande en la escena. Nos hicieron grupo residente de un sitio en Calderbank, un club de trabajadores que ardió hace tiempo. Levantamos allí una buena escena, en ese raro pueblo minero en horas bajas que fue de hecho un hervidero de mods en los viejos tiempos. ¿Quién iba a decirlo? Y desde luego venían en bus desde Coatbridge y Airdrie y Shotts o Greengairs, y a veces incluso desde Glasgow, y todos iban cantando por el camino, y, por supuesto, al ser Calderbank, te encontrabas una mezcla de gente que se juntaba con los seguidores acérrimos, un buen hatajo de chiflados. Unas veces te encontrabas con rockers y metaleros buscando bronca; otras, con lugareños que buscaban pelea; otras incluso con

lugareños que no buscaban pelea. Teníamos montado todo aquello de que éramos tipos duros de clase trabajadora con estilo, eh, así que podíamos arreglárnoslas solos, aunque eso supusiera arañarnos los zapatos o arruinar el corte de un traje.

Una noche se presentó allí una banda local de motoristas buscando problemas. Se hacían llamar The Fenric Wolves o The Wolves of Fenric, algo parecido. Eran todos feos, una auténtica galería de canallas, con barba y greñas y lamparones de sudor en sus estúpidas camisetas y zapatillas de lona. Ni siquiera hoy en día soporto la ropa informal, de verdad, me hace sentir mal. Armaron un buen jaleo haciendo caballitos con sus motos y derrapando en el aparcamiento con las luces encendidas antes de que tocáramos. Como es natural, había un montón de ciclomotores allí aparcados y después oímos que un tipo, Teddy Ohm, ese motorista de mala fama, había elegido una serie de *scooters* —y eran *scooters* clásicas, auténticas Vespas de los sesenta—, las había cogido una tras otra y se las había llevado por la carretera y las había tirado por el puente al río Calder. Unos años más tarde, cuando estaba recorriendo a pie todo el canal Monklands desde Coatbridge por la lucha contra el cáncer, pasé por debajo del puente y aún se podía ver una *scooter* oxidada asomando en el agua.

Goosey, nuestro bajista, tenía el pelo rizado y graso. Una pena, ¿a que sí? Todos los demás llevábamos el corte a tazón clásico, elegante si me apuras, mientras que él parecía un tirador de dardos o algo así. Era un tío guay, y un gran músico, y murió de algún tipo de problema pulmonar cuando tenía sólo treinta y dos años, mucho después de que perdiéramos el contacto, aunque de tiempo en tiempo yo aún veía a su hermano, que era otro chalado. Aquella noche los motoristas entraron en fila india y se quedaron delante del escenario. Era como Altamont o algo así. Respiraban muy fuerte, eso sí lo recuerdo, había un montón de narices dilatadas. Eran como toros preparándose para embestir. Subí al micrófono. Tocamos aquella canción de Tinkerbells Fairydust, un clásico de la psicodelia británica, ¿a que sí?, «In My Magic Garden», y sólo dije: Ésta es una canción de Tinkerbells Fairydust, y fue como ponerle un capote delante a un toro. Vi que un tío atravesaba de un mordisco la lata de cerveza que estaba bebiendo por la furia. Estalló aquella pelea masiva. Yo le di una patada justo en la cara a un tío, el

escenario quedaba perfectamente al nivel de los ojos. La gente lanzaba las mesas por los aires como en las broncas de los *westerns*. Los motoristas llevaban cadenas y martillos y cuchillas y pinchos. Goosey saltó del escenario. Se llevó a tres tíos con él al suelo. Me descolgué la guitarra y le machaqué a alguien la cabeza con ella. Las botellas volaban por todas partes. Vi que iban a por Goosey y entonces ocurrió esa cosa delirante. Nunca lo olvidaré. Le arrancaron la cabellera. Uno de ellos le puso las rodillas en el pecho mientras otro le sujetaba la cabeza hacia atrás y un tercero le puso una cuchilla en el cráneo. Parecía que estaba ocurriendo todo a cámara lenta. Había sangre por todos lados y por un segundo creí que le habían rebanado la tapa de los sesos y se los estaban sacando a cucharadas. Pero entonces uno de ellos levantó aquel mechón de rizos grises pegados a una fina lámina de carne y fue como si hubiesen decapitado a una gorgona en unos billares. Fue grotesco y yo perdí los papeles del todo y me puse frenético. Había un destornillador encima de mi ampli y lo agarré y me lancé sobre sus asaltantes. Apuñalé a uno en el cogote y empezó a dar sacudidas como una marioneta o un robot averiado, como cuando te conectan uno de esos electrodos al cerebro y empiezas a actuar a lo loco. Sus amigos retrocedieron, aunque uno de ellos aún tenía la cabellera de Goosey en la mano como alguna especie de mito griego. Levanté el destornillador, como si fuese a hacer cualquier cosa, y corrieron hacia la puerta, pero no antes de que uno de ellos agarrase a Mary y la sacase a rastras a la oscuridad entre patadas y gritos. Fue una absoluta pesadilla. Nadie llamó a la policía, no podía creerlo, ni siquiera el dueño, que pensaba más en la venganza y en que le cerraran el local que en la justicia, afortunadamente para todos nosotros, en cierta manera. Hicimos que alguien se llevara al tío al que había apuñalado a una zona industrial a las afueras de Holytown y allí dejamos su cuerpo en la acera. Yo no tenía ni idea de si estaba vivo o muerto. Tuvimos que llevar a Goosey al hospital pero dijimos que se había caído por una ladera cerca del río Calder y de alguna forma se había arrancado la cabellera en las peñas, cosa que creyeron, por increíble que parezca. ¿Dónde está su pelo?, nos preguntaron. Lo perdimos, les dijimos, debe de haber caído al río.

Después tuvimos que localizar a Mary; Mad Mary Bell. Al día siguiente no supimos nada de ella. Por suerte sus padres vivían en St. Albans y les



importaba un pepino si estaba viva o muerta, así que por esa parte no había presión. La dirección de Alan estaba en la parte de atrás de todos nuestros discos. Vivía con su madre, que estaba atendida veinticuatro horas al día por la seguridad social porque básicamente estaba zumbada, así que él podía hacer lo que quisiera. Me llamó dos días después. Le habían enviado una nota de rescate. Parecía como si la hubiesen recortado del Daily Record, la clásica amenaza con letras de titulares. SI QUERÉIS A LA CHICA CON VIDA, NOS VEREMOS AQUÍ EL SÁBADO A LAS 12 PM. Después estaban las coordenadas de un mapa del instituto cartográfico, como te lo cuento. Ninguno de nosotros tenía ni idea de cómo se leía aquello, pero habíamos tenido un profesor en el instituto al que le interesaba la orientación y los clásicos y todo ese tipo de cosas con el que aún manteníamos contacto. Era una especie de leyenda local, el señor Scotia. Lo llamamos y nos invitó a comer en su casa. Vivía en un apartamento moderno en la esquina de Forrest Street y después de la sopa y el pan hecho por su mujer y un poco de café y una breve historia sobre los parques de Clarkston —también era un entusiasta de la historia local—, su mujer recogió los platos y él extendió un mapa sobre la mesa. Vuestra posición es justo ahí, dijo. Estaba debajo de un puente de vía férrea en desuso en la cañada de detrás de Katherine Park. Ah, Katherine Park, dijo, y fingió desmayarse y se le saltó el monóculo del ojo y cayó en el bolsillo de su traje de pata de gallo de talla grande. Katherine Park, dijo, la amada de mi juventud, mi amante, ¡mi orgullo! ¿En qué andáis metidos, chicos?, nos preguntó. Yo estaba ansioso por que no se deshiciera el encantamiento, siempre fui muy impresionable, así que le dije que me habían desafiado a un duelo por la mano de una joven. Seré tu segundo, proclamó él. Tienes setenta y cuatro años, interrumpió su mujer, no vas a ser segundo de nadie. No te desilusiones, susurró en cuanto ella salió de la habitación. Soy hábil. No te dejes engañar por la curva de mi papada.

Me lo pensé cerca de un minuto. Alan me miraba como si estuviera loco y hacía el gesto de rajarse el gaznate. Pero entonces pensé: A la porra, todo este asunto se está volviendo cada vez más demencial, subamos la apuesta. Está bien, le dije, eres mi segundo, y en ese punto a Scotia se le iluminaron los ojos, ojos con cataratas como fresones, casi rebosantes.

Al día siguiente le hicimos una visita a Goosey en el hospital. De ahora

en adelante peluca, muchachos, nos dijo, eso es lo que me dicen, y pensé para mis adentros: Por fin puede haber algo de coherencia en esta banda, pero me sentí mal, tenía la cabeza deformada, parecía una remolacha despellejada. Hemos localizado a Mad Mary, le dije, vamos a enfrentarnos con ellos en la cañada para vengarnos y para la entrega. No lo hagáis, dijo, no os impliquéis. Llamemos a la policía, nosotros no hicimos nada malo. Te olvidas de algo, le dije. Puede que haya matado a alguien. Ninguno de nosotros sabe si el tipo al que apuñalé está vivo o muerto.

Yo estaba asustado, para qué voy a negarlo. Me quedaba sentado en la cama de noche y miraba por la ventana y me sobresaltaba al oír cualquier sirena a lo lejos, vienen a por mí, ¿a que sí? Vienen para llevarme. ¿En qué estaba pensando?, me preguntaba. ¿Por qué me metí en nada de esto? ¿No me bastaba estar aquí sentado en casa, seguro, de noche, con todos mis casetes, con la música bajita, en el primer hervor de la juventud, con buen aspecto, siendo una de las caras bonitas de Airdrie? Por supuesto que no, ya lo sabía, e incluso entonces sentía que una mano invisible que yo sabía que era en realidad la mía propia, o la de Dios, o la de Paul Weller, llámalo como quieras, me empujaba más allá del punto de inflexión, animándome a seguir.

Llamé al señor Scotia. Se ha complicado aún más, le dije. La muerte ha asomado su fea cara. Me contó una historia sobre estar en el ejército, sobre unos soldados echando a suertes quién desembarcaba y quién se quedaba en la isla. Era en Creta, cerca del final de la guerra. Todo se reduce al lanzamiento de una moneda, dijo, al fin y al cabo. Esta gente va en serio, le dije. Quería que lo entendiera. Esta gente es peligrosa. Jovencito, estoy retirado, dijo, pero no de la vida. Entonces se hizo aquel largo silencio en la línea. Toda aquella llamada fue una experiencia educativa.

Ese día estábamos nosotros cuatro, Dougie, Alan, el señor Scotia y yo. Scotia se había armado con un viejo bastón irlandés lleno de bultos puntiagudos por arriba y por abajo y con una punta de hierro que hacía saltar chispas cada vez que él declamaba y la golpeaba contra el suelo. Era como si tuviésemos el respaldo de un anciano dios del trueno. Un dios que caminaba a un paso de unas dos millas a la hora; un dios que insistía en parar para oler las flores o para gesticular hacia lo alto como un salvaje o para indicar algún espacio encantado de sus recuerdos de infancia o de significado

pseudohistórico cada pocos pasos eh. Al final llegamos veinte minutos tarde pero todavía estaban todos allí, esperándonos, todos desplegados debajo de ese puente como si fuese una sesión fotográfica y no el potencial escenario de un asesinato. Fue un verano caluroso, inolvidablemente caluroso, y desde luego Scotia iba engalanado con un traje completo con gorra plana y corbata y recuerdo que el sudor le corría por el rostro cuando llegamos y no paraba de enjugárselo con un pañuelo. Llevaba camiseta y camisa y chaqueta y sabe Dios si también llevaba chaleco. Un viejo mod al timón, me dije.

Nada más ver a los motoristas corrió delante de nosotros, metiéndonos en la refriega. Pude ver que todo el mundo se quedaba de piedra. ¿Qué demonios era eso? Fue cuando vi a Mary, la Mad Mary Bell. No parecía en absoluto desaliñada. No parecía secuestrada. De hecho cuando la vi estaba allí plantada riéndose, hablando con un tío joven de aspecto valiente con el pelo largo echado hacia atrás y unas Ray-Ban y con sus dedos metidos en el pelo de ella como si a ella no le importase en absoluto.

Esto acaba de forma amistosa o no acaba, estalló Scotia, y volvió a golpear así con su bastón en el suelo de manera que levantó un eco que recorrió todo el puente y volvió. Esto es más una reunión que un duelo, pensaba yo. Teddy Ohm dio un paso adelante. Al principio parecía razonable. Empezó con un largo preámbulo sobre honor y territorio y el código del guerrero y sandeces como ésas, pero Scotia lo interrumpió con otro golpe de su bastón. Cesa y desiste, dijo Scotia. Te conozco. Eres Edward Thom, me acuerdo de ti. Te di clase en primaria. Mírate, dijo recorriendo con el bastón el contorno de su cuerpo como si estuviese hechizándole. ¿Qué te dije sobre los tatuajes y los pendientes y el pelo largo? ¿No te dije que te traerían problemas? Hubo algunas risitas entre la gente. Oye, viejo, dijo Teddy, pero Scotia lo cortó en seco. ¿Viejo?, dijo. ¿Viejo? Déjame que te enseñe, cariño, el verdadero código del guerrero. En primer lugar, dijo, la chica se viene conmigo, y señaló con su bastón a Mary que prestaba atención embelesada y caminó hacia él como si la hubiesen magnetizado. Un guerrero va a la batalla anticipando probables pérdidas, dijo Scotia, y volvió a enjugarse la frente. Siempre tengo eso atascado en la cabeza. Marte es un planeta muerto, dijo. Pero ahí está lo que queda. Anhelamos saborear la carne del otro, dijo, y le hizo un gesto a Teddy y lo miró fijamente. Vi que algunos motoristas

reculaban, pero había captado la atención de Teddy, eso seguro. Ahora Teddy parecía algo nervioso. ¿Qué hay del Marte más allá de Marte?, le preguntó Scotia. ¿Qué hay de la estrella más allá de las estrellas?

Teddy parecía aturdido. Entonces Scotia dio otro golpe con su bastón y saltaron chispas en cuatro direcciones a la vez. El chico de aspecto valiente con pelo largo dejó escapar un resuello y a una señal de Scotia dimos la vuelta y yo le di la mano a Mad Mary y nos alejamos, lentamente, con Scotia a la cabeza y todos aquellos motoristas enmudecidos, parados a nuestro alrededor como estatuas, temerosos de hacer cualquier movimiento, no fuese que él los fulminase allí mismo. Fue asombroso. Más tarde me enteré de que el chico valiente era Patty Pierce. Esto fue años antes de que se convirtiese en la revelación de la escena musical. Pero en aquellos tiempos le enseñamos una lección, ¿a que sí?

# **CADA DECEPCIÓN ERA ALGO ASÍ COMO UN REGALO PROVENIENTE DEL CIELO**

*Street Hassle en una extraña entrevista cara a cara con Ross Raymond.*

R. R.: ¿Tienes un pasado de drogas?

S. H.: Un pasado implicaría algo que se pudiera construir desde sus partes y de lo que se podría extraer un sentido. Si es así, no tengo un pasado de drogas del que pueda hablar.

R. R.: ¿Cuáles fueron tus primeras influencias?

S. H.: Levantarme tarde. Los líquidos inflamables. Ese libro, cómo se llama, qué cojones sé. También esa película. Las preguntas, por lo general.

R. R.: ¿Qué preguntas?

S. H.: Ésta y aquella.

R. R.: ¿Por qué?

S. H.: ¿Quieres decir para qué?

R. R.: ¿Cuándo te masturbaste por primera vez?

S. H.: A los trece, a los catorce, por ahí. Empecé tarde y desde entonces siempre estoy intentando remontar. La primera vez que me corrí fue tan impactante que pensé que me había roto la polla. No obstante, durante un tiempo no tenía muy claro lo de la orina y el esperma, pero ésa es otra cuestión.

R. R.: Si pudieras resumir la escena musical de Airdrie en una palabra, ¿cuál elegirías?

S. H.: Inútil.

R. R.: ¿Era importante el punk?

S. H.: No. Bueno, sí, hasta cierto punto, porque mucha gente que podría haber estado haciendo otra cosa con sus vidas se dio repentinamente cuenta de que podían salirse con la suya con lo que eran y aun sobrevivir e incluso prosperar, aunque también morir, lo que iba a pasar en todo caso, lo que es inevitable, pero el *punk* fue un modo de engrandecer rasgos de conducta extraños y tics particulares y de hacer que despertara el interés por diferentes niveles de aptitud ya que se liberó de cualquier idea de norma, de modo que todo se volvió fascinante y cada fracaso se convertía en un avance hacia delante y cada decepción era algo así como un regalo proveniente del cielo, que de repente eran esos bolos secretos y los conciertos en esos centros de arte desastrosos y las *jams* en los locales de ensayo, que, tío, eran como nuevos caminos a la inmortalidad como si por un instante todos hubieran quedado beatificados o perdonados, pero, claro está, luego todo el mundo empezó a intentar tocar como cualquiera de los demás y la gracia quedó en suspenso y empezó todo un nuevo estándar que se convirtió en un estorbo para todo. Se suponía que el *punk* era lo que nos iba a librar del *rock and roll*, pero al final hizo falta que fuera el *rock and roll* el que nos librara del *punk*. Resultan más interesantes unas ortodoxias menos específicas que la destrucción completa de las ortodoxias.

R. R.: ¿Y qué hay de todo ese mundo de vaqueros azules que identificamos como la gilipollez esa del «tío, *rock and roll*»?

S. H.: Dios salva.

R. R.: ¿Eres religioso?

S. H.: Sí, claro, mucho. Soy como uno de esos eremitas en el desierto que se cuelgan boca abajo de un precipicio sujetos por un dedo del pie. Sólo que por lo general el cenotafio está en Coatbridge y yo me he caído de cabeza.

R. R.: Nombra tres grupos que deberíamos conocer.

S. H.: The Pin Group, Steel Teeth, Chinese Moon.

R. R.: ¿Cuál fue tu primera banda?

S. H.: Rat Tattoo.

R. R.: ¿Cuál es su historia?

S. H.: Nos juntamos en la escuela, correría el año 1978. Doblábamos las cintas de un reproductor a otro, sacamos como cinco álbumes en casete.

Nuestra movida era: ¿sabes que había algo así como un canal gay en la CB Radio? ¿Qué hubiera pasado si hubiera habido un canal de metal en el que todo el mundo se juntara para tocar metal? ¿Cómo sonaría si uno pone un grabador de casete junto al receptor de la CB y lo graba directamente a la cinta? Así sonaba Rat Tattoo.

R. R.: ¿Primitivo?

S. H.: Yo diría, en cambio, que era bastante sofisticado.

R. R.: ¿Qué opinión tienes de Memorial Device?

S. H.: Tengo muchas opiniones. Creo que ese tío, Remy, es un payaso, y si yo hubiera sido él, me hubiera pirado a toda leche de la ciudad y no hubiera regresado nunca. Puedes publicar eso. Lo recuerdo un día, era una fiesta, y él estaba sentado con unas mallas plateadas ajustadas, con toda esa sombra de ojos, y estaba tocando su mierda de canciones con una guitarra acústica, se tumbaba en el suelo, se caía contra la pared y nadie le hacía ni caso o hacían como si no estuviera allí. Intentaba reinventarse a sí mismo, pero todo el mundo conocía esa basura de pop de sintetizador que hacía. No daba crédito cuando apareció después en Memorial Device y todo el mundo decía que eran lo más. Por mis huevos lo más, digo yo, pero ya no graban más discos, aunque han aparecido en público en algunas ocasiones, todo ello estaba fuera de mi alcance, lo admito.

R. R.: ¿Han aparecido tus huevos en público?

S. H.: Sabes lo que pasa, tienes un desgarró en los pantalones y ellos se salen, ¿cómo puedes evitarlo?

R. R.: ¿No llevas ropa interior?

S. H.: Ésa es la movida. Tengo una hermana mayor, bastante mayor que yo y con más experiencia en las cosas del mundo y eso. Ella siempre se traía a sus amigos a casa: mods, rockers, *punks*, góticos, modernos, por mencionar sólo a algunos. Una vez se trajo a un tío a casa, un tío que era DJ en esa fiesta en Glasgow que tenía tanta fama por aquel entonces, Joy of a Toy, se llamaba: había estado funcionando desde 1977 o algo así, y pinchaban *punk* y psicodelia pero también *rock* clásico, *soul* y música alternativa: era algo esquizofrénico. Se lo trajo a casa el día de año nuevo, se habían pirado en un taxi desde la ciudad y mi madre y mi padre estaban borrachos a su rollo y no les importó, los vecinos se caían por los suelos, era una noche de esas, así que

se pudo quedar por la noche y les recuerdo follando realmente a voces en la puerta de al lado, jadeando y bufando y suplicando y todo ese rollo. Al día siguiente estaba sentado en la mesa para desayunar encantado de la vida. Llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta negra de cuello de pico, una de esas chaquetas de leñador de los años 70 y unas zapatillas de béisbol creo. Me senté a su lado y le pregunté por música. Empezó hablando del *Pink Flag* de Wire, que me molaba también a mí, pero luego empezó con su rollo con Neil Young, que si *Harvest* era el *country* verdadero, no como toda esa mierda de Acuff-Rose, decía, lo que me sonaba a chino por aquel entonces, y tenía esa cosa rara que hacía con la ceja, subía su ceja derecha durante una milésima de segundo y parecía un pájaro encogiéndose, un pájaro volando por los aires y encogiéndose y diciendo: ¿Qué esperas?, es lo que hago, algo así, y yo me quedé impresionado, este tío se lo monta de maravilla, pensé en mi cabeza de adolescente, con qué se lo pasa dabuten, ni idea, pero lo que puso la guinda fue lo que me contó mi hermana: que cuando se había quitado los vaqueros la noche anterior, no llevaba calzoncillos, ni ropa interior de ninguna clase, no estaban más que los huevos bajo la tela vaquera. Me quedé flipado, sólo los huevos, pensé, qué idea más guapa. Había crecido con cosas como peines, pasta de dientes, calcetines, camisetas y ropa interior. Era una pasada. ¿No huele?, le pregunté, ¿no deja manchas? Él dice que lava los vaqueros cuando están sucios, dijo. Además, dijo ella, tampoco le importan mucho las manchas ni esas cosas. Luego sonrió con malicia y dijo que le parecía sexi, con el pene tan cerca de la superficie, listo para ser agarrado, no encerrado en nada. He de admitir que fue una conversión. A partir de ese día, tiré todos los calzoncillos a la basura e iba con los huevos colgando sin inquietud. Después de eso, sálvese quien pueda.

R. R.: ¿Cuál fue tu primer contacto con la escena musical de Airdrie?

S. H.: Mi madre tenía algunos discos de Sinew Singer. Ella afirmaba que había tenido alguna que otra cita con él allá por 1960, pero que él no podía comprometerse con ninguna mujer porque estaba casado con el *rock and roll*, de modo que él tenía todas esas compañeras y no funcionó, no podía funcionar, mi madre era del tipo monógamo y además había un montón de mujeres diciendo que Sinew era el padre de sus hijos, sólo Dios sabe lo que ese hombre contribuyó al aumento de población de Airdrie, pero él fue mi



padre, seguro, en el plano espiritual. Solía hacer coreografías con sus discos, ¿sabes?, como «Who's responsible?» o «Tracing Paper Moon», movidas así. A veces venía Mrs. Grey, que vivía unas pocas calles más allá, acompañada por su marido, Alec, y yo me ponía a hacer demostraciones de baile en el salón y me miraban con la boca abierta hasta el suelo: no sabían qué pensar. Yo daba vueltas como un loco por toda la habitación. Creo que fue ahí donde comencé a asociar el arte con la locura o una energía poderosa o algo así.

R. R.: ¿Cuál fue el primer instrumento que tocaste?

S. H.: El bajo. Era lo que podía manejar: una nota y luego otra. Además le daba a uno la posibilidad de tirarse al suelo o saltar del escenario, esas cosas.

R. R.: ¿Viste a Memorial Device con Mary Hanna tocando el bajo?

S. H.: Deja que te cuente algo sobre Mary Hanna. La conocí en la escuela. Llevaba esas mallas ajustadas. Joder, era increíble, incluso ahora se me pone dura la polla esta sin calzoncillos. Eran mallas de nylon azul pálido y también rojas. La gente solía gritarle cosas como «La bruja novata»<sup>[11]</sup> porque se rumoreaba que una vez la habían pillado masturbándose con el aplique de una cama o el mango de una escoba, o algo así. A ella no le importaba, estaba por encima de todo eso, o al menos era lo que parecía. Siempre me acuerdo de un día en clase de Química: ella estaba sentada en el suelo al lado de un radiador, no sé qué estaba pasando en ese momento, pero ahí estaba sentada y tenía las rodillas contra el pecho y sus brazos alrededor de las piernas con esos tacones y, durante un segundo, tuve la visión del elástico superior de sus medias: inolvidable, se me quedó grabado a fuego en la mente, para siempre, ese pequeño centímetro entre el azul de sus medias y el negro de la falda. Madre mía, pensé, eso sí que es un regalo. A veces veía a chicos mayores que la esperaban a la salida de clase, pero corría el rumor de que era lesbiana, porque resultaba inalcanzable, supongo. Una vez me metí en una pelea. Yo no era un tipo duro, no era mi estilo, pero un día que iba de vuelta a casa atravesando el parque y un tío, un tío mayor, se mete conmigo y me da un golpe, y yo instintivamente me echo encima de él y le devuelvo el golpe. El tío me agarra por el cuello y dice: La has cagado, así, y me cita para una pelea la noche siguiente, en el descampado que había en Craigneuk. Yo no quería pelearme, no era tan duro, pero era mi camino a casa y no había escapatoria. Por la noche fui atajando por la hierba con unos amigos a los que

había pedido que me echaran un cable, pero no hubo posibilidad alguna: el tío sale de la nada, me da un puñetazo y me caigo de espaldas en la hierba y veo las nubes en el cielo y los ojos me hacen chiribitas. Intento incorporarme con los codos, pero mi atacante se está yendo con una mirada maliciosa en su cara, lo llamaban Spike, qué cachondos, y con él iba Mary Hanna. En un momento ella se gira, me mira y me grita: Que te den por culo, perdedor. Nunca lo olvidaré.

R. R.: ¿Has tenido algún trabajo convencional?

S. H.: Trabajé en una zapatería en Coatbridge un día y me despidieron. Me jodía ir al almacén para buscar otros números de zapatos y automáticamente le decía a la gente que se habían agotado. Verdaderamente, no te puede joder esto, me dijo el jefe, ¿no? Parecía de algún modo impresionado. Eso está bien visto, dije, y después de eso, se acabó. Como no podía ser de otra manera, repartí periódicos, mi padre siempre estaba dando mi nombre para los repartos de periódicos. Todo el mundo en Airdrie repartió en algún momento. Ése sí que es un trabajo de verdad, decía mi padre, y yo evidentemente tiraba todos los periódicos detrás de la puta valla del club de golf de Easter Moffat y me piraba.

El mejor trabajo que tuve fue el de cartero en Holehills en Airdrie. Eso sí que me abrió los ojos, ¡joder! Te encontrabas con mierdas humanas en las escaleras de acceso a las casas y se escuchaban discusiones enloquecidas detrás de las puertas, luego los portazos, y veías cómo el tío que vivía allí se largaba cruzando el jardín trasero, saltaba la valla y desaparecía en la distancia. Te daban la chapa en todas partes, la gente se te acercaba y te decía: ¿Tienes mi giro, colega? Tengo que dejarlo en el buzón, les respondía, ésa es la norma. No puedo ir dando cheques en mitad de la calle, ¿qué te crees, que esto es un carrito de helados? Entonces empezaban a ponerse nerviosos, con movidas como: No voy a estar en casa en todo el puto día, necesito el giro, tío, estoy completamente pelado; tengo que ir a ver a mi madre al hospital; mi padre es un puto diabético, y esa clase de cosas, de modo que yo me rendía y se lo entregaba en el acto, quién sabe si aquello era verdad, pero yo era un poco blando y ellos lo sabían. Cualquiera que vaya despeinado es un puto liberal y posiblemente ceda ante la presión, ésa era la filosofía de Holehills. Además, cagarte en las escaleras de tu propia puerta

hace que el resto de perros no lo hagan. Eso era otro mundo. Era como un experimento social. ¿Cómo era ese documental en el que metían a todo cristo en la cárcel? Pues igualito.

Una vez me mordió un perro, de veras. Solía llevar una vieja parka de mod y ese puto perro saltó hacia mí en la entrada de la casa de un nota y que no me soltaba el brazo. Levanté al cabronazo y seguía colgando de las fauces: le había puesto un cepo a mi brazo. Por suerte la parka era bastante gruesa y no pudo clavarme los dientes: y cuando vuelvo a la oficina de correos todos fueron muy guais y el director va y escribe una carta, brillante el menda, y hace que la entreguen en todas las casa de la calle, en la que ponía que hasta que ese tío no tuviera a su perro bajo control nadie iba a recibir ninguna carta. Ahora no podrías salir con una de éstas, pero entonces la oficina de correos te cubría las espaldas, se la veía con buenos ojos, aunque el director fuera el padre de mi primera novia y la había prohibido verme porque yo era protestante y ella era católica, lo que no tenía el más puto sentido. Ni siquiera me consideraba ateo. No quería saber nada de toda esa puta mierda. Quizá la conozcas, Maya McCormack, tocaba en un grupo de chicas: Dark Bathroom.

R. R.: ¿Qué fue de ellas?

S. H.: Es una historia muy larga. Empezaron como una especie de banda de jangle pop de los 60, ¿sabes?, como si The Sangri-Las se hubieran encontrado con los Buzzcocks: ese rollo que fue tan común a comienzos de los años 80. Creo que en esa época tenían otro nombre, algo como The Ladybugs, algo así de bonito. Una vez que iba en tren a Glasgow me encuentro con unas tías que conocía, menuda tela, y Maya iba con ellas. No sé si ella ya había estado antes en Glasgow alguna vez, o si era la segunda o la tercera vez que iba, pero, nada más bajarnos del tren, se notaba una cierta expectación: en los cuatro. Le miré las piernas, aún me acuerdo de ellas: llevaba un vestido corto blanco y negro con una medias de lana oscuras, botas hasta el tobillo y tenía todo su pelo oscuro levantado como en una especie de colmena salvaje con rizos sueltos que colgaban en tirabuzones enloquecidos. Parecía nerviosa y delicada, pero también poética y un poco inestable. En otras palabras, cumplía todos los requisitos.

Iban a un club de la ciudad, quizá al Joy of a Toy, no recuerdo ahora, pero decidí pegotearme a pesar de que Maya me había dicho que había quedado

allí con su chico. Qué cachonda, me dije, esta tía es para mí. Su chico era ese típico intelectual sensible y feminista que carece completamente de atractivo para las mujeres. Me senté con los tres en la mesa e hice deliberadamente algunos comentarios alusivos y directos a la línea de flotación. Funcionó y la tensión se hizo evidente. En un momento dado, Maya y su novio salen fuera a hablar y no sé bien qué pasa ahí pero parece que él se va mosqueando cada vez más y más y hace como que va a pegarle, aunque no creo que fuera realmente a hacerlo, quizá sólo se abalanzó hacia ella o algo así, de pura frustración, no se le puede culpar por eso, y lo siguiente que veo es que los machacas lo agarran y ella vuelve dentro a toda prisa junto a otra de las chicas del grupo, Megan, creo, y él, mientras, se queda gritando allí fuera y dando golpes en el cristal. Me sentí malvado, como si hubiera atrapado a un insecto en un tarro. Se montó un buen jaleo, los machacas dijeron que podían sacar a Maya por la puerta trasera para evitar que le pasara nada malo. Qué cachondos: la estaban llevando derechos a que le pasara algo malo de verdad, ja ja ja ja ja, y al momento los tres, Maya, Megan y yo íbamos a toda leche por la calle para coger el tren de vuelta. Cuando llegamos a Airdrie, nos metimos en un taxi y Megan se puso como una fiera cuando Maya insistió en venirse a casa conmigo. Si desde el primer momento hubiera sabido que era por esto, no te hubiera ayudado, gritó, y luego dio un golpe a la puerta, salió del taxi y se marchó escopetada con todo el mosqueo. Ahí terminó la historia de las Ladybugs, ja ja ja ja ja. Fuimos a mi casa. Vivía en un piso justo encima de Benny's, ese lugar de patatas fritas en Clarkston en el que siempre había un montón de gente que pululaba por la puerta sin hacer nada bueno. El dueño anterior de la casa había muerto en su cama y el cuerpo estuvo allí durante semanas sin que nadie se enterara —el caso fue muy famoso en su momento—, por lo que me salió bastante barata. Nadie quería vivir allí. Lo cogí como una buhardilla de artista, aunque lo único que hacía era mirar al parque desde la ventana, beber cerveza sentado en el borde de la cama y acostarme con chicas confundidas, como ese día en particular, y si estás leyendo esto, McCormack, que sepas que no usamos condón, que te den por culo.

Recuerdo tres cosas de Maya. La primera: que tenía el culo más firme que nunca he tenido en mis manos. Era una maravilla observarlo: su minifalda

sobresalía por detrás a cuarenta y cinco grados de inclinación y la recuerdo encima de mí con la falda subida hasta la cintura y yo con una mano en cada nalga con la sensación de ser el primer hombre que pisó la luna. La segunda: los ojos. Tenía los ojos verdes, como un gato en la esquina de una habitación a oscuras. La tercera: la piel. Besar su cuello era como pasar la lengua por una columna de frío mármol.

No duró mucho, porque a su padre la historia no le hacía ninguna gracia y un día me encontré con una nota que me había pasado por debajo de mi puerta, en la que decía que no podía volver a verme. Había ido andando una tarde de verano desde Plains, que tampoco está tan lejos, vaya, pero de algún modo el hecho de pensar sobre esa caminata y sobre su triste decisión me dejó muy afectado. Cuando de joven te pasan esa clase de cosas, te sientes como si estuviera escrito en un libro desde antes incluso de tu nacimiento y que el siguiente capítulo va a ser incluso más hermoso y trágico que el anterior.

En el poco tiempo que estuvimos juntos, intenté educarla musicalmente. Le ponía cintas de Pere Ubu, de las Peel Sessions, movidas como The Only Ones y Suicide y la inicié en el *free jazz*, Albert Ayler, Ornette Coleman, Frank Wright, esas movidas. Ese verano le di un curso, eso está claro. Ésa fue mi parte de la historia, hasta donde me concierne. De ahí en adelante se volvió difícil.

R. R.: ¿A qué te refieres?

S. H.: Ella se echó un novio mayor y me evitaba. Me encontraba con ella en Glasgow, por ejemplo en Queen Street, y su nuevo novio pasaba de largo y ni se paraba, de modo que no le daba tiempo nada más que para decir hola a toda prisa y se piraba tras él y veía a los dos moviendo sus cabezas mientras cruzaban George Square como si yo fuera una basura despreciable.

R. R.: Nos ibas a contar qué había pasado con Dark Bathroom. Tengo esa demo que hicieron, *June 1941*, y es increíble, canciones como «Easter Island» y «Harm That Foot Down», ese rollo.

S. H.: Sí, es cierto. ¿Sabes?, siempre le he dado vueltas a ese título. Supongo que ése fue otro verano. Cuando ponga en orden mi mierda de vida, voy a montar otra banda que funcione. Además, quiero escribir una novela, una historia de fantasmas, seguramente. Una mañana me desperté muy pronto

y no podía volver a dormirme. Era una de esas mañanas de otoño extrañas, con una niebla tremenda: descorrí las cortinas y miré por la ventana; en el camino que iba por Katherine Park se distinguían unas figuras diseminadas por todo el parque, fijas, inmóviles, ahí puestas; no me miraban sino que tenían la vista fija en la lejanía o simplemente en el suelo, ni siquiera se miraban entre ellas. Nunca lo olvidaré. Allí hay una historia, ¿no crees?

R. R.: Estabas hablándonos de Dark Bathroom...

S. H.: Otra historia de fantasmas. Todo el lugar está lleno de fantasmas.

R. R.: ¿Qué lugar?

S. H.: Katherine Park. Airdrie. Llámalo como quieras.

R. R.: ¿Qué pasó luego?

S. H.: Luego me corté. Fue justo después de la separación con Maya. Cogí un cuchillo y me hice un corte en un brazo. Sin motivo. Sólo porque sentía que estaba llegando a un lugar en el que me estaba muriendo; mi parte vieja se estaba muriendo, y todo lo que veía por delante era eso por lo que ya habían pasado los que formaban parte de mi vida, ¿sabes?, paz y calma, esa especie de sensación de cumplimiento, te guste o no, de preparación para la tumba, todo ese rollo. Estaba furioso. No fue un intento de suicidio, nada que ver. Fue un intento de vida. Hay un viejo mito en el que se corta un brazo o se sacrifica una mano, algo así, habrás oído hablar de él, en el que entregas la mano, como en un matrimonio, pero a una vida nueva en lugar de ésta. En ese momento me sentía como si tuviera un imán pegado debajo de mí, que mi cuerpo era de metal, que resultaba imposible moverme ni hacia delante ni hacia atrás. Así que me clavé un cuchillo en el puto brazo para ver si se doblaba o si era posible entregarme a algo nuevo.

R. R.: ¿Se dobló?

S. H.: Joder que si se dobló. Así que Maya se lió con Patty durante una temporada. En esa época me parecía un pretencioso.

R. R.: ¿Por qué?

S. H.: Era esa clase de tío que siempre lleva un libro saliéndole visiblemente del bolsillo. De hecho, una vez lo vi andando y leyendo a la vez.

R. R.: ¿Qué libro era?

S. H.: *Bajo el volcán*. Lo llevaba justo delante de la cara para que todo el mundo viera qué estaba leyendo, como si a alguien en Airdrie le importara

qué cojones estás leyendo. Te da una pinta de jula.

R. R.: ¿Jula?

S. H.: Un julandrón: un marica. Poco después de que Maya se enrollara con él, todo cambió. No se quitaba esas botas, no sé si llegaste a verlas, esas botas de cuero como militares que le llegaban hasta las rodillas y lo siguiente que ves es a Maya andando por ahí en botas altas de cuero, fumando cigarrillos y siendo tan guay. Todo el mundo se daba la vuelta cuando pasaban por la calle principal de Airdrie. Patty iba con gafas, esas irritantes gafitas a lo Lennon, esas que no te cansarías de destrozar, con ese puto sombrero de copa y ese abrigo trinchera hasta el suelo y Maya a su lado, con un abrigo de piel blanco y unos putos pantalones de cuero blancos, botas y gafas de sol, con un absoluto desprecio por todo el mundo que hubiera alrededor, pero al mismo tiempo intentando impresionarlo, eso sí: sabes a lo que me refiero, ¿no? Un día la vi en la farmacia, comprando arcilla blanca o una puta mierda de ésas, y llevaba unos pantalones de cuero ultraceñidos y se le marcaba la fina V del tanga negro que llevaba puesto saliendo por la parte superior de los pantalones y pensé: ¿Cuándo coño ha empezado ésta a ponerse lencería? Una vez que le regalé lencería, me hizo sentirme como si fuera un violador. Y yo, claro está, estaba enfadado conmigo mismo. ¿Cómo es que no pude cambiarla?

R. R.: ¿Pero no estuviste un tiempo con Patty en Occult Theocracy?

S. H.: Ese grupo era completamente de pega. Si no hubiera sido porque yo era un canal de contacto con el más allá, no hubieran hecho más que *pub rock*.

R. R.: ¿Y qué pasó con Dark Bathroom?

S. H.: A eso me refiero, Dark Bathroom, anda ya. ¿Quién coño salió con eso? Lo siguiente que se supo es que ella estaba en esa banda, esa banda de chicas del cuarto de baño, no me acuerdo del nombre de las otras dos, pero Maya tocaba la guitarra y cantaba y Mary Hanna tocó el bajo con ellas muy poco tiempo. Mary estaba en todos los grupos que molaban, qué hija de puta. Tenían ese rollo de vestirse todas muy estrictas como dominatrices con vestidos ajustados de polipiel y melenas largas con flequillo, piel blanca y labios rojos; ponían una silla en medio del escenario y tocaban esa música, toda improvisada; en otras palabras: la hacían ahí, en el momento, con *slides*

metálicos en guitarras eléctricas, ese sonido chillón y eléctrico; iban generando esos enloquecidos *crescendos* que sonaban como una tormenta magnética y luego aparecía la víctima sacrificial, generalmente un joven tarado, un seguidor despistado, al que ataban con correas a la silla y lo torturaban. No las dejaban tocar en algunos sitios. A veces lo ataban y rompían huevos encima de él y luego Maya lo tiraba de espaldas, la silla estaba sujeta a unas cuerdas, y le ponía el tacón de la bota en la boca y él lo chupaba y ellas seguían tocando esa música que parecía como si una tribu de la diosa madre hubiera regresado a conquistar el mundo y cubrían al tipo con plumas o mermelada o le echaban cera fundida por encima y a veces Maya o una de las otras chicas —nunca vi a Mary hacerlo— se ponían un dildo suspensorio de plástico y eyaculaban sobre él, Dios sabe qué coño era eso, escuché que era yogur pero, vamos, ni idea. Cuando las vi tocar, me llegaba la mandíbula al suelo. Me sentía como si tuviera una cita con un agujero negro de metro y medio.

R. R.: ¿No pasaba algo con un rallador de queso?

S. H.: Sí, lo vi, era una locura. Pusieron un rallador de queso en la polla de un tipo. Todo lo que quedó fue una venilla azul marchita, ja ja ja ja ja. Hablé con Maya unas pocas veces, después de los conciertos, todavía me llevaba bien con Patty, pero ella siempre se quedaba mirándome como si ni siquiera valiera la pena torturarme. Quién sabe, quizá no lo merecía, o quizá me lo estaba montando bien por mi cuenta. Monté otra banda, pero era bastante densa, la onda era rollo Wire, Gang of Four, Eyeless in Gaza, This Heat, básicamente áspera. La guitarra de Keith Levene en *Metal Box* era un bloque macizo. Al cantante principal —yo tocaba el bajo— le iban las películas de la nueva ola francesa, el arte y esas mierdas, pero era un adicto, lo eran todos. Hicimos unos cuantos bolos, tocamos en el pub ese que hay en Finsbury Park en Londres, un concierto importante: se presentaron periodistas del *NME* y *Sounds*, pero éramos tan incoherentes y gilipollas que nos la sudaba que descartaran la idea de hacernos una crítica. Pensaba que era un valor añadido, que habíamos logrado una jugada maestra, pero lo que revela es tan sólo lo profundamente imbécil que era. Comencé a meterme yo también, un poco. Claro está, no teníamos dinero para volver a casa y el cantante, no voy a decir su nombre, ya ha muerto, sabes quién era, empeñó



nuestras guitarras para pagarse una prostituta en ese puto agujero de King's Cross en donde nos alojábamos. Pasamos allí dos noches y habíamos dejado las guitarras en un almacén del garito, y cuando fuimos a recogerlas el personal del bar nos dijo que el cantante ya había pasado por allí y las había recogido todas. Nos encaramos con él y el tío tan pancho con el tema. Necesitaba mi agujero, dijo. Joder, qué frase: nunca la olvidaré, y se limitó a encogerse de hombros, como si estuviera todo bien y tuviéramos que entenderlo y ser comprensivos. El tío medía metro y medio, con el pelo grasiento pegado a la cara y una chaqueta de motorista que era tres tallas más pequeña. No sé cómo pudo hacerlo. El guitarrista principal y el batería, que se llamaba James Begley, quizá lo conozcas, se piraron de allí al momento y me dejaron con el marrón. No teníamos cómo volver a casa, así que nosotros dos tuvimos que hacer autostop. Nos pusimos cerca de la salida de la ronda norte, al lado de la señal hacia Hatfield y el norte, pero la primera noche no llegamos más allá de St. Albans, donde dormimos en un parque al lado de la catedral. La noche siguiente, hicimos dedo hasta Carlisle, donde el cantante le propuso al camionero que nos dejara en la estación de servicio de Hamilton a cambio de una mamada, así sin más. Yo no daba crédito. Volvió completamente sereno y con toda la calma, como si hubiera hecho el mejor trato de la historia, como si se hubieran tomado un café juntos, vamos. Sólo tengo que chuparle la polla, dijo encogiéndose de hombros, mientras conduce, eso es todo. Eso ya era pasarse un poco: ¿Tiene que ser mientras conduce?, pregunté. Es el único modo de que se corra, dijo. ¡Vamos tío!, dijo, como si yo fuera un completo mojigato, ¡vive y deja vivir! No me podía creer lo que me estaba contando. ¿Y yo dónde me tengo que quedar mientras tú le comes la polla al menda este bajo el volante? Tú tienes que quedarte ahí, mirándome. Es parte del trato.

Así que fuimos desde Carlisle a Hamilton con el cantante de rodillas chupándole la polla rancia al camionero mientras que el tipo, que parecía estar puesto de anfetamidas o cualquier otra movida, conducía por la autopista como a 160 por hora y de cuando en cuando me miraba y asentía, ya sabes, como si me dijera: Así se hace, hijo, ahora sí que estamos de puta madre. Hostia puta, pensé, por fin estoy en una banda de *rock and roll*.

Luego se murió, ¿quizá te enteraste? Encontró aquella tarjeta de crédito,

no la robó, se encontró una chaqueta en un parque del West End, enfrente del hospital, había una cartera y dentro una tarjeta de crédito y creo que se lo tomó como una señal, como una bendición divina y como buen chico que era la compartió con sus amigos. Y después fue lo de aquel día famoso, su último día, en el que cogió a un grupo de amigos y se los llevó de excursión a Edimburgo pagándolo todo con la tarjeta de crédito. Yo no fui, pero me contaron que fueron bebiendo en el tren todo el tiempo, compraron discos y se metieron una comilona en un restaurante y luego un fiestón en un bar en el Pubic Triangle donde todo el mundo terminó bailando con *strippers* y follando. Sabía seguro que ése era su reventón, que realmente se había cavado su propia tumba. Antes de que llegaran a arrestarlo se colgó de un árbol en Carlisle Road. Salió bastante por los periódicos y, claro está, me acordé de esa canción, la de la fruta extraña que cuelga de las ramas.

R. R.: ¿En qué andas trabajando ahora?

S. H.: Escribo letras, escribo canciones. He estado en unas cuantas bandas desde entonces, pero ninguna ha cuajado, en ninguna me he sentido realmente a gusto. Me interesa mucho Aleister Crowley y el ocultismo y tan pronto como me centre quiero empezar a practicar rituales y ponerme en serio con mi vida y mis prácticas mágicas. Además, está esa historia de fantasmas que quiero escribir. Anda por alguna parte, de eso no me cabe duda.

# **BARCOS SALIENDO A LA SUPERFICIE Y PASANDO A TRAVÉS DEL AGUA LLENA DE LUZ DEL SOL Y MEMORIA, LOS JUEGOS QUE ÉSTA HACE**

*Bruce Cook habla sobre el sueño autónomo con Lucas y Vanity y todo el bagaje que resurge para obsesionarte como barcos fantasma en el fondo del océano, en un cementerio debajo del mar, liberándose y aflorando a la superficie.*

Si me acuerdo bien, la madre y el padre de Patty eran italianos —o medio italianos— o algo por el estilo. Puede que esté equivocado. Eran dueños de una tiendecita en la calle principal de Airdrie donde vendían bombones italianos y cigarrillos y helado. Cosas de ésas. Uno los veía todas las noches cuando cerraban, caminando por la calzada con aquellas cajas de cigarrillos bajo los brazos. Nunca las dejaban allí de noche. Era una tentación demasiado fuerte para los ladrones. Te mataban por un pitillo en Airdrie.

La primera vez que probé una delicia turca fue allí. La compré con la calderilla que llevaba en el bolsillo y casi echo las tripas por la boca, macho, en serio. Pero volví una y otra vez a por más, tal vez era por ver el anuncio o así, pero se me metió en la cabeza que era romántico y sofisticado —ya me entiendes, como el ajo o la pasta—. Había veces que veía a Patty —sólo era un niño entonces— sentado en una de las mesas del fondo, tomándose un sorbete o un tubo de Smarties y pensaba: Macho, ese niño sí que vive en el cielo.

Al final nos hicimos amigos de tanto pasar por allí, y pasábamos el rato en su casa, que era aquella impresionante mansión lúgubre —tendrías que haberla visto, era friki—, con cuartos de baño que tenían suelos resbaladizos y un cuarto de juegos en el sótano que era como un bastidor de madera abierto que llevaba a la oscuridad y que era espeluznante, en serio, y era ideal para ver películas de terror o de ciencia ficción a las tantas de la noche en su televisor portátil en blanco y negro. Su madre nos bajaba sándwiches, aunque realmente sólo eran rebanadas de pan con fiambre y aceitunas y hummus, y eso aumentaba la sensación de estar en un sitio completamente distinto.

Nuestra amistad no duró mucho —fue una de esas cosas, macho, nada especial en cualquier caso—, y entonces mis padres se mudaron a Shettleton y eso fue todo. Crecí y fui a la universidad —una completa pérdida de tiempo, para qué molestarse—, después conseguí trabajo en el almacén de una cooperativa del East End. Era jefe de producto y me encantaba el trabajo. Alquilé una casita con jardín donde plantar mi propia comida —o intentarlo, macho—. Éramos una auténtica panda de *hippies* en aquella época, nos iban los paneles solares, los cereales, el budismo, el incienso, el yoga, los almohadones, ja, ja... ¿sabes a lo que me refiero? Pero también estábamos conectados socialmente —era importante para nosotros estar en la zona este y cambiar allí lo que pudiésemos—. ¿Qué es eso que dice Gary Snyder sobre dónde estás y lo que se puede hacer? Eso era algo importante para nosotros. Empecé a enseñar un programa de artes marciales en la habitación trasera de la biblioteca de Shettleton en Wellshot Road los sábados por la mañana. Qué pandilla más divertida, macho —viejos jubilados que intentaban estirar los músculos, un par de majaras graves, algunas embarazadas, el tipo de curiosos ermitaños que se pierden en la zona este de Glasgow, algunos de mis amigos *hippies*—, entonces un día se presenta aquel individuo, un individuo enorme con una cicatriz en la cabeza —eso no era poco común en la zona este—, pero con manos y pies enormes. Me acuerdo de la primera vez que entró —llevaba una camiseta blanca y unos pantalones pirata blancos— y me di cuenta de que sus manos y sus pies eran como palas. Si llega a alcanzarme uno de esos, pensé, soy hombre muerto.

Resultó que ni sabía pelear para salvar su vida, lo que fue una suerte para mí. Le pregunté por qué había decidido empezar a entrenar y me contó

aquella historia, macho, de que había tenido un sueño en el que le habían dado un nombre en sánscrito que significaba El Defensor, El Protector —una cosa de ésas, en serio—, y que ahora tenía que estar a la altura de su título. Le pregunté si tenía alguna experiencia luchando y me habló de guarnecer la línea del frente de su cerebro —la pura verdad, así es como hablaba macho—, sobre cómo estaba al día en estrategia y teoría, empezó a hablar de aperturas históricas, macho, de esos gambitos, como los llamaba él —nombres como el gambito Oslofjord y el arreglo Lundtoftbjerg— y comprendí que estaba hablando de la Segunda Guerra Mundial. Wesertag, dijo, señalando la cicatriz de su frente. Weserzeit. Consultaba todo el tiempo un cuadernillo que tenía en el bolsillo de la camiseta. Decía que sus órganos estaban en baja forma y me preguntó si podía hacer algo por ellos. Le dije que, definitivamente, las artes marciales perfilarían su cuerpo y harían más armoniosa su relación con sus órganos —de eso trataba todo aquello, ¿me entiendes?, al menos así me lo enseñaron a mí—. Al parecer se sintió aliviado. Mis órganos me han estado provocando pesadillas, dijo. Entonces me contó que los sueños eran el lenguaje de los órganos. Anda, le dije, eso es muy profundo, macho, cuéntame más. Entonces me contó que realmente los sueños eran tus propios órganos internos hablando contigo. Por ejemplo, determinados órganos hablan de determinada manera. Los riñones, decía —y me acuerdo de esto en especial, era una cosa más que disparatada—, los riñones no te hablan como tú crees que lo harían. No hablan de agua o de desiertos o lo que sea. No, dijo, los riñones eran más como panteras macho, como chacales y lince merodeando a la luz de la luna. Qué disparate, ¿no crees? O como acostarse con mujeres muy felinas, dijo. Esos son tus riñones hablando. Me dejó alucinado, macho. Nunca había pensado en ello de esa manera y me acordé de la vieja máxima, ya sabes, como es arriba es abajo. Me imaginé el torrente sanguíneo como una red de voces, macho, rica en información, corrientes de esto y aquello, simplemente me llegó eso allí y en ese momento —cuéntame más, macho, le dije, cuéntame más—. Entonces me contó que el corazón era el océano debajo del océano —¿puedes creértelo?—, que los genitales estaban representados por elefantes. Habla sólo por ti, macho, le dije en broma, pero estaba mortalmente serio. No, dijo, no sólo elefantes —atiende a esto—, sino animales del circo y bestias de

carga con ojos enormes. ¿Qué vas a aprender de mí, macho?, le dije. Tú eres el hombre. Movimiento, dijo. Equilibrio. Coordinación. Necesitamos poner a este tío a enseñar, pensé, necesitamos que dé clases.

Así que empezamos a entrenar y entre los dos montamos una clase: la llamamos Sueño Autónomo.

El corazón es juzgado cada noche, decía Lucas, así era como iniciaba cada seminario. Era alucinante, era delirante. Leía todo aquello de su cuadernillo. Es extraído del cuerpo y es pesado, decía, y es acechado como un león, es examinado en busca de vulnerabilidad, lo rastreamos, lo probamos a fondo. El corazón es además un hotel, decía. Más en concreto, es su equipaje, su bagaje. Los sueños recurrentes de hoteles, más particularmente de equipaje abandonado, de salir del hotel y dejar todos tus efectos atrás, eso es el corazón hablando. Yo estaba como joder, si tú lo dices, vale.

Empezamos con ejercicios respiratorios, visualizaciones. Viajamos por los senderos secretos —así llamaba a las venas blancas y rojas que subían por la espina dorsal— y nos desviábamos por dominios de criaturas fantásticas —grandes edificios, vida salvaje, actividad silvestre—, toda esa mierda. Me di cuenta de que los órganos estaban soñando el mundo, literalmente. En serio, llegué a esa conclusión. Al mismo tiempo, la capacidad de Lucas para las artes marciales llegó a su plenitud. Lanzaba compañeros por los aires usando sus manazas como raquetas de tenis, los mandaba dando vueltas al otro lado de la habitación. Sentí que tenía un futuro campeón entre manos.

Fue inevitable que empezásemos a socializar. Yo iba a Airdrie para verlo y lo visitaba en casa de su madre; vivía en una caravana en el camino de entrada. Siempre coleccionó discos y siempre tenía la música puesta —música rara, música disparatada—, y recuerdo que una noche estaba yo sentado en su caravana y él puso un disco —esto es, antes de Memorial Device, no sé si él estaba haciendo algo de música por su cuenta en aquella época—, pero salió a la cocina para traer algo de beber y oí una conversación entre él y su madre. Me rompió el corazón. En serio, me dejó jodido, tío. Parece que tienes un amigo ahí, Lucas, oí que le decía ella. Entonces se hizo el silencio por un rato y oí que él le preguntaba: ¿Alguna vez he tenido un amigo antes? Un amigo chico, dijo ella, no creo que lo hayas tenido, no, a

menos que cuentas a los amigos del colegio, pero en realidad eran tan poco exigentes que casi no eran amigos en absoluto. En serio, sentí tal responsabilidad en aquel momento que casi me levanto y me largo.

Sólo me enteré de todo el asunto de su memoria poco a poco. Claro que sospechaba que había algo, pero supongo que simplemente pensaba que era una especie de sabio —¿eso es malo, macho?—. Lo que quiero decir es que no lo cuestionaba, macho, simplemente lo aceptaba, ya me entiendes, ese aspecto como de otro mundo, esa calidad inconsistente, si prefieres —y no lo digo negativamente— era sólo que él no parecía tener un refuerzo tan fuerte de su personalidad como la mayoría de la gente. Era la combinación más entrañable de un intelecto deslumbrante unido a esa rara cualidad infantiloides —sus manazas y sus pies enormes unidos a su conducta muy pacífica, angelical—. Oí que eso fue a peor, macho, que se fue aislando más todavía, que se trastornó más, pero en aquel tiempo sólo parecía inspirado, como diría un irlandés.

En todas partes había sincronicidades. Ése era otro aspecto de estar con Lucas: él simplemente las desencadenaba, como si su sola presencia activase todas las sincronicidades que estaban preestablecidas en el mundo. En cuanto mencionabas el nombre de alguien, éste aparecía. Como por ejemplo, macho, estaba hablando con Lucas de una antigua novia, Vanity —se hizo famosa más adelante y murió en un accidente de coche en San Francisco o algo por el estilo—, pero el tema es, macho, que hacía años que no la había visto y le conté a Lucas aquella historia sobre nuestra primera cita, que yo había ido a un concierto en Glasgow y estaba atajando por las cocinas de la parte de atrás —buscaba una salida de incendios donde poder fumarme un porro a escondidas— y allí estaba ella lavando platos y me vio y supuso que yo estaba en alguna de las bandas que estaban tocando. ¿Acabas de bajar del escenario?, me preguntó. Sí tía, le dije. ¿Con qué grupo estabas?, dijo ella, ¿con el de los sombreros? Sí tía, dije, el de los sombreros. Enseguida me sentí envalentonado. Deberíamos salir algún día, dije. Sí, tío, dijo ella, y escribió su número de teléfono en un papel antes de que su jefe me echase de la cocina. Fue así de fácil. Pero, claro, para entonces yo ya estaba atrapado en una red de mentiras y la relación no iba a ningún sitio, macho, sobre todo cuando se hizo evidente que yo no era miembro de ninguna banda y que no

tenía ningún talento de ningún tipo, así como tampoco amigos ni futuro, ja, ja, ¿entiendes a qué me refiero? En realidad no fue tan malo, macho, porque ella daba los peores besos de todos los tiempos, en serio —era todo dientes—, no había nada blando en ella. Y sus gustos musicales eran terribles. De escándalo, macho. Se vino a mi cuarto y ni siquiera fue capaz de elegir un disco para ponerlo. Me dijo que nunca había escuchado ninguno de ellos, ¿te lo puedes creer? Fue patético, macho. En serio. Nos acostamos una o dos veces —oh, fue torpe, malo de verdad—, cerraba la boca con fuerza, respiraba con fuerza todo el tiempo por la nariz —en serio—, lo que resultaba desagradable. Estás follando, pensaba yo, no dando a luz. En realidad no me acuerdo de cómo salió el tema —tal vez hubo una tía demasiado entusiasta que hiperventiló en una de las clases y yo le dijese a Lucas que me recordaba al sexo con Vanity—, pero lo que es seguro es que, menos de una semana después, Vanity aparece en una de las clases. La oigo hablando fuera con Lucas y reconozco su voz de inmediato, oigo la frase, macho: Es un factor decisivo total, dijo. ¿Quién más habla así en Glasgow?, si entiendes a qué me refiero. Entra y es como si fuera un fantasma, un fantasma sexi que se burlaba de mí. Tenía muy buen aspecto, macho, eso sí se lo concedo, se había hecho a su cuerpo, era como un insecto palo cuando estaba conmigo, en serio, todo ángulos y grados, pero allí estaba ahora, con unas mallas de *jogging* ajustadas y un *body*, parecía una Olivia Newton John bajada de los cielos. Me puse descarado, macho. Vaya, dije. Debe de haberse perdido un ángel en el cielo. En el infierno desde luego están haciéndose preguntas, dijo ella, mirándome de arriba abajo. También le había cambiado la boca, dicho sea de paso.

Empezamos la clase. En aquel momento ya teníamos un método de enseñar que combinaba las meditaciones guiadas, el ejercicio físico y una breve charla sobre conocimiento. Las clases se centraban en determinados órganos como ubicación de ciertas imágenes o palabras o estados de la mente. Aquella noche en particular era el páncreas, que, por supuesto, se asocia con la cabra así como con los parques de atracciones, la destrucción de los bienes domésticos, la alucinación, la nada y ciertas verduras, y también con la parálisis total del cuerpo.

Bajo mi tutela, Lucas había llegado a aquel movimiento —es como lo



llamaba él, no era tanto una danza—, aquel movimiento que, según pensaba, simulaba el movimiento del habla asociado con el páncreas, un giro y la elevación de un pie después del otro, un deslizamiento hacia delante. Es un tobogán, decía él, así es como trabajamos sobre el páncreas. Teníamos la clase llena aquella noche —mujeres mayores, unos cuantos drogadictos y alcohólicos en recuperación, un tío llamado Akbar con quien de vez en cuando jugaba al ajedrez en un piso de Alexandra Parade— y, para ser sincero, macho, me proporcionaba una íntima satisfacción ver que, a pesar de su plenitud, Vanity seguía tan torpe como siempre. Se balanceaba por allí como un elefantito, aunque puede que sean mis genitales los que hablan, ya sabes a qué me refiero.

Pude ver que Lucas la miraba atentamente. Él se movía por la sala, supervisando los ejercicios de la gente. Le había enseñado bien. Pero cuando llegó a Vanity, la tomó de las manos y le besó en una de ellas. Macho, fue llamativo. Esto es como Shakespeare, dije para mis adentros. ¡Uf! Todos los demás estaban concentrados en sus movimientos, pero yo lo vi claramente, macho, vi el gesto en la cara de Vanity, lo sorprendida que se había quedado, estaba boquiabierta, y después Lucas se agachó y, levantando los pies de ella uno detrás del otro, los puso encima de los suyos y la sujetó por la cintura. En serio. Los de ella parecían diminutos encima de aquellos enormes platos de carne —me acuerdo de su pintaúñas desconchado y de sus juanetes—, y después él empezó a levantar los pies, lentamente, uno tras otro, llevándola por la sala, como si fuese una marioneta a sus órdenes, de veras, macho, y yo veía que ella se recostaba, que su cuerpo respondía —en serio, quién sabe lo que le estaba pasando por dentro—, y él la guiaba en aquel pausado movimiento en bucle —es como el ADN, decía yo para mí—, y ella apoyaba la cabeza en sus propios hombros, con el cabello suelto, y cerraba los ojos, macho, la tenía completamente en su poder, *completamente en su poder*, y vi que él se lamía el dedo y lo deslizaba por el cuello desnudo de ella. En serio. Hubiera podido degollarla.

Después, McManus se unió al grupo, Adam McManus. Tendría que haber visto lo que se avecinaba, macho, mirando atrás. Tenía todas las señas de identidad de un gurú del kung-fu —ya me entiendes—: cabeza afeitada, cuerpo tonificado, abstemio, vegano, tan completamente equilibrado, macho,

y tan encantador con todo el mundo que notabas que había un pozo hirviente de resentimiento y odio y locura que estaba a punto de desbordarse en cualquier momento. Se metió de cabeza en la cosa esa de Lucas sobre los órganos, macho. Venía a las clases de artes marciales e iba en ese plan de decir que era exmiembro del SAS o de las fuerzas de élite o algo por el estilo. Yo ya había oído de todo, macho, todo portero de discoteca de Glasgow, todo guarda de seguridad decía que era oficial de operaciones especiales. Pero después contó que había estado de servicio en Irlanda del Norte como agente provocador. Se lo dejó caer a Lucas, macho, que lo apuntó todo y me lo contó. No tenía sentido contarle a Lucas nada que quisieses mantener en secreto: tenías que asumir que inmediatamente iría y se lo contaría a alguien. No tenía dónde guardar los secretos.

Le habló a Lucas de un atraco del IRA a un banco que había salido mal. Lo habían planificado hasta el último detalle. Habían hecho planos del banco —las posiciones de las cajas, las salidas, el sistema de alarma—, todo el asunto, macho. McManus había sido elegido para dirigirlo. Cuando entres —le dijeron—, giras a la izquierda, donde está sentado el guarda de seguridad. Él tiene todas las llaves maestras y puede darte acceso a la cámara acorazada. Todo estaba dispuesto. McManus abrió la puerta de una patada y se dirigió hacia la izquierda, gritando: ¡Que no se mueva nadie, joder! Allí no había nada más que una pared vacía. En serio, macho, eso es lo que contó. Apareció alguien detrás de él y le atizó en la cabeza. Cuando volvió en sí, estaba atado a una mesa en las dependencias de una granja en South Armagh. Y la cosa se pone peor aún, macho. De pie a su lado había tres tíos con pasamontañas, completamente vestidos de negro. Reconocía sus voces, dijo. Estaba bastante seguro de que eran los mismos tres tíos que habían entrado en el banco con él. Hijos de puta, dijo —al menos eso es lo que contaba que había dicho; a saber, macho—. Me habéis engañado, dijo. Y empezó a llamarlos soplonos y pedazos de mierda y alimañas, según parece, o eso decía. Entonces uno de los hombres sacó una sierra y se la puso, con mucha suavidad, entre las piernas. En serio, macho. ¿Qué dices ahora?, le dijo el tío.

Entonces, el cabecilla —el más alto de los tres— avanzó un paso. No estamos aquí para representar partes, dijo. Hemos evolucionado más allá de la insignificante mentalidad partisana: estamos aquí para resolver disputas,

algo que seguía esa línea. Entonces mencionó algo, macho —algo que nunca hubiera podido saber sobre el pasado de McManus—, algo que no se había resuelto nunca. Has pecado, dijo con naturalidad, eso fue lo que dijo. McManus empezó a llorar, macho, se le fue la cabeza, básicamente. Entonces el tío importante se quita el pasamontañas. Parece un McManus más viejo. He vuelto a por ti, le dice.

Vuelve en sí otra vez, macho. Esta vez va conduciendo un coche de camino al *ferry* de Belfast —en serio—, quién sabe cómo llegó allí. Rebusca en su bolsillo y hay un billete de ida a Troon. Nunca creí que fuese a alegrarme de ver eso, dice. Conduce desde Troon a Glasgow. Llega por la noche. Conduce sin rumbo, macho, quién sabe dónde podría acabar. Se detiene a las puertas de Kelvingrove Park, al final de Kelvingrove Street. No hay un alma alrededor. Sale del coche y empieza a correr en la oscuridad, simplemente corre, macho. Llega a la fuente —que entonces funcionaba veinticuatro horas al día, lleva años jodida— y, sin pensarlo, se tira al agua.

Al principio sobrevive robando hortalizas de los expositores exteriores de fruterías y verdulerías, y durmiendo en la parte alta del parque. Entonces empieza a oír esa voz, esa voz del más allá. Es su yo futuro, dice. En serio. Eso es lo que decía. Es un intento de cambiar su vida. Pule su comportamiento, se cambia el nombre. Era un vagabundo, dijo, pero había algo en su sangre que le hablaba. ¿Tú te crees eso?

En Lucas dio con la combinación perfecta de gurú y estudiante voluntarioso. Como te lo cuento, macho. Vanity se metió por medio —aquello se convirtió en un trío— de esta célula secreta de kung-fu. Les iba el ejercicio físico —dietas extremas, ayunos—. Yo los guiaba en los movimientos de mi clase de artes marciales y era como si me siguieran la corriente —como si ellos ya hubieran llegado más allá o fueran por la vía rápida hacia la gnosis completa del cuerpo—. Pero cuando Lucas y yo pasábamos el rato juntos era como si nada hubiese cambiado. Aún éramos buenos amigos, macho. Íbamos a conciertos, y hasta pasamos un fin de semana juntos en Leeds para asistir a una conferencia de artes marciales en la que Lucas y yo hicimos una demostración de nuestras posturas de combate relacionadas con los órganos, y aunque algunas personas nos calificaron de fantasiosos, lo que estábamos haciendo tuvo una gran acogida. Nos

quedamos en un viejo hotel que era como una casa señorial con terrenos propios en la zona de la universidad. De noche nos sentábamos en el balcón y bebíamos cerveza y Lucas me leía unos poemas que había escrito, que eran más bien como entradas ultracondensadas de un diario, como «Luz / que despierta desde la ventana / una confluencia de pájaros / con / nombres» y «Tu nombre / es / Lucas / idiota» o «Planetas sobre el / horizonte / cada uno de los cuales / también estrellas / lo mismo». Esto es un mojón, pensaba para mis adentros, me está captando una secta y mi mejor amigo se tira a mi exnovia y habla como un anacoreta chino.

Un día Lucas me puso aquella cinta. Quiero que escuches esto, me dice, tengo muchas ganas de saber lo que opinas. Estábamos en el estudio, trabajando hasta tarde, instalando un nuevo sistema de calefacción central. Lucas pone el casete en el reproductor y saca su cuadernillo. Vale, dice. Pulsa *play* y empieza a salir ese sonido, ese zumbido de bajo nivel, pero con una pulsación en alguna parte de lo profundo, ya me entiendes, ese remoto sonido de orquesta que, de algún modo, se ha difuminado, tal vez se ha hundido, ya sabes por dónde voy, como un naufragio que se mece hacia delante y hacia atrás en el fondo del océano. Seguimos trabajando. Ninguno de los dos dijo una palabra. Entonces está claro que Lucas se olvidó de lo que había puesto, macho, y al final se dio la vuelta y me dijo: ¿Oyes eso? ¿Qué es ese sonido? Decidí tomarle el pelo. Es el sonido de un cementerio en el fondo del océano, le dije. Yo he estado ahí, dijo Lucas aterrorizado, y parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas. En serio. Estaba totalmente frenético. Lo reconozco, decía. He estado ahí. ¿Y cómo es, macho?, le pregunto. Oh, dice, y sacude la cabeza. Oh. Es como eso, como estar varado, dijo. Abandonado, dijo. Podría ser una isla, dijo, podría ser un barco hundido. O espera, sí, es un cementerio, sí, dijo, ahora puedo verlo, todos esos barcos meciéndose con la marea, pececillos diminutos nadando a través de ellos, peces ángel, dijo, rayos plateados de luz. ¿Cuándo lo oíste antes?, le pregunté. Cuando dormía, dijo. O cuando estaba en silencio de noche, solo, o quizá cuando me operaron, puede ser, eso creo, recuerdo estar flotando a través de las olas al bajar y encontrar los barcos, esos barcos grandes, como fantasmas, todos hundidos pero encendidos, iluminados en la oscuridad.

No podía seguir adelante con aquello, macho. Lucas se estaba poniendo

nervioso. Se lo confesé. Es tu grabación, macho, le dije. Mira tu cuadernillo, dije, averigua de qué va esto. Sí, dijo él. Lo recuerdo. Los barcos, dijo. Los barcos hundidos. Me puse un micro de contacto en la frente, me explicó. En serio. Justo en el *chakra ajna*, dijo. Y grabé mientras dormía. Quería ponerlo para ti. El descenso nocturno, dijo. Está justo ahí. Yo era como eso, macho, oh macho.

Seguimos trabajando mientras la cinta sonaba de fondo. Todo se hunde, recuerdo que pensé para mí. Joder, todo se hunde.

McManus, Vanity y Lucas empezaron a dar una clase juntos los sábados por la tarde —les dejé hacerlo en contra de mi mejor criterio, pero resultó ser un éxito—, y enseguida la pasaron a tres días a la semana. Era más bien como danza interpretativa, ya me entiendes, danza moderna como la de Merce Cunningham o algo por el estilo, pero con movimientos de kung-fu incluidos y todo ello afinado con la música de los órganos, ya sabes que para entonces estaban grabando todos con micros de contacto y coreografiando los movimientos para ello y todo eso. Tuvieron muy buenos resultados, macho: viejas solteronas que bailaban por primera vez, reumáticos que eran flexibles de nuevo, hasta drogadictos y alcohólicos que lo dejaban por esta nueva forma de relacionarse con su cuerpo. Yo nunca asistí a su clase. Era demasiado orgulloso, en cierto modo, pero a veces pasaba por allí y asomaba la cabeza por la puerta y era como si estuviesen flotando allí dentro, macho, en serio, aquello era como un acuario y ellos eran todos ingravidas manchas de color flotando de aquí para allí.

Un día recibí una llamada de Vanity. Alguien estaba buscando a McManus, alguien de su vida anterior. Van a por él, me dijo. Si aparece alguien buscándolo, dile que se ha ido y que no tienes ni idea de dónde está. Me puse furioso, macho. Totalmente desquiciado. ¿Tú qué haces cubriéndole las espaldas a McManus, tía?, le pregunté. Estamos haciéndolo lo mejor que podemos en la zona este, ¿y vienes a contarme que unos matones van a entrar y a poner todo el sitio patas arriba buscando a ese gilipollas? Escucha, dijo ella. No es culpa de McManus. A él lo secuestraron y por eso aún tiene *flashbacks* pesadillas todo el rato. Eso es lo que me dijo, macho. Él estaba cumpliendo con su deber, eso es lo que me dijo. Ahí perdí la cabeza. La perdí joder. ¿Su deber tía? ¿Qué puto deber tía? Explícame cómo es que el deber de

un ser humano implica espiar para el Estado tía. ¿Entiendes lo que digo? Ella dijo que no quería escucharme y colgó el teléfono. Llamé a Lucas. Me contó la misma historia —con más palabras—, pero era como si estuviese leyéndola de un papel sin tener ni idea de su trascendencia o su significado. Vale, dije para mí. Aquí estoy, atrapado en una red de locura; necesito protegerme.

Como era de esperar, ni siquiera había pasado una semana, dos individuos se presentan en la biblioteca un sábado por la tarde. Yo estoy saliendo de una clase de yoga para principiantes y allí están esos dos tíos —puede que de unos cuarenta o unos cincuenta años, los dos con trajes grises y el pelo plateado, cantidad de anillos de oro, oliendo a Old Spice—. Discúlpame hijo, me dijo uno de ellos. ¿Puedo hacerte una pregunta? Le dije: Adelante, tío. ¿Ves el sol ahí en el cielo?, me preguntó. ¿Será el mismo sol que vemos ahí arriba en County Armagh? Te estás riendo de mí, tío, le dije. No tengo tiempo para esto. Te estoy tendiendo una trampa, dijo él. Que es una cosa muy diferente. Lo que se supone que tienes que decir cuando te pregunto sobre el sol es que no lo sabes, que tú aquí eres forastero. En ese punto se dieron palmaditas en la espalda el uno al otro y montaron toda una escena dándose golpes en las piernas y partiéndose de risa. ¿Qué puedo hacer por ustedes?, les pregunté. No hay nada que tú pudieras hacer por mí que no pudiera hacer yo mismo, dice el otro. Entonces me acerca una fotografía, una polaroid de McManus. ¿No conocerás por casualidad a este caballero?, me pregunta. En la fotografía está diferente, está en baja forma, tiene el pelo largo y grasiento y además lleva gafas. Nunca lo había visto antes, tío, dije. Oí que estaba dando clases aquí, dice el segundo de pelo plateado. Oí que era vegetariano o algo de eso. Pues oíste mal, tío, dijo. Ahora sed tan amables de salir del edificio. Los dos me miraron por un segundo y entonces uno de ellos sacó la cartera. Lo único que necesitamos es una dirección, dijo. Y nunca se te volverá a molestar. No sé de qué estás hablando tío, dije yo. Necesito darme una ducha. Discúlpeme, caballeros. Después me alejé.

Había unas duchas comunes en la parte de atrás de la biblioteca y al entrar apenas pude ver nada por todo aquel vapor: algún pie, un poco de oscuro pelo rizado, una panza asomando en la niebla como un peñasco chino... Entonces fue como si todo el mundo desapareciese y yo estuviese a mis anchas en las

nubes. Alguien vino por detrás con un garrote y me lo enrolló en el cuello. En serio. Noté cómo se me hincaba en la garganta. Traté de quitármelo de encima pero era demasiado fuerte y yo estaba tan resbaladizo por el jabón y el vapor que no pude hacer nada. Caí al suelo y mi atacante me puso las dos rodillas en la espalda y apretó fuerte mi garganta. Joder van a decapitarme, macho, pensé. Entonces llegué a un punto en el que sentí que estaba en el mar —donde todo se ralentizó tomando la cadencia del océano— y empecé a perder la conciencia, pero tan lentamente que sentí que me hundía. Pero aquí está la clave, macho. Por debajo de mí podía apreciar formas, formas negras, que tomé por aparejos, desgarrados, mástiles altos con peces recorriéndolos de arriba abajo, y eran luminosos, macho, fosforescentes, estaban iluminados desde abajo. Pensé para mis adentros: Tío, ¿hay algo que he olvidado? ¿Es eso este lugar? ¿Sabes a qué me refiero? ¿Me he puesto una trampa a mí mismo y después la he olvidado o abandonado? Mis pensamientos eran infinitamente claros en este punto, macho, en serio. Notaba que mi cuerpo se iba, sentía que la tensión de mis miembros cedía y me hundí de cabeza en las profundidades. Imaginaba que podía oír voces y que podía entender lo que decían. Pero resultaron ser todo números que empecé a imaginar como las coordenadas por las que estaba cayendo en picado. Tenía mucho más sentido entonces, macho. Entonces vi los barcos —en realidad los vislumbré— y aunque todos habían naufragado, no flotaban libremente, más bien estaban anclados en su sitio, todos ellos, lo que exageraba el tirón de la marea sobre ellos, meciendo sus negras siluetas hacia delante y hacia atrás en esas profundas aguas verdes que aún parecían bañadas por el sol. Cada tanto —muy en la distancia— una columna de burbujas ascendía en el agua cuando se soltaba una de las anclas y un barco despegaba. Un galeón fantasma macho, una tripulación esquelética me dije mientras volaba por encima de lo alto de las velas y oía los incesantes números en los oídos. Estoy en un libro infantil, me maravillé, en serio, en una aventura de verdad.

Cuando recobré el sentido estaba en casa en la cama, sentado bien derecho con una taza de té, aún caliente, sobre la cómoda. Cogí el teléfono. McManus, dije. Eres un gilipollas macho pero da igual creo que puedo haberles dado tu paradero a un par de sicarios irlandeses. Me estrangularon y secuestraron y después me dejaron tirado en mi puta cama. ¿Te prepararon

una taza de té?, me preguntó. Eso no tiene gracia macho, dije. Pero sí, sí en efecto me la prepararon macho. ¿Has bebido algo de ella?, me preguntó. ¿No? Bien, bien. ¿Por qué qué es lo que tiene macho?, le pregunté. Nunca se sabe, dijo, pero de todas maneras necesito huir para salvar mi vida, creo. Cancela mis clases, excúsame, dijo. Me largo de aquí. ¿Te vas a llevar a Vanity macho?, le pregunté. No, no creo, dijo. Ella no tiene nada que ver con esto. En cierto modo me sentí aliviado macho, en serio.

Llamé a Lucas. Me secuestraron, macho, le dije, y fue por culpa de tu amigo McManus. Podrían haberme matado, macho, le dije, ni siquiera sé cómo me libré. Deben de tener acceso a mi piso, balbuceé. Vete a saber qué me hicieron mientras tanto, dije preocupado. Puede que esto no sea el fin de todo, desesperé. Pero yo estaba contigo, me dijo Lucas. ¿No te acuerdas? Me enfrenté a tus asaltantes y los combatí, afirmó. Yo pensaba en sus enormes manazas, blancos lirios, hechas para estrangular lentamente. ¿Qué pasó después?, le pregunté. Uno de los hombres cayó al suelo, dijo. Resbaló y se golpeó la cabeza. Me gustaría poder tener una foto, dijo. La sangre en los azulejos blancos, era como Hitchcock. Rodeé el cuello del otro con mis manos —era como intentar comprimir el tronco de un árbol—, pero sentí que mis dedos se tocaban por detrás de su cuello y, en el momento en que se tocaron, cayó de rodillas y fue de cabeza al suelo. Entonces corrí para ver si estabas bien y si estabas consciente, pero estabas delirando, no parabas de decir números, como si estuvieses haciendo sumas en voz baja, sumando y restando números. Las duchas seguían abiertas —era imposible ver nada a tres pies por delante de uno— y cuando cerré todos los grifos y el vapor empezó a disiparse, nos quedamos en un cuarto de baño vacío del todo menos por las marcas emborronadas de pies en los azulejos y una media luna de sangre perfecta. Los asaltantes se habían ido, habían desaparecido sin hacer ruido. Luego fuimos a ver a Vanity, me contó. Lo tengo todo aquí escrito.

¿Por qué fuimos a ver a Vanity, macho?

Me pediste que te llevara allí. Dijiste que acababas de salir del océano, que habías llegado a tierra firme y que querías contárselo a ella.

¿Y me dejaste que lo hiciera, macho?

Era lo que querías hacer, dijo Lucas. Estabas traumatizado. Yo estaba deseando seguirte la corriente en cualquier cosa que quisieras. Lo tengo aquí



escrito. No dejabas de decir: Tierra a la vista, tierra a la vista.

¿No dejaba de decir tierra a la vista, macho?

Seguías hablando de esos barcos, esos clíperes sumergidos que estaban despegando, que se dirigían a la superficie.

Fuiste tú quien me habló de esos barcos, macho, dije yo. ¿No te acuerdas? Dijiste que oías un sonido, macho, el sonido de tu propio cuerpo, recuerda, grabaste tu cuerpo de noche y cuando lo reprodujimos hablaste de ver los barcos, los barcos sumergidos, todos iluminados desde abajo.

Sé que eso es lo que dijiste, admitió Lucas. También es lo que le contaste a Vanity. Pero no tengo ni idea de qué estás diciendo, dijo. Yo nunca vi los barcos, nunca oí esa música.

Me había puesto en evidencia delante de Vanity, me había humillado delante de Lucas, había perdido un día entero de mi vida y era posible que aún fuese objetivo de los sicarios. Me mudé a Edimburgo y allí abrí un estudio de yoga. Nunca supe qué le ocurrió a McManus. Vanity murió, por supuesto. Fui a ver a Memorial Device una vez. Tocaron en The Venue en Edimburgo cuando yo aún vivía allí, y me colé. La música que hacían era la misma puta música. Barcos saliendo a la superficie y pasando a través, el agua llena de luz del sol y memoria, los juegos que ésta hace. No pude aguantar estar allí mucho tiempo, macho. Vi a Patty en el escenario —aún se parecía al chiquillo de la tienda de golosinas— y cuando me marchaba, vi a Lucas mirándome —sin expresión— como si todo el asunto hubiese sucedido enteramente en otra vida. Eso me alegró, macho. Olvidar es una decisión tan buena como cualquier otra cuando has llegado al fondo del océano y, de cualquier modo, mi corazón me decía que hacía mucho que era hora de irse.

# UNA VACUNA CONTRA ESA CLASE DE VIDA QUE ANIQUILA EL ESPÍRITU PROPIA DE LA COSTA OESTE DE ESCOCIA

*Claire Lune cuida del padre de Remy y en el pasado monta a caballo por la playa.*

Tienes que perdonarme, rey\_\_\_\_ tengo mis días buenos y mis días malos\_\_\_\_ espera\_\_\_\_ pero realmente quiero hablar de esto\_\_\_\_ es importante para mí\_\_\_\_ no\_\_\_\_ espera, espera\_\_\_\_ vale\_\_\_\_ vale\_\_\_\_ ¿por dónde empezamos? Vale, ten paciencia conmigo\_\_\_\_ vale, entonces\_\_\_\_ conocí a tu amigo Remy porque cuidaba de su padre, que tenía la enfermedad de Parkinson\_\_\_\_ me contrató en secreto su exmujer y, entre otras tareas que desempeñaba, lo ayudaba a lavarse\_\_\_\_ le limpiaba los dientes\_\_\_\_ lo vestía, le daba de comer\_\_\_\_ y lo ayudaba también en el baño porque estaba en silla de ruedas. Además, le leía, porque era ciego\_\_\_\_ Yo no soy ciega, menos mal, aún no está a oscuras\_\_\_\_ y le hacía compañía hablando con él y contándole historias. También lo ayudaba a tragar porque tenía problemas para tragar y yo conocía maniobras con una cuchara que empleaba todos los días\_\_\_\_ ayudaba a hacerle tragar mejor\_\_\_\_ cuando su salud empeoró, lo ingresaron en el hospital. Seguí haciéndole visitas a petición de su esposa para leerle y hacerle compañía. Cuando salió del hospital, fue a vivir a una residencia del Grahamshill en Airdrie. Yo continué mi trabajo con él hasta que falleció. Perdona rey, ¿te importaría poner eso en mi frente? Ahí mismo.

Muy bien, rey, perfecto. Disculpa, rey\_\_\_\_ claro que estaba al tanto de todos los rumores que se contaban de él. Que le habían quitado las cañerías en una operación clandestina\_\_\_\_ que era marica\_\_\_\_ que le habían expulsado de una universidad en Coatbridge por ligar con los muchachos. Yo no juzgo\_\_\_\_ yo no juzgo\_\_\_\_ yo estaba allí para suministrar ayuda, un bálsamo para los heridos que se encuentran cerca del final de sus días, no para determinar el bien y el mal\_\_\_\_ espera\_\_\_\_ oh, cariño\_\_\_\_ lo siento\_\_\_\_ discúlpame\_\_\_\_ nunca pensé que haría carrera como cuidadora\_\_\_\_ que dedicaría mi vida a estas cosas\_\_\_\_ poco podía saber yo\_\_\_\_ Llamarlo carrera puede significar elevarlo a algo que no era. Había hecho trabajillos ocasionales como cuidadora y entre una cosa y otra me ganaba la vida como extra en restaurantes y bares. A veces recibía encargos de fotografía profesionales. Eso me encantaba\_\_\_\_ hacer fotografías en color\_\_\_\_ Me encantaba\_\_\_\_ Dejé la escuela a los dieciséis años con un aprobado en Carpintería\_\_\_\_ Me fui a vivir al sur de España sin tener ni idea de nada. Ninguna pista, qué maravilla, ninguna perspectiva\_\_\_\_ ninguna perspectiva más que salir de esta mierda\_\_\_\_ Conocí a chicos, conocí a chicas, trabajé en una heladería en Málaga y como encargada en un restaurante\_\_\_\_ un restaurante al aire libre llamado Las Puertas de Hierro\_\_\_\_ qué lugar\_\_\_\_ qué época. Los propietarios eran búlgaros\_\_\_\_ nadie sabe que tienen la mejor cocina del mundo, querido mío\_\_\_\_ allí es donde vi por primera vez a Telos y a Santiago, mis dos chicos\_\_\_\_ mis dos chicos de pelo rizado y bigotes y gorras flexibles\_\_\_\_ con gafas de sol y fumando cigarrillos y les dije\_\_\_\_ no sé por qué, aún a día de hoy no sé por qué\_\_\_\_ les dije que era arqueóloga\_\_\_\_ que era mitóloga\_\_\_\_ y para colmo era pagana y ellos dijeron: Nena\_\_\_\_ exactamente es lo que dieron\_\_\_\_ nena, tienes unos ojos enormes y pareces griega. Lo siento\_\_\_\_ me puedes ajustar la almohada\_\_\_\_ sí\_\_\_\_ y me puedes incorporar un minuto\_\_\_\_ vale, mejor\_\_\_\_ lo siento, ¿por dónde íbamos? La muchacha griega de ojos grandes\_\_\_\_ ésa era yo, ésa era realmente yo\_\_\_\_ sí, bueno, esos jóvenes, esos jóvenes realmente, esos jóvenes guapos, esa imagen de artistas salvajes\_\_\_\_ eran parte de un grupo de teatro de calle\_\_\_\_ Inconcurring Colt, qué nombre\_\_\_\_ Inconcurring Colt\_\_\_\_ Me contaron que venía de una pequeña revista de poesía\_\_\_\_ Hey, muñeca\_\_\_\_ me dijo Santiago\_\_\_\_ así es como hablaban, preciosa, nena\_\_\_\_

siempre tan majos\_\_\_\_ Hey, muñeca, ¿te interesa el simbolismo? Me interesan las cosas que significan cosas, si es a eso a lo que te refieres\_\_\_\_ El simbolismo va más allá de eso\_\_\_\_ dijo él: *más allá del largo vacío*\_\_\_\_ Yo ya me estaba enamorando de él\_\_\_\_ el lenguaje y los ojos, unos ojos de los que estaba celosa desde el primer momento\_\_\_\_ cómo puedes tener celos de unos ojos\_\_\_\_ Más allá del largo vacío; eso es un símbolo. Pero un símbolo no son palabras\_\_\_\_ eso fue lo que dijo\_\_\_\_ un símbolo es una señal más allá del lenguaje que remite a otra cosa\_\_\_\_ el camino de los dioses, el inescrutable camino de los dioses\_\_\_\_ lo siento, rey, podrías\_\_\_\_ eso es, ahí, si pudieras limpiarlo\_\_\_\_ lo siento\_\_\_\_ ya lo sé\_\_\_\_ lo sé\_\_\_\_ yo también lo he hecho\_\_\_\_ créeme, cariño\_\_\_\_ Me miró de arriba abajo\_\_\_\_ Santiago, Santiago\_\_\_\_ me gusta pronunciar su nombre, darle forma con mis labios, aunque mis labios estén agrietados y secos\_\_\_\_ Santiago\_\_\_\_ no dijo nada más\_\_\_\_ les limpié la mesa y me fui\_\_\_\_ con un exagerado movimiento de mis caderas\_\_\_\_ ¿sabes?\_\_\_\_ los veía venir con regularidad, a última hora del viernes por la noche, a primera hora del domingo por la mañana, el martes por la tarde, el miércoles, el jueves, en cualquier momento\_\_\_\_ pidiendo una botella de vino tras otra y allí sentados, hablando\_\_\_\_ las chicas que llevaban del brazo, modelos con vidas trágicas, bellezas dolientes, me acuerdo muy bien de algunas de ellas\_\_\_\_ aunque no les eché más que un vistazo furtivo, una pequeña demora en la mesa\_\_\_\_ Mis chicos nunca dejaban de ser encantadores o seductores, incluso en compañía de esas encantadoras jóvenes\_\_\_\_ jóvenes y encantadoras\_\_\_\_ mis chicos eran tan libres y tan seguros de sí mismos, y tan libres, tan libres de culpa\_\_\_\_ Eso ha sido algo tan importante para mí\_\_\_\_ la culpa\_\_\_\_ durante toda mi vida\_\_\_\_ incluso ahora, a veces\_\_\_\_ necesito una dosis o algo\_\_\_\_ una vacuna\_\_\_\_ una vacuna contra esa clase de vida que aniquila el espíritu propia de la costa oeste de Escocia\_\_\_\_ vi una cosa en el periódico\_\_\_\_ lo leía a diario para ponerme al día con mi español\_\_\_\_ sobre una actuación en la calle de Inconcurring Colt\_\_\_\_ ellos habían sido los instigadores\_\_\_\_ y se habían metido en un montón de problemas\_\_\_\_ y se habían hecho famosos\_\_\_\_ vi una foto en la que dos policías se llevaban a Santiago, con su cabeza por los aires, estaba gritando\_\_\_\_ tan hermoso. Parecía un cuadro\_\_\_\_ La acción estaba centrada en una serie de\_\_\_\_ ocupaciones. La compañía iba por la

ciudad buscando apartamentos vacacionales de alquiler vacíos y luego elegían una casa familiar de alguna barriada y con unas furgonetas y gente que los ayudaba\_\_\_\_ trasladaban todo lo que había en una de las habitaciones de la casa a un apartamento vacío en el centro de Málaga\_\_\_\_ lo dejaban todo puesto tal y como estaba, sólo que justo de la manera inversa\_\_\_\_ como si fuera el reflejo de un espejo\_\_\_\_ el reflejo de un espejo\_\_\_\_ perdona, cielo\_\_\_\_ perdona\_\_\_\_ perdona\_\_\_\_ Entregaban una invitación\_\_\_\_ luego entregaban una invitación, la pasaban por debajo de la puerta de la casa vaciada invitando a los propietarios a una *visita privada* de sus habitaciones, ¿entiendes?

La cosa fue bien, en su mayoría la gente respondió bien\_\_\_\_ lo creas o no\_\_\_\_ al menos después de que se les explicara que nada había sufrido ningún desperfecto ni se había perdido ni robado nada, excepto una pareja de tíos raros que amenazó con denunciarlos\_\_\_\_ llamar a la policía, pero en general la gente quedaba fascinada y sorprendida\_\_\_\_ e incluso mostraban rechazo, ¿te lo imaginas?, entrando en un espejo misterioso\_\_\_\_ el espejo misterioso de su propio entorno\_\_\_\_ Iban de puntillas por sus propias casas y, por primera vez, las miraban con algo que se acercaba al asombro\_\_\_\_ como si las estuvieran viendo a través de los ojos de Dios\_\_\_\_ Los ojos de Dios saliendo saltones de su cabeza\_\_\_\_ Se les fue un poco la mano\_\_\_\_ se les fue la mano cuando entraron en la casa de un alto miembro del Gobierno\_\_\_\_ en la *suite* de su ático y la pusieron en medio de un enorme almacén abandonado. En lugar de contactar con ellos personalmente, el político había acudido a las autoridades\_\_\_\_ con la hora y fecha de la visita privada\_\_\_\_ Así podían hacer una redada con cámaras, detener a la compañía y sacar una noticia con la excusa de que había documentos confidenciales guardados en el piso del político\_\_\_\_ era una violación de la seguridad nacional, además de una acción delictiva\_\_\_\_ bla, bla, bla\_\_\_\_ bla, bla, bla, bla, bla\_\_\_\_ bla, bla, bla\_\_\_\_ Lo siento, ¿puedes limpiarme de nuevo, rey?, te pido disculpas\_\_\_\_ disculpa\_\_\_\_ Salieron sin cargos, al final, sólo sirvió para volverlos más atractivos, más atractivos y más fascinantes. Ésa fue la cumbre de su carrera. Por un tiempo yo me uní a ellos\_\_\_\_ fue Santiago quien me invitó a unirme a ellos\_\_\_\_ se habían convertido en algo más que un grupo de teatro de *performance* de calle en sentido estricto, incluso hacían

esos espantosos espectáculos de lanzallamas\_\_\_\_ esos espectáculos habituales de lanzallamas que se hacen a mansalva en las ciudades turísticas\_\_\_\_ Telos se marchó, dijo que se estaban convirtiendo en una basura, lo dijo con otra palabra española, de la que no me acuerdo ahora\_\_\_\_ pero escupió esa palabra, escupió esa palabra y se largó\_\_\_\_ Iba con él hacerlo así\_\_\_\_ irse maldiciendo\_\_\_\_ Ha sido valiente, pensé\_\_\_\_

Disculpa\_\_\_\_ paremos un segundo\_\_\_\_ paremos un momento, ¿puede ser, cariño? \_\_\_\_\_ Santiago estaba muy metido en la danza\_\_\_\_ quiero decir, sí, explicó\_\_\_\_ Estoy harto de decir no, me dijo, de ese arte que siempre niega o está en contra de algo o lo rechaza. Y la danza es, sin duda alguna, la mayor afirmación que existe, el mayor sí posible\_\_\_\_ montaron esas compañías de danza de muchos miembros, esas espectaculares compañías de danza que hacían coreografías en un área entera, a veces todo un parque o una manzana entera de una ciudad, todo el largo de una playa\_\_\_\_ cada movimiento estaba relacionado con otro, de modo que si se observaba desde lo alto en un avión o en un pequeño helicóptero, seguramente se asemejara a uno de esos caleidoscopios en los que las formas cambian sin cesar creo\_\_\_\_ Ponían música, un montón de reproductores de casetes, los ponían por todo el lugar donde actuaban y sonaba en todos la misma música pero, claro está, sin sincronización, de modo que el sonido parecía alargado e infinito\_\_\_\_ alargado e infinito con esos fraseos interminables \_\_\_\_\_ fraseos interminables hasta el punto que podías caminar alrededor de la manzana \_\_\_\_\_ podías caminar alrededor de la manzana y sentir como si estuvieras caminando por el interior de ese gemido sexi\_\_\_\_ ese infinito gemido sexi\_\_\_\_ era tan divertido que yo misma me hice bailarina\_\_\_\_ A veces la gente te miraba con cara de estar alucinando, pero estaba bien, ¿sabes?, estaba bien. Durante un tiempo anduvimos de gira por la costa de Francia y España, de arriba abajo. Tenía un amante, mi primer amante de verdad, un chico de Granada al que todos llamaban El Rata; era tan brusco que cualquier agujero que te encontrara, no importa lo pequeño que fuese\_\_\_\_ te entraba por ahí sin contemplaciones\_\_\_\_ pero estaba feliz con él, al menos durante la primera época. Nuestro amor era muy sosegado\_\_\_\_ tranquilo y de otro mundo\_\_\_\_ tan tranquilo que no me molestaba ese personaje suyo de roedor que interpretaba de día\_\_\_\_ Bailando

con el ceño fruncido, como si fuera un momento decisivo o un duelo al amanecer o algo que tuviera alguna clase de consecuencia o significado cruciales. Fue una experiencia extraordinaria\_\_\_ y él intentando abrir agujeros en cualquiera que lo mirara y luego ahí con esa música, de cerca, junto a él\_\_\_ pudo haber sido algo\_\_\_ el eje central de la coreografía era el baile del Rata\_\_\_ el vigor militar\_\_\_ el grupo de pop\_\_\_ la música pop\_\_\_ la radio pop\_\_\_ Acampábamos por las noches\_\_\_ durmiendo al raso en la playa, con la hierba crecida y las estrellas\_\_\_ una enorme duna de arena, y acampábamos ahí en su hueco, en un semicírculo\_\_\_ un gitano, y un día tuvimos caballos, Santiago había conocido a un benefactor excéntrico y conseguimos unos caballos\_\_\_ El resto del viaje lo hicimos por caminos de campo\_\_\_ y pasos de montaña\_\_\_ a caballo por calles periféricas, a caballo de una ciudad turística a la otra\_\_\_ por las noches acampábamos en dunas y planeábamos la siguiente actuación\_\_\_ Santiago dibujaba una línea básica en torno a la escena del crimen\_\_\_ Santiago\_\_\_ así lo llamaba\_\_\_ la escena del crimen\_\_\_ imagínatelo\_\_\_ un mapa y nos daba ideas sobre posturas, símbolos que había que evocar\_\_\_ olor a aliento de caballo, los caballos húmedos, el aire con olor a mar\_\_\_ saliva y gotas de rocío plateadas cuando recostaba mi cabeza en el regazo del Rata y observaba el lento paso del Cinturón de Orión\_\_\_ El Rata empezó a dar problemas, como sabíamos que pasaría, y comenzó a dejarme de lado también a mí\_\_\_ Quizá fue entonces cuando comenzó todo, quizá fue ahí donde empezó todo esto\_\_\_ Cualquier señal de debilidad o de cuestionarse cualquier cosa que no fuera comportarse como un maníaco enloquecido que nunca deja de preguntar por qué\_\_\_ Me has decepcionado, decía, decepcionado si me quejaba por el frío de la playa de noche\_\_\_ decepcionado si proponía alguna vez meternos en una habitación\_\_\_ decepcionado por las comodidades de una habitación con baño, y me dejaba con una sensación de culpabilidad\_\_\_ de una terrible culpabilidad por todo\_\_\_ ahora, claro está, cuando lo pienso, él tenía razón y anhelo estar bajo las estrellas\_\_\_ en sus brazos y en las estrellas, hace tanto tiempo\_\_\_ pero volví a Málaga\_\_\_ un trabajo como cuidadora privada, un anciano sueco que residía en España\_\_\_ Lo visitaba tres veces al día para prepararle el desayuno, la comida y la cena. Cuando regresaba a Suecia yo cuidaba de su casa y me hacía cargo del mantenimiento

hasta que volvía \_\_\_\_ estuve así dos años y al tercero me pidió que me fuera a vivir con él en la misma casa \_\_\_\_ Se sentía más débil a causa de un ataque al corazón que le había dado mientras se encontraba en Suecia. Me encargaba de que Lars tomara la medicación correcta a diario \_\_\_\_ tenía mucha \_\_\_\_ por su dolencia cardíaca. Me ocupé de Lars hasta su fallecimiento \_\_\_\_ me encargué de que fuera enterrado según su voluntad. Continué mi carrera como bailarina, pero la compañía se separó \_\_\_\_ El Rata desapareció por algún agujero y al poco había perdido a todos los amigos que había hecho en España. Tomé la decisión de regresar. Me bajé del tren en Airdrie y recé por que toda la gente que había conocido \_\_\_\_ en ese lugar en el que sabía que iba a morir, lo sabía \_\_\_\_ estuviera ya muerta y enterrada. Puse un cartel en la biblioteca: Se busca a los muertos y a los moribundos. Bueno, no fue así \_\_\_\_ pero podía haberlo hecho \_\_\_\_ podía haberlo hecho, y al poco la familia de Remy me contrató como cuidadora. El padre de Remy \_\_\_\_ se llamaba Clyde, Clyde Farr \_\_\_\_ vivía en una de esas misteriosas callejuelas de Airdrie que aún conservan tanto encanto \_\_\_\_ viejos jubilados se esconden detrás de sus altos muros \_\_\_\_ Llegué tarde el primer día de trabajo \_\_\_\_ No me preguntes, no me preguntes por mí. La casa estaba en unos terrenos inmensos y lo que antaño tuvieron que haber sido jardines \_\_\_\_ grandes jardines \_\_\_\_ jardines opulentos se habían convertido en un magma de gravilla roja con esa casa, que parecía un cubo, situada allí en medio como la Meca \_\_\_\_ Habían instalado un intercomunicador, Clyde ya no se levantaba de la cama por entonces y cuando yo llamaba al timbre de la puerta, ésta se abría, pero nadie contestaba \_\_\_\_ El dormitorio estará en el piso de arriba, supongo, subiendo por la escalera de piedra en curva. Desde que había llegado percibía el ruido de una respiración con dificultades \_\_\_\_ una respiración con dificultades como así \_\_\_\_ \_\_\_\_ y había algo tranquilizador en ello, aunque también en cierto modo sobrecogedor y extraño \_\_\_\_ divisé la forma de una figura en la cama, incorporada sobre almohadas. Oía a antiséptico. Me di cuenta de que había una cuña usada junto a la cama \_\_\_\_ las herramientas del oficio \_\_\_\_ Soy su nueva cuidadora, dije. ¿Cómo se encuentra usted hoy? ¿Cómo c-o-j-o-n-e-s quieres que me encuentre?, respondió él. ¡Eso fue lo que dijo! Aquello fue maravilloso \_\_\_\_ aquello me pareció maravilloso, dicho con esa ridícula voz aguda que no parecía ni siquiera que saliera de un cuerpo.



Sonaba como cuando se frota un globo de plástico. Vale, vale, dije\_\_\_\_ vale, vale, haciéndome cargo de la situación al momento\_\_\_\_ lo que tiene uno que hacer con esos casos complicados\_\_\_\_ le subirá la tensión si continúa así, dije, y me acerqué a la cama y le puse una mano en su cabeza\_\_\_\_ Y ahora, ¿puedes ponerme la mano en la cabeza, ángel?, ¿te importaría mucho? La piel parecía estirada y gomosa. ¿No crees? Su piel parece que está como gomosa, le dije. Soy una muñeca de goma, dijo. Soy una pequeña muñeca de goma\_\_\_\_ una pequeña muñeca de goma. Soy un balón medicinal\_\_\_\_ Usted no es un balón medicinal, es Clyde Farr, y yo soy su cuidadora, Claire Lune. ¿Qué sabes del mantenimiento de balones medicinales, de inflar muñecas de goma? Mucho, contesté\_\_\_\_ mucho. Lo de la cuchara\_\_\_\_ ¿quieres que te cuente lo de la cuchara?\_\_\_\_ Tengo una técnica, una práctica. Clyde tenía problemas para tragar. Si engullo, termina entero en los intestinos\_\_\_\_ es demasiado. Quiero un primer mordisco, siempre quiero un primer mordisco. Pongo algo de comida encima\_\_\_\_ pongo algo de comida en la cuchara\_\_\_\_ abro su mandíbula, la siento relajada\_\_\_\_ puedes hacerlo conmigo, cariño, si quieres\_\_\_\_ puedes sentirla relajada\_\_\_\_ eso es, eso es, ¿te das cuenta?, ésa es la prueba\_\_\_\_ Él nunca se opuso a ello\_\_\_\_ Luego metía la cuchara en la boca bastante al fondo\_\_\_\_ prueba\_\_\_\_ no tengas miedo\_\_\_\_ hasta que uno casi comienza a atragantarse\_\_\_\_ aghhhh\_\_\_\_ así es, muy bien, mi niño, lo estás haciendo muy bien, se supone que tiene que pasar esto\_\_\_\_ y mientras iba depositando la comida en su garganta, manipulaba la úvula, la tocaba con la plata de la cucharilla\_\_\_\_ pah, pah, pah\_\_\_\_ el mango dirigido hacia la parte superior de la boca\_\_\_\_ luego la tocas\_\_\_\_ pah, pah, pah\_\_\_\_ eso es, le encantaba, a veces le entraba una risilla floja como a un chiquillo\_\_\_\_ hacía gárgaras como un chiquillo\_\_\_\_ y sonreía y me miraba con esos ojos que parecían diamantes en blanco y su cara se retorció en una expresión de alegría doliente\_\_\_\_ pensaba que esa debía ser la expresión de los cavernícolas\_\_\_\_ la expresión de los cavernícolas sin espejos. Clyde había sido abandonado, por vergüenza\_\_\_\_ por vergüenza yacía todo el día en la cama despotricando, riéndose, retorciéndose en la agonía. Le ponía sus programas de televisión favoritos que eran *Crown Court* y *Miami Vice*\_\_\_\_ En ocasiones especiales lo bajaba en el ascensor\_\_\_\_ había sido una antigua escuela infantil\_\_\_\_ lo llevaba en silla de ruedas por el jardín y nos sentábamos juntos en la cancela

de entrada. Momentos felices con el viento a nuestras espaldas\_\_\_\_ momentos felices con el viento a nuestras espaldas y los altos árboles y la calle ahí fuera\_\_\_\_ volviendo a casa del trabajo y de la escuela. Muy buenas, decía Clyde\_\_\_\_ un soplo de viento, una pequeña hoja en su mejilla. He visto todo esto antes, solía decir\_\_\_\_ mirando por sus cuencas vacías, no hay nada nuevo bajo el sol\_\_\_\_ pero cada vez lo aprecio menos, siempre es lo mismo\_\_\_\_ cínico con el canto de los pájaros\_\_\_\_ Mi querida, hoy son poco más que un intento de imitar alarmas de coche\_\_\_\_ y sirenas y toda clase\_\_\_\_ de maquinaria monstruosa\_\_\_\_ maquinaria monstruosa fabricada por el hombre, que es lo que él decía\_\_\_\_ Engáñate a ti misma, vamos, engáñate a ti misma con que estás en comunión con la naturaleza, porque la naturaleza nos abandonó hace mucho tiempo\_\_\_\_ yo he escuchado al último pájaro. Remy era el único miembro de la familia que lo visitaba\_\_\_\_ yo no estaba muy puesta en música por entonces\_\_\_\_ pero Clyde empezó a pedir música\_\_\_\_ música de verdad, mientras se retorció de dolor en la cama\_\_\_\_ el hecho de que Remy compilara casetes para su padre moribundo se asemejaba a cantarle a un niño nanas para dormirlo. En un primer momento le ponía esas largas obras compuestas de un único sonido, era minimalismo\_\_\_\_ así lo llamaban\_\_\_\_ lo aprendí más tarde. Comencé a interesarme por la música. Después de todo, en España me había relacionado con artistas y músicos\_\_\_\_ luego me contó que él tocaba en una banda llamada Memorial Device. La primera vez que los escuché, si te digo la verdad, me puse en guardia contra el sonido. El cantante parecía un bebé gigantesco\_\_\_\_ iba por el escenario con los pies descalzos\_\_\_\_ también sus pies eran blancos y como de muerto\_\_\_\_ su piel, como recién salida del útero, era como su cabeza, translúcida, su suave coronilla. Su suave coronilla. ¿Puedes rascarme la cabeza, cielo? ¿Puedes rascarme la coronilla, ángel mío? Por esta vez, ángel mío, lo siento\_\_\_\_ lo siento\_\_\_\_ lo siento. El que tocaba la guitarra se parecía al encargado de una funeraria y tenían a una chica tocando el bajo, una joven muy guapa. Mary Hanna, se llamaba. Mis oídos se fueron abriendo mientras iba pasando tiempo con Remy y su padre ciego y asistía a los conciertos de Memorial Device\_\_\_\_ ahora puedo entender como música muchas cosas que no hubiera sido capaz de escuchar antes\_\_\_\_ \_\_\_\_ Mary vino a visitarlo \_\_\_\_ a visitar a Clyde\_\_\_\_ unas pocas veces. Ella

y Remy, y Remy y yo nos quedábamos abajo sentados mientras ella se sentaba con Clyde en el piso de arriba\_\_\_\_ Apenas los escuché decirse una palabra. Ni una palabra. Una vez los observé por una rendija de la puerta. Clyde estaba sentado en la cama\_\_\_\_ Mary estaba sentada a su lado, cogiéndole de la mano. Los dos con la cabeza dirigida al espacio que tenían delante. Ella era artista, escultora\_\_\_\_ Nos llevó a Remy y a mí en su coche a enseñarnos algunas obras maravillosas que hacía en el campo\_\_\_\_ las dejaba allí mismo. Luego murió Lucas, el cantante, el cantante que parecía como un bebé gigantesco se suicidó\_\_\_\_ luego Clyde, luego tuvieron que ingresar a Clyde en el hospital. Cuando salió, lo llevaron a una residencia y yo continué mi labor con él\_\_\_\_ continué mi labor hasta que falleció. No me preguntes qué pasó después. Por favor\_\_\_\_ dejémoslo aquí. Lo siento\_\_\_\_ estoy cansada\_\_\_\_ has sido un encanto. Lo siento\_\_\_\_ Y además\_\_\_\_ además no creo en el crepúsculo, cariño.

# SANGRE Y AGUA DENTRO DE MÍ QUE NECESITAN UN NORTE

*Johnny McLaughlin está en París, o en Airdrie, con Patty y Valentine años después de que todo se acabara.*

Viví con Patty y su novia en París durante un tiempo (esto fue mucho después del final de Memorial Device, mucho después de la muerte de Lucas). Un día cualquiera recibí una carta de Patty. Nadie lo había visto en años (había ejecutado el acto definitivo de desaparición). Escribió a casa de mi madre, pero ella también estaba muerta para entonces. Mi hermana vivía en la vieja casa de mi madre (yo nunca pude soportar la idea de volver a vivir en Airdrie, demasiados recuerdos) y ella me reenvió la carta, a pesar de que no habíamos hablado en años. Patty me invitaba a visitarlos en París. Tenían un cuarto libre, decía la carta. Vivían cerca de la Gare du Nord. Ven a vernos, decía. Así nos ponemos al día. Nada me impedía hacer ese viaje (ningún compromiso, ninguna relación, ningún éxito profesional). Patty no era precisamente un nostálgico, pero quizá nuestra amistad había sido más profunda de lo que yo imaginaba. Una semana después tomé el tren a Londres y el *ferry* desde Dover (y luego el tren desde Calais). Cuando llegué, no había nadie en casa así que me puse a caminar por París durante casi diez horas hasta que se me abrió un agujero en la suela de las botas (que eran el único calzado que tenía). Caminé desde la rue Louis Blanc (donde vivía Patty y donde se suponía que estaría esperándome) hasta el Boulevard Strasbourg y el Boulevard Sebastopol (y luego crucé el puente por NotreDame) y fui a parar a la librería Shakespeare & Company y le pregunté a la chica rubia del mostrador (una chica muy guapa, un poco masculina para mi gusto, quizá) si

tenían una guía del París literario (ya me entiendes) para saber dónde vivía Rimbaud o dónde murió Verlaine, pero ella dijo que no, que no tenían nada parecido, excepto quizá algo sobre Hemingway y yo pensé: Y una mierda, pero no dije nada, y en lugar de eso me compré unas obras completas de Rimbaud (yo ya tenía unas obras completas, pero siempre había soñado comprar unas en París) y estaba a punto de comprar un libro de Kenneth Rexroth (una biografía imaginaria o algo así), pero entonces leí en la contracubierta un comentario suyo que decía que a veces hasta Poe y Melville le parecían una basura y no tuve estómago para soportar algo así. Le pregunté a la chica, que sin duda era lesbiana, aunque era atractiva, o quizá me lo parecía sólo porque trabajaba en una librería (quizá en su casa, lejos de ese contexto, fuera sosa y poco atractiva), en fin, le pregunté a la chica si podía recomendarme algún lugar para comer, un lugar francés (mi presupuesto era limitado, pero acababa de llegar y quería celebrar la ocasión), y ella me dijo que aquélla era un zona demasiado turística y que todos los restaurantes eran caros (y de mala calidad), pero entonces mencionó uno (se llamaba algo así como El Bicho Calcinado o La Ramita Carbonizada) que seguramente estaría cerrado a esa hora, tenían horarios extraños, dijo, pero me recomendó que volviera más tarde a probar suerte (que valía la pena, dijo). No estaba seguro, pero me pareció que la chica me estaba proponiendo una cita (quizá París ya se me estaba subiendo a la cabeza), pero decidí que volvería y la invitaría a cenar (al Palito Chamuscado o como se llamara). Entretanto fui a un bar y me bebí tres cervezas en la terraza, una detrás de otra. En la mesa de al lado había un chino con una barba gris muy bien recortada y un sombrero también gris y frente a él, una gorda que parecía hipnotizada. En un momento, la gorda sacó de su bolso lo que parecía una Biblia (el libro estaba forrado en papel celofán y se caía a pedazos) y el chino se la quitó de las manos y besó el libro y entonces leyó en voz alta y ella quedó mesmerizada, luego el tío le dio una pequeña tarjeta (que tenía letras hebreas impresas) y me pareció que le explicaba a ella lo que decía allí y la gorda estaba exaltada, emocionada (era como si le acabaran de entregar las llaves de su propio destino) y cuando se levantaron y se fueron yo me quedé pensando si todo eso que acababa de ver no lo habría proyectado yo mismo en el interior de mi cráneo o algo así (ya me entiendes: como un deseo que se

hace realidad o como serendipia o una cosa por el estilo). Después caminé hasta la Bibliothèque Nationale (en ese punto ya estaba un poco pedo, la cerveza era muy fuerte) y subí las escaleras de madera del edificio (fue como subir a las pirámides), y recuerdo que pensé: Con cada paso que doy, me acerco más y más a las estrellas, y para cuando llegué a la entrada hacía tanto calor (el sol pegaba muy fuerte) que acabé dejándome caer al suelo y me quedé dormido, sólo veinte minutos, pero tuve tiempo de soñar que asistía a una conferencia surrealista (creo que William Burroughs andaba por allí) y todo el mundo se presentaba con nombres extraños, como Primera Hegemonía del Padre Coñante, Espíritu Procurado del Vórtice, Noción Mentís del Cielo Eléctrico, Pensamiento del Final de la Frase, La Broma de la Volición Pura (los escribí en un papel en cuanto me desperté), Condición de la No-Forma, Carne de los Restos, Escudo de lo Sublime, uno por uno, se levantaban y pronunciaban sus nombres antes de volver a sentarse, a veces no tenían rostro o a veces tenían barba o un sombrero o un albornoz muy largo o un traje que les quedaba grande, Suicidario de los Cuatro Mil, Estercolero de la Carne Viva, Recordador de lo Indiviso.

Es París, pensé, debo de estar recibiendo señales (no me extraña que la gente venga aquí a escribir). Había una exposición en la Bibliothèque (algo sobre geografía, historia y el espacio), dentro me encontré con una serie de fotografías, recuerdo claramente una en la que se veía un pueblo en la cima de una montaña (en algún lugar de Francia o quizá en Suiza) donde un grupo de artistas se había reunido para un encuentro y parecía como si las construcciones hubieran sido levantadas en medio de las nubes (que estaban por debajo de las casas) y uno tenía la impresión de que no había manera de entrar o salir de allí (aunque se veían caminos serpenteando alrededor de los edificios pero, extrañamente, no había coches, si bien la foto pudo haberse tomado antes de que se inventaran los coches), y yo me pregunté si ese encuentro había sido un desafío (como una penitencia de medianoche) y me imaginé a los artistas haciendo todo lo posible por llegar hasta allí (caminando por el filo de una cordillera, con abismos a cada lado, o cayendo en paracaídas) y entonces pensé en mi propio viaje a París, en lo caprichoso de todo (siguiendo una promesa). En el camino de regreso, paré en un bar cerca de la Gare de Lyon (donde se estaban haciendo apuestas, juegos de

azar) y me puse a conversar con el encargado del sitio que quiso saber mi nombre. Empezaba a sentirme como un parisino más. Normalmente tardo diez horas en captar las sensaciones de un lugar (a partir de allí, la ciudad es mía). Caminé de vuelta a la librería, pero la chica que me había atendido ya no estaba (en su lugar había una señora muy seria), así que me fui solo al restaurante donde comí una especie de estofado de res con nabos, patatas y cebollas (un plato campesino francés). Esto es una pasada, me dije, mirando el hueso en pleno centro del bol. Es ahora o nunca, pensé, y succioné el tuétano del hueso, que me pareció un asco, como un licorcillo espeso y blando. Qué coño, estaba en París, ¿no? Después caminé por la orilla del Sena en plena tarde; había grupos de amigos y amantes bebiendo vino y haciendo pícnic en mantas extendidas sobre el césped (a medida que el sol iba cayendo). Me senté en el suelo (a mi lado, una pareja descalza dormía sobre una sábana) y me quedé allí casi hasta las diez, cuando supuse que mi amigo ya habría regresado a casa (era eso o quedarme a pasar la noche durmiendo sobre la hierba, lo que en cierto modo también me parecía atractivo); en todo caso, fui a otro bar más y al ver a todas esas mujeres inalcanzables que bebían vino en plena calle (con hermosos tacones y medias y los bolsos repletos de cosas personales y de sus propias vidas, que no tenían nada que ver con la mía) me puse melancólico por primera vez y me sentí viejo, un poco (o demasiado joven), y me dieron ganas de irme a casa.

Cuando llamé a la puerta, Patty atendió el telefonillo y me abrió sin decir una palabra. La puerta (una puerta de madera gigante que parecía haber pertenecido alguna vez a un castillo, con pomos de metal) se abría a un túnel con el suelo adoquinado que conducía a un patio lleno de plantas que crecían en macetas rotas (las ventanas estaban iluminadas y había ropa puesta a secar). Oí una voz que venía de arriba. Cuarto piso, dijo, y subí por una sinuosa escalera de piedra (surcada por un ventanal oxidado y roto al que le faltaban varios cristales), hasta que llegué al rellano, que estaba lleno de zapatos y pilas de botas sucias y zapatillas de deporte (incluso algunos zapatos de tacón). Esto es como un puto museo del Holocausto, pensé (aunque también pensé que quizá podría probarme algún par y reemplazar mis botas).

Cuando abrí la puerta, apenas pude reconocerlo. Estaba más flaco (mucho

más flaco) y parecía más joven, no demacrado, sólo más delgado de un modo natural (la naturalidad de la gente joven). ¿Qué pasa, hermano?, dijo. Las cosas han cambiado, pensé (esto se va a poner interesante). El piso era increíble (un poco raro), repleto hasta el techo de cosas. El pasillo había sido acondicionado como comedor, con una mesa justo delante de la puerta principal y al otro lado del baño, cosa que me pareció particularmente extraña, pues el baño no tenía puerta y la entrada sólo estaba cubierta con una vieja cortina (Estoy en Francia, pensé, aquí puede pasar cualquier cosa). Detecté un tocadiscos portátil en un rincón del salón, haciendo equilibrio sobre una pila de viejas enciclopedias (quizá servía para aplacar el ruido del baño) y alrededor del aparato había unos cuantos LP's, Can, Philippe Doray, el LP de Futura producido por Red Noise y el álbum de Rob Jo Star Band (que hasta entonces yo no había escuchado nunca, pero que se convertiría en la banda sonora de mi viaje). Esto demostraba que Patty seguía escuchando música (aunque fuera toda música vieja).

Por todas partes había cajas de madera apiladas unas encima de otras (ellos las usaban como estanterías de libros). El salón estaba al final de un corredor muy largo (las paredes empapeladas con páginas amarillentas de cómics viejos, cosas tipo *Krazy Kat* y *Little Nemo*) y cuando entré por primera vez allí estaba tan oscuro que tardé un rato en distinguir lo que había en el lugar. Vi un par de cortinas de terciopelo marrón que llegaban hasta el suelo (cerradas) y algunas velas encendidas (y algunas lámparas) y echada en el sofá estaba la mujer más hermosa que había visto jamás, el pelo negro y los labios rojos y unas gafas muy grandes (su pelo era como un silencioso río de plata oscura, un río que se movía en completo silencio, eso fue lo que me pareció al verla allí por primera vez), y sus orejas (mejor ni preguntes), ni siquiera podría describirte sus orejas, tenía el pelo recogido alrededor de una de las orejas y era como estar observando la Tierra desde el espacio, la tierra hueca (o como verte a ti mismo en forma de feto, dentro del útero de tu madre), y estaba fumando un cigarrillo, su brazo doblado en un ángulo perfecto (tenso, no sin esfuerzo, pero aun así parecía dúctil, relajado), y además era tan esbelta (tal vez un poco rellena); te daba la impresión de alguien sofisticado, misterioso, maduro. Esta relación se cae a pedazos, me dije. Se llamaba Valentine (por supuesto, cómo más iba a llamarse). Ésta es



Valentine, dijo Patty, mi amante. Así fue como me la presentó. Me sentí poco sofisticado (y cutre). Valentine se levantó y me ofreció su mejilla. Había olvidado que en Francia se dan dos besos, así que tuve que repetir el saludo y ella se rio, pero cuando la miré a los ojos vi que eran como canicas. Vamos a comer algo, dijo Patty, agarrando su abrigo, y aunque yo ya había cenado decidí seguirles la corriente.

Fuimos a un bar a unas pocas manzanas de allí (un lugar del que parecían clientes asiduos). El tipo detrás de la barra gritó y gesticuló cuando los vio entrar y Patty respondió en francés (lo que me pareció impresionante). Nos sentamos en una mesa y Patty pidió una botella de vino (yo habría preferido cerveza pero, de nuevo, estábamos en París). Ambos se sentaron frente a mí. Había algo raro en la atmósfera. No habíamos hablado de nuestras vidas pasadas (en un momento yo iba a sacar el tema pero Patty agarró a Valentine del cuello y ambos empezaron a simular una pelea, así que lo dejé pasar).

Tenían problemas de dinero, decían que estaban a dos velas (aunque en el día a día no parecía importarles demasiado). Patty estaba trabajando como artista de cómics (ilustrador, según él). Se levantaban a mediodía o a la una de la tarde (después de follar, follar ruidosamente, cada mañana) y Patty aparecía cubierto sólo con una toalla, estrenando ese nuevo cuerpo delgado, a veces con mordiscos o moratones en la piel (era como si mi antiguo Yo hubiera venido a asediarme) y luego cocinaban una comida elaboradísima (y se bebían una botella de vino entre los dos), siempre en la oscuridad (que durante el día era más bien como una ominosa media luz, ni luz de día ni luz de noche, un limbo permanente que, en cierto modo, podía parecer idílico), finalmente Patty se sentaba a dibujar en su escritorio delante del fuego (tenían una estufa de carbón que mantenían encendida noche y día) y allí hacía todas esas cosas de fantasía que le encargaban (toda esa basura de espada y brujería), con mujeres de pechos protuberantes atadas a rocas y gladiadores y asaltantes intergalácticos. Pagan bien, decía Patty, por esta mierda. Además hacía dibujos pornográficos, cosas fáciles, mierda retro y a veces Valentine posaba para él (de modo que uno iba caminando por la casa y de repente te la topabas allí en el sofá, en ligeros y con un corsé y esos labios rojos y esas orejas y su pelo cayéndole por la espalda como un río que manara del Edén mismo). Yo entraba en el salón y tenía la impresión de que estaba todo

calculado, que ambos estaban en el ajo, como si Valentine quisiera que yo la viera allí y Patty quisiera mostrármela (¿Por qué a mí?, pensaba yo).

Digamos que entramos en una rutina (yo era libre de hacer lo que quisiera en la casa). Por las mañanas (antes de que se levantaran), caminaba hasta una panadería en la avenida Saint Martin, donde siempre pedía lo mismo (una *baguette* con tomate y pimientos y salmón calentada en un horno), y me sentaba al sol en un banco (con los indigentes y los *clochards* y los desempleados) a ver el mundo pasar. Cada tantos días me dejaba caer por la librería (Shakespeare & Company) a buscar a mi marimacho, mi amor de verano, la llamaba (aunque a esas alturas no habíamos compartido nada más que un par de entretenimientos turísticos). Nunca estaba en la librería (o al menos no atendiendo al público) y mi francés no me alcanzaba para preguntar por ella. Quería a mi propia Valentine (era obvio).

Pasábamos las noches entre charlas triviales, fantasías de borrachos y a veces Valentine cocinaba para nosotros, Valentine era una excelente cocinera vegetariana (que no era lo mío, pero daba igual...) y preparaba esos boles gigantes de verduras (espárragos y pecorino y piñones y hojas) y nos hacía comer con cucharas de madera y luego nos ofrecía un postre perfecto (una *crème brûlée* o un *crumble* perfectamente tostado), todo en medio de la oscuridad, en ese claroscuro perpetuo en el que vivíamos (lo que hacía que fuera aun más especial, si cabe).

Empecé a intimar con Valentine. Era mitad japonesa, mitad sueca (que es como decir que era relajada y alegre, pero a la vez ingenua y discreta). A veces, cuando Patty estaba trabajando con una fecha de entrega muy apretada, Valentine y yo salíamos a caminar por París, nos sentábamos en los parques (o a la orilla del río) o vagabundeábamos por las galerías de arte. Una vez le pregunté por qué Patty me había invitado. Me habló de ti, dijo ella. Esto fue una tarde que pasamos en un parque cerca del Sacré-Coeur (uno de nuestros sitios favoritos). Patty dijo que tú venías de una parte de su vida que él no quería olvidar. Habla de mí como si fuera un producto de su imaginación, dije. Así es como me siento yo a veces, dijo ella, y soltó una carcajada. En todo caso, el tema nunca surgió entre Patty y yo. Patty tenía esa forma de mirarlo a uno que de entrada dictaba los términos de la relación y de las conversaciones, como un muro o como una cerca de alambre (entonces

uno se quedaba en tierra de nadie).

Cuanto más tiempo pasaba con Patty y Valentine, más solo me sentía. En Escocia solía valorar mucho mi estilo de vida solitario, pero había algo en París que me hacía desear volverme el confidente, el verdadero amante de la ciudad (como cuando era niño y me enamoré de Glasgow y de toda la gente de allí).

Una tarde volví a la librería (Shakespeare & Company) y allí estaba (por fin), sentada detrás del mostrador, mi amor de verano. Hablaba con un turista sobre Gerard de Nerval, el poeta (*L'homme pendu*, lo llamaba ella). Me paré en un rincón y agarré un ejemplar de *Satori en París*, de Jack Kerouac, y leí unas pocas páginas (como cualquier mochilero imbécil). Me sentí mal, leí esas páginas y no me dijeron nada, me parecieron triviales (inverosímiles, incluso). Las cosas definitivamente están cambiando, pensé, esto es una verdadera tragedia. Tuve que devolver el libro a la estantería. Sentí aquello como una muerte, o como un ataque (como si una voz en mi cabeza hubiera sucumbido finalmente a la nada). Caminé hasta el mostrador. ¿Te acuerdas de mí?, pregunté. Ah, dijo ella, el turista literario, el diletante. No soy ningún diletante, dije, no soy ningún farsante (¡Yo lo viví!, quise decir, pero ¿qué era lo que había vivido?). Justo entonces tuve una sensación muy extraña. La chica de la librería me miraba como si yo fuera un pájaro (como una niña examinando la cabeza de un pájaro) y yo me sentí como una pluma (una pluma sin ningún peso en absoluto). Era como si pudiera ver toda la escena desde arriba. Vi a la chica agitar sus alas (un solo movimiento nada forzado que volvió del revés toda la librería) y sentí esa repentina estocada dentro de mi cuerpo (como si la velocidad de su aleteo hubiera provocado que mis órganos se desparramaran a mis pies), arrastrado por la fuerza de gravedad mientras nos elevábamos por los aires (sólo duró unos segundos, pero nunca lo olvidaré). Me sentí completamente vacío (como una tumba). Para cuando volvimos a aterrizar yo supe que sería capaz de enamorarme, de dejarme llenar como nunca antes, sin ningún corazón o hígado o sin ninguna melancolía alucinada que pudiera interponerse (no tengo otra forma de describirlo: me sentí liberado). Estiré mi mano y ella escribió su nombre y su número de teléfono con un bolígrafo en mi dedo corazón. Clementine, decía. Tuve el impulso de meterle el dedo en la boca, pero el momento ya había

pasado, así que me di la vuelta y salí de la librería sin mirar hacia atrás (con el corazón latiendo en alguna otra parte, lejos, más allá de mi control).

En el camino de regreso, me emborraché (otra vez) y, ya en casa, me quedé dormido en el baño (Valentine tuvo que ayudarme a llegar a la cama). Desperté en plena noche con la cabeza palpitante y tuve un pensamiento horrible: que mis órganos estaban volviendo a crecer, que mi cuerpo se estaba llenando y que, pronto (una vez más), no habría sitio para el amor. Me senté en la cama. La luna estaba pasando por la claraboya, con unas nubes suspendidas a su alrededor como un viejo barbudo. Ése no soy yo, dije. Y espero que no sea mi padre. Me levanté a tomar agua y crucé el salón donde Patty seguía despierto (trabajando en algún encargo) con una lamparita sobre el escritorio (parecía un planeta solitario). Conseguí llegar al baño, llené el lavamanos y clavé la cabeza en el agua fría. Necesitaba despertarme, pensé, me estoy llenando de estrellas y planetas (y de amigos y familia). Pronto ya no habrá espacio para moverse. Regresé al salón y Patty estaba de pie frente a la ventana, fumando, mirando la ciudad (a los cubos de basura y las figuras solitarias que iban y venían).

Me pareció que había llegado el momento de confrontarlo. Me acerqué a la ventana. ¿Por qué me invitaste?, le pregunté. A duras penas nos conocemos, en realidad. Le dio una calada profunda al cigarrillo y luego empezó a toser hasta doblarse. Se secó la boca con el brazo, que quedó manchado con una espesa hilera de flema amarillenta manchada de sangre. Estás tosiendo sangre, dije. Bah, tonterías, dijo. Es pura deshidratación. He estado evitando el agua. Mi cuerpo entero está encurtido, dijo.

Sentí que me estaba volviendo loco. (¿Qué estaba sucediendo dentro de nuestros cuerpos?). ¿Es por eso que querías que viniera?, pregunté, ¿para que mis entrañas fueran muriendo una a una? Me miró con un gesto de preocupación. ¿Te pasa algo en el cuerpo?, dijo. Le conté que un pájaro se había llevado mis sentimientos, extirpando mis órganos uno tras otro como un cirujano. ¿Adónde fueron a dar?, preguntó él. A las copas de los árboles, dije, al fondo del océano. Entonces tuve la impresión de que estaba a punto de amanecer (silenciosamente, sin permiso) y desperté en mi cama con la vista de las chimeneas y las antenas de televisión y las iglesias y la ropa puesta a secar (una vista que se extendía hasta el infinito).

A la mañana siguiente me levanté y nadie dijo nada (ambos se habían levantado temprano). Valentine tenía una entrevista de trabajo en una *boutique* de moda, así que por una vez habían puesto el despertador y ahora estaban sentados a la mesa, desayunando *bagels* y café, cuando entré yo (desnudo de la cintura para arriba). Bonito tatuaje, dijo Valentine (en esa época yo tenía un tatuaje de un compás náutico justo arriba de mi corazón, un compás con monstruos marinos y corrientes y barcos navegando alrededor, pero luego decidí quitármelo).

Patty actuaba como si nada hubiera ocurrido. Les dije que tenía una cita (con una chica que trabajaba en una librería). Valentine me dijo que la invitara a cenar. Patty me miró a la cara y yo pensé que estaba a punto de guiñarme un ojo (casi pude ver cómo su rostro se acomodaba para el guiño, ya me entiendes), pero simplemente se quedó observándome un rato más y luego apartó la mirada. Al final, a Valentine no le dieron el trabajo en la *boutique* y quedaron más pobres que nunca pero, como ya te dije, era imposible darse cuenta porque seguían comiéndose esas pirámides de queso de cabra y bebiendo todo ese vino (y comprando plantas nuevas y material de dibujo).

Llamé a Clementine y la invité a casa. Al principio no dejaba de hablar en francés por el teléfono y yo estaba confundido (ni siquiera estaba seguro de que fuera ella), pero después de un rato se calmó y pudimos hacer nuestros planes. Yo había llegado a París con poco más que la ropa que llevaba puesta, así que esa noche le pedí a Patty que me prestara algunas prendas y Valentine me ayudó a arreglarme (éramos casi del mismo tamaño, así que no hubo problema). Elegí un par de botas de la pila del rellano de las escaleras (un par de botas de motero con un águila de metal en el tacón), me puse gomina y me peiné de lado (la primera vez que hacía algo así en mi vida).

Resultó que Clementine vivía muy lejos (en algún lugar de Clichy), entonces Patty se ofreció a ir a buscarla en su moto. Pensé en sus brazos y en su pecho, en el perfume de su cuello, pero de todos modos acepté el ofrecimiento. En casa, Valentine y yo abrimos la primera botella.

Clementine tenía un aspecto muy distinto por la noche (todavía un poco masculino, pero menos juvenil y más triste y como haciendo un esfuerzo). Tenía un vestido holgado con un estampado de cachemira (le llegaba a la

mitad de los muslos) y llevaba un chal negro de lana sobre los hombros y un pequeño bolso en la mano. Éste es un auténtico romance europeo, pensé. Esto es una película. Le besé una mano y ella se mordió los labios (una señal).

¿Qué tal estuvo el viaje?, le pregunté. Me despeiné toda, dijo. Nos sentamos en la mesa de la cocina donde Valentine preparaba la comida (ya no recuerdo qué estaba haciendo pero era algo relleno, pimientos rellenos, algo así), pero el caso es que tardó un montón en cocinar y todos terminamos emborrachándonos antes de tiempo. ¿Has oído hablar del tatuaje de Johnny?, le preguntó Valentine a Clementine. No, dijo ésta, ¿debería? Si no quieres perder el rumbo, entonces sí, dijo Valentine, y soltó una carcajada. Dime, dijo Patty, ¿cómo podemos eludir a todos esos monstruos marinos? ¿Tienes las coordenadas? ¿Y cuándo zarpamos? Es un mapa, dije, está fijo, no es una guía, es una fantasía. Entonces, ¿para qué lo tienes?, dijo Patty. No lo sé, dije. Hay sangre y agua dentro de mí que necesitan un norte, quizá. Me gustan los tatuajes, dijo Valentine. Siempre le pido a Patty que se haga uno. ¿Qué te harías tú?, preguntó Clementine, y Patty lo pensó por unos instantes. Nunca podría tatuarme una imagen, dijo, ni un gráfico ni un signo. Tendría que ser una palabra. ¿Y qué palabra sería?, volvió a preguntar Clementine. Pocas letras, dijo él. ¿Pocas?, dijo Clementine, ¿qué te parece «pero»? Ésa es mi palabra favorita en inglés, para mí lo resume todo. No, «Aún», ésa es mejor, dijo Valentine. Aún mejor, dijo Clementine, ¿y qué hay de «pan»? Pan, dijo Patty, eso no tiene sentido, es una gilipollez. No, dijo ella, un pan en el horno. ¡Venga, Patty, dijo Valentine, dinos qué palabra te tatuarías, venga! Pero Patty no dijo nada y nos miró sonriendo (incluso en París, incluso allí era el mismo rollo).

# **LA NOVIA DE MIS SUEÑOS, QUE ES, CLARO ESTÁ, MI MADRE, PERO SIN VAGINA, POR FAVOR**

*Dominic Hunter, también conocido como Dom o como Wee Be-Roo de Relate, confiesa a Ross Raymond que se enamoró de Remy nada más verlo.*

De: <domboy12395@towerrecordings.co.uk>

A: <rossrraymondo17@mountainofdoom.co.uk>

Asunto: Re: Fecha: Viernes, 21 feb 2014 22:39:12 +0100

Querido Ross, ¡cuánto me preocupo por ti! ¿Cómo van tu pecho y ese horrible resfriado? Yo estoy bien, gracias, me mantengo bien, tanto como puedo. Gracias por el precioso correo electrónico y las flores y los bombones y los pequeños extras, me he quedado absolutamente prendado del disco de Abner Jay que me mandaste, es justo lo que necesitaba, sabes cómo mimarme y ahora te voy a mimar yo a ti, eso es, ¡arruinando tu libro con mi contribución de pacotilla! Siempre me he sentido orgulloso de mi memoria fotográfica, no olvido una cara, o un movimiento de manos, o a un chapero en los baños del Paraíso o en la parte de atrás del Covent Garden si se da el caso. Mala suerte para ellos. Pero buena para ti, querido Ross, o al menos así lo espero, en esta ocasión.

Abordaré tus preguntas una por una, a mi manera, pero discúlpame si, al final, todas ellas se diluyen en un único y tremendo suspiro. Cuando pienso en el pasado es todo lo que puedo hacer para no marchitarme como un tulipán.

—Sí, me enamoré de Remy nada más verlo, ya es de dominio público, toda la movida, todo el tinglado: es cierto, lo admito.

—Fue en una fiesta de año nuevo en la que el anfitrión, ese horrible transexual que sembró el terror en Airdrie, literalmente *sembró el terror* en todo el lugar, nos puso a escribir nuestros propósitos para el nuevo año y pasárselos a los que estaban sentados a la mesa para que los leyeran, una especie de juego de los deseos si así lo prefieres, cuando llegó el del cielo de Remy había escrito cuatro metas para el año nuevo, las normales que hubiera escrito cualquiera, como mantenerse en forma, terminar más cosas, pero también tenía una en la que decía que deseaba «cultivar sensaciones más aberrantes». ¡Qué estilazo! ¡Qué actitud! *Tout suite!* ¡Ooh, la, la! etc. Rápidamente escribí un quinto deseo a lápiz que decía «cásate conmigo» xxx, y se lo pasé al siguiente sin decir nada, de delicia. ¡Un secreto! Claro está que cuando dio toda la vuelta el cielo de Remy la vio, pero no tenía ni idea de quién la había escrito. ¿Quién quiere casarse conmigo?, preguntó. Por supuesto, todos lo negamos. Yo también. ¡Hizo que resultara más placentero!

—Por aquella época parecía un joven Tim Buckley. Un joven y querubínico Tim Buckley flotando en una nube de calma con olor a almizcle. Era muy tranquilo y sereno. Luego en el escenario era donde salía la bestia. Eso era lo que siempre le decía. Le daba una arenga antes de salir. ¡Es el momento de sacar la bestia!, le decía. Eso le volvía loco. Le decía que debería hacerlo solo, travestido, preferiblemente. Pero él era inflexible al respecto, ¡qué lástima!

—Por aquel entonces yo era más bien un artista de *performance*. Me vestía como un payaso o un mimo y tocaba ese instrumento de una sola cuerda metálica con una amplificación de la hostia. Lo había construido con unas tapas de cubo de basura como caja de resonancia, un palo de escoba como mástil y un alambre como cuerda. Lo tocaba como si estuviera en una película muda, con gestos realmente exagerados. Totalmente ajeno al escándalo que estaba montando. Me inspiré en los gestos que ponían las reinas del cine mudo cuando gritaban. Nadie le prestó atención, excepto una persona: mi querido Ronnie.



—Ronnie era mi compañero en la época que conocí a Remy. Ronnie me vio hacer una actuación en el Zanzibar en Coatbridge. Yo era un habitual del Zanzibar de Coatbridge. Era un oasis. Literalmente. Un refugio, un mar en calma. Creo que incluso tengo aún el oasis de neón que tenía el letrero de la calle. Además había un reservado que nadie conocía, sólo las reinas, las reinas del escenario. Durante la actuación me dejé llevar con tanta intensidad por mi propia concepción diabólica del *cabaret* experimental que casi me corto una arteria de la muñeca mientras tocaba esa maldita cosa. Ronnie fue la única persona allí que tuvo la rapidez de cogermelo y bajarme del escenario. Me vendó la herida y me llevó al hospital. Él no bebía, ni siquiera por aquel entonces, el bendito. Me dijo que fue en ese momento cuando se enamoró de mí. ¡Ay de mí! ¡En urgencias y vestido como un payaso! ¡Con una toallita para el té enrollada para cortar la hemorragia de la muñeca! ¡Ahí puedes ver qué clase de persona era! Dicen que uno se enamora de su madre. Se dicen todo tipo de cosas. Pues sí: me enamoré de mi madre. Quizá lo hice. Ronnie era un rompecorazones. Un marinero realmente tosco, pero que en su interior albergaba una naturaleza con mucha curiosidad por todo. Con un corazón tan leal. Adoro profundamente a los buscadores de corazón que hay en este mundo. Además proyectaba una intensidad especial sobre cualquier aspecto de su vida. Por eso no bebía. Tenía que estar lúcido en todo momento. Insistía en ello: para poder maravillarse en silencio. ¡Qué campeón! Era la novia de mis sueños, que es lo mismo que decir mi madre, pero sin vagina, por favor.

—Llevaba camisetas. Camisetas blancas. Olía a sexo añejo. Una cazadora de cuero, unos pantalones vaqueros. Muy clásico. Ahora me viene todo a la cabeza y puedo verlo y sentirle en mis dedos. Por las noches, cuando yo estaba enfermo, sudando de fiebre o con palpitaciones (tenía tantos problemas con las palpitaciones que Ronnie comparaba mi corazón con *una rosa que se agita cada vez que cae en ella una simple gota de rocío*), hacía guardia en la puerta del dormitorio. Ni siquiera junto a la cama. Como si fuera el guardaespaldas de un famoso. Y no dormía en toda la noche. Hacía lo mismo durante mis actuaciones. Se sentaba en primera fila o se quedaba detrás del escenario. Creía en mí. Lo veía en sus ojos. Y cómo cocinaba. Me sentaba en la mesa y no me lo podía creer. Si no era *coqau-vin* era algo con

remolacha. Comenzamos a parecernos el uno al otro, lo mismo que les sucede a las parejas que llevan mucho tiempo. Nos transformamos en el otro. Yo era el más hablador de los dos, lo admito. El estilo de Ronnie consistía en sentarse en el sofá a tu lado y cogerte de la mano. Te miraba a los ojos como si fueras Buda o Diana Dors. Podría haberle contado cualquier cosa. De hecho lo hice. Le daba charlas sobre arte. Le leía poesía. Bebía con él mientras él daba sorbos a un zumo de zanahoria. Le di a fumar marihuana por primera vez. Nada podía arruinar su gran espíritu. Era siempre el que me llevaba a la cama al final de la noche. Y luego me preparaba el desayuno por las mañanas. También me contaba qué cartas me habían llegado, lo que resultaba un poco irritante. He de admitirlo. Eso era un problema. Me abría todas las cartas personales, pero parecía parte de los cometidos de esta madre completa, pero sin vagina.

—Siempre sugería una nueva experiencia extraordinaria. Era muy valiente. Vamos a hacer kayak en el río Kelvin, decía. Lo hicimos una vez. Fue un desastre. Vamos a subir una montaña, decía. Eso era demasiado para mí. Soy una chica de ciudad, ¿no lo ves, Ronnie?, le decía yo mientras me doblaba media botella de vino.

—Éste es un buen ejemplo de lo dulce y puro que era. Una noche estábamos fumando marihuana; le había cogido el gusto a la marihuana. ¡Y yo tenía la culpa, ya me valía! Te estás enviciando, le decía. Ten cuidado, tío. Había un juego que nos gustaba mucho y que iba así. Das un nombre a cada momento. En lugar de contar hasta sesenta, eliges a una personalidad: una por minuto, una detrás de otra. Y cuando digo personalidades me refiero a atmósferas. A continuación, vives en ellas. Intentas experimentarlas. Ronnie me enseñó a hacerlo. Por ejemplo, este preciso instante, decía, este preciso instante es, sin duda alguna, *Casino Royale*. Vale, le decía a Ronnie. Puedo, me apaño. Ha pasado el minuto, decía Ronnie, ahora ¡demos la bienvenida a la ¡*Odisea*! No lo has pillado, le decía. ¡Este minuto entero no fue escrito por los romanos!<sup>[12]</sup> Es más sencillo, decía. Éste es *Borderline*. El siguiente *Like a Virgin*. El siguiente *Live to Tell*. Con esa Ronnie se quedó flipando. ¿Qué cojones es eso?, dijo. Era increíble. Era muy ingenuo. Incluso me enamoré

más de él.

—Y menudo escroto. Discúlpame, pero es la única palabra para definirlo. Un enorme escroto. No era una polla y unos huevos. Era un enorme escroto animal. Como un rinoceronte que tiene que ir por donde quiere. Y había que ordeñarlo, regularmente. Lo que, claro está, yo hacía encantado.

—Me temo que no voy a entrar en eso. Lo siento. Ni siquiera voy a dignarme a contestar. No escuché mención alguna de Leigh Bowery, y de repente ahí está él, con un casco de motocicleta y el maquillaje de payaso. ¿¡Hola!?

—Puse un anuncio en la Biblioteca de Airdrie. Así es como se hacían las cosas por aquel entonces. Por allí es por donde pululaban todos los auténticos marcianos. Ponía: *Busco desesperadamente santos locales, divinidades secretas, estrellas de cine fantástico para posibles rela-acciones. La inexperiencia es una ventaja, el estilo no es un inconveniente, deben haber estado dentro de su cuerpo durante al menos dieciocho años. Cometidos incluidos: subversiones, tormentas de ideas, seducción, romance, usurpación y destilación.* Luego puse mi apartado postal. Y firmé: *un hombre sentenciado a muerte.* Estaba muy metido en Dostoievski. No escribió nadie. ¡Ni un puto santo de dieciocho años en todo Airdrie!

—Luego viene esa funesta fiesta de año nuevo con Ronnie. Le escribí a Remy que se casara conmigo. No sé por qué. Tenía una relación perfecta en casa. En todos los aspectos excepto por lo de las cartas personales, que podía llevarlo bien. Pero ahí me ves, babeando por un yogurín. Soñando con casarme con un joven tiarrón. En el sitio en el que estábamos había un balcón. Un balcón muy pequeño. Remy, Ronnie y yo nos metimos allí a presión para fumarnos un porro. Yo estaba en un apuro tremendo. No hacía más que apretar los muslos uno contra otro. Me agachaba a cogerme el pie y me estiraba la pierna por detrás. Estaba haciendo contorsiones ante ese tío. Sálvame, pensé. Sólo quería que saliera el sol y que nos cegara y que pusiera fin a toda esta locura. Pero luego se me bajó al estómago. Era como si mi polla fuera una cuerda que tirara de una campana en mi plexo solar. Una

campana de boda.

—Remy me contó que tocaba música. Ese joven. Ese bello y joven navegante sideral. Quería cogerle la cara con mis manos como si fuera una copa y echar un trago largo y fresco. Me contó que era músico. Entonces mis huevos se iluminaron como unas bombillas encendidas. ¡Estoy montando un grupo!, le solté. ¡Estoy buscando divinidades secretas! Espera un momento, dijo él. ¿Eres tú el que ha puesto ese anuncio en la biblioteca? ¿Eres tú el hombre sentenciado a muerte? Sí, dije, sí, soy yo. Pensé que ya no quedabais ninguno vivo, dijo. El cielo de Ronnie lo interrumpió. Siempre miraba por mi bien. Dom es un gran artista, dijo, un artista conceptual serio. ¿Y tú quién eres?, le preguntó Remy, ¿su madre? Eso fue muy atrevido. Acabaré como tu yerno si esto sigue así, dijo Remy. Y luego me señaló y me guiñó el ojo. Estaba tocando todas las teclas correctas.

—Ronnie comenzó a vestirse de un modo extrañamente extrovertido. Por primera vez. Creo que era consciente de la competencia. Parecía un matón puertorriqueño. Se despertaba por la mañana e inmediatamente salía de la cama. Luego comenzaba a hacer flexiones en el suelo vestido solamente con una camiseta blanca. Con su enorme escroto follándose el suelo, *pa, pa, pa*. Realmente follándose. Y siempre ensayaba la misma canción. «Party Fears Two», de The Associates. Se convirtió en nuestra canción. Pienso en cómo comienza. Es algo que se te mete por debajo de la piel. Como que lo respiras. Te metes una raya de recuerdos y te deja noqueado. Lo suficientemente atractiva como para generar una sensación de experiencia. Pero puede que sólo me pase a mí. Puede que sea que estoy trayendo otra vez todos esos momentos únicos. ¿Quién sabe? Pero *hubo* momentos únicos. Y había ideas que iban con ellos. Y cada vez que la escucho me retrotrae a esa época. A mis amantes. A mis jóvenes amantes. Incluso a pesar de que haya pasado tanto tiempo. ¿Es capaz la música de conservar un momento único? ¿Es capaz, Ross? ¿Crees que puede conservar vivas todas las ideas que lo acompañaban? ¿Puede mantenerlo eternamente joven? ¿Por qué el futuro se da tanta prisa para arrebatártelo todo? Esta última frase es una cita, por cierto. De Sinew Singer, ¿lo conoces? Es uno de mis grandes héroes. Te mandaré su disco si

no lo conoces. Debería aparecer en tu libro. Es de una canción suya, «Why Does The Future?», en la que canta sobre todas estas cuestiones. No al futuro, realmente, sino sobre el futuro. Como si él fuera el futuro. Pero como si él fuera aún un misterio para sí mismo. Ahora que el futuro ya ha llegado, ahora que estoy viviendo solo sin esposa ni madre ni novio que me cuide, ahora sé finalmente qué quería decir.

Querido Ross, espero que esto te sirva de ayuda y que no arruine tu libro a pesar de lo que he contado, y recuerda lo mucho que me preocupo por ti.

DOM X

# VI TANTAS LUNAS MUERTAS DANDO VUELTAS ALREDEDOR DE UNA ESTRELLA

*Paprika Jones recuerda los últimos días de Lucas Black.*

Satisfacción absoluta, eso decía, para ser exactos.

Nunca he hablado con nadie sobre todo esto.

¿Por qué?

Porque no tiene sentido.

O porque tiene todo el sentido del mundo.

O porque en cierto modo me implica a mí, a lo que me toca de su felicidad, a lo que me toca de su muerte.

No sé.

Yo llevaba unos años en la escena.

Desde muy joven fui una flipada.

Una epifanía sexual tras otra.

Me había criado en el nido de víboras más aburrido, atrasado, iletrado y jodidamente reprimido de toda Escocia.

Y eso por hablar sólo de mi familia.

Todo era culpa y sufrimiento y penitencia en nombre de la vida normal.

Me criaron para creer que toda forma de indulgencia merece un castigo, que no se puede seguir lo que te diga el corazón sin recibir siempre una paliza, como si existiera una norma de vida objetiva que da sufrimiento a cambio de paz, aunque no es paz realmente, sino como una suspensión del

castigo, cuanto más devastado te veas menor tortura estás obligado a soportar, algo así, como si lo único que la realidad deseara fuera tu absoluto sometimiento y obediencia y una confesión de culpabilidad obviara la necesidad de hacerte añicos para siempre.

Pero cuando sientes esa primera polla empujando las paredes de tu garganta o tus dedos desapareciendo entre las piernas de algún extraño, si de veras puedes sentirlo, te das cuenta de que la vida no tiene la más mínima intención de joderte.

Sólo que hacen falta muchas pollas para martillártelo en la cabeza.

Recuerdo que una vez escuché «Venus in Furs», de la Velvet Underground, y pensé: Oh, Dios, esto es como la banda sonora de la fuga de mi cerebro, ya sabes, el motín en la penitenciaría, la soga que desciende por un muro directamente hacia el otro lado, hacia el lado salvaje.

Inmediatamente basé mi personalidad en esta fantasía.

Me convertí en una seductora, en una espía en la casa del amor. Dedicaría mi vida entera a mantener encuentros.

He llegado a ver a las personas no como individuos, sino como destinos, como puntos en el mapa de un inhóspito desierto, como un oasis de la carne, un umbral de las babas y el mal olor y a veces yo respiraba ese aroma, ya me entiendes, con mis piernas bien abiertas en el asiento trasero de un coche o en un club nocturno o en medio de unos arbustos cerca de una estación de tren, un mal olor a veces tan intenso que yo me decía a mí misma: Dame mi propio cadáver putrefacto antes que esa muerte en vida del matrimonio suburbano, prefiero una botella de cristal en el culo antes que un anillo de compromiso en el dedo.

Vi tantas lunas muertas dando vueltas alrededor de una estrella.

Que te den, dije.

Yo soy la puta estrella.

Quedé enganchada a la escena musical.

La escena del arte estaba colapsada.

La de la moda era banal.

La de los libros transcurría a puerta cerrada.

Hay que entender que cuando hablamos de una escena local, estamos hablando de una escena internacional en microcosmos. Teníamos a nuestro

propio Syd Barret y a nuestro propio Brian Jones y a Nico y Pete Perret. Lo que pasa con la escena musical es que estimulaba nuestra fe. Nos daba ánimos para vivir la música y su estilo de vida al pie de la letra. Así que por ahí andaba toda esa gente, viviéndola a tope, probablemente con mucha más intensidad que sus modelos de conducta. Después de todo, no es fácil ser Iggy Pop en un pueblucho del oeste de Escocia. Requiere cierto compromiso. Y había algo en la trastienda de esa escena. Ver a Patty y a Maya con sus abrigos larguísimos a juego y sus gafas oscuras envolventes en la cola del paro en pleno centro de Airdrie, o ese otro tipo, Street Hassle lo llamaban, nunca me acuerdo de su verdadero nombre, tampoco recuerdo si llegué a tratarlo, con una camiseta cortada por él mismo y el abrigo de piel de su madre, sentado en un banco junto al mausoleo de Coatdyke y todos los coches que pasaban junto a él tocándole la bocina. Y luego estaba el indiscriminado uso de sustancias, el alcohol, la noche.

Lo primero que me propuse hacer fue invertir la noche y el día.

Entonces me sentí inmediatamente atraída por ese mundo.

Empecé a ir a fiestas y a follar en los baños o encima de los abrigos en el cuarto.

Luego empecé a liarme con músicos.

El primer músico con el que me acosté, aunque supongo que ahora sólo es una nota al pie, pero bueno, el primero fue Starkey, Richard Starkey, que entonces tenía un proyecto que se llamaba The Beguiled, que tenía que ver con el hecho de que él antes había sido poeta y tuvo un bloqueo mental, con lo cual tuvo que redirigir su concentración hacia la música.

Lo vi tocar en Coatbridge, tocaba la guitarra con guantes negros de cuero, a duras penas podía sostener un acorde y eso me flipaba, este compromiso con su imagen, y el sonido que le sacaba a la guitarra, ese sonido como amortiguado que sonaba como ruido embalsamado, y esas letras que eran todas en plan: Golpéame, Machácame, Acaba conmigo. Volvimos juntos a su casa, vivía con su madre, que tenía un piso de protección oficial justo al final de la calle a la salida de la estación de Sunnyside, en Coatbridge, y dormía en un colchón tirado directamente sobre el suelo, era la primera vez que yo veía algo así en la vida real; y usaba un tocadiscos como cenicero: el aparato estaba cubierto de ceniza y colillas, a mí me pareció fabuloso, era algo vivo,



era una instalación, y él puso el tercer álbum de Neu, *Neu '75*, y fuera empezó a nevar y la nieve parecía arder con una luz naranja que venía de las farolas de la calle y yo pensé: Oh, Dios, me estoy enamorando en cámara lenta.

Por supuesto, había muchos clichés.

Era inevitable.

Algunos se volvieron «poetas», otros se hicieron «músicos», pero lo bueno de una escena local como la de Airdrie es que todos eran lo bastante raros y originales y eso impedía que la mayoría se pusiera al servicio de cualquier noción prefijada de lo que era admisible o no. Era inadmisibles volverse admisible. Ése era el lema de toda la escena local.

Dejé de fumar marihuana.

Acaparaba toda mi imaginación.

El alcohol empezó a parecerme aburrido.

Pero el sexo nunca me defraudó.

En el lapso de seis meses me follé a Ray Gordon, cuyo pene medía apenas nueve centímetros de largo, pero era igualmente sexi, como las tetas pequeñas en una chica.

Luego vino Richard Warden, que tenía una polla de treinta centímetros.

Luego Tom Beatrix, que rondaba los veintiún centímetros.

Luego dos mujeres, Samantha y Bridget, que entre las dos eran capaces de acoger sesenta centímetros de consolador.

Luego fue otro Tom, Tom C, llamémoslo, casi no alcanzaba a rodeársela con las manos.

Luego Rodney, alias el Bastón, jaja, con una polla perfectamente esculpida y limpia y afeitada, una polla inmaculada, diría yo, pero que no podía eyacular a menos que se le infringiera algún tipo de dolor, lo único que no podías era dañarle la polla, eso quedaba fuera de los límites, así que había que probar en los alrededores, ya me entiendes, como insertándole cosas en el culo o apretándole los huevos o, como hice una vez, cortándole la piel de los huevos con una cuchilla, buaghhh, eso fue increíble, como agarrar un limón y abrirlo a mordiscos sólo para ver qué hay dentro.

Lo que pasaba con Memorial Device es que uno siempre tenía la sensación de que cada bolo era el último, como si pudieran desintegrarse de

un momento a otro.

Por supuesto, lo de la desintegración era literal en el caso de Lucas, ya sabes, ¿acaso se acordaba de algo alguna vez? ¿Sabía dónde estaba, qué estaba pasando, cuál fue el primer bolo de su maldita vida?

Mucha gente, por supuesto, los acusaba de explotar a Lucas.

Está enfermo de la cabeza, les decían, está perturbado, como si eso bastara para desautorizar toda su experiencia, como si eso significara que Lucas estaba obligado a ovillarse en el suelo, encerrado en un cuarto, llorando hasta quedarse dormido, cosa que a veces ocurría en los conciertos para jolgorio de esos cabrones, esos hijos de puta, esos inútiles.

Me acuerdo de un concierto en particular, fue en el lugar donde ensayaban, que parecía decorado por sus madres, con mesas y sillas y pinturas, incluso con plantas que se morían por falta de luz y entonces salieron al escenario y hubo un momento, todos lo sentimos, donde era como si Lucas se hubiera despertado por completo, como si de repente lo hubieran teletransportado allí, proveniente de ninguna parte, de ninguna historia, justo delante de nosotros, y fue algo eléctrico, sus ojos abiertos de golpe y él agarró el micrófono y dijo algo como que estaba parado al borde, tipo: Hola a todos, estoy aquí, y decía lo mismo una y otra vez, como alguien que se para a escuchar su propio eco dentro de una caverna, lo repetía y lo repetía, se volvía algo más, algo que no era él mismo.

De todas formas, tuvimos que pagar un precio, al menos yo, un precio psíquico.

Escapar de toda esa programación y de todo ese lastre no es moco de pavo.

Cuando era niña solía burlarme de la idea de los lugares oscuros.

Tienes que explorar tus propias zonas oscuras, decían.

Cuéntame una historia de terror, respondía yo. Así practicaré.

Yo buscaba el miedo, sentada la noche entera, imaginando cosas horribles.

Me fascinaban las películas de terror.

Buscaba la locura, leía poemas sobre criaturas de las profundidades marinas y poemas sobre islas barridas por tifones y la Atlántida y los ovnis.

Pero, llegado el momento, tuve que enfrentarme a mi propia locura.

Había dobles míos acosando mi mente, vestidos como los *storm troopers* de Star Wars,

tenía pesadillas en las que soñaba que me despertaba en un cuarto totalmente diferente al mío y era tan real que acababa cuestionando mi propia salud mental, preguntándome si la noche anterior había sufrido un desmayo o si mi compañero y yo habíamos decidido pasar la noche en un hotel y yo sencillamente me había olvidado, hasta que toda la situación se me revelaba como un sueño,

un sueño de cuartos con las cortinas cerradas, un sueño del que no me podía despertar,

y otras noches me quedaba atrapada en trenes y me vigilaban para que no me suicidara, y torrentes de agua me barrían al interior de túneles oscuros y unos niños fuera de control me atacaban con gases lacrimógenos y me perseguían teléfonos de juguete sonrientes y zombis que subían y bajaban los brazos.

Tenía sueños muy vívidos en los que volaba entre islas flotantes donde había pueblos con castillos ocultos entre grandes formaciones rocosas y yo me dejaba caer al vacío con ganas de follar.

Estoy soñando, me decía, así que encuentra al amante de tus sueños, y entonces yo volaba muy bajo sobre la superficie del agua y después pasaba encima de filas de cabañas de muchos colores construidas en la orilla y allí encontraba a mi compañero, simple, sencillamente desnudo, nada atractivo, inseguro, bastante feo, para ser franca, y a medida que me acercaba a él, las ventanas se nos venían encima y los muros se atravesaban unos a otros y yo tenía que salir de ese lugar y fuera estaba el mismo *storm trooper* vigilándome desde lejos, sólo que esta vez tenía el casco en las manos y la cara al aire libre por primera vez, aunque a esa distancia no podía ver quién era; luego me daba cuenta de que si el sueño continuaba, él me seguiría hasta los confines de la tierra y entonces luchaba para despertarme, sacudiendo el cuerpo, en mi mente, de lado a lado para acabar sentada en la cama, gritando, soltando un alarido de pánico que seguramente habrá asustado a mis vecinos.

Fue fácil cómo empezamos a andar juntos.

Memorial Device tocaba en un café del pueblo, un bolo previo a una obra

de teatro con sándwiches y perritos calientes y alcohol por la tarde, de modo que todo el mundo estaba borracho antes de las 4 p. m.

Eso era parte de un festival literario y Memorial Device consiguió el bolo porque antes habían acompañado a Patrick Remora en unas lecturas y Patrick se había convertido en una celebridad porque Allen Ginsberg pasó por ahí en el 73 y, en una entrevista que se publicó después, dijo que había tocado con músicos locales en Glasgow y que había disfrutado de los poetas escoceses y ahora Remora era visto como el siguiente Ian Hamilton Finlay, bueno, o al menos como el siguiente Basil Bunting, y por ahí circulaba una foto anónima en la que aparecía Remora borracho y dormido, casi un niño, sobre las faldas de Ginsberg, igual a la foto que el propio Ginsberg se tomó con la cabeza sobre las faldas de Bunting durante la lectura que hicieron en Morden Tower, en Newcastle, en 1965.

La tarde del concierto fui a verlos con toda la intención.

Fui vestida para matar, con tacones negros, un vestido mini y un bolso diminuto colgado del hombro donde llevaba un ejemplar de un libro de Blaise Cendrars, eso era estratégico, además de maquillaje y condones, una petaca y una cinta de *The Bells*, de Lou Reed, que para mí es el mejor álbum de todos los tiempos, aunque también llevaba una cinta del *Berlin* para irrumpir en las fiestas y deprimir a todo el mundo con los consejos de Lester Bangs.

El concierto fue bueno, aunque no tanto como todos querían dar a entender.

Imagino que todos querían verlos hacer algo iconoclasta y rompedor delante de todos estos estirados literatos, así que la gente estaba predispuesta a leer cualquier cosa que hicieran como un gesto de rechazo deliberado contra las circunstancias.

Recuerdo que Remy estaba tocando el sintetizador, fue una de las pocas veces que usaron un sintetizador, imagino que querían sonar como Allen Ravenstine en los primeros discos de Pere Ubu, pero en realidad sonaba un poco gay, no sé si me entiendes, como que el tío estaba bailando detrás del teclado pero bien podría haber sido detrás de una tabla de planchar, una horterada, y estaba en plan desquiciado, supongo que medio en broma, sacudiendo la cabeza y bailando en el escenario, creo que Remy nunca se

recuperó de su experiencia en el dúo de pop electrónico y allí estaba, el fantasma de Relate, en vivo.

En este punto déjame que te diga algo, déjame que ponga énfasis en esto. Todos sobrevivimos a nuestra infelicidad en diferentes niveles.

Lucas, creo yo, había renunciado a la idea del sufrimiento cósmico o a la injusticia épica para refugiarse en una melancolía tolerable, pero constante, de baja intensidad, una supervivencia del día a día que serpenteaba como la escritura en su diario, de izquierda a derecha, yendo y viniendo, hacia atrás y hacia delante en el tiempo, pero eso quedaba atrapado en la página, siempre en las mismas dimensiones, una forma de vida comprimida que me hacía pensar en un cangrejo, metido dentro de su concha, caminando de medio lado, pero incapaz de ganar terreno y una vez, ya hacia el final de todo, desperté en medio de la noche y lo vi en calzoncillos al pie de la ventana, con un micrófono en cada mano. Son sus garras, pensé, y en ese momento, entre el sueño y la vigilia, lo vi descolgar micrófonos por la ventana como quien tira sedales de pesca al fondo del océano y yo, sentada en la cama, miraba su silueta, que en ese instante parecía una estrella de mar, el sol saliendo asomándose poco a poco por la ventana, como si estuviera a veinte mil leguas de distancia, y al cabo de un instante que parecía no terminar nunca, un momento en el que estoy segura de que él se sabía observado por mí (aunque no dijo nada ni hizo un solo movimiento, ni siquiera un mínimo temblor por el frío de la mañana que entraba por la ventana abierta, cosa que ahora me parece milagrosa, a duras penas verosímil), le pregunté qué hacía y, sin darse la vuelta, dijo que estaba grabando el coro del amanecer, y yo le pregunté cómo sonaba, y él abrió su diario y me leyó esas palabras, satisfacción absoluta, sus últimas palabras, me parece ahora, incluso entonces, incluso sin tener idea de lo que iba a pasar a continuación, de lo que nos ocurriría a ambos ni de quién se acordaría de nosotros o del horror de la situación que estaba a punto de succionarnos, como meter la cabeza en el horno, como quedarse atrapado en una nevera en medio de un descampado, sin nadie alrededor y sin ninguna forma de abrir la puerta desde dentro, y justo la noche anterior él me había paseado por la habitación sobre sus enormes pies, sus gigantescos pies descalzos, se había quitado los zapatos y los calcetines y me hizo poner mis pies sobre sus pies y me agarró de las manos mientras yo

me dejaba caer un poco hacia atrás y entonces me hizo pasear por toda la habitación como una marioneta, levantando cada pie a cámara lenta y obligándome a adoptar posiciones extrañas, y bailamos su canción favorita, «Space Hymn», de Lothar & The Hand People, él había transcrito la letra en su cuaderno, pero esta vez sólo gesticulaba las palabras, la canción es como una pieza de meditación donde uno se ve a sí mismo mirando la tierra desde el espacio exterior y el planeta es una nave espacial de piedra y todo rima con la idea de una muerte solitaria.

Perdón, perdón. No quiero llorar.

Todavía me hace daño.

Ésa fue su única concesión a la soledad cósmica, si me apuras, pero incluso entonces lo hizo a través de una canción ñoña y *hippie*.

Tenía una cicatriz que le atravesaba la frente, imagino que lo sabes, y más cicatrices ocultas por el pelo, por todas las cirugías, a mí eso me ponía.

Los canales de Marte, las llamaba él.

Puedo ver la cara marciana, le decía yo, y entonces le daba un beso.

Pero a veces yo miraba en sus ojos y entendía que toda la memoria se le había borrado de la cabeza y entonces él me miraba con esa expresión vacía, pero todavía amable, como si acabara de despertarse en su cama junto a una extraña perpleja y ahora tuviera que apresurarse a infundirle calma, todo está bien, una amabilidad que debía de ser mucho más profunda que la memoria o la familiaridad, un reconocimiento elemental que estaba en el puro centro de su personalidad, una capacidad no tanto para reflexionar, sencillamente era incapaz de reflejar nada, no se veía a sí mismo, estoy segura, eso era lo más difícil para él, tampoco sé si alguna vez tuvo consciencia de sí mismo, pero sin duda era capaz de ver en los demás esa misma semilla de miedo, esa nuez del terror, esa silueta vacía que todos tratamos de rellenar con lenguaje, que todos intentamos definir a través de la existencia, aunque seamos tan nebulosos como una estrella, lo que me lleva de regreso a Lothar & The Hand People, pero él sí era consciente de eso y sus diarios eran intentos de inscribirse a sí mismo en una existencia, o eso parecían, las frases eran como vaivenes y tenían ese paso de cangrejo a lo largo de la página o bien se agrupaban en pequeños conjuntos de texto que sólo él era capaz de leer:

nombres, mapas dibujados, bocetos, códigos, acrónimos, extensas colecciones de iniciales, historias, letras, parábolas, homilías, reconstrucciones, recordatorios..., las cosas nimias eran un problema y las cosas nimias se habían tragado las cosas importantes, por ejemplo, cómo llegar a casa de un amigo, a qué hora ensayaban, dónde vivo, quién eres, etc.

El diario era como su andador o su silla de ruedas, una muleta, que, si lo piensas bien, es como funciona cualquier forma de escritura, algo que da apoyo a la figura del escritor, de modo que no se caiga de espaldas en la sopa primordial de los demás o de nadie.

Para creer en sí mismo, se inventa una ficción, se inventa algo que le permita decir: Aquí, por fin, está el esquema de mi vida, o mejor, un esquema de mi vida tal como me gustaría que fuera, sólo que con Lucas era un esquema de la vida tal como se le venía encima, era un científico o un místico antes que un autor o un inventor, intentando penetrar en el corazón de su propio misterio mediante pistas dispersas, cosas que nunca encajaban del todo, como tratando de identificar las constelaciones, había dado con una especie de forma coherente a partir de todos esos momentos diseminados, separados por un enorme agujero de silencio, por un espacio vacío, por una distancia que bien podría haber sido de miles de años luz.

No es exagerado decir que cada mañana despertaba siendo una persona nueva, no del todo segura de quién era y dónde estaba, pero Lucas se había acostumbrado a todo, incluso a eso, y así, cuando se despertaba había primero un momento de confusión, que a su vez disparaba un recuerdo, un recuerdo de haber estado confundido antes, y entonces la confusión se volvía la base de todo, los cimientos de su identidad cotidiana, ya me entiendes, tipo: Ayer estaba confundido y hoy también, mañana estaré confundido, que es como estas frases de Rilke que siempre citaba en su diario, «no conocíamos su inaudita cabeza / con ojos como fruta madura...», había más citas de ésas, estaba enamorado de Rilke, y todos los días, cuando tenía oportunidad o veía su nombre en las tapas de su cuaderno, volvía a leer los versos como si fuera la primera vez y él decía que era como algo que estuviera sucediendo en una vida pasada, cada vez, y creo que lo mismo le pasaba con la música, le encantaba el *free jazz*, especialmente el *free jazz* alemán, cosas tipo Peter Brötzmann y Peter Kowald y Alex von Schlippenbach, música que se hacía

tan sobre la marcha que era como una música sin memoria, música que insistía en lanzarse hacia adelante sin mirar hacia atrás, y teniendo en cuenta su historia, la historia de los alemanes, esta forma de amnesia, esta idea de que la velocidad y el olvido podían conducirnos sanos y salvos al futuro, bueno, eso le cautivaba.

Eso explica la gran ruptura de Memorial Device, la disolución, cuando pasaron de componer canciones a hacer *rock* improvisado libremente en el que Lucas inventaba las letras sobre la marcha; por supuesto, siempre había ecos de Rilke, deliberados o no, quién sabe, y claro, empezaron a grabar los conciertos y a lanzar esas grabaciones en directo y Lucas podía escucharlas durante horas, tomando notas, escuchándose a sí mismo como si se tratara de otra persona, como si alguien te pusiera un disco de Bob Dylan y te dijera que ése eres tú, que tú habías hecho eso, bueno, no tan así, pero creo que sí había un grado de revelación para él en la música, porque notabas que se quedaba como hipnotizado, mesmerizado por su propia actuación, me miraba a mí y luego volvía a mirar los altavoces y luego otra vez a mí, todo con esa mirada de incredulidad en su cara, como si estuviera siendo testigo de un montaje, ¿acaso alguien le decía qué hacer en los conciertos?

Incluso llegó a ser capaz de formularlo en términos muy simples del tipo: Si hago X, entonces obtengo Y, pero sin sentir nada entre una letra y la siguiente.

X ocurría y entonces aparecía Y.

Fue entonces cuando empecé a pensar: ¿No estamos todos a la deriva en momentos separados?

¿Siempre experimentamos ese estado intermedio, el movimiento entre X y Y?

¿Estamos los demás menos perdidos que Lucas?

¿Acaso no es cada acto, cada momento, cada situación en la obra un acto de fe ciega basado sólo en ejemplos muy limitados?

Pero mejor no sigamos ahondando en ese túnel.

Ya puedo sentir al *storm trooper* levantándose y poniéndose su casco y caminando hacia mí y es en este punto cuando tengo que sacudirme para despertar y sentarme en la cama y gritar, aunque vaya a saber en qué habitación y detrás de qué cortinas cerradas.



## APÉNDICE 1: DISCOGRAFÍA DE MEMORIAL DEVICE

— *Ur/On*, LP (autoedición / sin sello / edición de 120 numerada a mano sobre la cubierta) 1983: «dos largos cortes que duran las dos caras en el estilo de daño cerebral propio de Ash Ra Tempel/Ohr Records y otros», *Friction 2*.

— *Adherence*, 12" (autoedición / sin sello / edición de 220 numerada a mano sobre la cubierta), 1984: «la grabación definitiva de Memorial Device y la que mejor captura el poder hipnótico de sus actuaciones en directo, un solo tema que abarca las dos caras del vinilo y que combina el sonido celestial de una onda corta interestelar con una improvisación sobre dos acordes que suena tan estropeada por el eco y tan turbadora como el directo de la Velvet Underground editado por Atlantis, o a la Sun Ra Arkestra grabada en la órbita de Júpiter, mientras el vocalista Lucas Black suelta frases simples y aparentemente inconexas que parecen cargas de profundidad lanzadas al vacío», *Go Ahead and Drop the Bomb: Memorial Device Memorial Edition* 1987.

— *Certainty of a Sleepwalker*, 7" (Peacocks Wildly Excited By The Wind PWEBTW-113), 1984: «suena a unos Joy Division autistas grabados con un micrófono roto en el fondo de un pozo y reproducidos luego en un tocadiscos con una percha como aguja», *Contribution 8*.

— *Inverted Calder Cross*, casete (Sufferage Tapes ST-68 C60), 1984, grabación en directo de un concierto privado en un garaje de Caldercruix el 3 de marzo de 1984. «Información del concierto de Memorial Device: Memorial Device es un grupo formado por cuatro miembros que han causado sensación en la zona de Lanarkshire durante el año pasado, generando ondas

de fuerza de tipo industrial, para ser precisos, ya que su modelo parecen ser los grupos de *krautrock* más experimentales de los 70; todo ello mezclado con un extraño toque original y con un cantante al que se ha comparado con Ian Curtis. El concierto de esta noche, sin embargo, subraya sus orígenes como banda de garaje, literalmente, porque tuvo lugar en un garaje en las afueras de Caldercruix. El telonero fue un tipo con sobrepeso y que parecía incómodo con un sombrero de lana que generaba pitidos con una tabla cubierta por lo que parecían ser partes de un ordenador roto. Resultó aburrido y pretencioso. ¿Cuánto más tenemos que aguantar esa clase de cosas? El público parecía estar conforme. Durante el intervalo entre actuaciones subió un fuerte olor a petróleo que hizo que me pusiera de los nervios cada vez que alguien “se encendía un pitillo”. Cuando Memorial Device subió al “escenario” apenas se les podía distinguir de la cantidad de humo que había en el ambiente. Tocaron un acorde durante lo que pareció una eternidad y luego su cantante, que proyectaba una enorme sombra sobre el humo, se levantó del suelo como si hubiera ascendido levitando por una trampilla del suelo y comenzó a cantar, aunque cuando digo cantar me refiero más a una salmodia, una salmodia en la que las palabras parecían desarrollarse y crecer: como si la primera palabra proviniera de la última que hubiera pronunciado antes y así, como una flor que diera vueltas sobre sí misma. Es difícil explicarlo, pero el efecto resultaba verdaderamente poderoso. Era un solo tema, pero sin fin, que te dejaba la cabeza dando vueltas y que te hacía perder la noción del tiempo. Era como si el guitarrista soltara a un demonio desde su instrumento y el bajista se dedicara a domarlo a golpes durante todo el concierto. La ejecución musical era básica, pero tenía el encanto de lo crudo. Me alegro de que me invitaran y, ya que no creo que la vayan a liar en los escenarios de Londres —ni en los sótanos de Glasgow—, está muy bien para Airdrie y muestra que podemos tener la cabeza bien alta al lado de otras poblaciones pequeñas de la zona en lo que a la escena *postpunk* se refiere», Rupert Gower, *The Monk's Chunk: Your Fortnightly Guide to Arts & Music in the Monklands Area*, abril de 1984.

—*Give Us Sorrow/Give Us Rope*, casete (Sufferage Tapes ST-76 C90), 1984, grabación en vivo totalmente en bruto de un concierto celebrado el 21 de abril de 1984 en Kilmarnock. «El cantante canta sobre las canciones con la

voz de un ventrílocuo mientras que la banda hace todo lo que puede para evitar cualquier cosa que pueda ser entendida como una canción, del tipo que sea, luego frotan lija por la cinta magnética ¿y esperan que alguien la compre?», *Popcorn Petals 2*.

—*Pentecost 2 × 7*” (Primitive Painters PP-1-1-1), 1985: «comienza mediocre, pero al poco se construye un sublime frenesí sonoro», Giles Gordon.

### **GRABACIONES NO OFICIALES:**

—*Inverted C\*Brig*, casete (Nothing Songs, NO-001 C120).

Grabación en directo de la época de Mary Hanna, 1985.

—*Inverted C\*Dyke*, casete (Nothing Songs, NO-002 C120). Grabación en directo de la época de Mary Hanna, 1985.

—*Backwards B\*hill*, casete (Nothing Songs, NO-003 C120). Grabación en directo de la época de Mary Hanna, 1985.

—*Backwards B\*well*, casete (Nothing Songs, NO-004 C120). Grabación en directo de la época de Mary Hanna, 1985.

### **ADDENDUM**

LUCAS BLACK. *The Morning of the Executioners*, LP (G.G.G.G.S. #001, edición numerada a mano de 333 ejemplares), 1986, «grabaciones de campo» preparadas sonoramente por Patty Pierce y Remy Farr. Edición póstuma.

## APÉNDICE 2: UN INTENTO NECESARIAMENTE INCOMPLETO DE MAPEAR EL ALCANCE DE LA ESCENA MUSICAL POSTPUNK EN AIRDRIE, COATBRIDGE Y ALREDEDORES, 1978-1986

- ABSOLUTE REFUSAL: retoño de Nein Nein Nein.
- THE BEGUILED: también conocido como Richard Starkey: poesía, no wave, un guante de cuero negro.
- CHINESE MOON: muñecos de escaparate.
- THE CLARKSTON PARKS: grupo mod/freakbeat de Petersburn.
- COLD STARS: sorprendente híbrido de *glam-punk* con un punto crudo rural.
- DARK BATHROOM: me la suda.
- DISABLED ADULTS: DIY puro y duro.
- DISSIPATED: grupo DIY precario y crudo con un único single legendario, «Fanny Pad»; era difícil de conseguir porque el grupo usó casi todas las doscientas copias para practicar tiro al blanco.
- FANGBOARD: nadie tenía que ver con ellos, pertenecían a una escena totalmente diferente.
- FREAKY DK: DJ local que tuvo un hit en 1979 con la parodia *punk* «Yer Maw», que consistía en versos llenos de preguntas lascivas y guarras y un coro que contestaba siempre: «Yer maw, yer maw! Yer maw, yer

maw!».

- GLASS SARCOPHAGUS: legendario dúo de noise industrial liderado por la estrella del porno y futura estrella del pop Vanity, con Jon Bailey a la guitarra.
- JUNG TEAM: grupo de *dub rock* con sonidos industriales.
- KAZOO ICING COMPASS: solista de *rock* de Gartness. Desapareció después de grabar un álbum de «canciones instrumentales rotas».
- MEMORIAL DEVICE: el mayor grupo de *rock* de la era moderna, al menos en Airdrie —Patty Pierce, Lucas Black, Remy Farr y Richard Curtis—, pero eran incluso mejores cuando Mary Hanna estaba en la banda.
- MESCHERSMITH: *punk* pop comunista.
- THE MONARCHS OF THE NIGHT TIME: la mejor banda de garaje de Airdrie, cuyo mánager era el legendario empresario local Fuckface The Eagle.
- MOUNT THE BITCH: banda de metal de Caldercruix.
- NEIN NEIN NEIN: conceptual, de mentalidad sangrienta, minimalista.
- OCCULT THEOCRACY: la banda fantasma de *rock* psicodélico de Big Patty que tuvo la fugaz participación de Street Hassle en los coros.
- POROUS: banda de cuatro; dos bajistas y dos baterías que generaban una especie de muro de infrasonido que hacía que el nombre de la banda sonara un poco irónico.
- RAT TATTOO: metal adolescente para locutores de radio histriónicos.
- RELATE: dúo artístico de *performance* y pop electrónico compuesto por dos amantes que se parecían a Leigh Bowery, uno de cuyos miembros se unió a Memorial Device sin que nadie llegara a saber nunca por qué o cómo.
- SENTIMENTAL MERCENARIES: grupo *prog rock* de Airdrie.
- SLAVE DEMOGRAPHICS: la primera banda de Big Patty, famosa por su cover de «Permanent Green Light», de The Godz, que era incluso más primitiva que la original.
- THE SPAZZERS: cuarteto de hombres en silla de ruedas formado por el vocalista Mick Jazzer y los guitarristas Bubonic Craig y Bob Noxius y el batería Pig Ignorant. Por desgracia, no se conocen grabaciones.

- STEEL TEETH: también conocido como Robert Mulligan, que construía sus propios aparatos electrónicos y preparaba hamburguesas en Mount Vernon.
- THE TRAVELLER IN BLACK: solista hortera que hacía mierda new wave con sintetizadores.
- THE TUNNEL: ritualistas heavies
- ULTRA VIOLET: grupo de *postpunk* de Clarkston, el cantante se ahorcó colgándose de un árbol después de usar una tarjeta de crédito robada.
- THE WINHALL STARVERS: grupo de *punk* de Winhall. Un solo single de 7", «Chasing the Breadvan».

## APÉNDICE 3: MEMORIAL DEVICE

- SRI ABERGAVENNY: autor de Los Preceptos, impulsor de la «muerte cerebral», asesino de la compasión, inventor del «remolinismo», etc.
- ANDREA ANDERSON: pintora contemporánea de paisajes y, por un tiempo breve, hace mucho tiempo, amante de Mary Hanna.
- LJUBLJANA «LUBBY» ATHOL: amor imposible de Richard Curtis y actualmente una reconocida abogada de derechos humanos.
- JOHN BAILEY: guitarrista y la otra mitad de Glass Sarcophagus. AKBAR BALITHI: compañero de ajedrez de Bruce Cook. BEANO: justicia ciega.
- TOM BEATRIX: 21 cm.
- JAMES BEGLEY: batería en Ultra Violet.
- MARY BELL: Mad Mary Bell —no la asesina de niños del mismo nombre— fue secuestrada y ni siquiera le importó.
- JARED BISHOP: dj en las legendarias noches de Glasgow del Joy of a Toy, que no usaba ropa interior.
- BETTY BLACK: la madre de Lucas Black antes de cambiarse el nombre y desaparecer para comenzar una vida totalmente nueva. Lo que sucede con Betty Black es que era tan diminuta que resultaba imposible imaginarse que Lucas hubiera podido salir de ella, cosa que, como descubriríamos más tarde, nunca sucedió, claro, porque en realidad él era El Hombre de la Atlántida. Lo otro es que Betty Black vivía en babia y era ingenua y de veras muy muy dulce. Me acuerdo de estar con Lucas y dos amigos más en su casa y de pronto llegaba ella, toda sonrisas, y anunciaba que nos traía un «servicio a domicilio», que consistía en cuatro cervezas. Eso era algo más de una birra por cabeza. Ése era su concepto de «servicio a domicilio». Años después, le escribí y así supe

que vivía en París. Me contestó, una sola vez, y luego ya no volvió a responder mis cartas.

- LUCAS BLACK: vocalista de Memorial Device, soñador autonómico.
- BRIDGET: 30 cm.
- ALAN BROOKS: difunto bajista de The Winhall Starvers. Yo había quedado con Patty Pierce frente a Benny's, en Clarkston, un poco más allá de la vieja peluquería donde él solía trabajar, y cuando llegué estaba cenando un pudín encima de un cubo de basura. Alguien le arrojó algo desde un coche que pasaba, yo lo vi a cierta distancia, pero Patty ni parpadeó. Además tenía un libro metido en el bolsillo, *Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry. Caminamos juntos hasta el parque y nos sentamos en el césped; debía de ser verano, poco después del comienzo de Memorial Device, el primer verano de los años gloriosos, es decir, 1983, junio, calculo, nunca fui muy bueno etiquetando mis cintas. Patty estaba sentado en la hierba, bajo la resolana, con un sombrero de copa muy viejo y una gabardina. Era mi segunda entrevista con Patty después del fracaso de la primera, donde le pregunté algo sobre la naturaleza del amor, pero al parecer no conseguí ir más allá de mi genial gambito de apertura; cuando le pregunté por la idea detrás de Memorial Device, por suerte Patty no necesitó ningún otro estímulo para hablar y hablar. En un momento Alan Brooks se acercó a Patty: quería comprar algo de costo. Recuerdo que tenía esa vocecita ridículamente aguda y dijo: «¡Jo! ¡Cómo mola cuando hay sol, mola mazo!». Todavía hago esa imitación.
- TOM C: ()
- MANDA CANDY: estrella porno de St. Andrews.
- COLIN CASSIDY: vocalista y guitarrista de The Clarkston Parks, el grupo mod de Petersburn. Una de las caras más conocidas de Airdrie junto a Mad Mary Bell.
- MR. CHAN: dueño del restaurante chino de Airdrie, asesinado en extrañas circunstancias.
- BOABY CHAN: astrólogo e hijo del dueño del restaurante chino de Airdrie, asesinado en extrañas circunstancias.
- STACEY CLARK: nombre ficticio de un inmenso dolor en los huevos.
- BRUCE COOK: budista, *hippie*, profesor de artes marciales, amigo de



infancia de Big Patty, gurú alternativo de Lucas Black, salió con Vanity en su momento.

- DOUGIE CARTWRIGHT: guitarrista de The Clarkston Parks, el grupo mod de Petersburn.
- VALENTINE CLOUTIER: amor de verano de Big Patty.
- ALAN CUNNINGHAM: ocultista adolescente; «batería» de Chinese Moon; autor del (todavía inédito) *Historia crítica del minimalismo del siglo XX*; vestido habitualmente con pantalones de chándal hasta las tetillas; paradero actual desconocido. Hermano de Findlay.
- FINDLAY CUNNINGHAM: suscrito a Newsweek a la edad de catorce años; «vocalista» de Chinese Moon; vestido habitualmente con pantalones de chándal hasta las tetillas; líder de la Brigada de los Niños, hace obras de caridad, líder de la iglesia. Hermano de Alan.
- MARGOT CURTIS: pérfida y despiadada exesposa de Richard Curtis, que en su momento se parecía mucho a Siouxi Sioux.
- RICHARD CURTIS: batería de Memorial Device. También tocó en Meschersmith. Cada vez que escucho esa canción de Lou Reed, «Legendary Hearts», me acuerdo de él, dondequiera que esté. En todo caso, espero que nunca lea este libro, dondequiera que esté.
- RONNIE DARE: compañero de Dominic Hunter, el beatífico Ronnie Dare era el idiota que hacía el trabajo sucio.
- MICHAEL DONNELLY: sicario; vivía en el «anexo secreto» de Johnny MacLaughlin mientras remoloneaba persiguiendo sus sueños.
- THE DOUG: nada que decir y decirlo escrito en Tipp-Ex.
- CLYDE FARR: padre de Remy, autor de *El destino sólo sucede una vez*.
- REMY FARR: bajo y sintetizadores en Memorial Device. Mitad del malogrado dúo de pop electrónico Relate, teloneros de Imagination en el Zanzibar, en Coatbridge, lo creas o no.
- BOBBY FOSTER: compañero de andanzas de Patty, un auténtico chiflado de los discos y el único tipo de Airdrie que tenía algo de pasta, razón por la cual todos lo exprimían.
- GOOSEY: bajista de The Clarkston Parks, el grupo mod de Petersburn; le cortaron el cuero cabelludo en una pelea con unos moteros y desde entonces empezó a usar peluca, lo que era una suerte para el grupo

porque antes tenía el pelo rizadoísimo y aplastado como un jugador de billar y eso arruinaba todo el *look* de la banda.

- RAY GORDON: 9 cm.
- DUNCAN GRACIE: «bajista» de Chinese Moon. Su hermano tenía la mejor colección de LP's de heavy metal en Airdrie.
- TAM GRACIE: la mejor colección de LP's de heavy metal en Airdrie.
- COLIN GRANT: borracho desempleado.
- GILES GORDON: el peor letrista sobre la faz de la tierra.
- RUPERT GOWER: despistado periodista local, un capullo absoluto, que siempre acertaba a perder el tren y a quien una vez Remy aplastó contra una pared agarrándolo del cuello.
- MR. & MRS. GREY: testigos tempranos (e impacientes) de las movidas callejeras de Street Hassle.
- MARY HANNA: la legendaria Mary Hanna; bajista de Memorial Device, miembro de Dark Bathroom, escultora secreta.
- DOMINIC HUNTER: también conocido como Dom o como Wee Be-Ro, también conocido como la otra parte de Relate.
- RANDY JEWELS: estrella porno de Dunoon.
- ALAN JONES: batería de The Clarkston Parks, el grupo mod de Petersburn. Ninguna relación con Paprika
- PAPRIKA JONES: novia de Lucas Black.
- SCOTT KENNEDY: alias Culollaga, camello de Airdrie.
- DAVID KILPATRICK: «guitarrista» de Chinese Moon, actualmente electricista en Airdrie.
- LARS KREIGER: murió en los brazos metafóricos de Claire Lune.
- MONICA LAWSON: archivera de Memorial Device; sucedió a Miriam McLuskie, que estaba mal de la cabeza; tomó algunas de las fotos más iconoclastas de la banda y más tarde se convertiría en una exitosa autora de autoayuda con su filosofía de las «caminatas curativas».
- CLAIRE LUNE: *performer*, fotógrafa, cuidó del padre de Remy cuando agonizaba, murió de cáncer a los cuarenta y nueve. Donó su cuerpo a la ciencia. Con suerte, los científicos podrán entender algo.
- SPIKE MCIVER: amigo de Mary Hanna, asaltante juvenil de Street

Hassle.

- MAYA MCCORMACK: tocó en Dark Bathroom con Mary Hanna; también en The Ladybugs; primera novia de Street Hassle; su padre era el jefe de la oficina de correos y, según dicen, buen empleado pero un gilipollas sectario. Más tarde, saldría con Patty Pierce. Menuda carrera.
- SCOTT MCKENZIE: Scott McKenzie, ¿qué podemos decir de Scott McKenzie? Era la clase de tío que se pasa una noche de sábado con una botella de sidra de dos litros y un ejemplar de *Motor Mart* como si fuera el gran plan de la semana. No tenía ninguna ambición. Campeón indiscutido de billar de Airdrie. Alcanzó las finales en el campeonato de Lanarkshire, pero se retiró porque «se cansó del uniforme»; a saber lo que quería decir con eso. Su madre trabajaba como cajera en el Safeway de Airdrie y siempre estaba disculpándose por él. A él se la sudaba. Era un ser hermético, inteligente y raro. Corría el rumor de que se había acostado con Mary Hanna y que tuvo con ella una de esas relaciones intermitentes y secretas que duran años. ¿Quién sabe? Ninguno de los dos comenta nada al respecto. Cuando lo busqué para el libro, él me dijo que sólo estaba interesado en hablar de cómo conoció a Mary, «porque no tuvo nada que ver con la música». Le dije que estaba tratando de contar una historia musical pero entonces dejó de contestar a mis llamadas telefónicas. OK, le dije, OK, tuve que escribirle por correo, una carta que entregué personalmente en la casa de su madre, donde sigue viviendo hasta la fecha. Me rindo, cuéntanos cómo conociste a Mary Hanna. Su madre me pidió disculpas en su nombre por el hecho de que él no quisiera atenderme. Está leyendo *Motor Mart*, dijo ella, lo siento. En todo caso, Scott acabó dándonos su testimonio con la condición de que no lo editáramos o cambiáramos nada, de lo contrario lo negaría todo. Lo malo es que cuando volví a buscarlo para decirle que me gustaba mucho y que si podía escribir algo más, él volvió a ignorarme y no quiso añadir nada.
- JOHNNY MCLAUGHLIN: coautor; después de todos estos años, sigue estando loco.
- MIRIAM MCLUSKIE: mánager y jefe de prensa no oficial e intermitente de Memorial Device, mejor amiga secreta de Big Patty, hija del difunto

guitarrista y vocalista Mack McLuskie, cuya banda de *blues*, Big Mack and the Pack, dejaron huella en el área de Lanarkshire en los 70.

- ADAM MCMANUS: antiguo miembro del IRA, del SAS, ex agente especial, provocador, quién coño va a saber su verdadera historia, gurú del kung-fu.
- DREW «LA MORSA» MCPHERSON: mal amigo y cobarde, sentenciado por sus pecados a cadena perpetua en un banco, sin posibilidad de fianza, menudo capullo.
- VALERIE MORRIS: amor de la infancia de Remy Farr.
- ROBERT MULLIGAN: inventor de instrumentos de Greengairs, que lanzó cintas bajo el nombre de Steel Teeth y con su propio sello de grabaciones Sufferage Tapes; empleado de una fábrica de hamburguesas en Mount Vernon.
- DAVID NESBITT: jardinero y jefe de Big Patty y Johnny McLaughlin, que no tenía idea de música y que aterrizó en ella como un alien venido de otro planeta.
- TEDDY OHM: Edward Thom; motero, camello, comerciante de discos raros, fiestero, proveedor de armas históricas para la industria del cine y creador de tramas postapocalípticas.
- CLEMENTINE PAPE: amor de verano de Johnny McLaughlin.
- SIDNEY PARKER: lameculos de la industria discográfica en la vida real.
- YVONNE PARKER: hermana del lameculos de la industria discográfica en la vida real.
- SAMANTHA PAYTRESS: violinista y seductora fabricante autodidacta de medias.
- PATTY PIERCE: guitarrista de Memorial Device; también tocó en Slave Demographics y Occult Theocracy.
- ASSIF RAJAR: contacto para conseguir priva en la tienda.
- LA RATA: amor de verano de Claire Lune, que encontró un agujero en el corazón de la chica y se metió por allí.
- RODNEY, ALIAS EL BASTÓN: los huevos como dos limones pelados.
- ROSS RAYMOND: Yo.
- PATRICK REMORA: poeta, tuvo un dúo con Big Patty que fue comparado con los primeros dúos de Patti Smith y Lenny Kaye, acompañado por

Memorial Device en varias ocasiones. El próximo Basil Bunting, decían, pero además de quedarse dormido en el regazo de Allen Ginsberg no hizo nada más.

- SAMANTHA \_\_\_\_\_: 30 cm.
- SANTIAGO: gitano, bohemio, agitador cultural y fundador de la *troupe* de *performance* español Inconcurring Colt.
- MR. SCOTIA: calígrafo, astrónomo, historiador local, coleccionista de mapas, inveterado olfateador de ramos de flores.
- SINEW SINGER: la respuesta de Airdrie, el retruécano de Airdrie a Elvis y a Iggy y a todo lo demás.
- SIMON SPARKLES: nombre inventado de un lameculos de la industria discográfica en la vida real.
- PETER SOLLY: alias The Traveller in Black, electrónica minimalista de Plains, con «ojos científicos».
- RICHARD STARKEY: tuvo un proyecto como solista llamado The Beguiled, donde se vestía como un cruce entre Von LMO y Sean Bonniwell, de The Music Machine, y leía su poesía sobre un fondo de tambores cibernéticos automáticos y repitiendo acordes atonales con la guitarra. El introductor de Paprika Jones al mundo de la música. Actualmente, una nota al pie.
- JEMINA STEWART: amiga de la hermana del lameculos de la industria discográfica en la vida real, Sidney Parker, *exstripper*, actualmente trabaja como cirujana veterinaria.
- ROD STILVERT: reconocido empresario del porno en Glasgow, fundador de Imaginorg Films y Gamma Productions.
- STREET HASSle: *punk* famoso de Airdrie, que «en invierno iba andando por la calle, en medio de la nieve, como un tirado, con una camiseta sin mangas y una lata de cerveza en la mano» o «con una camiseta sin mangas y el abrigo de pieles de su madre, durmiendo la mona en un banco junto al cenotafio de Coatdyke y todos los coches pitándole al pasar». Tocó en Rat Tadoo, Occult Theocracy y Ultra Violet.
- TELOS: miembro de la *troupe* de *performance* español Inconcurring Colt, que se marchó echando pestes cuando petaron el local.
- MEGAN TRAYNER: miembro de The Ladybugs junto a Maya

McCormack.

- RUTH TURNER: artista conceptual y fundadora de la Galería de Geomancia Gartlea y de Geographic Speculation (G.G.G.G.S.), que presentó la última grabación de Lucas Black, *The Morning of the Executioners*.
- VANITY: estrella porno, futura estrella del pop y la mitad de Glass Sarcophagus. Salió por poco tiempo con Lucas Black.
- RICHARD WARDEN: 30 cm.
- REGINA YARR: un pibón y la prueba de que Remy no era gay o que al menos era bisexual.

# NOTAS

[1] Bebida alcohólica compuesta de vino y cafeína popular entre las clases trabajadoras y estudiantiles de Gran Bretaña. [N. del T.] <<



[2] Juego de palabras intraducible: «It's a new singer», es decir, «Es un nuevo cantante», que en inglés suena casi igual a «Sinew Singer». Además *sinew* significa «nervio», «tendón». [N. del T.] <<

[3] Wee Be-Ro, marca de harina en Escocia. [N. del T.] <<

[4] Indian Pale Ale, un tipo de cerveza. [N. del T.] <<

[5] «El semáforo en rojo era mi nena; en verde, era mi mente». [N. del T.] <<

[6] The Three Stooges, un célebre grupo de actores cómicos estadounidenses. Es evidente el juego de palabras que relaciona a aquellos Stooges con los Stooges de Iggy Pop, mítica banda *protopunk* también conocida como Iggy & the Stooges. [N. de los E.] <<

[7] Por definición, es la porción del espectro de frecuencias destinada a la libre comunicación entre el personal civil, por medio de la radio y sin que medien exámenes o preparación especializada. [N. de los E.] <<

[8] Revista de humor extravagante y surrealista. [N. del T.] <<

[9] «Oh, nena, sueño con el lunes, oh, nena, cuando te vuelvo a ver», letra de The Jam. [N. del T.] <<



[<sup>10</sup>] Alusión a *Absolute Beginners*, de Colin McInnes. [N. del T.] <<

[11] *Bedknobs and Broomsticks* (literalmente, «boliches y escobas» —«boliche» en su acepción de «adorno, de forma torneada por lo común, en que rematan ciertas partes de algunos muebles»—), película de Disney que combina la animación y la imagen real, conocida en España como *La bruja novata* y en Latinoamérica como *Travesuras de una bruja*. [N. de los E.] <<

[12] Desliz del personaje, no errata. [N. de los E.] <<